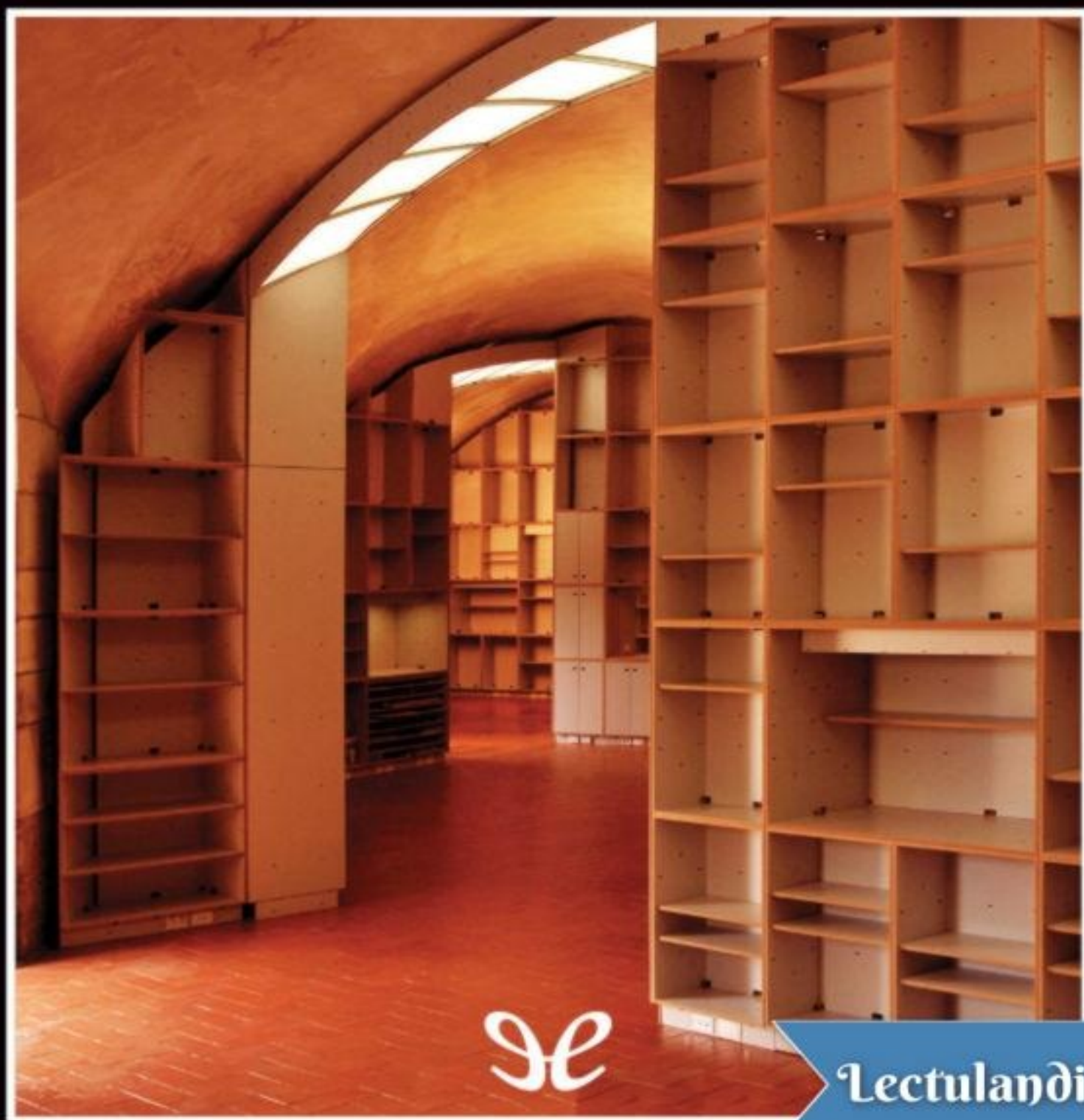


Gonzalo Celorio
EL METAL
Y LA ESCORIA



Lectulandia

En 1874, Emeterio decide emigrar a México en busca de fortuna, y se despide de sus padres en una perdida aldea de Asturias. En México, su trayectoria le llevará de mozo de tienda, que duerme bajo el mostrador, a dueño de un emporio de establecimientos de bebidas alcohólicas. Pero sus esfuerzos exitosos en los negocios no se verán recompensados por la labor de sus hijos, que despilfarrarán la fortuna en una vida disipada con continuos viajes a Madrid, ni por sus hijas, condenadas a un papel secundario en una sociedad machista. Cuando uno de sus nietos, en la tercera generación, retome la iniciativa económica tendrá que enfrentarse con una amenaza inesperada y devastadora: la pérdida de la memoria.

Lectulandia

Gonzalo Celorio

El metal y la escoria

ePub r1.0

Titivillus 22.07.2019

Gonzalo Celorio, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El metal y la escoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

Agradecimientos

A la memoria de mi hermano
Benito Para mis hijos, Gonzalo y Diego

EVERNESS

*Solo una cosa no hay, es el olvido.
Dios, que salva el metal, salva la escoria
y cifra en Su profética memoria
las lunas que serán y las que han sido.*

*Ya todo está. Los miles de reflejos
que entre los dos crepúsculos del día
tu rostro fue dejando en los espejos
y los que irá dejando todavía.*

*Y todo es una parte del diverso
cristal de esa memoria, el universo;
no tienen fin sus arduos corredores
y las puertas se cierran a tu paso;
solo del otro lado del ocaso
verás los Arquetipos y Esplendores.*

Jorge Luis Borges

*La vida no ha terminado: todavía hay
esperanzas para el olvido.*

Juan Carlos Onetti, *La vida breve*

La mujer de gruesas carnes, olorosas a pesebre y a morcilla, le dio la bendición sin llantos ni palabras: solo con el ademán de aquellas manos curtidas por el bálago y el carbón, las almaradas y la piedra pómez, tan diestras para ordeñar vacas como para bordar sábanas y servilletas. Del padre tampoco recibió palabra alguna; solo una caricia enérgica en la nuca.

Emeterio vio por última vez aquellos bultos negros contra el sol del amanecer. De saber que así habría de recordarlos siempre —parados en medio del patio terregoso de La Texa, recortados por la luz rasante a sus espaldas—, hubiera vuelto la cabeza para clavarse en la memoria el semblante, la expresión, la piel de aquellos rostros que el sol le impedía ver con precisión y que el tiempo iría cubriendo de neblina, pero el miedo de arrepentirse y quedar convertido en estatua de sal le mantuvo la mirada adelante, fija en el punto en el que pensó que se encontraba el porvenir.

Sus padres se quedaron inmóviles en el patio, entre el revoloteo de las gallinas y el ladrido de los perros, hasta que Emeterio se perdió, cuesta abajo, entre los vericuetos del caserío. Un poco más de tiempo todavía, hasta que se hicieron a la idea de que ese agujero de sus carnes no se tataría con suspiros deshilvanados, sino haciendo todo lo que su hijo hacía: sacar el agua del pozo, recoger la leña del castañedo, cargar el burro con el saco de maíz para llevarlo a la tahona, afilar la guadaña y segar la mala hierba del huerto, cuidar a las gallinas de la constante amenaza de los raposos, triturar la paja para alimentar a las vacas y al pollino, sacar el estiércol del establo y volcarlo en el prado, custodiar la ya hipotecada pomarada por las noches con la escopeta cargada con cartuchos de sal para espantar a los ladrones de manzanas.

En el puente de piedra, por el que se cruza el enjuto río Bedón para llegar a la plazoleta del poblado, Emeterio se topó con la niña Crisanta, a quien se le había adherido el polvo de la pendiente a las mejillas recién lavadas. Llevaba la herrada al hombro para sacar agua del pozo. Él no supo qué decirle; ella, tampoco: lo miró de frente, como nunca lo había visto, pues antes de esa mañana solo había recibido las miradas penetrantes de Emeterio que se le clavaban en la nuca durante la misa de los domingos. Ella puso el cubo de madera en el suelo. Él la tomó de la mano. A ella, en un parpadeo, se le quedó

una lágrima temblando en las pestañas. Él estuvo a punto de enjuagarla y decirle una mentira, pero ella se la secó con el dorso de la mano. Alzada de puntitas, estrenando pantorrillas de mujer, le dio un beso furtivo que le tapó la boca. Y se alejó corriendo, con el rostro encendido y las sienes palpitantes, rumbo a su casa, para estar ahí de regreso antes de que sus padres se percataran de su desmañada ausencia.

Conocí a mi abuelo paterno cincuenta y cinco años después de su muerte, la tarde que sepultamos a mi padre.

Ojos borrados, como los de las estatuas griegas que perdieron su policromía original y lo mismo pueden mirar el horizonte más lejano que la más recóndita intimidad; bigotes prominentes; mandíbulas enérgicas; frente despejada, cuya amplitud algo le debe a la escasez de la cabellera. Así lucía el busto de mármol que coronaba, sobre la inscripción de su nombre —EMETERIO CELORIO— en letras que un tiempo fueron doradas, el frontispicio de la cripta que mi abuelo mandó construir en el Cementerio Español para acoger los restos de mi abuela y que visité por primera vez la tarde del 15 de junio de 1962, cuando murió mi padre; una cripta patrimonial de nobles proporciones que liberaba a nuestra familia de la sentencia vergonzante de que no teníamos dónde caernos muertos. Lo único que teníamos era precisamente eso, dónde caernos muertos, aunque para mantenernos vivos sufriéramos no pocas penurias.

No recuerdo haber visto antes ninguna fotografía de mi abuelo. Apenas sabía de su nombre, *Emeterio Celorio*, que se perdía entre las ramas de un árbol genealógico por las que nunca me había encaramado. Qué iba yo a saber entonces de alguien que había llegado al mundo en un remoto caserío de Asturias casi un siglo antes de que yo naciera, y que había muerto en el lejano año de 1907; de alguien cuyos padres, a su vez, habían nacido al poco tiempo de que España promulgara la Constitución de Cádiz y México librara su Revolución de Independencia. En tres o cuatro zancadas mi familia se remontaba por línea paterna a la Revolución francesa y las guerras napoleónicas.

Emeterio Celorio Santoveña (1858-1907). Así decía la lápida que señalaba el nicho central de la cripta en el que mi abuelo yacía flanqueado por sus dos esposas. Flanqueado no, porque los cuerpos de las dos mujeres que se sucedieron para acompañarlo en la vida no reposaban a ambos lados de su nicho, sino una encima de él, mi abuela Loreto Carmona, y la otra, Emilia del Barrio, su segunda esposa, debajo.

Nadie me había hablado a mí directamente de mi abuelo. Es cierto que de niño había oído mencionar en casa varias veces su nombre, sí, pero sin saber bien a bien quién era ni qué relación tenía conmigo. Lo único que me llamaba la atención era ese nombre largo y eufónico que, si lo desdoblaba en sílabas —*E-me-te-rio*—, me sonaba rimbombante y, si lo decía de un tirón —*Emeterio*—, me daba risa. Pero entonces no pensaba que quien se llamaba de ese modo era el padre de mi padre, porque tampoco comprendía bien a bien el significado de la palabra *abuelo* —¿cómo, si los cuatro que me tocaron en suerte habían muerto antes de que yo naciera? Y porque nadie se tomó nunca la molestia de explicarme algo tan simple como que tu abuelo es el papá de tu papá o el papá de tu mamá, y que tu abuela es... Con trabajos entendía el significado de la palabra *papá*, porque el señor que todas las noches depositaba su dentadura postiza en un vaso de agua, que no salía de casa más que en contadas ocasiones, que —bata, boina y pantuflas— se pasaba la vida sentado a su escritorio escribiendo cartas e inventando artilugios; el señor que había perdido el oído y traspapelado la memoria; el señor, al que mis hermanos y yo —y hasta mi madre— le decíamos *papá*, que a veces me sentaba cariñosamente en sus rodillas para hacerme caballito, en nada se asemejaba a los papás de mis compañeros de la escuela. En cambio, el papá de Picho, el de Marco Antonio, el de mi tocayo Gonzalo Casas mucho se parecían a algunos de mis hermanos mayores, como Benito, que vestía traje y corbata, desayunaba de prisa viendo el reloj, iba a trabajar, tenía coche y usaba portafolios... Si no entendía del todo la palabra *papá*, cómo iba a entender la palabra *abuelo*.

También escuché varias veces que ese Emeterio que resultó ser mi abuelo —el papá de mi papá— era hijo de dos viudos, que habían contraído segundas nupcias y lo habían tenido a él como único vástago común. Pero yo nunca fui destinatario de esas historias que de vez en cuando asomaban a la plática de los mayores, sino un mero escucha distraído, que me quedaba con algunas imágenes inconexas y distorsionadas: una viuda que se viste de negro para casarse por segunda vez y que en lugar de azahares tiene en el pecho un ramo de amapolas moradas; un hogar austero, perdido en una montaña adonde solo pueden subir las cabras; un hijo triste que desde niño no piensa en otra cosa que escaparse de su casa.

El nombre de *Emeterio* podía causarme lo mismo admiración que risa, pero el de *Vibaño*, que de tarde en tarde saltaba a la sobremesa, solo me daba risa. ¿Cómo disociarlo, con esa terminación, de otras palabras como *lavabo*, *tina*, *escusado*?

Vibaño es el nombre de un pequeño caserío de Asturias, trepado en la montaña —y no obstante cercano al pueblo marinero de Celorio de donde procede tu apellido—, en el que nació tu abuelo Emeterio y del que emigró cuando apenas era un mozalbete, con una mano delante y otra detrás como se dice, para «hacer la América».

Cuando a mediados del siglo XIX se levantó la malamente acatada prohibición de emigrar a las antiguas colonias españolas que habían alcanzado su independencia y se habían convertido en flamantes repúblicas hispanoamericanas, numerosos jóvenes de Asturias, Galicia, las entonces llamadas Provincias Vascongadas, Cataluña, Islas Canarias abandonaron sus pueblos para buscar fortuna en el Nuevo Mundo como en tiempos del descubrimiento y la conquista lo habían hecho andaluces, extremeños, castellanos.

Al amparo de la nueva disposición, Belarmino Celorio, primo hermano de tu abuelo y varios años mayor que él, había tomado la grave decisión de emigrar a Cuba. No fue ese su destino final porque, tras pasar una temporada en La Habana, acabó por trasladarse a la ciudad de México, donde se abrió camino en el negocio de la importación y el comercio de productos ultramarinos (ultramarinos para México, porque para España los ultramarinos eran el cacao, el tabaco, las papayas, que procedían de América). En sus frecuentes y entusiastas cartas que enviaba desde el otro lado del océano a Llanes, la cabecera del Concejo al que pertenece Vibaño, acompañadas de fotografías que lo mostraban esplendente y elegantemente ataviado con un traje de tres piezas que jamás habría vestido en el pueblo, instaba a su primo menor a que lo siguiera en su aventura americana, que en realidad para Emeterio ya no sería tal, pues, según le decía en tonos exultantes y sencillos, ya tenía la mitad del camino recorrido. Precisamente para desbrozarlo, él, su primo, le había tomado la delantera. Emeterio lo podría ayudar en el negocio de abarrotos, que poco a poco, con la gracia de Dios y con su esfuerzo, prosperaba. Al principio, Belarmino solo podría procurarle algo más que casa y sustento, pero al cabo del tiempo, si trabajaba con esmero, como esperaba, podría llegar a convertirse en socio coaccionario de la empresa. Y no tendría que sufrir las penalidades que él había padecido desde que dejó el terruño, ni se vería obligado a realizar tantos trabajos como los que él había tenido que ejercer desde que llegó a Cuba hasta que por fin echó raíces en la ciudad capital de la vieja Nueva España, donde contrajo matrimonio con una mexicana.

Emeterio no tenía a qué quedarse en un pueblo como Vibaño. Ahí no había trabajo. Ni futuro. La industria del acero y la explotación de minas de carbón provocaron que la riqueza se concentrara en los municipios centrales de Asturias, mientras que los periféricos, dedicados a la agricultura, como el de Llanes, situado en el extremo oriental de la provincia, se empobrecieron. Y es que el campo también se había visto sometido al influjo de la modernidad industrial, que privilegió la ganadería de leche sobre el cultivo de cereales, por lo que las tierras labrantías se habían ido transformando paulatinamente en pastizales. Los campesinos, que no obstante el flujo de la población hacia las ciudades centrales habían crecido en número a causa del incremento demográfico general que se dio en toda España por aquellos años, estaban condenados a la desocupación y por tanto a la pobreza. La emigración, pues, se volvió el destino de muchos aldeanos solteros, como tu abuelo, que no estaban calificados para laborar en las modernas industrias de las ciudades asturianas más aventajadas. Pero no solo fueron el desempleo y la penuria lo que los hizo dejar sus caseríos y emprender la aventura americana. También huían del servicio militar obligatorio. De salir sorteados con «el quinto», podrían ser llamados a filas por espacio de hasta siete y ocho años y enviados a combatir en guerras que no todos sentían tuyas, como la que España acababa de librar en África contra los marroquíes que presuntamente amenazaban su soberanía en Ceuta y en Melilla. Justamente por ahí —según se proclamaba oficialmente en términos patrióticos para reclutar a los jóvenes asturianos— los moros habían invadido la península en los comienzos del siglo VIII hasta que su beligerante expansión fue detenida por las fuerzas del invicto rey Pelayo, que los derrotó en la batalla de Covadonga.

La familia de tu abuelo no era pobre. Tenía una de las mejores casas del pueblo de Vibaño, conocida como La Texa, con su huerto aledaño, cercado de frondosas y retorcidas higueras de San Miguel, en el que cultivaban, más para el consumo familiar que para la venta, coles, lechugas, escarolas, tomates, cebollas, patatas y puerros; un hórreo de seis pegollos bien abastecido de manzanas ruiloba en el invierno, además de jamones, morcillas, chorizos y hojas de tocino todo el año; un jardín vallado oloroso a laurel y hierbaluisa en el que crecían el romero, el tomillo y la hierbabuena para la cocina y, para el ornato, las gigantescas hortensias que se extendían durante el verano por toda la región. Era propietaria también de dos vacas lecheras, un pollino de carga y una docena de gallinas ponedoras. Pero su manutención provenía de una no pequeña pomarada de manzanas sidreras que cada dos años por lo menos, cuando los árboles se cargaban de fruta y había recolección, le procuraba muy

buenos dividendos. Pero aun así, no tenía el dinero suficiente para abonar los seis mil reales de *redención* que exigía la Ley de Reemplazo del Ejército para que Emeterio quedara exento de realizar el servicio militar. Tu bisabuelo no quería que su hijo acabara bajo banderas durante los mejores años de su juventud. Pero tampoco hubiese permitido que se fuera a América en condición de prófugo o desertor, como se lo proponían los enganchadores de las compañías navieras, que se comprometían a sacarlo clandestinamente por Leixoes, Gibraltar o Le Havre. Así que se vio precisado a hipotecar la pomarada para pagar la redención que lo eximiera legalmente de enrolarse en el ejército, más los setecientos reales que costaba el pasaje de tercera clase en un vapor trasatlántico que lo llevara a Cuba y otros tantos para su equipamiento y para su traslado a Veracruz y después a la ciudad de México, donde lo reclamaba Belarmino. Lo animaban la certidumbre de que las cualidades de Emeterio, su tesón, su constancia y su ingenio, lo harían triunfar en América, al lado de su sobrino Belarmino, y la confianza en que, andando el tiempo, el propio Emeterio se encargaría de liquidar con las remesas que enviara desde México la hipoteca del pomar.

Ricardo del Río, vecino del cercano pueblo de Rales y amigo de Emeterio, también contaba con un pariente que se había marchado a México y le ofrecía trabajo en el ramo de los textiles en el que había prosperado. Juntos, Ricardo y Emeterio alimentaron sus ensoñaciones juveniles con la leyenda secular que hacía de América la tierra de la abundancia y de la promisión, como se habían encargado de propalarlo no solo los cronistas de antaño, que ninguno de los dos había leído, sino los indianos que habían vuelto a las aldeas vecinas enriquecidos y cuyas obras y desplantes ellos habían visto con sus propios ojos: las opulentas residencias con que se empeñaban en reproducir el paisaje y el colorido americanos, los ostentosos regalos que brindaban a la parentela, las generosas dádivas que ofrecían a la Iglesia. Como los emigrantes que no se abrían paso en América preferían no volver y evitar de esa manera el baldón de su fracaso, se pensaba que todo asturiano que emigraba a aquellas tierras tarde o temprano acababa por triunfar. Así que Ricardo y Emeterio decidieron emprender juntos la aventura. Ya un enganchador de la naviera A. López Co. les había ofrecido estupendas condiciones para cruzar el Atlántico y los había deslumbrado con las maravillas y facilidades del viaje que sus respectivas familias habrían de patrocinar.

La madrugada del 15 de septiembre de 1874, Ricardo esperaba a Emeterio, como lo habían convenido la víspera, en la plazoleta del pueblo de Vibaño, bajo las ramas del roblón centenario. Ya estaba ahí Policarpo, el

jornalero que trabajaba temporalmente en la recolección de manzanas de la pomarada, quien se había prestado graciosamente a llevarlos en su carreta tirada por bueyes a Llanes, de donde el enganchador los trasladaría a Santander. No saldrían por Gijón, como habían salido tantos emigrantes asturianos —entre ellos Belarmino—, porque ese puerto, si bien más cercano a Llanes que el santanderino, no tenía las condiciones para el embarque y el desembarque de los vapores de gran calado —como el que abordarían— que habían venido reemplazando a las corbetas y los bergantines de navegación a vela.

Emeterio había colocado en la carreta, junto al de Ricardo, el baúl en el que llevaba su equipamiento. Puso también un zurrón con un trozo de pan y otro de borona, un chorizo y unas sardinas arenque que había sacado de la masera de su casa, y dos guajes con agua.

Los dos amigos se treparon a la carreta. Policarpo arreó los bueyes y Ricardo y Emeterio, conducidos por el jornalero, emprendieron el camino por el que no habrían de regresar jamás. Conforme el sol iniciaba su ascenso, iban quedando atrás el desperezado canto de los gallos, los tercos balidos de las cabras, el olor del pan y del aceite.

Emeterio ya conocía el mar. Varias veces había incursionado hasta la costa cántabra y en alguna ocasión había visitado el pueblo que tenía por nombre su apellido: Celorio. Pero la única ciudad que conocía era Llanes, así que Santander, con sus avenidas sombreadas por palmeras, su interminable malecón, sus generosas playas, los edificios aduanales y las instalaciones portuarias que cargaban y descargaban barcos procedentes de países muy distintos y distantes, le pareció cosa de otro mundo, sin imaginar entonces que, tan pronto cruzara el océano, mudaría su natural condición rural por otra urbana que lo marcaría de por vida. Cambiaría, irreversiblemente, alpargatas y almadreñas por zapatos, veredas por calles, montes por edificios, carretas por tranvías...

Tres días después de haber llegado a Santander y de hospedarse en una fonda de mala muerte que el enganchador se encargó de cobrar a un precio más alto que el estipulado, Emeterio y Ricardo se embarcaron en el vapor mercante de la Compañía A. López que zarpó rumbo a La Habana. Fueron recluidos en el sollado, esto es en las cubiertas inferiores del buque donde se encuentran los pañoles atestados de pertrechos y herramientas y los alojamientos de entrepuente, de acuerdo con los pasajes de tercera clase que sus respectivas familias habían comprado a plazos.

Tras diecisiete días de cocido de habichuelas y patatas alternado con garbanzos y agua a discreción; diecisiete días de mareos, malos tratos y mal sueño en camarotes de seis literas de cuatro camas cada una; diecisiete días de ilusiones, vómitos, diarreas, miedos, extrañamientos, fabulaciones y confabulaciones, juramentos de amistad eterna y ambiciones confesas, Ricardo y Emeterio desembarcaron en La Habana el 5 de octubre.

De esas historias que de vez en cuando afloraban en la conversación de los mayores, me quedé entonces con dos expresiones que me parecían raras o graciosas: *hacer la América* y *una mano delante y otra detrás*. Y con una tercera, *dormir en la trastienda*, que también se repetía cuando se hablaba de los duros sacrificios y las muchas privaciones que sufrió Emeterio y de los arduos trabajos que acometió para hacer fortuna —es decir, *para hacer la América*, según lo entendí después.

La frase *hacer la América* me parecía extraña, porque América, según lo supe cuando entré a primer año de primaria, ya estaba hecha antes de que Cristóbal Colón dizque la descubriera. Tuve que entrar a secundaria para darme cuenta de que lo que esa frase significaba era *hacerse con América*, es decir conquistarla, beneficiarse de ella, enriquecerse a costa de su prodigalidad. La frase *una mano delante y otra detrás* me hacía gracia, como cualquier metáfora que se toma en sentido literal: me imaginaba al tal Emeterio, de joven, encuerado en la proa del barco en que vino, tapándose el culo con la mano izquierda y el pito con la derecha —o al revés—, y tardé tiempo en descubrir que tal frase no significaba que fuera pudoroso, sino pobre. Y lo de *dormir en la trastienda* lo entendí más pronto de lo que hubiera querido. Al año siguiente de la muerte de mi padre, mamá me mandó durante las vacaciones de fin de año a trabajar con mi hermano Alberto a Matehuala, San Luis Potosí, para que me hiciera hombre, sin saber que tal consigna no solo se refería a aprender a trabajar, como ella creía, sino iniciarse, si la ocasión lo favorecía, en las veleidades de la sexualidad. Tenía un catre atrás del mostrador de La Central, el comercio de telas y de ropa al mayoreo que mi hermano había establecido en esa zona desértica del norte del país, y ahí dormía cuando al caer la noche se cerraban tras de mí las cortinas metálicas del establecimiento, como lo hizo tu abuelo en la tienda de abarrotes y ultramarinos de Belarmino en la que trabajó arduamente en la ciudad de México, y de la que se independizó antes de ser socio de la empresa, para montar su propio negocio de fabricación, importación, distribución y venta de bebidas alcohólicas, con el que hizo la América para fortuna —y también para desgracia— de sus descendientes.

Un amasijo promiscuo de clips, una goma de borrar de dos colores, una pluma fuente negra y gorda, unas tijeras damasquinadas que mi hermano Miguel le trajo de Toledo, una regla de madera, una perforadora de pinza que hacía hoyos rombales como las que usaban los inspectores del tranvía para cancelar los boletos de los pasajeros, una cinta métrica flexible y enroscada en un elegante estuche de cuero que tenía en el costado una manivela dorada, un carrete de cinta aislante y otro de papel pegol, un lápiz bicolor, unas pastillas de orozuz —sen sen— para contrarrestar su aliento de fumador perenne, unas llaves diminutas, una lupa, un abridor de cartas en forma de espada tizona que hacía juego con las tijeras toledanas, un papel de lija color ladrillo, un bote de espita alargada con el que cargaba su encendedor de gasolina, unos sobres color manila con broches de lámina abatibles, un secante verde y cartografiado por manchas de tinta y letras invertidas, unas libretas de cubiertas jaspeadas, las armazones de carey de unos anteojos pretéritos, unas tarjetas de presentación obsoletas que ostentaban el membrete de la Secretaría de Relaciones Exteriores y le conferían el extemporáneo cargo de canciller mexicano destacado en la República de Cuba.

Más para matar el tiempo, tan dilatado desde que dejó de trabajar, que para poner orden en sus cosas, de tarde en tarde mi padre expurgaba las gavetas de su escritorio. Como el prestidigitador que saca palomas, pañoletas y conejos de una chistera, iba amontonando ante mis ojos azorados de niño, sobre la espaciosa superficie del mueble —que acababa por asemejarse a un tenderete de bazar—, los numerosos enseres de su jubilación y muchos papeles, dispuestos en sus respectivos cartapacios, algunos unidos en legajos mediante lazos verdes de seda (parecidos a los listones rematados por una medallita de los misales y las biblias) y lacrados con sellos de la Dirección de la Propiedad Industrial de la Secretaría de Economía, que certificaban, con el águila y la serpiente del Escudo Nacional por testigos, las patentes de sus numerosos y desventurados inventos.

El dispositivo espolvoreador de sustancias granuladas, como la sal de uvas que tanto necesitaban los reflujos de su estómago. La cajita habilitada con una cinta que tenía la virtud de expedir los fósforos de uno en uno o, de una en

una, las boquillas de los cigarrillos o las grageas medicinales. Los círculos fosforescentes que habrían de pegarse en los respaldos de las butacas del cine para que delataran, iluminados por el reflejo de la luz de la pantalla, cuáles asientos estaban desocupados, y por tanto disponibles, en aquellos tiempos de la permanencia voluntaria, cuando se podía llegar a media función y esperar, en la siguiente, el momento en que se había llegado a la anterior. El indicador de fin de página para máquinas de escribir, que era una suerte de semáforo de celuloide que se adhería a la hoja de papel antes de colocarla en el rodillo y anunciaba anticipadamente el final de la página con los colores que iban apareciendo: con un círculo verde indicaba, tras veintiséis renglones, que se podía seguir escribiendo; con uno amarillo, que solo quedaba un renglón disponible y con otro rojo, que el espacio se había agotado y era imperativo retirar la hoja del rodillo. Uno de esos inventos era un *dispositivo* (comodín verbal que papá utilizaba con frecuencia para referirse a cualquier objeto de su invención que, justamente porque apenas se estaba inventando, carecía de nombre) que se atornillaba al marco interior de una puerta. Era de bronce, tenía forma cilíndrica y contaba con un pistón que pendía, sujeto por un resorte, sobre un cartucho de pólvora. Al abrirse desde afuera, la misma puerta empujaba el pistón que, impulsado por el resorte, percutía el fulminante. Sonaba como si fuera un balazo. Previsiblemente, el ladrón que osara abrir la puerta así habilitada saldría despavorido creyendo que desde el interior de la casa habían disparado un arma de fuego contra su persona. Se trataba, pues, de una alarma preventiva, que hasta donde sé nunca disuadió a ningún maleante pero sí nos asustó varias veces a mis hermanos y a mí, víctimas experimentales de las invenciones de papá, al volver a casa de la escuela.

El escritorio de mi padre era grande, negro, metálico. Su marca, DM Nacional, estaba inscrita en una placa de latón remachada en la cara frontal de una de las gavetas. Tenía tres cajones del lado derecho; solo dos del lado izquierdo porque uno de ellos, el de abajo, era más hondo que los otros y hacía las veces de archivero, y otro más, poco profundo pero muy extenso, en el centro, donde guardaba muchos de esos utensilios que yo tanto codiciaba. Arriba de los cajones de ambos lados contaba con sendas repisas, que se extraían a voluntad para soportar un libro, una resma de papel o una taza de café. Su amplia superficie estaba cubierta por un fino linóleo sujeto en las cuatro esquinas por unos chapetones triangulares de acero cromado. Y el linóleo, a su vez, estaba protegido por un vidrio grueso, ligeramente verdoso, abajo del cual se habían ido infiltrando algunas fotografías familiares y varias

tarjetas que anunciaban servicios domésticos: Daniel Vela Gas (la compañía que nos surtía los tanques de butano, con la que teníamos el contrato, me acuerdo perfectamente, A 62 25 30 36 C), la tintorería Bombay de la calle del Bajío, la farmacia Ritz y los abarrotes La Providencia, ambos situados en la esquina de Baja California y Monterrey, la tlapalería La Estrella de Oro de Enrique Pacheco, de la calle Tonalá. Encima del escritorio estaba el teléfono, el único que había en casa, negro y pesado, solemne como conviene a un aparato que en ese entonces se usaba solo para comunicaciones importantes. Cuando sonaba, se esparcía entre todos los miembros de la familia un ligero sobresalto. ¿Quién será? ¿Qué habrá pasado? Y se hacía un silencio general hasta que mi madre o alguno de mis hermanos mayores tomaba la bocina y saludaba al interlocutor al tiempo que sonreía a la concurrencia para tranquilizarla, si no se trataba de ningún asunto grave. Es Miguel. O la tía Luisa. O el tío Paco. Papá nunca contestaba el aparato porque había empezado a perder el oído. Recuerdo el número de teléfono: 37 44 57.

Encima del escritorio también había algunos libros como el *Recetario industrial*, un diccionario español-inglés e inglés-español, los *Apuntes históricos, genealógicos y biográficos de Llanes y sus hombres*, sujetos por dos portalibros que representaban unos caballos asomados entre las trancas de un corral. Había además una caja de madera en forma de pequeño librero que contenía doce fingidos volúmenes. Sus lomitos curvos, también de madera y numerados del I al XII, se podían recorrer en cierto orden secreto para dejar por fin al descubierto una pequeña cerradura, cuyas llaves diminutas papá guardaba en el cajón central del escritorio. Y una lámpara con base de bronce y brazo metálico extensible, de gusano, que permitía dirigir concentradamente la luz sobre el libro que se estuviese leyendo o el papel en el que se escribía.

Aunque móviles y renovables, sobre el escritorio solía haber otros objetos: el periódico del día, una cajetilla de cigarros Delicados sin filtro, un encendedor de piedra y mecha y un cenicero grande, redondo, de vidrio, siempre rebosante. Una vez le pregunté a papá, viendo aquella montaña de colillas: ¿Todo eso te has fumado? Y él, con una lógica implacable, me respondió: No, eso es precisamente lo que no me he fumado.

Pero el objeto más significativo, sin duda, era la monumental máquina de escribir Remington, con sus teclas negras y enhiestas, su poderoso rodillo y su cinta bicolor, mitad negra y mitad roja, frente a la cual papá se pasaba horas, cumpliendo la difícil tarea de describir sus inventos y redactar las instrucciones de su funcionamiento. O escribiéndole a mamá en sus cartas cotidianas lo que quizá nunca podría haberle dicho de viva voz. O sobando

sus nostalgias en páginas que indefectiblemente acababan en el cesto de papeles.

La silla del escritorio era giratoria y reclinable. Tenía un soporte central del cual salían a su vez cuatro patas radiales con ruedas. Montados en ella, mis hermanos y yo dábamos vueltas lo más rápidamente posible como si se tratara de un juego mecánico de feria o nos desplazábamos a toda carrera por la estrechez de la habitación donde se encontraba. Pero seguramente fue en contadas ocasiones, porque desde que se jubiló, papá se pasaba sentado a su escritorio todo el día.

El escritorio estaba colocado contra la pared.

Tal vez por eso, la imagen que más recuerdo de mi padre es la de un hombre sentado de espaldas. Un anciano ya, aunque entonces tuviera los mismos años que los que yo tengo ahora que lo evoco; en bata, sin afeitar, cubierta la calva con una boina ancestral, envuelto en el humo de su cigarro y de espaldas al mundo. De espaldas al mundo aunque de frente a su imaginación, al amor inveterado que le profesó a mi madre, y a su nostalgia, que rumiaba en el silencio de su sordera.

A pesar de la admirable precisión con la que recuerdas el escritorio de tu padre, has olvidado, quizá para proteger tu corazón, el terrible desaguisado que se suscitó a su derredor una tarde de 1955. La única escena de violencia que presenciaste en el seno de tu familia y de la que no has querido acordarte.

Como bien sabes, tú, que tan denodadamente te esfuerzas en ejercitar la memoria para exorcizar la atroz enfermedad que pende sobre tu propia cabeza como un mal hereditario, vivían entonces en una casa de la calle de Tehuantepec en la colonia Roma de la ciudad de México. Tehuantepec 121, entre las calles de Medellín y Monterrey. Era una residencia vieja, de una sola planta y rodeada de jardín. Contaba con cuatro recámaras, aunque en la azotea se había construido de manera bastante hechiza un cuarto adicional. Fiel a la divisa católica de que hay que tener los hijos que Dios nos mande (por fortuna para ti, que eres el undécimo de los hermanos), la familia había crecido mucho y la casa se había vuelto insuficiente para alojarlos decorosamente a todos, tus padres y sus doce hijos —cuatro mujeres y ocho hombres—, sobre todo porque solo tenía un cuarto de baño, si bien este era espacioso y disponía de una tina, una regadera normal y otra de presión. Pero de poco servía esa amplitud cuando se trataba de vaciar el vientre porque no había un gabinete especial para el retrete, y el baño, entonces, no podía ser utilizado por más de una persona a la vez, lo que provocaba que con frecuencia se formaran filas

apremiantes ante su puerta. En una recámara dormían tus padres y tu hermana Rosa, la menor de la prole; en otra, muy pequeña, Virginia, tu hermana mayor, la única que exigía, en reconocimiento a su papel de madre reemplazante de los hermanos chicos, una habitación propia, como si hubiera leído *A Room of One's Own* de la Wolf, su tocaya inglesa; en una más, Carmen y Tere, las otras dos mujeres; en la última, Ricardo, Jaime, Eduardo y tú —los chicos—, dispuestos en literas, y en el cuarto de la azotea, los hermanos mayores —Miguel, Alberto, Carlos, Benito— que se encontraran en México, porque algunos, por diversos motivos —los estudios, el trabajo foráneo, la vida religiosa en algún caso—, no siempre vivían en esa comunidad entre castrense y monacal que era tu familia.

Así las cosas, tus padres le encargaron a tu hermano Miguel —el mayor de los hombres, el que llevaba, como primogénito, el nombre de tu padre— que construyera, en su condición de flamante egresado de la carrera de Arquitectura de la Universidad y con la asesoría del arquitecto Daniel Cami, que había sido su maestro, una nueva residencia que pudiera alojar a la familia completa y que acabó por tener una fisonomía entre hotelera y cuartelaria. Tiempo atrás, habían comprado ventajosamente un terreno en la colonia Florida, muy cerca de la recién estrenada Ciudad Universitaria en el Pedregal de San Ángel, que le confirió a toda la zona una notable plusvalía. El predio daba a una estrecha calle de terracería llamada de los Cedros, a cuya vera corría, disminuido y sucio, un trecho del río Magdalena en el que chapoteó tu infancia. Se localizaba entre las avenidas Insurgentes y Universidad, que entonces se llamaba Fernando Casas Alemán en honor a quien fue el regente de la ciudad cuando se construyó el nuevo y portentoso campus de la Universidad Nacional Autónoma de México; y más específicamente, entre las calles de Tecoyotitla al poniente y Margaritas al oriente. Para la adquisición de ese terreno, tus padres habían invertido todos sus ahorros y, para la edificación, pidieron un préstamo bancario al que respaldaba la propiedad de la calle de Tehuantepec, cuyo valor residía más en el terreno que en la casa propiamente dicha, y que se había puesto en venta desde que se determinó construir una nueva morada. El caso es que tu hermano Miguel, sin duda talentoso y bien intencionado pero todavía inexperto, no pudo sustraerse del mal que aqueja a todos los arquitectos o, por mejor decir, a quienes los padecen como clientes, que es el de duplicar, por lo menos, el gasto presupuestado para la construcción y tardarse tres veces más que el tiempo estipulado para concluir la obra. La casa de Tehuantepec ya se había vendido y tu padre se había comprometido con el comprador a

entregarla en una fecha precisa, la más tardía que pudo negociar y con la que tu hermano Miguel, según sus previsiones, estuvo de acuerdo. Pero el plazo de la entrega se aproximaba de manera inexorable y Miguel no había avanzado suficientemente en la construcción como para que pudieran mudarse antes de que se venciera. Quizá todo se hubiera resuelto con la negociación de una moratoria, pero ya no había dinero ni siquiera para sufragar un proyecto que fue incrementando angustiosamente su costo y, además, tu padre había dado su palabra de que entregaría la propiedad en la fecha convenida. Y él, como dijo en contadas pero contundentes ocasiones para educación edificante de sus hijos, era hombre de una sola palabra. Tanto, que había rechazado una oferta superior a la que originalmente había aceptado por la venta de la misma casa de Tehuantepec porque ya se había comprometido, aunque fuera solo de palabra, con el cliente al que acabó por vendérsela. Cuando se presentó el segundo ofrecimiento, tu madre, más pragmática que él, lo instó a reconsiderar el trato inicial en el que no mediaba ningún papel, ninguna firma, ningún documento formal, y solo se sostenía en un acuerdo verbal. Pero tu padre fue fiel a su palabra y no aceptó la nueva oferta.

De todo esto sabes y te acuerdas perfectamente, pero hay algo que has olvidado. Poco antes de que concluyera el plazo, se llevó a cabo una suerte de conciliábulo familiar, y también, de algún modo, contractual, en el que participaron tu padre, tu madre y tu hermano Miguel como protagonistas — aunque acabaron por ser antagonistas—, y del que tú, que andabas por ahí de sirimique, fuiste testigo involuntario aunque después hayas soterrado en algún resquicio inexpugnable de tu alma el lamentable suceso.

La escena transcurrió alrededor del escritorio de tu padre. Tu hermano llevaba un pequeño portafolios con las últimas cuentas y un tubo metálico con los planos de la construcción, que desenrolló sobre el escritorio. Después de revisar minuciosamente los estados financieros y de escuchar las explicaciones de Miguel a propósito del avance de la obra, que iba señalando en los planos de manera detallada, tu padre, con todo el ascendiente que aún tenía y que se vio terriblemente amenazado esa misma tarde, hizo la pregunta crucial: ¿Cuándo podemos mudarnos? Miguel expuso muchos razonamientos justificatorios pero al fin hubo de admitir que no se podía comprometer a terminar ni siquiera la obra negra antes de que venciera el plazo en el que teníamos que desalojar Tehuantepec. Tu madre, que siempre fue más operativa que tu padre, conminó a Miguel a que encontrara una solución, pues él se había comprometido desde que aceptó responsabilizarse del proyecto,

según le recordó, a terminar la obra en un tiempo determinado. Miguel argumentó que para acelerar el trabajo necesitaba contratar personal extra, lo que necesariamente incrementaría aún más el presupuesto, y que ni aun así aseguraba tener la nueva casa en condiciones de habitabilidad en la fecha predeterminada. Tu padre, con la prudencia que lo caracterizaba, trató de mediar para apaciguar los ánimos, que empezaron a caldearse, y encontrar alguna solución intermedia, pero tu madre pasó de la exigencia al reclamo. Y Miguel, del recuento de las dificultades para entregar la obra a tiempo a la negación categórica de poder hacerlo. Tu madre, angustiada ante el inminente peligro de que la familia fuera desahuciada de su hogar sin tener dinero para alquilar, así fuera provisionalmente, una vivienda que albergara una prole tan numerosa, se exaltó y le reprochó a Miguel su irresponsabilidad. Miguel, que siempre fue de mecha corta y que consideraba que el retraso se debía a ciertos imponderables que estaban fuera de su competencia, explotó. Tu madre se exasperó de palabra; tu hermano, de acto. Ella lo incriminó. Él dio un puñetazo sobre el escritorio y, sin que hubiera sido su propósito, rompió el vidrio que protegía la superficie. Tu madre se sintió agredida y reprobó la desmesurada exaltación de Miguel. ¡Mira nada más lo que has hecho, ya rompiste el vidrio!, y él, fuera de sí: ¡Yo lo pago! Tu madre dijo que ya era mucho dinero el que le habían dado para la obra y encima rompes el vidrio del escritorio de tu padre. Miguel volvió a golpear el cristal, ahora con la deliberada intención de estrellarlo y utilizando para ello el tubo de los planos porque se había lastimado la mano derecha —la del exquisito dibujante y magnífico trazador de proyectos—, que le sangraba. Tu padre había perdido la ilación del diálogo a pesar de los decibeles que fueron aumentando con la exacerbación de los ánimos, o quizás a causa de ellos. Acorralado entre la energía de tu madre y la furia de tu hermano, se limitó a pedir calma, pero su petición solo acabó de irritar a Miguel, que volvió a dar otro golpe con el tubo sobre el cristal. Y otro: Si yo lo voy a pagar, voy a hacer con él lo que se me pegue la gana. Y golpeó, golpeó, golpeó, hasta que lo hizo añicos. A tu padre, que era un hombre de palabra, le faltaron justamente las que a tu madre le habían sobrado. Y a Miguel, tan mal administrador de las suyas, aunque fueran muchas, sofisticadas y cultas, le ganó su carácter impulsivo. Le ganó la ira.

Salió de la escena, que tú, mirón, metiche, entrometido, habías presenciado como estupefacto e indiscreto escritor en potencia que optó, no obstante, por eliminar de su memoria el incidente. Te tomó en sus brazos. A pesar de su mano derecha ensangrentada, te alzó de los codos, a la altura de su

cabeza. Trató de sonreír. Lo logró, aunque con cierto rictus demoníaco, y te dijo:

—¡Tu madre es un monstruo! —Y se fue a toda prisa dando un portazo.

Tú tenías seis años de edad. No: ya habías cumplido siete cuando esa tarde tu hermano Miguel te hizo cómplice privilegiado de las desmesuras de su temperamento, tu madre sufrió un duro revés en la autoridad moral que siempre había ejercido y tu padre dejó de ser tu padre para convertirse en un abuelo al que siempre has recordado de espaldas, sentado a un escritorio sin vidrio.

Nos mudamos a la casa de la calle de Cedros cuando todavía se encontraba en obra negra.

Estaba techada, ciertamente, y contaba con los servicios elementales de agua corriente y energía eléctrica. Ya se había colado el firme de cemento de los pisos, pero aún no se había colocado el mosaico que lo cubriría. Las paredes, grises, sin enyesar ni pintar, todavía supuraban humedad. No había más puertas que la que daba a la calle y las de los baños, de modo que comíamos, estudiábamos y dormíamos a puerta abierta o, por mejor decir, a vano abierto. El jardín era solo un terraplén donde se había depositado el cascajo de la obra —vigas, maderos de cimbra, varillas retorcidas, costales vacíos, montículos de mezcla, ladrillos rotos. La cochera, cubierta de aserrín y de virutas y olorosa a madera recién cepillada, no había perdido su perentoria condición de taller de carpintería para dar paso al Ford 49 de mi hermano Miguel y al Chrysler 42 de mi hermano Benito, que durante los primeros meses posteriores a la mudanza pernoctaban en la calle desierta.

Albañiles de gorro de papel periódico salpicado de cemento, pintores de brocha gorda, barnizadores, plomeros, electricistas deambulaban, campantes, por la casa, que hasta entonces había sido suya, como si fueran sus habitantes legítimos y permanentes, mientras nosotros nos veíamos reducidos a asumir el papel de intrusos que ellos nos adjudicaban. Nos supeditábamos a sus horarios y sufríamos su constante intromisión en la intimidad de la vida familiar —esas miradas socarronas, descalificadoras o lascivas que se posaban imprevisiblemente en el rezo consuetudinario que musitábamos antes de comer, en nuestros melindres de urbanidad o en las cabelleras húmedas de mis hermanas al salir del baño. Por la mañana percibíamos el olor del carbón y de las tortillas recién echadas sobre el comal a su temprana hora del almuerzo; todo el día oíamos la música guapachosa de sus radios, y siempre estábamos expuestos, principalmente los hermanos chicos, a la agudeza de

sus albures, que no entendíamos y de los que, a juzgar por sus risillas pícaras, éramos víctimas propiciatorias. En esos primeros meses que habitamos la casa en contacto permanente con los albañiles, incorporé a mi paladar el gusto por el chile, los fideos secos y las tortillas azules que me convidaban del itacate que les traían sus mujeres; admiré la maestría de sus oficios; me llené, por jugar entre la cal y la arena, las manos de mezquinos que mamá trataba en vano de erradicar a fuerza de nitrato de plata, y enriquecí mi vocabulario de niño con siete palabrotas.

Durante semanas, como si estuviéramos en un campamento, nos vimos obligados a comer platillos fríos, salvo aquellos excepcionales que se guisaban en una parrilla eléctrica al altísimo costo que marcaría el primer recibo de la luz que llegó a Cedros, y a bañarnos con agua fría antes de que el gas quedara debidamente instalado. Cuando por fin se instaló, mi hermano Jaime y yo teníamos que llevar a costas el tanque vacío a lo largo de tres cuadras, desde la casa, cruzando Tecoyotitla y Artistas, hasta la avenida Insurgentes, donde esperábamos, para reponerlo, el camión repartidor, cuya corpulencia le impedía adentrarse por esa calle entonces estrechísima de Cedros. Esa calle hoy se ha convertido en uno de los arroyos de la avenida Vito Alessio Robles y dispone de un hermoso y ancho camellón que se sobrepuso al río de mi infancia.

A pesar de las incomodidades que sufrimos hasta que la obra quedó terminada en la versión más austera del proyecto original, nos sentíamos felices en esa casa de dos plantas que tenía, una al lado de otra, como si fuera motel carretero o cuartel del ejército, siete espaciosas recámaras —una de ellas, la de Miguel, que albergaba su maravillosa biblioteca—; tres baños completos —uno en la planta baja para mis padres, Miguel y las visitas, y dos arriba, uno para los hombres y otro para las mujeres, situados en los extremos del larguísimo pasillo al que daban las habitaciones; un comedor en el que los días festivos cabíamos todos sentados en sillas individuales y no en bancas, como las del antecomedor, suerte de refectorio que reproducía la estrechez atávica de la casa de Tehuantepec, en el que cotidianamente desayunábamos, comíamos y cenábamos por tandas; una terraza donde nos asoleábamos en traje de baño y nos mojábamos a manguerazos; un largo jardín que pasando el tiempo se convirtió en generosa cancha de bádminton y voleibol, y una estancia gigantesca en la que se hicieron fiestas de baile, se celebraron las bodas civiles de tres de mis hermanas y, la noche del 15 de junio de 1962, se veló el cadáver de mi padre.

La tienda de Belarmino se llamaba Los Picos de Europa y estaba ubicada en la calle de Roldán, en el corazón de La Merced, frente al embarcadero del canal por el que navegaban las trajineras, cargadas de legumbres, frutas, verduras y otros bastimentos.

En el enorme vano que dejó el Convento de los Mercedarios, que había sido demolido recientemente, como tantos otros, a resultas de la expropiación de los bienes de la Iglesia decretada tras la Guerra de Reforma, se concentraron los comerciantes de toda laya que antes ambulaban, dispersos, por la ciudad entera. Ahí, en La Merced, se trasegaban todas las mercaderías imaginables en medio de un hervidero humano que iba y venía, compraba y vendía, almacenaba y distribuía, ofrecía y regateaba; descargaba carretas; transportaba costales de frijol, de garbanzo, de lenteja; estibaba huacales de frutas y verduras; anunciaba productos; pregonaba servicios... Marchantes, cargadores, afiladores de cuchillos, aguadores, verduleras, carniceros, pajareros de jaulas cantarinas en la espalda, panaderos de canasta en la cabeza, merolicos, curanderos, ensalmadores, pordioseros, músicos ambulantes, frailes mal disfrazados de paisanos para no infringir las nuevas leyes que prohibían la ostentación del culto religioso en la vía pública, ciegos de sonaja, borrachos trasnochados, beatas de velo negro, vendedores de lotería, prostitutas matutinas... una población de mestizos con más sangre india que española, muchos indígenas descalzos o calzados con huaraches y tocados con sombreros de palma que se comunicaban entre sí en lengua náhuatl y apenas masticaban el español, altivos y elegantes criollos y algunos gachupines que habían inmigrado recientemente, como el propio Belarmino, y otros que habían podido esquivar las leyes proclamadas después de la Independencia que decretaban la expulsión del país de todos los españoles.

La Merced fue el barrio que recibió a tu abuelo Emeterio cuando llegó a la ciudad de México. En La Merced vivió toda su vida. En La Merced prosperaron sus negocios. En La Merced contrajo matrimonio dos veces y dos veces enviudó. En La Merced nacieron sus hijos. En La Merced murió.

Merced a La Merced, tu abuelo se hizo mexicano.

El mismo día que llegó a la ciudad de México, tras diecisiete horas de viaje, Emeterio empezó a trabajar. En el ferrocarril que lo traía del puerto de Veracruz, también venía un cargamento con las mercancías que Belarmino importaba de España. No bien había reconocido y saludado a su primo, se vio compelido a cargar, con ayuda de Ricardo del Río (con quien también había hecho el trayecto terrestre de su recorrido) y de algunos tamemes que ofrecían sus servicios apostados en el andén de la terminal, las carretas que transportarían los toneles y los fardos desde la recién inaugurada estación de Buenavista hasta la aduana de la plaza de Santo Domingo. Una vez ahí, se descargaron las carretas para presentar ante los vistas aduanales los productos adquiridos y, tras cumplimentar los engorrosos trámites de importación y pagar los impuestos del caso, se volvieron a cargar para, finalmente, llevar la mercancía a la bodega de Los Picos de Europa en La Merced.

Emeterio se separó entonces de Ricardo, quien de inmediato se adscribió al negocio de textiles de su pariente, también sito en La Merced, y volvió a su trabajo sin ninguna tregua. Belarmino le dio la encomienda de colocar en su lugar los toneles de aceite de oliva y de vinos olorosos y desliar los tercios para acomodar los productos —latas de atún, sardinas portuguesas, anchoas cantábricas, angulas, mejillones, berberechos; conservas de peras y melocotones, quesos en aceite y en romero, embutidos, trozos de bacalao salado, botellas de *brandy* y anís— en las estanterías correspondientes, de donde pasarían, según la demanda, a los aparadores de la tienda.

En tareas semejantes, más de peón que de tendero, se ocupó Emeterio durante los primeros meses de trabajo. Después, cuando ya había habituado los oídos a las palabras y los giros del habla mexicana —con tantas voces provenientes del náhuatl, para él impronunciables, y tantos eufemismos, circunloquios y diminutivos—, pudo atender a la clientela en el mostrador. Para ello, se vio obligado a suavizar sus rústicos modos y ponerlos, hasta donde le fue posible, a tono con los remilgos de la cortesía que las costumbres locales imponían —en qué puedo servirle, qué se le ofrece, muchas gracias, de nada, por favor, compermisó— que a él le parecían excesivos, innecesarios y a veces desesperantes, por qué no le llamarán *pan* al pan y *vino* al vino. Más adelante, se fueron sumando a estas labores otras de mayor gravedad, como levantar el inventario de la bodega, suplir ocasionalmente a su patrón en la caja registradora y, al cierre del establecimiento a las nueve de la noche, realizar con Belarmino el balance contable del día. En esta actividad, Emeterio impresionó a su primo con el talento natural que, a pesar de sus escasas letras y sus pocos números, tenía para sumar largas listas de

cantidades sin necesidad de anotarlas. Al principio, el primo mayor se creía obligado a ratificar, papel y lápiz en mano, las cifras que le daba Emeterio, pero al ver que nunca se equivocaba, acabó dándolas por buenas, pues ponerlas en duda solo revelaría su propia incapacidad de hacer por sí mismo lo que el muchacho practicaba de manera tan espontánea. En poco tiempo, pues, Emeterio subió tres o cuatro peldaños en la escala de las sucesivas tareas que le asignó Belarmino, aunque no recibió por ello una remuneración mayor. Mucho le hubiera gustado que así fuera porque le afligía la desvalidez en que había dejado a sus padres y quería empezar cuanto antes a pagar la deuda que había contraído con ellos.

En las reiteradas cartas que Belarmino le había escrito a Emeterio para convencerlo de que lo acompañara en su empresa, le había prometido casa y sustento, pero no le había especificado las condiciones de su hospedaje y de su alimentación. La casa realmente no era casa; era una bodega: la trastienda, donde Emeterio dormía en un catre (no más mullido, por cierto, que el colchón del camarote del vapor en el que cruzó el Atlántico, pero al menos, pensaba, más estable que aquel), velado por todo género de abarrotos, pero también desvelado por la gran convocatoria que el olor de los quesos en aceite tenía en las ratas, que asomaban sus hocicos hambrientos por los respiraderos del subsuelo. Disponía ahí mismo de un retrete que durante el día utilizaban sin ninguna higiene los otros tres empleados de la tienda; una palangana para lavarse la cara y las manos —y solo eso, porque el aseo comprendido entre la cabeza y los pies era de periodicidad mensual y se practicaba en los baños públicos del mercado—; un jabón que debía durar el mes completo y un mandil de tendero, que le cubría el cuerpo desde el cuello hasta las espinillas. Y el sustento apenas era sustento: la comida que Leonor, la mujer mexicana con la que se había casado Belarmino, le servía solo una vez al día en la casa del patrón, situada en la contraesquina de la tienda. A esa mesa no llegaban, entre semana, ni el jamón ni el queso ni el chorizo que se vendían en Los Picos de Europa, pero sí unos guisos extraños, en los que predominaba el color negro del mole, el cuitlacoche, el chocolate y el zapote, a los que Emeterio tuvo que acostumbrar no solo su paladar y su estómago, sino también la vista, que se resistía a autorizar la ingesta de semejantes alimentos funerales, que para mayor luto eran servidos en platos de barro oscuro. No se sorprendió con las tortillas, pues en Asturias se cultivaba el maíz, aunque se procesaba de otro modo, y la borona, que podía hacerle buena compañía a la fabada, nunca funcionaba allá, como la tortilla aquí, de plato y de cuchara. Lo que le llevó más tiempo y le costó no pocos ardores de lengua e irritaciones

de estómago, fue habituarse al chile, que se imponía a cualquier sabor original de los platillos que Leonor le servía con la promesa no cumplida de que no picaban. Pero, mujer, cómo me has dicho que no pica si esto es lumbre pura.

El salario de Emeterio era magro, porque Belarmino descontaba de él, como lo había anunciado, el alojamiento y la comida, pero aun así, el muchacho pudo ahorrar centavo sobre centavo la mayor parte de sus precarios estipendios. A no ser por un par de zapatos, el costo del baño mensual y una o dos cosillas más, no gastaba en nada. Se limitaba a comer una vez al día lo que Leonor le preparaba (aunque se enchilara) y protegía la poca ropa que había traído de Vibaño como parte de su equipamiento con el mandil de faena que no se quitaba más que para dormir —y los domingos, claro, cuando se reunía con Ricardo durante toda la mañana para recorrer gratuitamente la ciudad.

Acostumbrados como estaban a vivir en sus respectivas aldeas, que entre ambas, Rales y Vibaño, no juntaban más de treinta casas, Ricardo y Emeterio se deslumbraron con la magnitud y la energía de la ciudad de México, que no se limitaba a La Merced, donde ambos se la pasaban de lunes a sábado. La única urbe que habían conocido antes de emigrar era la pequeña ciudad de Llanes, pues realmente no habían conocido Santander, de donde habían partido; ni La Habana, por donde habían llegado al Nuevo Mundo; ni Veracruz ni Xalapa ni Puebla, por donde habían pasado. Las habían visto, sí, y se habían maravillado de ellas, pero no las habían vivido. La ciudad de México, en cambio, la vivían cotidianamente y cotidianamente la hacían suya. Los domingos se citaban en La Santísima, donde oían misa más por costumbre que por devoción y, al salir de ahí, encaminaban sus pasos por la calle de Moneda. Pasaban por la iglesia de Santa Inés, con sus puertas gemelas y sus cúpulas alicatadas; por Santa Teresa la Antigua y el Palacio Arzobispal, que, como borrachos tambaleantes, apenas podían guardar el equilibrio, mal parados como estaban sobre los terrenos movedizos de la antigua laguna, ya reducida a las acequias por las que aún trajinaban, como en los tiempos prehispánicos, las piraguas. Al acercarse a la Catedral, pasaban, sin sospecharlo, por encima de las ruinas del Templo Mayor de Tenochtitlan, cubiertas ahora por otros edificios virreinales que ostentaban, al igual que el Palacio de la Inquisición en la plaza de Santo Domingo o el antiguo Colegio de San Ildefonso, el color de sangre seca del tezontle. Y por fin desembocaban en la plaza Mayor, circundada por la Catedral y el Sagrario Metropolitano, el Palacio Nacional, el edificio del antiguo Ayuntamiento y el Portal de Mercaderes: el Zócalo. Nunca habían visto ni imaginado una plaza

tan grande, ni tan poblada. Por ella circulaba mucha y muy variada gente de a pie y en carretela, a la que se sumaba la que expulsaban de su seno los populosos tranvías que ahí tenían su paradero y que eran tirados por mulas porque la deleznable condición del suelo —o cuenca, mejor dicho— de la laguna desecada no soportaba el peso de las máquinas de vapor, cuando los vapores, en cambio, sí navegaban por el gran canal, desde La Viga hasta Xochimilco, pasando por Santa Anita e Ixtacalco. Gente de estratos diferentes, de distintos coloridos, de diversas procedencias, pero todos —hombres, mujeres, niños— endomingados, en su opulencia o en su modestia, con la religiosa obligación del descanso y el ánimo del paseo y de la diversión. De los edificios mexicanos, el que más le impresionó a Emeterio fue la Catedral, con sus altas y potentes torres, y el paredaño Sagrario Metropolitano, cuya doble fachada parecía un sutilísimo bordado milagrosamente respunteado en la dureza de la piedra. La primera vez que entró en la Catedral, quedó maravillado ante la magnificencia de sus retablos, el empaque de sus órganos, la elegancia de su ciprés, la riqueza de sus capillas y la enormidad de sus proporciones. No podía meterse en la cabeza que en ese lugar se venerara al mismo dios y a la misma virgen y a los mismos santos que se honraba en la iglesia de su pueblo —dedicada a san Pedro—, construida con las piedras apenas desbastadas de la montaña y sin más lujo que unos candelabros de latón que flanqueaban la imagen desportillada de la Virgen del Rosario, patrona de Vibaño.

Los edificios le podían impresionar, pero lo que más le gustaba eran las muchachas —vestidas de percal y enrebozadas, con sus largas trenzas negras a la espalda, barnizados de cobre sus rostros, refulgentes sus blanquísimos dientes, firmes sus quijadas, enhiestos sus pechos— que se tapaban la risa con la mano y se secreteaban cuando él y Ricardo las veían de frente con unas ganas juveniles que habrían de aplacar o de canalizar de otra manera hasta tener los medios suficientes para conquistarlas.

Después del paseo matutino, Emeterio se despedía de Ricardo y al filo del mediodía recalaba en casa de su primo. Ahí también comía los domingos, aunque de manera más holgada y placentera que entre semana, porque Belarmino solía convidar a su casa los días festivos a algunos comerciantes españoles, asturianos casi todos, con los que había trabado cierta amistad y mantenía relaciones mercantiles. Les hacía preparar una fabada con sus correspondientes cocimientos de chorizo, morcilla y panceta. Por lo general, la sobremesa se prolongaba hasta la noche y la conversación versaba sobre los negocios, las noticias de ultramar recibidas en alguna carta y, cuando el vino

se escanciaba de más, salían a relucir las bondades del terruño lejano. Quien más, quien menos, todos extrañaban la sidra, las gaitas y las hortensias, y se quejaban de la holgazanería o del carácter huidizo e indescifrable de los mexicanos y de la aversión que les tenían a los españoles, aunque tales mexicanos se apellidaran González, Gómez o Fernández.

Al cabo de un año de trabajo, Emeterio, que no se había comprado ni un algodón de azúcar en La Alameda y apenas miraba de reojo los aparadores de las tiendas de la afrancesada calle de Plateros en sus paseos dominicales, pudo mandar a Vibaño la primera de las sucesivas remesas con que empezó a saldar la cuenta de su redención militar: un giro expedido a cargo de banqueros llaniscos que, una vez descontadas las altas comisiones del caso, se lo hicieron efectivo a su padre en la ciudad de Llanes.

No voy a relatarte los muchos sacrificios que hizo tu abuelo Emeterio antes de que su ingenio, su temple y su ambición le abrieran las puertas de la fortuna. Me salto varios eslabones de esta cadena, que no harían sino acentuar los tópicos de la emigración española. Me limito a decirte que finalmente no se asoció con Belarmino, quien ni por un instante dejó de ser su patrón para ser simplemente su primo. Pero siempre habría de agradecerle que, andando el tiempo, le hubiera delegado dos tareas que le resultaron providenciales: recoger en la estación de Buenavista la carga de los productos que importaba y hacer los trámites en la llamada Mesa del Viento de la aduana para pagar el 15% de gravamen fiscal. El cumplimiento de la primera tarea lo fue vinculando con un negocio local que encontró en el ferrocarril su florecimiento y su expansión y en el que tu abuelo hizo sus primeros escarceos mercantiles por cuenta propia —el negocio del pulque. Y el cumplimiento de la segunda lo adiestró para que más adelante pudiera dedicarse con sus propios medios a la importación de vinos y licores.

Con el desarrollo del transporte ferroviario en los tiempos de Porfirio Díaz, el pulque, la bebida alcohólica de tradición prehispánica, que, por su condición perecedera, se consumía preferentemente en las poblaciones cercanas a los lugares en los que se cultivaba el maguey, pudo transportarse con facilidad y rapidez desde los llanos de Apan, donde se producía en abundancia, a las sedientas ciudades de México, Puebla, Pachuca, Tlaxcala. La industria pulquera se convirtió entonces en una de las más boyantes del país, y a su influjo tu abuelo empezó a recorrer su propio camino de fortuna. Todavía hoy, pueden verse en alguna solitaria estación de ferrocarril cercana a la ciudad de Aguascalientes unos furgones abandonados que ostentan las

letras borrosas pero legibles de su nombre y que dan cuenta de su antigua prosperidad. Emeterio, empero, no limitó sus esfuerzos al negocio del pulque, en el que, no obstante su alta rentabilidad, tenía que competir desfavorablemente con los ricos hacendados —como los Torres Adalid— que habrían de monopolizar la producción y el mercado y de constituir una suerte de aristocracia pulquera bendecida por don Porfirio. Abrió entonces por su cuenta el espectro de las posibilidades que el mismo giro permitía. Así fue como creó, uno tras otro, tres establecimientos —La Chorrera, La Iberia y El Caudal— que se dedicaron a la fabricación, importación, distribución y venta de bebidas alcohólicas y le permitieron, andando el tiempo, amasar una muy considerable fortuna.

Mi madre me legó, entre otras muchas, algunas fotografías de mi abuelo paterno, a quien tampoco conoció, pues Emeterio murió el mismo año en que ella había nacido. En una, fechada en febrero de 1882, aparece de pie, respaldado por un telón de fondo que da la apariencia de un elegante salón iluminado por una ventana a través de la cual se adivina un jardín versallesco. Unas abultadas patillas casi se le juntan en el mentón. Tiene la mano izquierda apoyada en el respaldo de una silla de utilería, donde descansa su sombrero —que algo tiene de montera picona—, y la derecha metida entre los botones de su larga chaqueta, a la manera napoleónica. Cuenta con veintitrés años, pero su mirada desafiante, su postura erguida y su indumentaria formal le confieren una edad mayor a la que entonces tiene. Los zapatones que calza, burdos y no muy relucientes, remiten a su pasado campesino de almadreñas, y contrastan con la leontina de su reloj de bolsillo, signo emblemático de su precoz prosperidad en tierras americanas, que asoma deliberadamente entre el chaleco y la chaqueta. La fotografía está dedicada por el reverso, con esmerada caligrafía, a su amiga la señorita Loreto Carmona en prueba de la amistad que le profesa.

Cuando tuvo medios suficientes para fundar su propia familia, tu abuelo tomó la decisión de no retornar a España. Apreciaba la actitud de los indios que volvían a Asturias para socorrer a los familiares que habían permanecido en sus pobres y desoladas aldeas, como él mismo lo había hecho, indirectamente, con sus remesas, y reconocía que sus inversiones habían favorecido el desarrollo económico de sus pueblos, pero acabó por detestar a aquellos que, según las noticias que recibía, solo regresaban para hacer alarde de su prosperidad. Construían presuntuosas residencias que agotaban los

muestrarios de canteras y mármoles y ostentaban historiadas herrerías, tejas de cerámica y artificiosos antejardines, donde sembraban, a manera de blasón, una palma caribeña y colocaban a la vista de los viandantes la percha de los malhablados papagayos. Y circulaban por las veredas terregosas en coche americano —cuando se podía circular, porque veces hubo en que el automóvil, contrariando su nombre, permanecía inmóvil, cual sedentario monumento a la tozudez, en alguna explanada de la población, como aquel Packard que llegó a campo traviesa por las serranías cantábricas hasta Cabrales, donde entonces no conocían el automóvil y no había caminos por donde pudiera desplazarse. Mejor optó por apoyar las instituciones españolas de beneficencia que se fueron estableciendo en México para recibir a quienes, como él, seguían viniendo, cada vez en mayor número, con una mano delante y otra detrás a hacer la América.

Lo cierto es que él ya no tenía a qué regresar a España. Mientras vivieron sus padres, vio la manera de hacerles llegar hasta el remoto caserío de Vibaño los frutos de su trabajo, que rebasaron con creces y en un tiempo menor al previsto la hipoteca del pomar. Pero ambos habían muerto. Habían fallecido casi al mismo tiempo, como si ninguno de los dos hubiera querido exponer al otro a una segunda viudez.

Otra fotografía, fechada casi dos años después, en noviembre de 1883, es la del matrimonio de Emeterio con la señorita Loreto Carmona, que pasó de ser su amiga a ser su esposa. Lo que más me llamó la atención de esa foto color sepia cuando me la dio mamá fue que mi abuelo estuviera sentado mientras mi abuela posaba de pie a su lado y ligeramente atrás de él, y no al revés, como, dado el caso que no estén ambos parados, suelen retratarse los novios en México el día de su boda. Aunque ahora que he visto otras fotografías nupciales de asturianos en América, he percibido que los contrayentes adoptan la misma posición que mis abuelos el día de su matrimonio. Me han dicho que tal actitud obedece al deseo de que el vestido de la novia luzca en todo su esplendor. Así será, pero lo que me parece espantoso es que el novio, como lo hace mi abuelo, sostenga en el regazo el bolso de la novia, en una actitud que tal vez sea caballerosa, pero que a mí me parece ridícula y hasta afeminada. Emeterio no conserva las abultadas patillas de la foto anterior; en su lugar, luce un fino y elegante bigote, que delata su nueva condición urbana. En contraste con la otra fotografía, refulgen sus zapatos de charol, que dejan ver un alto tacón, testimonio de que su estatura era baja, aunque no tanto como la de mi abuela, que a todas luces se ve más

chaparra que su flamante marido. A juzgar por esa fotografía y por otra en la que solo aparece ella, aún soltera (y que le dio a mi abuelo, según la dedicatoria, en reciprocidad a la que él le entregó), no era una mujer agraciada: nariz chata, párpados abultados, mejillas mofletudas. Pero en ambas tiene una mirada dulce, unas manos amorosas que se entrelazan con distensión y serenidad, y una actitud apacible.

El nuevo matrimonio se instaló en una casona de estirpe colonial ubicada en la calle de La Estampa número 6 en La Merced. No solo fue esa la casa de la inaugural familia Celorio Carmona, sino también de la administración de los negocios de tu abuelo, es decir que estaba destinada, por mitades, al hogar y al trabajo.

En esa casa nacieron los ocho hijos que Loreto le dio —vaya verbo— a Emeterio, de los que sobrevivieron seis: Ricardo, Severino, María, Rodolfo, Miguel —tu padre— y Loreto, la menor, que heredó el nombre de tu abuela. Ahí se malograron, entre Miguel y Loreto, dos gemelos, niño y niña, que apenas pudieron recibir las aguas del bautismo con los efímeros nombres de Antonio de Jesús y Rafaela. Ahí se administraron los prósperos negocios de Emeterio. Ahí murió tu abuela, a los treinta y cuatro años de edad, cuarenta y siete días después de haber dado a luz a tu tía Loreto. Ahí tu padre rumió el dolor ensimismado de una orfandad temprana —no cumplía los cinco años de edad cuando murió su madre— y ahí tus tíos Ricardo, Severino y Rodolfo alternaron sus estudios primarios con un trabajo precoz en el giro del alcohol que habría de conducirlos a la fatalidad de manera igualmente precoz.

Yo no conocí a ninguno de mis tíos varones, que murieron prematuramente y en condiciones lastimosas muchos años antes de que yo naciera. De ellos casi no se hablaba en casa. Sus nombres —Ricardo, Rodolfo y Severino, mentados siempre en ese orden, que no era, por cierto, el de su nacimiento—, solo salían a relucir, vergonzosamente, cuando mi madre, que tampoco los conoció, los invocaba como ejemplo negativo de las miserias a las que pueden conducir el alcohol, el juego y el dinero que no se ha ganado con el sudor de la frente.

Sí conocí en cambio a las tías María y Loreto. Pero poco. A María, la mayor, la vi muy pocas veces y solo una, que yo me acuerde, de pie. Fue en el velorio de mi padre, adonde llegó apoyada en un bastón pequeño y masculino, vestida de negro, con un alto peinado que en lugar de contrarrestar su diminuta estatura, hacía que se viera aún más baja de lo que ya de por sí era.

Las demás veces la vi acostada en su lecho de enferma permanente. Y a Loreto siempre la vi al lado de María, como una sombra, como un eco de su hermana mayor; más que una hermana, Loreto era la pupila de María, su dama de compañía, su enfermera y más aún que todo eso, su sirvienta, su remedo, su caricatura.

La verdad, de chico sabía muy poco o casi nada de la historia de la familia de mi padre. No sabía dónde estaba Asturias ni por qué demonios los asturianos querían cambiarse de país, si siempre decían que el suyo era maravilloso. Ni por qué aquí se hacían ricos si allá eran miserables, ni por qué los nombres de Ricardo, Rodolfo y Severino no se podían pronunciar en voz alta, como la palabra *sífilis* que aprendí en primero de secundaria sin saber qué significaba y un día que la solté sin más a la hora de la comida recibí una amonestación de mi hermano Miguel, que no pudo o no quiso decirme qué significaba. No entendía por qué se podía morir una mujer al dar a luz y menos por qué no éramos ricos si mi abuelo había sido millonario.

—¿Cuánto me quieres?

—Te quiero hasta las Islas Casitérides de los mares del Norte, más allá de las Columnas de Hércules; te quiero hasta la Cólquida donde Jasón encontró el vellocino de oro en la ruta del Ponto Auxino; te quiero hasta la isla de San Balandrán de Las Siete Ciudades.

—¿Tan poco me quieres?

—Te quiero hasta la última estrella de la Vía Láctea, hasta el empíreo celestial, hasta el más lejano confín del universo.

—¿Tan poco me quieres?

—Te quiero hasta la eternidad.

Tendría seis años. O siete. No más. Mi hermano Miguel me pedía que doblara los brazos y me los pegara a los costados para auparme por los codos a un lugar prominente —la consola de la sala, el escritorio de papá, la bardita que separaba la cocina del antecomedor (que Miguel había hecho más alta de lo que mamá habría deseado)— y me preguntaba, delante de sus amigos o de sus virtuales novias, ¿cuánto me quieres?, y yo respondía, sin entender casi ninguna palabra —¿qué demonios significaba *vellocino*, *confín*, *empíreo*, *eternidad*?— lo que Miguel me había hecho aprender y recitar de memoria a cambio de nada: de distinguirme de los ocho hermanos que mediaban entre él y yo, para presumir ¿qué?: ¿su obra pedagógica?, ¿cuánto, de veras, lo querían sus hermanos menores?, ¿cuán inteligentes y cultos eran esos mocosos que anunciaban o suplían a los hijos que, soltero como estaba todavía, aún no había engendrado? No lo sé bien a bien.

No lo sabes bien a bien. Es más posible que sepas por qué lo hacías tú. Por qué te aprendiste de memoria y recitaste muchas veces, como autómeta, esas hipérboles seudoliterarias que te enseñó tu hermano Miguel. ¿Por qué lo hacías?

Porque te resultaba enormemente satisfactorio que alguien, dentro de tu numerosa familia, en la que ocupabas el lugar undécimo de los hijos, te tomara en cuenta; que alguien recordara cómo te llamabas y no te dijera *chiquillo de mierda* como tu padre, quien, después de proferir en vano los

nombres de tus hermanos varones —Miguel, Alberto, Carlos, Benito, Ricardo, Jaime, Eduardo—, acababa por llamarte, aunque no fuera con mala intención e incluso tal vez con cariño: *chiquillo de mierda*; que Miguel —quién mejor que él, el mayor, que bien podría haber sido tu padre: te llevaba veintidós años de edad, los mismos que le llevas tú a tu primogénito— te dedicara el tiempo necesario para que te aprendieras de memoria esa retahíla de vocablos tan incomprensibles como prestigiosos que alimentaban su vanidad, tanto si los escuchaba a solas durante tu aprendizaje como si se los recitabas, a petición suya, a él y sus amigos o sus pretendidas, trepado en la consola o en la bardita de la cocina o en el escritorio de papá, convertidos de pronto en el escenario de tus proezas verbales. ¿Cuánto me quieres, Gonzalo? Te quiero hasta las Islas Casitérides de los mares del Norte, más allá de las Columnas de Hércules...

Desde entonces supiste que la palabra tenía otros poderes que también iban más allá; más allá de la mera comunicación entre los seres humanos. Que con la palabra se podía ganar cariño, reconocimiento, personalidad. Que con las palabras te podías defender, te podías ocultar, te podías escapar adonde quisieras. Con ellas podías viajar y jugar y dejar de ser el *chiquillo de mierda* con el que te llamaba tu padre cuando se le arrebujaban en la cabeza los nombres de sus muchos hijos. Y supiste también que hay palabras muy bellas y sonoras, como *Hércules*, *vellocino de oro*, *Vía Láctea*, *San Balandrán*, que te llenaban la boca, que te despertaban el apetito, que te producían placer y te ganaban admiración aunque entonces no supieras qué carajos significaban.

Quizás esa fue tu primera credencial. Eras el niño que podía decir de corrido

tequierohastalasislascasitéridesdelosmaresdelnorteallendelascolumnasdehérc

Aunque tu primera credencial, en realidad, fue la de *boy scout*.

Cuando se implantó en la ciudad de México el horario corrido en las escuelas primarias, nos quedaron las tardes libres, que se hacían tan largas, grises y aburridas como la lluvia vista desde la ventana del comedor. Mamá entonces me dio permiso de asistir a un grupo de *boy scouts* vespertino que se reunía los miércoles en la casa de los Gómez Mont, ubicada muy cerca de la mía, en el número 16 de la calle de Artistas, así llamada porque en ella se encontraba la residencia de la actriz Marga López y su marido Carlos Amador, productor de cine y conductor de programas de radio y de televisión. A ella, que era una mujer bellísima, yo la vería desnudarse, tiempo después, en la pantalla de cine en que se convirtió, apenas tamizada por una cortina

traslúcida, la ventana de su dormitorio, visible desde la azotea de la casa de mi tocayo Gonzalo Casas desde la cual la espiábamos, atrincherados y palpitantes, durante las noches en que nos reuníamos a estudiar para los exámenes semestrales. Hoy esa calle se llama Vicente Lombardo Toledano porque ahí también vivió el miembro del Grupo de los Siete Sabios que fundó la Universidad Obrera de México. Podría haberse llamado calle de las Autoviudas porque el licenciado Felipe Gómez Mont, militante activo del Partido Acción Nacional y padre de trece hijos (cosa que enfurecía a mi madre, que se sentía derrotada por no haber tenido más que doce) fue un notable abogado defensor de las mujeres que habían asesinado a sus maridos.

Yo entré al grupo de los *boy scouts* como *lobato*, una suerte de aprendiz que todavía no podía portar la pañoleta distintiva que los que ya eran *scouts* se amarraban al pescuezo ni usar ese sombrero parecido a los de la Policía Montada de Canadá, sino una ridícula gorrita azul con visera, dividida en gajos. Las otras prendas del atuendo eran iguales para ambas jerarquías: pantalones cortos, un suéter azul marino y unas tobilleras altas que se mantenían enhiestas gracias a unas ligas adornadas con sendas borlas verde limón que se colocaban en la parte superior de la media, ya muy cerca de las rodillas. Mamá no tuvo que gastar demasiado dinero extra en el uniforme porque, salvo la gorra y las borlas, yo me pondría, por mandato de ella, los pantalones cortos, el suéter y hasta las tobilleras para ir a la escuela, aunque mis compañeros se burlaran de mí, sobre todo por los pantalones cortos que solo se usaban en los primeros años de primaria, y yo ya iba en tercero. Por pertenecer a los *scouts* había que pagar veinticinco centavos de cuota cada semana, lo que a mí me implicaba no comer ese día ninguna golosina en la escuela a la hora del recreo. No estoy tan seguro si yo tenía ganas de ser lobato ni *boy scout*. Pero he de reconocer que no la pasaba mal los miércoles por la tarde. Había competencias divertidas, se cantaban himnos onomatopéyicos, algunos sábados salíamos de excursión a Las Estacas o a las Grutas de Cacahuamilpa y una vez fuimos de campamento al lugar exacto donde tiempo después se erigieron las Torres de Ciudad Satélite que... que... que... (¡carajo, cómo se me puede olvidar el nombre del más famoso arquitecto mexicano!, bueno, ya me acordaré) que ese arquitecto mexicano cuyo nombre ahora se me escapa (pero que ya me vendrá solito a la memoria tan pronto deje de tratar de recordarlo) y Mathias Göeritz (cuyo nombre me debería ser más difícil recordar y sin embargo lo mantengo fresco en la cabeza) las diseñaron como emblema de esa ciudad periférica construida al lado de la expansiva metrópoli mexicana.

En ese campamento sufrí mi primer contacto con el socialismo real.

Mamá se esmeró en prepararme el almuerzo, que entre los *boy scouts* obviamente se llamaba *lunch*: hizo dos emparedados (*sandwiches*) de jamón y queso con pan de caja (como se le decía entonces a ese que, a diferencia de los bolillos de siempre, es puro migajón y nada de costra, y que ahora se conoce por el nombre *Bimbo* de su marca) untados con mantequilla y mayonesa hecha en casa; una gelatina de piña (o mejor dicho de un color amarillo parecido al de la piña y por tanto de sabor a piña porque las gelatinas solo saben al color que tienen), también hecha en casa, que se cuajó en un recipiente desechable de plástico; una galleta cubierta de chocolate y envuelta en papel aluminio de marca Tin Larín —¡qué lujo!—; una manzana y un huevo duro. Lo más notable es que el huevo duro, la manzana, el Tin Larín, la gelatina de piña y los dos sándwiches cupieron exactos, precisos en una lonchera roja de lámina, con broches muy aparatosos, que por ahí había quedado abandonada en casa y que a instancias de mamá, que le llamaba *portaviandas*, fue muy bien rehabilitada por mi hermano Carlos. Tan bien se acomodaron los alimentos en su interior, que parecía que la lonchera hubiese sido diseñada ex profeso para albergar dos sándwiches, una gelatina, un Tin Larín, una manzana y un huevo cocido. Y nada más. Creo que nunca en mi vida me había sentido tan bien equipado, tan seguro de mí mismo con esa lonchera roja que atesoraba un almuerzo perfecto y que había sido preparada especialmente para mí. Y es que siempre iba a la escuela con libros usados que tenían en la primera página los nombres de mis hermanos, sus antiguos usuarios, tachados por el heredero, quien escribía el suyo debajo de la sucesión de nombres suprimidos; con ropa igualmente heredada o hechiza o adaptada (los pantalones largos que se volvieron cortos en el momento en que sufrieron en las rodillas el descalabro de una caída; la chamarra hecha por mamá, cuando retapizaron el sofá de la sala, con el gobelino de la parte de atrás del mueble, que no se había desgastado tanto como la de adelante por haber estado años y años contra la pared; el uniforme de lobato disfrazado de paisano). Así que en esa ocasión, perfectamente uniformado, con mis pertrechos acomodados en mi mochila y mi lonchera, también heredada, pero muy bien reconstruida y, sobre todo, muy bien surtida para mí en particular y para nadie más, me personé en la casa de los Gómez Mont a las siete de la mañana, como se había convenido, para abordar el autobús que habría de conducirnos a la todavía futura Ciudad Satélite. ¡Barragán! ¡Luis Barragán! ¡Cómo se me pudo olvidar! Ese es el nombre del arquitecto que construyó las gigantescas torres donde entonces no había más que dos pilares en campo

abierto que sostenían, colgado de una gruesa cadena, el escudo de aquella ciudad del futuro.

Seríamos como quince lobatos, una docena de *boy scouts*, que ya usaban el pañolón al cuello y el sombrero de la Policía Montada de Canadá, y tres o cuatro guías que a pesar de ser unos señores —hechos y derechos y con toda la barba, diría mamá—, vestían, igual que los niños, pantalón corto y tobilleras altas. (Mi hermano Alberto decía que los *boy scouts* eran unos niños vestidos de idiotas y que sus guías eran unos idiotas vestidos de niños.) Entre todos armamos las tiendas de campaña y luego, por comisiones, unos fuimos a recoger leña para la fogata que habríamos de encender en la noche con el propósito de que no se acercaran las fieras (leones o tigres, según me los imaginaba, y no tlacuaches, como los que posiblemente merodearían el campamento), otros se quedaron instalando lo que sería la cocina y la mesa — dos largos tablones apoyados en burros de madera— donde comeríamos a cielo abierto y otros más a traer agua de un riachuelo cercano y a buscar el lugar más apropiado para el desagüe de nuestras vejigas y la descarga de nuestros intestinos. Cuando hubimos terminado las faenas preparatorias, llegó la hora del almuerzo. Yo tenía perfectamente bien ubicada mi lonchera. Un silbatazo del guía de mayor autoridad solicitó nuestra atención. Según sus indicaciones, formamos en derredor suyo un círculo amplio. Luego escuchamos (yo atónito) la orden (para mí terrible) de que cada uno de nosotros (yo incluido) pasara a la mesa recién instalada a depositar el almuerzo que había llevado, para que, una vez reunida toda la comida, fuera distribuida indiscriminadamente entre los excursionistas. Para tal efecto, se realizó un sorteo que estableció el orden en el cual cada uno de nosotros acudiría a la mesa a elegir entre las viandas ahí concentradas las que más le apetecieran. Si me hubiese tocado el número uno, sin duda habría escogido lo que yo había llevado. No fui el único que pensó lo mismo. Mis sándwiches, mi manzana, mi Tin Larín (ay), mi gelatina de piña fueron de los primeros alimentos seleccionados por la voracidad de lobatos, *boy scouts* y guías. A mí me tocó el número veinticuatro y lo mejor que pude encontrar entre las sobras fue una torta de huevo grasosa y por supuesto fría, que quizá fuera la que había llevado el guía de mayor autoridad, a quien se le ocurrió la brillante idea de aplicar en la práctica la teoría socialista que yo habría de estudiar —y suscribir— tiempo después.

Al cabo de unos meses de ¿noviciado?, ¿curso propedéutico?, llegó el día ansiado en que ¿me armarían?, ¿me nombrarían?, ¿me ordenarían? *boy scout*, esto es que ¿me impondrían? la pañoleta y ¿me coronarían? con el sombrero

de la Policía Montada de Canadá, que, por cierto, no sería de mi propiedad particular sino era un bien comunitario que me asignarían en calidad de préstamo para las reuniones escultistas.

El miércoles anterior a aquel en que tendría lugar la ceremonia de iniciación, me proporcionaron un tríptico de color verde clorofila que tenía impresa en la portada una flor de lis sobre un listón con el lema *Siempre listo*, que es el escudo de los *boy scouts*; en las solapas, el reglamento de la institución —un decálogo parecido al de los diez mandamientos en el que aparecen las palabras *honor, lealtad, cortesía, generosidad, orden, cuidado, salud y limpieza*— y en el fondo, solo visible tras levantar las hojas laterales, un óvalo predispuesto para colocar en él mi fotografía, debajo del cual aparecían mi nombre escrito a máquina y una raya sobre la cual debía estampar mi firma, una firma que aún no diseñaba, mi primera firma. Se trataba de mi primera credencial, el primer documento que comprobaba algo tan elemental y al mismo tiempo tan complejo como que yo —el de la fotografía— era yo.

Algo le comenté a mi madre cuando llegué a casa aquella tarde de miércoles. Y algo me dijo ella a propósito de la fotografía. Pero yo, desidioso o distraído, no le volví a hablar del asunto hasta el martes siguiente, víspera de la ceremonia en que me concederían la condición de *boy scout*. Ya en la noche, le recordé que necesitaba una foto mía, reciente, según me habían dicho, para pegarla en la credencial, mi primera credencial, que, una vez lacrada con el escudo de la flor de lis, me entregarían formalmente en solemne rito al otro día. Hube de esperar a que terminaran de cenar los mayores de mis hermanos, los de la última tanda, y a que la cocina quedara en silencio, como quedan las cocinas cuando se ha alzado hasta el último utensilio, se ha lavado hasta el último plato y se ha pasado el trapeador por el piso, para que mi madre, fatigada tras un día de trabajo tan intenso como todos sus días, tomara un banquito, lo llevara a su recámara, se subiera en él, bajara la caja de las fotografías que guardaba en la repisa más alta de su clóset y se pusiera a buscar una que fuera mía y que fuera reciente. Buscó, buscó, buscó y no encontró ninguna mía, ni reciente ni vieja. Finalmente tomó una de mi hermano Eduardo, el inmediatamente mayor que yo, en la que aparecía pelón porque fue tomada en la época en que nos despiojaron a todos los chicos, tuviéramos piojos o no, pelándonos a rape.

—¡Pégale esta! —me dijo—. Total, todos mis hijos son iguales.

Todos mis hijos son iguales.

Yo era becado. Como mis hermanos. Tantos de nosotros estudiábamos simultáneamente en el Instituto México de los Hermanos Maristas, que no había dinero que alcanzara para pagar las colegiaturas. Y como mi madre estaba empeñada en que recibiéramos una sólida educación cristiana, hizo todo lo posible para que el señor Tejedor, que así se llamaba, significativamente, el hermano marista que se encargaba de la administración de la escuela, nos becara, lo que no significaba recibir ningún estipendio, sino solo quedar exentos del pago de la matrícula y la colegiatura —lo que era un gran alivio para la economía familiar—, a cambio, obviamente, de observar buena conducta y tener buen aprovechamiento. Años después, los Hermanos Maristas cobrarían de algún modo —digamos que en especie— la concesión de esas becas: mi hermano Eduardo, el que figuraba en mi credencial de *boy scout*, fue blanco del proselitismo marista e ingresó en la congregación del beato Marcelino Champagnat al término de la primaria, cuando apenas tenía once años de edad, y en ella permaneció hasta cumplir veintiuno o veintidós. El caso es que la condición de becado (nunca se usó en el colegio la voz *becario*, menos pasiva, más actuante y por ello más digna que *becado*) no tenía ningún prestigio entre los compañeros, sino todo lo contrario: era un baldón, pues no significaba que el beneficiario de la beca fuera un buen estudiante que se hubiese hecho acreedor a semejante reconocimiento por sus méritos académicos, como mamá se esforzaba en hacérselo creer, sino que era pobre. Simplemente.

La condición de los becados no era secreta. El director del plantel podía abrir el micrófono que tenía en el escritorio de su oficina y solicitar por todas las bocinas que se encontraban en cada uno de los salones de clase que los becados —así, desde luego, nos llamaba— pasáramos a la dirección. Quienes nos levantábamos de nuestros pupitres —uno o máximo dos en cada aula— para acudir a su llamado sufríamos de inmediato el escarnio y la humillación de los compañeros, que nos decían *becado* como si nos dijeran miserable, ladrón, hijo de puta, y a partir de ahí podía aflorar en cualquier momento de la vida escolar: ¡Cómo quieres jugar en el equipo de básquetbol si eres becado! ¡Los becados no entran a la rifa! ¡Te sacaste la medalla de aprovechamiento nomás porque eres un pinche becado!

Cuando murió papá, yo estuve a punto de perder la beca porque obviamente para conservarla había que mantener un promedio de calificaciones aceptable. Y yo no era buen estudiante. Me concentraba, sí, pero en pensamientos totalmente ajenos al discurso de los profesores, y en ellos podía entretenerme la mañana entera. Con frecuencia me aburría en

clase y cuando mi imaginación alternativa no daba para mucho, leía clandestinamente textos distintos a los de la asignatura que se estaba impartiendo o me ponía a hacer dibujos. Sí. Me gustaba el dibujo, quizá por la enorme admiración que le tenía a mi hermano Miguel, que era, además de arquitecto, un magnífico dibujante. Y no solo me gustaba dibujar, sino que tenía cierta facilidad para ello y hasta llegué a vender algunas de mis «obras» entre mis compañeros de clase. Y en más de una ocasión le cobré a alguno una buena cuota por hacerle la tarea de artes plásticas que a veces nos dejaban para el día siguiente. Lo curioso es que tampoco sacaba buenas notas en la asignatura de dibujo, cuyo único criterio de calificación era el parecido que lográbamos obtener en nuestros trabajos con el modelo que se nos ponía enfrente: un aburrido jarrón sin flores o unos cuerpos geométricos de madera —un cono o una esfera. Quizá no estuviera mal que se adoptara ese criterio, pues la clase se llamaba dibujo de imitación, pero a mí, más que ver, me gustaba imaginar, y a mi jarrón le podían salir alas o bigotes, y la esfera se podía volver cúbica o cónica. También me interesaba la geografía, porque siempre me han fascinado los mapas, la idea misma de un mapa: la reproducción en un espacio relativamente pequeño de otro espacio mayor y la maravillosa posibilidad de que en un mapa aparezca el propio mapa, que también forma parte de la realidad reproducida, como esa botella de Anís del Mono, que nunca me cansaba de ver, en cuya etiqueta había un mono que sostenía una botella de Anís del Mono en cuya etiqueta, a su vez, había un mono que sostenía una botella de Anís del Mono en cuya etiqueta... y así hasta el infinito, aunque los ojos ya no pudieran constatarlo. Pero las clases que verdaderamente me deleitaban eran aquellas que tenían que ver con la lectura y la escritura. La de historia sagrada, cuyo libro de texto era una suerte de Antiguo Testamento para niños, ilustrada con grabados clásicos, en el que se narraban historias fascinantes y se describían literaria y plásticamente escenas terribles y conmovedoras, inolvidables: una en la que Abraham, que está a punto de sacrificar a su hijo, es detenido por un ángel que le envía Dios para impedirlo; otra en la que Esaú vende su primogenitura a Isaac, su hermano gemelo, por un plato de lentejas; otra más en la que la mujer de Lot, cuyo nombre nunca sabremos, se convierte en estatua de sal por no obedecer el mandato divino de no voltear a ver la implacable destrucción de Sodoma. La de gramática, que incluía en el libro de texto correspondiente, el de la profesora Rosario María Gutiérrez Eskildsen, algunas fábulas de Iriarte o de Samaniego. O la clase, quizá llamada de lectura, en la que teníamos por libro *Corazón. Diario de un niño*, de Edmondo De Amicis, en cuyas páginas —por

las que transcurrían los dolorosísimos cuentos «De los Apeninos a los Andes» o «El pequeño escribiente florentino»— derramé mis primeras y tal vez mis últimas lágrimas de lector. Pero odiaba la aritmética. Nunca pude dejar de utilizar los dedos para sumar y restar, como las malas bailarinas que siguen contando los pasos —uno, dos, tres, cuatro, uno, dos...— que se aprendieron en el montaje de la coreografía en vez de dejarse llevar por la música, que debería haberse incorporado al ritmo propio. Y también detestaba las clases de educación física y deportes, para las que nunca tuve ni interés ni facilidad y cuyas calificaciones reprobatorias me bajaban el promedio y ponían en riesgo mi desdichada condición de becado.

Así que desde que murió mi padre me sentí conminado a ser un buen estudiante. Era la única manera de ayudar a la economía familiar, que se vio debilitada cuando la pensión que recibía pasó, muy mermada, a mi madre, su viuda, si bien mis hermanos mayores, sobre todo Benito —el quinto—, se involucraron solidariamente en el sostén de la prole.

Y mi determinación de ser un buen estudiante se prolongó durante el bachillerato, que estudié en una preparatoria incorporada a la Universidad Nacional, el Centro Universitario México, también de los Hermanos Maristas. Fueron esos años tan felices como convulsos. No hablaré ahora de mis peripecias eróticas ni de la pérdida de la fe religiosa ni de los avatares de mi vocación literaria, sino solo de que, a pesar de todo, cumplí mi promesa de ser un buen estudiante aun en las materias para las que tenía dificultad y disgusto, como física y química. Y matemáticas, aunque ya no les tenía aversión porque, durante un tiempo, quizás un año, albergué la idea de ser arquitecto como mi hermano Miguel, cuya carrera obviamente involucraba las matemáticas. Llegué incluso a disfrutar las clases de álgebra y trigonometría. El caso es que durante los tres años que duró el bachillerato, obtuve las mejores calificaciones de mi grupo y al final del ciclo me otorgaron el diploma de Mejor Bachiller de mi generación.

De regreso a casa la tarde en que me entregaron, en solemne ceremonia, ese reconocimiento, le grité emocionado desde la puerta de la calle a mamá para darle la magnífica noticia, sospechada pero no segura, de que sí, de que había obtenido el diploma de Mejor Bachiller. Ella también se emocionó, hasta las lágrimas. Me dio un beso personalizado y un abrazo sin prisas. Me felicitó. Y me dijo:

—Yo siempre he dicho que todos mis hijos son muy inteligentes.

Vestigios de la cultura machista en la que nos habíamos educado, a partir de los años setenta del siglo pasado, los varones de mi familia, y solo los varones, nos reuníamos a comer los jueves primeros de cada mes en el Covadonga, el restaurante del Centro Asturiano de la esquina de las calles de Puebla y Orizaba en la colonia Roma. Acudíamos con una asiduidad tan fervorosa como la que, de niños, observábamos los viernes primeros para conjurar, una vez que alcanzábamos a juntar nueve comuniones consecutivas, hasta la mínima posibilidad de irnos al infierno por toda la eternidad, aun si moríamos en pecado mortal.

No íbamos al Covadonga porque tuviéramos algo que ver con la colonia asturiana de México. Ni con la asturiana en particular ni con la española en general. Nunca pertenecimos a ningún club de denominación hispánica; nunca fuimos a un festival de peinetas, mantillas, panderos, alpargatas, vestidos de lunares, botas de vino o jotas aragonesas ni a cosa parecida de las que esos clubes suelen organizar; nunca tuvimos predilección por ningún equipo de fútbol que ostentara en su nombre una filiación española. Ninguno de nosotros tenía afición a los toros ni al flamenco (bueno, yo la adquirí muchos años después, pero para mi mal y por motivos ajenos a cualquier inclinación cañí) y nos daba grima que los hijos, nietos y bisnietos de españoles que habían llegado a México generaciones atrás siguieran pronunciando la *c* y hablándose de *vosotros*, aunque en honor a la verdad, también nos molestaba, contradictoriamente, que los mexicanos que por alguna razón se iban a vivir a la llamada Madre Patria adquirieran la manera de hablar de la Península y la transmitieran a sus descendientes. Que yo recuerde, de España, en casa, solo había unos cuantos discos que a veces ponía alguna de mis hermanas: Los Churumbeles (*Doce cascabeles lleva mi caballo por la carretera...*, *Están clavadas dos cruces en el monte del olvido por dos amores que han muerto sin haberse comprendido...*, *La española cuando besa, es que besa de verdad, y a ninguna le interesa besar por frivolidad...*); alguna grabación de Rafael Acevedo, un declamador que recitaba con sobreactuadísimo *vibrato* pésimos poemas andaluces (*La pata coja colgando como una inútil piltrafa, pasó el perro por mi lado...*, *Porque*

sin ser tu marido ni tu novio ni tu amante, soy el que más te ha querido y con eso tengo bastante... Toíto te lo perdono menos faltarle a mi mare, que a una mare no se encuentra y a ti te encontré en la calle...) y otro, de Sarita Montiel (*Fumando espero al hombre que yo quiero...*), que era más para verse que para oírse porque en la portada la frondosa cupletista aparecía retratada con un escote abismal por el que se precipitaron, ay, mis ingobernables urgencias adolescentes. De vez en cuando una fabada a la hora de la comida, alguna esporádica alusión de papá al pueblo del que había emigrado su padre... y nada más. Bueno, también de España procedía el primo Clodomiro (descendiente del primer matrimonio de mi bisabuelo), que de tarde en tarde pasaba por casa para matar el tiempo y quitárselo a mi madre con sus cuentos de tal o cual miembro de la colonia española, o de tal o cual pariente lejano, que a nosotros no nos hacían gracia ni nos interesaban porque desconocíamos totalmente a los referentes de sus habladas. Y el tío Paco, claro, que había llegado a México en condición de refugiado tras la derrota de la República y aquí se había casado con mi tía Luisa, la hermana de papá. Pero ese era otro cantar.

El menú del Covadonga era generoso y el precio, accesible. Estaba ubicado, además, en un punto cercano a donde trabajaba la mayoría de nosotros. Esos eran los verdaderos motivos por los que lo habíamos elegido para celebrar nuestras reuniones mensuales, aunque acaso también, sin saberlo, por su adscripción al Centro Asturiano y por su nombre, Covadonga, que nos remitía atávicamente a una historia familiar de la que muy poco sabíamos, pero de la que mal que bien éramos herederos.

Mi hermano Alberto, que vivía en Matehuala, San Luis Potosí, tomaba la carretera muy temprano, recorría seiscientos kilómetros para llegar a la cita y, acabando de comer, emprendía heroica y temerariamente, tras haberse tomado las copas inherentes a la comida, el camino de regreso. Salvo él, todos vivíamos entonces en la ciudad de México y no faltábamos a la reunión más que por causas de fuerza mayor. Miguel también hacía un largo recorrido. Aunque vivía en el Distrito Federal, trabajaba en Tepotztlán, por la salida a Querétaro, y desde ahí hacía el viaje para comer con nosotros. Las excusas que nos daba por su retraso sistemático se desmoronaban ante el argumento tácito de Alberto, que venía desde mucho más lejos, y era el primero en llegar. No; el segundo, porque Ricardo, a la sazón agente de ventas, que tenía la calle por oficina y el tiempo por horario, se adelantaba a propósito para escoger el sitio que mejor lo respaldara y disfrutar de ese primer trago solitario, tan de su gusto, con el que siempre nos llevó la delantera. Jaime

trabajaba con Benito en una compañía de sistemas de archivo y contabilidad en la Zona Rosa, también muy cerca de ahí, y aunque en ocasiones ambos vinieran de lugares distintos, aparecían juntos, a las dos en punto de la tarde, ni antes, como Ricardo, ni después, como Miguel. Carlos tenía su despacho de dibujante comercial en el Condominio Insurgentes, a unas cuadas del Covadonga, y llegaba a pie, igual que Eduardo y yo, que estábamos adscritos a un proyecto de enseñanza del español a hablantes de lenguas indígenas en El Colegio de México, ubicado entonces en la calle de Guanajuato, casi esquina con Orizaba, que era la avenida del Centro Asturiano. No recuerdo de dónde venían los esposos de mis hermanas Virginia y Carmen.

La cita era en la cantina, que se localizaba en el sótano de la majestuosa casona porfiriana, donde ahora tiene asiento la librería de la Casa Universitaria del Libro. Cuando ya nos habíamos reunido todos —hermanos y cuñados—, pasábamos al comedor, que estaba en el edificio aledaño. Apostado en un poyo, demasiado cercano al suelo, al lado de los escalones de la entrada, nos recibía nadie menos que el rey Pelayo, que intimidaba con su formidable estatura de bronce, su gesto ceñudo de batallador invicto y su heráldico espadón, a quien transitara por su vera. Nos sentábamos a una larga mesa y enfrentábamos con cierta timidez un menú inacabable, distribuido en cinco tiempos —entrada, sopa, plato medio, plato fuerte y postre—, cada uno de los cuales ofrecía, a su vez, tres opciones que en ese sitio no necesariamente eran excluyentes, según la rudimentaria costumbre asturiana de relacionar las cualidades de valor, inteligencia, apostura y muchas más con la cantidad de comida que el comensal deglute: el entremés de carnes frías, la ensaladilla rusa, el consomé de ave al jerez, la fabada asturiana, los caracoles a la bordalesa, la paella valenciana, la pierna de cerdo al pastor, los callos madrileños y los filetes de pescado a la romana. El único que recorría el menú completo era mi cuñado Llibert Brun —esposo de Carmen—, catalán de proporciones pelayescas, que daba buena cuenta de él, así fuera en raciones moderadas. Solo despreciaba los postres —el arroz con leche, el brazo gitano, el ate con queso, el helado de vainilla, fresa o chocolate— porque engordan, decía.

Miguel había orientado su vocación de arquitecto a la historia del arte y la arqueología colonial; había restaurado el antiguo colegio jesuita de San Martín en Tepotzotlán, donde se instaló el Museo Nacional del Virreinato, del que además había hecho la museografía y era director. Alberto, seguramente sin saberlo, había reproducido la gesta de nuestro abuelo: se había ido a hacer la América, si bien en el propio territorio nacional: pasó de agente viajero de

La Nueva España, la fábrica de telas de la que había sido accionista don Ricardo del Río, a dueño de La Central en Matehuala, San Luis Potosí, una tienda que vendía al mayoreo telas y ropa, incluidos cobertores y sombreros, a la que fuimos a trabajar por unos meses todos los hermanos chicos tan pronto terminábamos la secundaria para hacernos hombres. Carlos, que era dibujante publicitario, empezaba por entonces a interesarse en el diseño de envases, a cuyo estudio acabó por dedicar la vida: fue autor de una enciclopedia, lamentablemente inconclusa, que daba cuenta de todo aquello que tuviera que ver con los empaques, desde los más naturales, como el cascarón del huevo o la cáscara del plátano, hasta los más sofisticados, como el embalaje que requeriría una escultura ecuestre para trotar sin riesgo de fractura desde la plaza íntima donde vive en una vieja ciudad europea hasta el museo mexicano que la recibe, mar océano de por medio. Ricardo había optado muy temprano por trabajar en vez de estudiar y se desempeñaba exitosamente como vendedor de una línea de relojes helvéticos, herederos de la precisión de Guillermo Tell, quien, por clavar su flecha con certera puntería en la manzana que el hijo sostenía sobre la cabeza y no en la frente del muchacho, había privado a Suiza —como lo contaba Ernesto Sabato— de una gran tragedia nacional y la había condenado a ser un neutral país de relojeros. Ricardo era capaz de venderle un reloj de pulsera a un manco de ambas manos, porque, según decía, no tendría mayor mérito vendérselo a quien lo fuera de una sola, que bien se las podría arreglar gracias a los nuevos mecanismos automáticos. Contaba, con gracia inigualable, que el general Álvaro Obregón, quien había perdido el brazo derecho en la gesta revolucionaria, en vez de usar el reloj en la muñeca izquierda se lo ponía en el muñón derecho. Un buen día, su lugarteniente se atrevió a preguntarle:

—Con todo respeto, mi general, ¿por qué no se pone el reloj en la mano izquierda, que la tiene buena y además es donde se usa?

—¿Y quién le da cuerda, tu chingada madre?

Jaime era contador público y se había incorporado a la empresa que Benito dirigía. Su agilidad mental y su sentido del humor, que arrasaban por parejo con todos los comensales, protegían su intimidad de cualquier intrusión de los demás, pues el tono festivo que les daba a las reuniones le evitaba hablar de sí mismo y le permitía mantener incólume, por tanto, el insospechado carácter reservado de su temperamento. Eduardo había convertido la presunta vocación religiosa que lo había llevado al seminario antes de cumplir los doce años de edad —y de la que desertó— en una vocación social cuyo discurso a menudo se enderezaba contra nuestra

condición burguesa y cobraba visos de proselitismo ya no religioso, como antes, sino político. Y yo, finalmente, había estudiado letras en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional, donde empezaba mi carrera docente, y lo único que me importaba en la vida era escribir. Escribir, entre otras cosas, esta novela o historia o saga o como se le quiera llamar, que he venido rumiando desde aquellos años.

Es muy posible que con esta retahíla de semblanzas, haya generado la misma confusión que padecía mi padre en sus últimos años, cuando no atinaba a llamar a cada uno de sus hijos varones por el nombre con que lo había bautizado. Qué más da. ¿No decía mi madre que todos sus hijos eran iguales? A muchos de ellos, además, hoy ya no les interesaría diferenciarse de los otros: la mitad de mis hermanos están muertos, y también mis dos cuñados.

De mis cuñados diré que ambos eran mexicanos, no por nacimiento, sino por vocación: Llibert procedía, como el tío Paco, del exilio español republicano, aunque había llegado al país recién nacido, y Bob Johnson, el esposo de Virginia, era canadiense, si bien nacido en Los Ángeles, California. Se desempeñaba como psicólogo de una de las facultades de la Universidad Nacional y se compenetró tanto del país a lo largo de los muchos años que aquí vivió, que, llegado el momento, renunció a la nacionalidad norteamericana para asombro de las autoridades consulares de Estados Unidos, que no podían meterse en la cabeza que alguien pudiera rechazarla cuando tantos mexicanos anhelaban poseer la *green card* de su salvación.

Benito no era el primogénito, sino el quinto en el orden de aparición de los hermanos. Cuando terminó la primaria, como todos nosotros, en un colegio marista, tomó la precoz decisión de estudiar la secundaria en una escuela comercial, que lo acreditaría como contador privado y le permitiría trabajar de inmediato para colaborar en la manutención de la casa. Y sin haber cumplido todavía los dieciséis años reglamentarios, se metió a trabajar de *office boy* en una compañía de sistemas de contabilidad y archivo de la cual, andando el tiempo, sería primero gerente de ventas, luego gerente general, después accionista y finalmente dueño. Tan pronto fue sujeto de crédito, compró a plazos una moderna lavadora eléctrica que liberó a mi madre del trabajo brutal de lavar la ropa de catorce personas mitad a mano, mitad en una rudimentaria lavadora que teníamos antes, de forma cilíndrica y patas de bañera antigua, que amarrábamos al tubo de la llave de agua para que no se fuera trotando por la cochera, impulsada por sus propias convulsiones. Fue el primero de la familia que compró algo a crédito, para mortificación de mi

padre, ay, hijo, si te vendieran la Catedral a plazos, la comprarías. El vertiginoso ascenso en aquella compañía dependió de su inteligencia natural, su capacidad de trabajo y su sentido de la responsabilidad —la trilogía de virtudes que exaltaba mi madre en tono edificante para reconocer sus méritos y ponérselo de ejemplo a los hermanos chicos, porque, si para ella todos sus hijos eran iguales, unos eran más iguales que otros. Pero también se debió a su preparación. Benito fue un autodidacta que transitó felizmente de la pasión por la lectura, nacida de la frecuentación del *Tesoro de la juventud*, uno de los pocos libros que había en casa, a la disciplina del estudio, tan difícil de adquirir cuando no se cuenta con el rigor de la escuela o la tutela del maestro.

Por rivalidad con Miguel, que se sabía *El vértigo* de Núñez de Arce, recogido en el tomo XI del *Tesoro de la juventud*, Benito, de niño, se aprendió las cincuenta y dos décimas —quinientos veinte octosílabos— del enjundioso poema. Tenía una memoria prodigiosa. Podía recitar la dinastía de los reyes visigodos de España desde Ataúlfo hasta el malhadado rey Rodrigo o la lista completa de los virreyes de la Nueva España. Pero no era un memorista; era un memorioso. Salvo en estos casos, en que la memorización era un reto, la memoria no era para él una finalidad última, como en alta medida lo fue en el sistema educativo en el que nos formamos, que la identificaba torpemente con la comprensión. No; tenía una cabeza privilegiada —permeable y adherente— que lo hizo dueño de un patrimonio cultural notable. Era un hombre inteligente y, sobre todo, reflexivo. Ejercitó la dialéctica con tal facundia, que no se arredró ni ante el sofisma. No era fácil discutir con él. A mí al menos me resultaba difícil porque siempre tenía más argumentos de los que yo podía esgrimir y los articulaba con tal contundencia que parecían irrefutables. Mucho le ayudaba su propia personalidad, recia y dominante, afianzada, por añadidura, en una corpulencia considerable que desmentía ese sesgo como de diminutivo que adquirió el nombre latino de *Benedicto* en su tránsito al español, donde perdió una sílaba y con ella la fuerza de su sonoridad. Benito medía un metro noventa y pesaba más de cien kilos a la sombra. Y caminaba con el mismo aplomo con el que discutía. Debo decir, sin embargo, que si casi siempre vencía, no siempre convencía.

A pesar, pues, de la erudición de Miguel; de la autoridad patriarcal de Alberto, que no solo había emulado a nuestro abuelo en sus arriesgos de expedicionario, sino a nuestro padre en el número de hijos que había engendrado; del ingenio y la expresividad de Carlos, tan pródigo en dar cariño como exigente en recibirlo; de la simpatía expansiva de Jaime; de la lógica implacable de Ricardo; de la beligerancia política de Eduardo, o del

manifiesto interés que Bob, psicólogo conductista al fin, prestaba a los asuntos de todos y cada uno de sus cuñados, Benito era quien orientaba la conversación los jueves del Covadonga. ¿Por qué? Quizá porque la responsabilidad cuasipaternal que desde muy joven había asumido con respecto a sus hermanos menores había tenido resonancia retroactiva en los mayores, quienes acabaron por respetarlo y admitir, más de buena que de mala gana, su liderazgo. Y es que Benito era un hombre exitoso. Había ascendido muy rápidamente en su trabajo y gozaba del reconocimiento de sus colegas del mundo empresarial; había alcanzado una posición económica boyante, que le había permitido hacerse de una magnífica residencia en la calle de Sacramento y de una casa de campo en Valle de Bravo; viajaba a Europa, por trabajo o por placer, al menos una vez al año; había fundado una familia ejemplar y había podido ofrecerles a sus hijos una educación superior en universidades privadas; era, finalmente, lector y melómano —poseía una considerable biblioteca, que había leído en un altísimo porcentaje, y una estupenda discoteca que sonaba en los más modernos y sofisticados aparatos de música.

Con frecuencia la plática del Covadonga derivaba, tautológicamente, en la familia misma, cuya historia Benito conocía mejor que los demás porque la asunción, en la práctica, de una primogenitura que la cronología no le había deparado, lo había hecho depositario de las confidencias de mi padre, que los hermanos más jóvenes —y acaso también los mayores— ignorábamos.

A mí ya no me tocó en suerte, más que en muy contadas ocasiones, oír a mi padre. La sordera que sufrió en los últimos años de su vida acabó también por silenciarlo, y murió cuando yo apenas dejaba de ser niño. Y dejé de serlo justamente el día de su muerte.

Papá no solía hablar de su familia, como si se avergonzara de ella, como si le doliera. Ni de sus padres, que fallecieron, mi abuela, a finales del siglo XIX, y mi abuelo, a principios del XX; ni de sus hermanos varones —Ricardo, Rodolfo y Severino, muertos los tres precozmente y de manera lastimosa—. Conocimos, sí, a sus hermanas María y Loreto, aunque casi no tuvimos trato con ellas, y a su medio hermana Luisa, que se fue a vivir a Torreón tan pronto se divorció de tío Paco y aparecía por casa solo los veranos, cuando venía a México huyendo de los calores de la Comarca Lagunera. Como también mis abuelos maternos habían muerto, en Cuba, antes de que yo naciera, y las dos únicas hermanas de mi madre vivían en la isla, de donde ella había salido, ya casada con mi padre, en 1930, parecía que la vida familiar hubiera empezado en papá y mamá, Adán y Eva de nuestra

modesta estirpe, y se limitara exclusivamente a sus hijos —nosotros— y a sus nietos —nuestros hijos. Lo anterior y lo colateral o no existía o pertenecía al ámbito de las conjeturas. O de los mitos.

Las conversaciones del Covadonga me interesaban sobremanera porque desde hacía mucho tiempo había abrigado la ilusión de escribir la historia de mi familia, que casi no conocía y que la escritura misma habría de revelarme. Pensé que al desentrañar esa historia podría saber un poco más de mí mismo y explicarme mis más rancios atavismos.

Benito reconstruía escenas, contaba anécdotas, aventuraba hipótesis. Con los datos que entretejía, encontraban justificación actitudes de la vida familiar que para mí, hasta entonces, eran incomprensibles. Una de ellas era precisamente la de nuestra soledad, pues no teníamos ninguna relación con parientes o con miembros de la colonia española en que se inscribió la juventud de mi padre y sus hermanos. Benito decía que cuando papá, después de haber gastado en México y en una larga estancia en Europa la parte de la herencia de su padre que le correspondía, no quiso relacionarse nuevamente con los hijos de otros inmigrantes que, como mi abuelo, habían hecho fortuna en México, pues sospechaba que la estimación que le habían demostrado mientras tuvo recursos obedecía más al interés que al afecto. Por los mismos motivos, también se había distanciado deliberadamente de todos los parientes que habían venido a México y prosperado en diversas ramas de la industria, el comercio o el arte. Por eso nunca nos vinculamos, aunque a ellos nos unieran lazos de parentesco más o menos cercanos, con el dueño de uno de los cortijos más grandes de México; ni con el inventor de la máquina de hacer tortillas, que liberó a cientos de mujeres de tortear con las manos la masa de maíz; ni con los dueños de El Mirador, la cantina que da al bosque de Chapultepec y que fue la última en abrir sus batientes al sexo femenino; ni con la pintora surrealista Sofía Celorio de Bassi, acusada de haber asesinado a su yerno, el conde Cesare d'Acquarone, o sospechosa de haberse inculpado de ese crimen para salvar a su hija de la prisión, a la que ella fue condenada por espacio de once largos años.

Papá, decía Benito, quiso fundar su propia familia y mantenerse al margen de la que le antecedió. Fue el único de los vástagos de Emeterio que tuvo hijos e hizo que el apellido perdurara en las generaciones subsecuentes.

La tradición de reunirnos los jueves primeros de cada mes en el Covadonga se prolongó por más de una década, pero acabó por disolverse.

Miguel se incorporó a la planta académica de la Universidad de Texas en Austin, donde se dedicó a investigar la arquitectura de las misiones jesuitas en el sur de los Estados Unidos y la persistencia en el siglo XVIII de las capillas abiertas que, para catequizar a los indígenas, había inventado fray Pedro de Gante en el siglo XVI. Alberto, con los años, fue aplacando el impulso que lo hacía venir mes a mes desde Matehuala solo para comer con sus hermanos. Ricardo se fue a vivir a Guadalajara, donde abrió una sucursal de la compañía de sistemas de archivo de Benito. Después de prestar servicios educativos y asistenciales en varias zonas marginadas del país —Oaxaca, el valle del Mezquital, Guerrero—, Eduardo se involucró en la guerra contra el dictador Anastasio Somoza y acabó en Nicaragua, de donde aún no ha regresado. Mi hermana Carmen se divorció de Llibert, el Pelayo Catalán... Con tantas bajas, las reuniones, cada vez más exiguas, fueron perdiendo periodicidad —lo mismo que aquellas comuniones de los primeros viernes de mes de nuestra infancia— hasta que se fueron al infierno.

Hemos sustituido las reuniones del Centro Asturiano por otras más equitativas, celebradas de manera rotatoria en nuestras casas, en las que alternamos los hombres y las mujeres de la familia, aunque con frecuencia, por los mismos atavismos por los que antes habíamos discriminado a nuestras hermanas de las comidas del Covadonga, se forman espontáneamente dos grupos, de un lado los hombres y del otro las mujeres.

Veintiocho escuincles, todos varones y malencarados, dispuestos en tres filas: los de atrás de pie, sobre una tarima; los de en medio, parados en el piso, y los del frente, sentados en una banca de iglesia. Visten trajes desarrapados y ostentan corbatas mal anudadas, que les deforman los cuellos de la camisa. Todos almacenan en los ojos una tristeza patibularia. Al fondo, el profesor: un hombre de edad indefinida de traje, chaleco, corbata y pañuelo al pecho, que lanza a la cámara una mirada enérgica y retadora.

—¿Quién crees que es tu padre? —me pregunta mamá al entregarme, junto con otras, esta fotografía color sepia.

Recorro con el índice cada uno de esos rostros desesperanzados y los voy descartando uno a uno. Como no adivino, me pregunta:

—¿Cuál de todos te parece el más triste?

Y no lo dudo.

Señalo a un niño güerejo, mal pelado, con mirada entre esquivada y suplicante, que tiene en las comisuras de los labios un rictus de ancianidad anticipada y estremecedora.

Acierto. Es mi padre. No hay rebeldía en sus ojos, sino resignación. Y tristeza, sí: mucha tristeza. Una tristeza que acabaría por dejar de ser un estado de ánimo transitorio para volverse una condición de su persona; el sentimiento de orfandad y de melancolía que adquirió en ese internado y que le habría de durar toda la vida.

La deficiente gestación de los gemelos, que no lograron sobrevivir, quizás incidió en que tu abuela, en su siguiente parto, muriera poco tiempo después de haber dado a luz a tu tía Loreto.

Emeterio pasó los luctuosos años de su viudez atribulado por los problemas, las necesidades, las demandas de una prole de muchachos cuyas edades iban de los once años que a la sazón tenía Ricardo, el primogénito, al mes y medio con que apenas contaba Loreto cuando murió su madre.

Desde entonces, la recién nacida quedó sujeta, sin necesidad de ningún acuerdo explícito previo, a los cuidados de su hermana mayor, una suerte de madre infantil sustituta de apenas ocho años de edad. María jamás tuvo gusto

por los niños, pero cifró en la custodia de Loreto la ascendencia que cobraría en toda la familia, incluido su propio padre, y la certeza de que en el transcurso de su vida contaría con la servidumbre de su hermana, quien habría de someterse hasta la enajenación a sus designios.

Para atender la casa de La Estampa, Emeterio contaba con dos apoyos: Felisa, fiel ama de llaves de tu abuela, que asumió la responsabilidad de regir la vida cotidiana de la parte de la casa dedicada a la vivienda, y Daniel Gordillo, el tenedor de libros de tu abuelo, un joven santanderino natural de Cobreces, que se encargó, como lo había venido haciendo desde antes, de la parte destinada a la administración del negocio y el almacén.

Emeterio conservó a la institutriz que le había puesto a María —una especie de monja española calva y bigotona que, a la inversa de lo esperado, se subordinaba a los dictados de su pupila—, pero tuvo muchos problemas para educar a sus hijos varones, que se vieron seriamente afectados por una orfandad precoz. Varios tutores desfilaron por la casa de La Estampa, pero ninguno de ellos alcanzó a cubrir los meses de prueba: salían huyendo con sus desperdiciados bártulos ante las insolencias con que Ricardo, Severino y Rodolfo los acribillaban desde su llegada a la residencia. Así que Emeterio decidió mandar a los muchachos a la escuela. Asistían a clases todas las mañanas, pero no mostraban mayor aplicación, pues no había quien tomara nota de su desempeño. Como nadie en casa vigilaba que hicieran las tareas que les asignaban en el colegio, por las tardes se entrometían en los quehaceres del negocio, ubicado, como te digo, en la misma casa donde se almacenaban los vinos y licores que Emeterio importaba de Europa. En un principio, tal intromisión, en lugar de enfadar a tu abuelo, lo enorgullecía, pues siempre soñó con que sus hijos continuaran la empresa a la que él había dedicado la vida y que lo había llevado al éxito acariciado por todo aldeano que deja su patria en busca de fortuna. Y qué mejor que desde muchachos se familiarizaran con el negocio. Después cambiaría de parecer.

A diferencia de sus hermanos, tu padre no participó durante esos primeros años de orfandad en la vida familiar ni en las actividades de la empresa que determinaron el destino de Ricardo, Severino y Rodolfo. No había cumplido cinco años de edad cuando murió su madre. Tu abuelo, incapaz de atenderlo y no queriendo cargarle la mano a María, que ya tenía bastante con el cuidado de Loreto, consideró que lo más apropiado sería inscribirlo en un internado.

Así pasaron tres años. María se apoderaba paulatinamente de la vida de Loreto, que acabó por ver en su hermana mayor no tanto a una madre reemplazante sino a su ama; Ricardo se aproximaba a la adolescencia sin la

fuerza de una educación rigurosa y con la debilidad de un gusto prematuro y desgobernado por el alcohol, que, azuzado por algunos empleados de tu abuelo, había probado con alardes de valentía y orgullo en alguna de sus primeras estancias vespertinas en el negocio; Severino y Rodolfo seguían previsiblemente los pasos de su hermano mayor, y Miguel sufría el terrible abandono que implicó su confinamiento en un internado: abandonado por su madre, que lo dejó huérfano muy pronto, y abandonado, también, por su padre, que no encontró mejor alternativa que recluirlo en ese mal disfrazado orfanatorio. Tres largos y decisivos años.

Emeterio necesitaba a una mujer que fungiera como tal y, sobre todo, que asumiera el papel de madre de la prole, que de manera sucedánea, prematura y parcial había venido cumpliendo María, y que Felisa no había podido desempeñar exitosamente pese a su entereza y su fidelidad, pues los niños se le insubordinaban y con la señorita María prefería no meterse para evitar cualquier altercado en el que ella, el ama de llaves, inevitablemente saldría perdedora. Al cumplirse tres años de la muerte de su primera esposa, Emeterio se volvió a casar. La mujer que yace en el nicho inferior de su tumba era dieciséis años menor que él, se llamaba Emilia del Barrio y era nieta de La Corregidora doña Josefa Ortiz de Domínguez.

Siempre vi de perfil a La Corregidora. En mis libros de texto, en los adornos de papel picado y los decorados luminosos de las fiestas patrias y en las monedas de cinco centavos. Chongo, peineta, mentón pronunciado, pequeña papada y mirada enérgica, a juzgar por el único ojo que se le veía. Y siempre me pregunté cómo sería La Corregidora de frente. Ni idea. Como la otra cara de la luna.

A la misma casa de La Estampa de La Merced, Emeterio llevó a vivir a su nueva esposa. Emilia asumió a los hijos de su marido como propios. Quiso enderezar las torceduras de Ricardo, Severino y Rodolfo, pero sus cuidados llegaron demasiado tarde, porque esos árboles ya nunca más se enderezarían. Procuró granjearse el afecto de María, quien condescendió a tener con ella un buen trato, condicionado, desde luego, a que no interfiriera en la educación de la niña Loreto, que mantuvo bajo su égida. En lo que contó con mayor fortuna fue en su empeño de resarcir las penas de Miguel. Tan pronto se celebraron las segundas nupcias de Emeterio, tu padre salió del internado, en el que había pasado más de un tercio de su vida de entonces, como quien sale de una penitenciaría. Así haya sido en forma sucedánea, Miguel encontró en Emilia el amor maternal que le había faltado tan temprano y la vida familiar de la que

había sido sustraído tan brutalmente. Esa vida familiar que de un modo precario se restableció con el segundo matrimonio de tu abuelo.

Como si se tratara de un caserío asturiano, en la vida diaria de la casa de La Merced convivían la familia de Emeterio y los trabajadores de su negocio: las tareas domésticas y la administración de la hacienda; la cocina y el despacho; el comedor y el almacén. El momento en que esos dos ámbitos se unían más estrechamente, hasta la fusión en uno solo, era la hora de la comida. Por disposición de Emeterio, se sentaban a la misma mesa él, su esposa y sus hijos y los trabajadores de mayor confianza y responsabilidad, entre ellos Daniel Gordillo.

Daniel era un hombre tímido, muy bajo de estatura, lampiño y colorado, de cabello ralo, que siempre se vestía de negro —no de gris oscuro ni de azul marino: de negro—; no salía a la calle sin sombrero y no se quitaba los puños plásticos con los que protegía su camisa más que a la hora de la comida. Cuando a las dos en punto de la tarde sonaba la campana que sostenía una espadaña edificada en el patio central de la casa, se despojaba de sus puños, se volvía a poner el saco negro con el que había llegado a trabajar por la mañana y se presentaba, encorbatado y sudoroso, en el comedor de la casa, como se lo había ordenado su patrón. Solo rompía su silencio si Emeterio, que casi era el único que hablaba a la hora de comer, le hacía alguna pregunta, y se ponía colorado si María le dirigía la palabra. Y María se la dirigía a menudo con el único propósito de ruborizarlo.

Un buen día, tu tío Ricardo, el primogénito, se vio conminado por tu abuelo a abandonar la casa.

La segunda vez que vio borracho a su hijo, quien entonces contaba con más años que los que él tenía cuando emprendió su aventura trasatlántica, Emeterio cumplió la advertencia que le había hecho al día siguiente de que lo vio borracho por primera vez: que lo echaría de la casa si lo volvía a hallar en semejante estado. Y así lo hizo, pese a la súplica de doña Emilia, que pensaba, no sin razón, que con tal castigo el joven, en vez de corregirse, se abismaría en las desgracias del alcoholismo. Emeterio no se debilitó ante los ruegos de su esposa y cumplió su amenaza. Corrió a Ricardo de la casa y de El Caudal, donde presuntamente trabajaba bajo la tutela indirecta de Daniel Gordillo.

A partir de su expulsión, durante un tiempo poco se supo de la vida de Ricardo. De tarde en tarde pasaba por la casa de La Merced, cuando tenía la seguridad de no encontrarse con su padre, para pedirle a su madrastra que lo socorriese con algún dinero. Emilia sabía que sus dádivas solo servirían para

que se embriagara de nueva cuenta, pero no tenía la fuerza suficiente para dejar en el abandono al pobre muchacho, cuya mala traza delataba la pobreza en que vivía. Y le daba lo suficiente para que no se apareciera por ahí en varios meses, no sin antes arrancarle la promesa, a sabiendas de que no la cumpliría, de que enderezaría sus pasos. Pero ni los consejos de ella ni las promesas de él prosperaron porque la historia, que a veces se repite, lo impidió. Te cuento.

Emeterio le puso el nombre de Ricardo a su primogénito en honor de Ricardo del Río, a quien lo unían lazos que van más allá de la amistad y que atan en una sola dos biografías en principio diferentes. Tenían la misma edad, habían emigrado, siendo todavía muy jóvenes, de pueblos llaniscos vecinos, habían emprendido la misma travesía trasatlántica en el mismo barco, se habían ayudado recíprocamente en los trabajos que tuvieron que desempeñar apenas pisaron tierras americanas y habían corrido pareja suerte en la prosperidad de sus negocios. Ricardo había hecho fortuna tanto en la industria textil como en la factoría del tabaco. Era accionista mayoritario de la fábrica de telas La Nueva España y prácticamente el dueño de la Tabacalera Mexicana. Pero en tierras mexicanas no solo había hecho fortuna. También había sabido alcanzar a fuerza de prebendas, negocios y patronazgos un lugar prominente tanto en la colonia española de México como en la alta sociedad porfiriana, donde era reconocido y respetado. Sus ideas, sus gustos y sus aspiraciones se correspondían con los modelos propios de su clase y de su condición, es decir que era católico observante y monárquico empedernido por lo que concernía a España, y liberal y afrancesado por lo que tocaba a México (ya después, con la Revolución, habría de volverse, sucesivamente, maderista, huertista, carrancista, obregonista —todo menos villista y zapatista—, según el vaivén político de los tiempos). Poseía una casa dieciochesca con fachada de chiluca y tezontle en la calle de Donceles en el centro de la ciudad, que había mandado amueblar lujosamente según los cánones del gusto porfiriano —sillas versallescas, candiles de prismas, alfombras persas, pesados cortinajes, bibelots de escenas pastoriles, cuadros obnubilados por la exuberancia de sus marcos, piano de media cola, jarrones de porcelana, tres o cuatro chinerías de marfil o malaquita y escupideras de latón en cada una de las esquinas del salón—. Y tenía un automóvil —uno de los primeros Ford T que llegaron a la ciudad de México—, que conducía un chofer llamado Enrique, de uniforme militarizado, con charreteras y quepí. Don Ricardo del Río usaba unos largos bigotes de puntas enhiestas y engominadas, sombrero

de hongo o de copa según lo impusiera la ocasión, cuello rígido, corbata con fistol, chaleco con leontina, polainas y bastón de empuñadura de oro.

Años atrás, cuando sintió que había triunfado en el Nuevo Mundo y tomó la decisión, como tu abuelo, de quedarse en México, Ricardo les pidió a sus parientes de Rales que le escogieran a una mujer de su pueblo y arreglaran matrimonio con ella para fundar en este lado del Atlántico una familia de su mismo linaje y procedencia. Así, por poderes y en ausencia, y solo conociéndola por un daguerrotipo que sus tíos le remitieron desde Rales (la había visto de niña, antes de embarcarse al Nuevo Mundo, pero apenas la recordaba), se casó con Laurita, apellidada Soto para bucólica concordancia con su fluvial apellido. Laurita, que conservó el diminutivo de su nombre hasta su muerte a pesar de la frondosidad de su porte y de su considerable estatura (que Ricardo no apreció en la fotografía y con la que se topó, anonadado y disminuido, cuando la fue a recibir al puerto de Veracruz), estuvo dispuesta a atravesar el océano para hacer la vida en México al lado de un hombre que era su primo en segundo grado. Solo lo conocía por referencias nebulosas y por una fotografía igualmente turbia que la que él había recibido de ella y en la que no se echaba de ver su pequeñez. No quería quedarse a vestir santos en un pueblo, si así se le podía llamar al conjunto de diez o doce casas, habitado solo por niños, ancianos y mujeres solitarias, del que los varones se habían marchado en busca de mejores modos de vida. La muchacha, que era, como decían los parientes, de buena cuna —la misma de la que procedía Ricardo—, resultó lista y agraciada. Pero estéril. O quizás el estéril fuera él, pero en esos tiempos la imposibilidad de la concepción se atribuía exclusivamente a la mujer. O tal vez el parentesco que los unía atemorizó sus deseos de reproducción. Como quiera que haya sido, al cabo de unos años de espera, no habían podido o no habían querido procrear un hijo.

Te decía que ni los consejos de Emilia para que el primogénito de Emeterio dejara de beber ni las promesas del muchacho de seguirlos prosperaron porque la historia, que a veces se repite, lo impidió. Así fue. La historia se repitió.

El mismo día 18 de febrero de 1905, cuando dio a luz a una niña, la parturienta primeriza de veintinueve años de edad, Emilia del Barrio, murió afectada por las fiebres del puerperio.

Viudo por segunda ocasión, tu abuelo Emeterio se sintió impotente para atender a una criatura macilenta y enfermiza que demandaba cuidados que él no podía suministrarle. Tenía seis hijos, sin contar a la recién nacida, a quien hizo bautizar apresuradamente con el nombre de Luisa, pensando que no

sobreviviría por mucho tiempo a su difunta madre. Por la casa de la calle de La Estampa desfilaron numerosas pasiegas y hasta una cabra criandera que malamente amamantaron a la niña, quien se salvó de milagro a pesar de su fragilidad, sus dificultades digestivas y los cólicos, que la mantenían despierta día y noche en un berrido inconsolable.

Emeterio no sabía qué hacer con el crío. Tal vez si María, su hija mayor, que a la sazón ya contaba con diecisiete años de edad, hubiera tenido cierta inclinación a la maternidad, aunque fuera supletoria, habría podido conservarla en el seno familiar, pero María era muy poco dada a la ternura; había concentrado su muy limitada capacidad amorosa a la crianza de Loreto y no estaba dispuesta a repetir su hazaña con la niña Luisa, que solo era medio hermana suya. Cuando murió tu abuela, María había sabido de las fatigas y las dificultades que los vástagos conllevan, y había jurado que no se casaría nunca y sobre todo que jamás traería un hijo al mundo. No cumplió la primera promesa, aunque al parecer su matrimonio no llegó a consumarse, gracias a lo cual pudo cumplir naturalmente la segunda. Al no contar con la buena disposición de María para ocuparse de la recién nacida, a tu abuelo no le quedó más remedio que ceder a la solicitud de su amigo Ricardo del Río de darle a la niña Luisa en adopción. Y es que don Ricardo y doña Laurita vieron en el alumbramiento de la niña y en la repentina viudez de Emeterio la mano de la Divina Providencia que les concedía, así fuera en calidad adoptiva, el hijo o, mejor dicho, la hija que no habían podido tener y con la que siempre habían soñado.

La adopción de la niña Luisa se llevó a cabo sin formalidades burocráticas, mediante un pacto de caballeros entre Ricardo y Emeterio que selló su compadrazgo. Si bien la niña fue llevada a vivir en la casa de Donceles, tu abuelo la siguió viendo semana tras semana todos los sábados en su propia residencia de La Merced. Ahí la llevaban sus compadres y Emeterio pudo atestiguar, durante el breve tiempo que sobrevivió a la muerte de su segunda esposa y mientras tuvo cierta lucidez, el crecimiento de su última hija: sus primeros dientes, sus primeros pasos, sus primeras palabras, entre las cuales *papá*, con la que se refería a él, su padre biológico, alternaba con *papito*, con la que apelaba a don Ricardo, su padre putativo.

Con la muerte de Emilia, a tu tío Ricardo se le acabó su magro sostén. Daniel Gordillo, que se había desempeñado como una suerte de patrón sustituto suyo mientras tu tío intentó trabajar en El Caudal, le aconsejó al muchacho que aprovechara la desolación que había ablandado a Emeterio

cuando se vio viudo por segunda vez y le pidiera perdón. Así lo hizo Ricardo. Le juró a su padre que no volvería a beber y que trabajaría de sol a sol en el negocio familiar. Tu abuelo seguramente no le creyó, pero tampoco lo rechazó. Quería que sus hijos mayores estuvieran cerca de él en las postrimerías de su vida, pues ya era bastante haber dado en adopción a Luisa, por más que hubiera sido a su compañero de venturas, aventuras y desventuras, Ricardo del Río.

Tu tío Ricardo, como era de esperarse, no pudo cumplir sus promesas, pero tu abuelo, abatido por la pesadumbre de su segunda viudez, ya no tuvo mayor conocimiento de las faltas de su primogénito. Tan pronto se veía libre de la mirada vigilante de Daniel Gordillo, Ricardo se escapaba con sus amigos, muchos de ellos vástagos, como él, de emigrantes que habían llegado a México sin un centavo y habían amasado con mucho esfuerzo unas fortunas que sus hijos alegremente malgastaban.

En la última fotografía familiar que se mandó hacer Emeterio, rodeado de sus hijos, figuran Ricardo, como hijo pródigo de vuelta en casa, y Luisa, como pieza integral de esa familia a la que pertenecía aunque hubiera sido dada en adopción a la de los campiranos apellidos. Ricardo tiene el rostro abotagado y se ase al respaldo de la silla que ocupa tu padre como el náufrago que se aferra a su tabla de salvación. Luisa —dos años de edad, ceño fruncido, mohín de disgusto en la boca— aparece en el centro del escenario, sentada en un cojín de terciopelo a los pies de tu abuelo y abrazada emergentemente a un oso de peluche.

Cuando la tía Luisa hablaba por teléfono para decirnos que se encontraba en México y anunciaba su visita, entrábamos en un torbellino que aceleraba el ya de por sí ajetreado ritmo de nuestra vida cotidiana. No parecía que quien viniera a saludarnos fuera alguien tan cercano como la hermana de papá (bueno, la medio hermana, para ser precisos, aunque para el caso fuera lo mismo), sino un obispo, un magistrado o un ministro plenipotenciario. Mamá se preocupaba por que la casa estuviera reluciente y en perfecto orden para dignificar con la limpieza y el aliño la modestia de su traza. Y papá, que desde que se jubiló acostumbraba pasar el día en bata, se ponía pantalones de vestir con tirantes, camisa y saco, se quitaba la boina y permutaba sus pantuflas sempiternas por zapatos de agujetas.

Y es que la tía Luisa no se incorporaba al ritmo de la vida doméstica cuando llegaba, como suelen hacerlo los parientes cercanos, sino que exigía trato de visitante distinguida y demandaba la atención de todos los miembros de la familia que por ahí estuviéramos, incluyendo por supuesto a mi madre, que nunca disponía de un segundo libre y, para recibir a su cuñada (a quien no la unía absolutamente nada, a no ser el parentesco político), se veía obligada a interrumpir sus abrumadoras faenas.

Un taxi dejaba a la tía Luisa a la puerta de la casa y, para ansiedad e irritación de mi madre, que no dejaba de pensar un solo instante en ese taxímetro que iba aumentando inexorablemente la cuenta del servicio, ahí la esperaba sin moverse durante el tiempo que duraba la visita, que bien podría ser de dos o tres horas. Madame Del Barrio, como le decían sus alumnos, entraba dando besos al aire, caminando con un garbo más propio de una plaza de toros que de la austera estancia de la casa y lanzando improperios contra todo mundo. Se quejaba de la mediocridad, la incultura, la incivilización que reinaban en la ciudad de México, como si viniera de París y no de la muy joven y desértica ciudad de Torreón en el estado de Coahuila, adonde se había ido a fundar y dirigir la Alianza Francesa de la Comarca Lagunera.

Traje sastre oscuro, mascada de seda colorida anudada al cuello, guantes negros de piel, labios pintados de un rojo subido y tacones altísimos (bueno, un tacón, que solo uno recuerdo porque tenía la costumbre de sentarse con

una pierna trepada, por debajo de la otra, en el sofá, como flamenco, o *flamingo*, según se dice ya hasta en el mejor castellano de Burgos). Sacaba de su bolsa de charol —que ella llamaba *bolso* a la usanza española— una cigarrera de plata y una larga boquilla de carey y, sin quitarse los guantes, encendía un pitillo cuyas emanaciones mentoladas se mezclaban con el aroma de claveles del perfume de Balenciaga que siempre usó. Mi madre le ofrecía algo de tomar, digamos que un vaso de agua de jamaica o un Nescafé, y ella, sin ninguna consideración a la austeridad de la casa, sin ningún miramiento a las modestas condiciones económicas de la familia, pedía un *vermouth rosso* con hielo *frappé*. Mi padre, que ya conocía la sofisticación de sus gustos y estaba preparado para consentirlos, se levantaba con toda parsimonia, zafaba las llaves que tenía sujetas a una presilla del pantalón, abría uno de los compartimentos del escaparate del comedor, sacaba la botella de Cinzano que tenía guardada a buen recaudo y me pedía a mí, que andaba por ahí de sirimique, que preparara el hielo. Como yo ya estaba adiestrado por visitas anteriores para cumplir esta delicada misión, me encaminaba con aire profesional a la cocina, sacaba una hielera del congelador, la vaciaba sobre el trapo de secar los platos y aporreaba contra el fregadero los hielos así envueltos hasta que adquirían la condición *frappé* que la tía solicitaba.

—Gracias, mi tigre de Bengala —me decía cuando le entregaba la copa. Y no sabía si ese apodo era un elogio o una burla, como la que le hacía a mi hermano mayor —Miguel, el arquitecto, el culto, el exquisito— cuando se refería a su persona con el irónico apelativo de *El Rústico*.

No recuerdo ninguna de las historias que la tía Luisa contaba cuando iba de visita a la casa. De lo que sí me acuerdo, y con mucha precisión, es de su voz ronca de fumadora impenitente y de la viveza de sus ojos al relatarlas, de las carcajadas o los suspiros con que las condimentaba, del dramatismo que les imponía a las escenas que se sucedían en su discurso y de la parodia gesticulante que hacía de cada uno de los personajes que en ellas aparecían. Y me acuerdo de mí mismo, oyéndola extasiado, queriendo que no acabara de contarlas nunca o que las repitiera una y otra vez. Pero la tía finalmente se despedía —adiós, mi tigre de Bengala, pórtate mal— y no la volvíamos a ver hasta el año siguiente, cuando huía del verano sofocante del desierto torreonense y venía a pasar sus vacaciones en la ciudad de México.

No bien había abordado el taxi que la conduciría al subsecuente punto de su itinerario, papá y mamá, que salían hasta la puerta a despedirla —y yo con ellos—, decían, no sé si para mi encanto o para mi desencanto, que cuanto había dicho la tía Luisa eran puras mentiras.

Tan pronto como destetaron a la niña Luisa de las pasiegas y la cabra criandera, Ricardo del Río y su mujer, según lo convenido con Emeterio, se la llevaron a vivir, como te digo, a la casona de la calle de Donceles. Y a partir de entonces se dedicaron laboriosamente a instruirla según los cánones de la alta aristocracia porfiriana. Y a malcriarla también.

La infancia de la criatura transcurrió afectada por el empeño halagador de sus padres putativos, que satisfacían sus antojos y colmaban sus deseos aun antes de que fueran expresados, con lo cual acabaron por exacerbar la condición caprichosa de su temperamento.

Aunque tuviera dos medio hermanas y cuatro medio hermanos, en realidad, Luisa fue hija única y adquirió los rasgos que tal condición suele imprimir en el carácter cuando son los excesos los que prevalecen sobre las carencias: fue una niña impulsiva, voluntariosa, atrabiliaria.

La palabra *papá* con la que tu tía Luisa llamaba a su padre biológico, en oposición a la palabra *papito* con la que llamaba a su padre putativo, pronto dejó de ser para la niña un referente tangible.

Desde que enviudó por segunda ocasión, Emeterio entró en una suerte de letargo melancólico que obnubiló los poco más de dos años que habría de sobrevivir a Emilia del Barrio y que al final de sus días se transformó en una demencia lastimosa.

En su testamento, Emeterio legaba su fortuna por partes iguales a sus hijos, pero determinaba que los herederos no podrían adquirir la propiedad de los bienes hasta que el menor cumpliera la mayoría de edad; en tanto, solo serían usufructuarios de ellos en la misma proporción paritaria. Nombraba, como era de esperarse, a don Ricardo del Río albacea universal de su herencia, pero inexplicablemente designaba tutor de los hijos que aún eran menores de edad —incluida Luisa— a Ricardo, el único de sus vástagos que había cumplido ya veintiún años, pero cuya conducta no parecía ser la idónea para ocuparse del cuidado de sus hermanos y de sus bienes. Aunque al final lo hubiera perdonado, Emeterio lo había corrido de la casa por borracho.

El testamento, firmado por el testador, los testigos —entre los que figura Daniel Gordillo, domiciliado en la misma casa de Emeterio— y Bernardo Cornejo, titular de la notaría número 5 de la ciudad de México, está fechado el día 8 de mayo de 1907, cuando Emeterio quizá ya no era dueño cabal de sus facultades mentales, aunque el notario Cornejo asienta en el mismo documento el formulismo legal de que el testador «se halla, al parecer, en su cabal juicio y libre de toda coacción y violencia».

El patrimonio de tu abuelo a la fecha del testamento consistía en poco más de doscientos cincuenta mil pesos oro en sus cuentas bancarias, sus inversiones fiduciarias y los activos fijos de sus tres empresas —El Caudal, La Iberia y La Chorrera—, a las que dedicó su vida y que lo habían convertido en el comerciante número uno en el ramo de fabricación, importación y venta de vinos y licores de la República Mexicana; la casa de la calle de La Estampa de La Merced número 6, donde vivía la familia y se encontraban el almacén y la administración de sus negocios; otras dos casas de su propiedad, una ubicada en la calle La Quemada número 8 y otra en la de Jesús María número 5, y, entre otros muchos bienes muebles, el ajuar de la casa principal, que tenía ciertas piezas que la ley califica de *preciosas*, algunas joyas de sus difuntas mujeres y un landó de cuatro plazas y su correspondiente tiro de caballos pura sangre, que tenía fama de ser el mejor de la colonia española en la ciudad de México y que tu padre habría de disfrutar, por muy poco tiempo, en uno de sus pocos desplantes de rico heredero. En el inventario solemne que se levantó después de su muerte, no figuraría la mansión marcada con el número 17 de la primera calle de Carretones, pues no estaba a nombre de Emeterio, sino al de su primera esposa, tu abuela, que la había heredado de sus padres.

Emeterio murió el último día de ese mismo mes de mayo a los cuarenta y nueve años de edad, solo acompañado por tu padre, a la sazón un muchacho preparatoriano de quince años de edad, que fue el único de sus hijos que lo vio morir, y por una escultura de san José de tamaño natural que siempre veló su sueño. La estatua fue donada al templo del Hospital de Jesús, donde según se dice reposan los restos de Hernán Cortés, y no a la iglesia de La Estampa de La Merced —como hubiera querido Emeterio—, donde habían sido bautizados sus tres hijos mayores, pues a su muerte ya había sido demolida por las mismas razones de expropiación de los bienes de la Iglesia que determinaron la supresión del Convento de los Mercedarios.

Lo primero que hizo Ricardo del Río tras el deceso de su compadre fue tomarse una fotografía con los hijos de Emeterio en el mismo estudio fotográfico en el que tu abuelo se había hecho retratar con toda su descendencia unos meses antes de su muerte.

Respaldado por el mismo escenario de utilería —un simulacro de lujoso salón con pesados cortinajes, ventanales emplomados y jarrones rebosantes de flores— y rodeado de los siete hermanos, vestidos con los mismos atuendos y dispuestos más o menos de la misma manera que antes, don Ricardo del Río aparece sentado en la alta silla que antes ocupó tu abuelo. A su lado, en una

butaca más baja para compensar el palmo de estatura que le sacaba a su marido, doña Laurita hace las veces de madre oficial de la familia. María, que en la fotografía anterior ocupaba el lugar que ahora le corresponde a la esposa de don Ricardo, está sentada, con gesto de refunfuño, en una silla adicional. Y Luisa, que en la foto anterior posaba sobre un cojín abrazada a un oso de peluche, ahora descansa en el regazo de don Ricardo, su *papito*.

Años después, tu tío Severino habría de ver en la mirada con la que Ricardo del Río posa ante la cámara el brillo de la usurpación.

Desde que adoptó a la niña Luisa, don Ricardo del Río fue adquiriendo en la familia una condición de padre sustituto que se fortaleció con la debilidad de Emeterio tras su segunda viudez y que cobró, a la muerte de tu abuelo, una determinación inapelable. El testamento le adjudicaba el carácter, ciertamente perentorio, de albacea, cuyas funciones se restringían a asegurar los bienes de Emeterio y promover su inventario, y a velar por que se cumpliera la última voluntad del testador. Pero como la herencia no podría repartirse hasta que el menor de los hijos, en este caso Luisa, cumpliera la mayoría de edad, para lo cual todavía faltaban diecinueve años, don Ricardo suplantó en la práctica, aunque no en las formalidades legales, a su ahijado, a quien, al asignarle el testamento el papel de tutor, le encomendaba la responsabilidad de la educación y la alimentación de los menores y la custodia de los bienes que habían heredado.

Un pacto no escrito, como casi todos los que acordaba don Ricardo, rigió las relaciones entre el albacea y el tutor: el padrino haría todas las diligencias del caso para que el ahijado, según estaba estipulado en el propio testamento, fuera obteniendo de la manera más expedita y fluida posible los usufructos de los caudales de la herencia (que su adicción requería con apremio), y el ahijado, por su parte, delegaría *de facto* en el padrino la custodia del patrimonio de Emeterio. De lo que no se sabe nada es del curador —si lo hubo—, que por ley habría debido vigilar el proceso sucesorio y el buen desempeño de la tutela.

Don Ricardo del Río fue suministrando a discreción los usufructos del patrimonio de Emeterio entre los hijos de su compadre. Al parecer, no distribuyó el dinero proveniente de las pólizas de seguros de vida de tu abuelo, que posiblemente lo tenían a él como beneficiario, pues cuando las adquirió Emeterio, todos sus hijos eran menores de edad. Lo que empezó a repartir procedía de las utilidades de los establecimientos comerciales, de las rentas de las casas y de los réditos de las inversiones fiduciarias. Del monto de las entregas periódicas, don Ricardo descontaba, por supuesto, lo que

correspondía a la parte de la niña Luisa, que estaba bajo su custodia. Y también, los gastos de la administración del albaceazgo, entre otros, el sueldo de Daniel Gordillo, que siguió llevando los libros de las empresas, ahora bajo las órdenes del albacea.

De la administración de la casa de La Estampa también se encargaba don Ricardo, aunque por lo general utilizaba para ello los buenos oficios de Daniel Gordillo, quien se enfrentaba periódicamente a las exigencias de la señorita María, que ya tenía dieciocho años y lo seguía ruborizando. A los hijos varones de Emeterio los citaba por separado en su despacho de la Tabacalera Mexicana para entregarles los dividendos que les correspondían. No le daba a Ricardo el dinero que, en su condición de tutor, debía recibir para el sostén de sus hermanos, sino solo lo que le tocaba a título personal, pues como el ahijado no siempre estaba sobrio, el padrino optaba por asignar sin su intermediación los recursos al resto de los hermanos varones, quienes asumieron en la práctica el estatus que en la ley se obtiene con la mayoría de edad. Los dos menores aceptaban sin chistar lo que don Ricardo del Río les proporcionaba, y aun lo agradecían como si se tratara de una dádiva y no de un reparto de utilidades, como en rigor lo era. Pero Severino, cada vez que recibía su dinero, le pedía al albacea metido a tutor que le rindiera cuentas. Como su solicitud no era atendida, pues don Ricardo la consideraba una afrenta a su honestidad y su buena fe, la relación entre ambos se fue deteriorando.

A la muerte de Emeterio, don Ricardo dejó de frecuentar la casa de La Merced. Los domingos, sin embargo, mandaba a Enrique, el chofer, a recoger a Loreto para que viera a la niña Luisa y no se diluyera el vínculo fraternal que las unía. El matrimonio Del Río y las medio hermanas oían misa de nueve en la iglesia jesuita de La Profesa, durante la cual doña Laurita se empeñaba, vanamente, en que Loreto aprendiera a contestar las oraciones latinas que pronunciaba el oficiante. Al salir, la heteróclita familia se iba a desayunar grandes tazones de chocolate espeso acompañado de roscas y molletes con mantequilla en la cafetería La Gran Sociedad de la calle del Espíritu Santo y, después, a escuchar el concierto que ofrecía la banda de la ciudad de México en el kiosco morisco de la Alameda Central, donde don Ricardo les compraba a Luisa y a Loreto globos de colores y algodones de azúcar. Tras un dilatado recorrido peatonal por la calle de Plateros, que incluía la visita de don Ricardo a la peluquería de José Nicolás (que era el único establecimiento de su tipo que abría los domingos) para cortarse el cabello y engominarse los bigotes y de la cual salía oloroso a esencias de pachuli de Portugal, la familia se dirigía a la

casona de Donceles, donde comía. Al caer la tarde y después de dormir una siesta obligatoria, Loreto era devuelta a la casa de La Merced. A María le disgustaba prescindir de la compañía de su hermana durante esos días, que, sin ella, le resultaban larguísimos e intransitables, así que de vez en cuando se hacía invitar a tales encuentros hebdomadarios, que se repetían con puntualidad ritual.

Muy pronto esta costumbre dominical quedó cancelada.

Durante unos meses, conforme fueron recibiendo, aunque más pausada y menos abundantemente de lo que hubieran querido, los primeros usufructos de su herencia, los hermanos varones se dedicaron a gastar sin miramientos el dinero que recibían del albacea. Cada quien lo dilapidaba según sus preferencias, pero todos lo hacían en la frecuente compañía de los señoritos sin oficio ni beneficio de la colonia española, con quienes, ahora que tenían dinero «propio», se codeaban de tú a tú, si no es que con cierto dejo de superioridad.

Ricardo recorría las cantinas de la ciudad, la mayor parte de las cuales eran propiedad de españoles inmigrantes, donde se rodeaba de amigos de ocasión que al calor de los tragos le juraban amistad eterna y al día siguiente no lo reconocían, por la sencilla razón de que tampoco lo habían conocido.

Severino, por su parte, se volvió asiduo visitante de los teatros de revista y de los salones de baile. Sábado a sábado acudía, con el séquito de sus compinches españoles, a la Academia Metropolitana en la plaza Santos Degollado, que era el único tugurio que permanecía abierto hasta el amanecer. Al ritmo de danzón marcado por la orquesta de Babuco, tumbero negro procedente de Cuba, bailaba, mal, con las putas de los lupanares más socorridos de la ciudad, que ahí llegaban al filo de la medianoche en busca de sus clientes: las de Francis, Carmen la Gallega y la Pency del callejón de la Teja; las de María Ortega, de la calle de la Polilla, las francesas del callejón de Pajaritos, las del Salto del Agua.

Si Severino era enamorado, Rodolfo era jugador, pero de él no se sabía casi nada. Se desaparecía durante días enteros y regresaba a casa, impertérrito, sin soltar ninguna prenda, sin imprimirle a su rostro ningún gesto, ninguna expresión, como conviene al avezado jugador de póquer. No tanto como su hermano Ricardo, pero ambos también eran bebedores. En el amor, en el juego y en el alcohol, los dos perdieron.

El gusto de tu padre era menos peligroso. Asistía a cuanta romería organizaban las instituciones fundadas por la inmigración española y paseaba en el landó que había sido de Emeterio, con sus dos capotas abatidas cuando

iba con amigos, o echadas cuando era una dama quien ocasionalmente lo acompañaba, en cuyo caso le exigía al cochero que se mantuviera en el pescante atento a la caballería sin volver la cabeza en ningún momento. De este gusto a pasear en coche acompañado de una dama y conducido por un cochero le vinieron seguramente su temple romántico y su absoluta incapacidad para manejar él mismo un automóvil.

Don Ricardo veía, a saber si con indignación o con perverso regocijo, cómo los jóvenes herederos derrochaban el dinero que no habían ganado, como él y su compadre, con el bíblico sudor de su frente, y hacían ostentación de la cuantía de los bienes que su padre había dejado al morir. Mucho le había preocupado la desmedida afición al alcohol de la que los tres mayores, lejos de avergonzarse, hacían alarde. En varias ocasiones, cuando aún eran unos muchachitos, había intentado aconsejar a Emeterio que los separara del negocio. Pero tu abuelo, aunque sabía de los peligros que corrían, no había prestado oídos a su amigo porque presumía que, si sus hijos se adentraban en el giro en el que él había hecho su fortuna, lo podrían administrar cuando él ya no estuviera y preservarían de ese modo su memoria. Ahora Emeterio ya no estaba, y del negocio paterno, a los hijos no les interesaba el trabajo, sino solo los dividendos. Eso lo sabía muy bien don Ricardo del Río.

Tan estrecha fue la convivencia de los hijos de Emeterio con los jóvenes de la colonia española durante los meses subsecuentes a la muerte de su padre, que empezaron a añorar, como si hubieran nacido en ella, la patria de Emeterio y a sentirse, como los antiguos criollos de la época del Virreinato, extranjeros en el país en el que habían visto la luz y del que procedía su propia madre. No fue de extrañar entonces que, pasados unos meses de excesos y libertinaje, Ricardo, el mayor, tomara la arbitraria decisión de irse a vivir a España y conminara a sus hermanos a que lo siguieran. La decisión fue tomada, ciertamente, en un arrebatado de embriaguez, pero persistió tras la resaca. Seguramente alguien le metió la idea en la cabeza, y no hubo quién se la sacara.

Si bien es cierto que ya era mayor de edad y que los menores aún permanecían, así haya sido formalmente, bajo su tutela, no habría podido cumplir su propósito si no hubiese contado con la anuencia de don Ricardo del Río, pues era él, en la práctica y según el pacto tácito que ambos habían acordado, quien debería liberar los recursos para sufragar el viaje y mantener a la familia en Madrid.

Que don Ricardo del Río hubiera dado su consentimiento sin oponer resistencia sorprendió a Severino, Rodolfo y Miguel. No entendieron entonces

que en el fondo de su alma, el albacea prefería que los hijos de su compadre estuvieran lejos de México para poder administrar a sus anchas la hacienda de Emeterio. Especialmente Severino. Desde el momento en que recibió los primeros usufructos de la hacienda de su padre, el combativo joven no había tenido pelos en la lengua para manifestar su desconfianza en el manejo de las cuentas de la testamentaría de Emeterio y andando el tiempo llegó a reclamarle a don Ricardo que no hubiera limitado sus funciones al albaceazgo que le adjudicó su padre, sino que hubiera administrado los bienes del finado como si hubiesen sido propios y sisado la fortuna que habían heredado él y sus hermanos, cobrando en su beneficio una altísima suma como contraprestación a la patria potestad que ejercía con respecto a su medio hermana Luisa.

No hubiera sido raro que el propio don Ricardo hubiese sido quien inoculara en la mente perturbada de su ahijado la idea de que los hermanos varones se fueran a vivir a España. Siempre había tenido una actitud reticente hacia ellos, a quienes había visto criarse —y malcriarse— en una temprana orfandad materna que no pudieron contrarrestar ni la severidad de su padre ni el amor sucedáneo y tardío de su madrastra. Distintos eran los sentimientos que le inspiraban las mujeres de la familia —sin contar, obviamente, a la niña Luisa, a quien había adoptado con un fervor acaso tan patológico como la aversión que fue incubando en su corazón contra los hijos hombres de su compadre, y a la que ya no consideraba hija de Emeterio, sino suya—. A María y Loreto las quería, pero de diferentes modos. A la mayor, más que quererla, la respetaba. La mujer tenía un carácter fuerte y resuelto, que contrastaba con su diminuta estatura, forjado a partir del momento en que, con escasos ocho o nueve años de edad, había asumido la responsabilidad de la prole. Don Ricardo prefería tenerla de aliada que de enemiga o de opositora —y para ello era mejor que estuviera cerca. Y a la menor la necesitaba. Loreto era la única «amiga» de Luisa.

La idea de don Ricardo, pues, era dejar que los varones se fueran a España y que las mujeres se quedaran en México. Pero no previó que María tomara la decisión de marcharse con sus hermanos para hacerles casa, según dijo, y de llevarse con ella, obviamente, a Loreto. María no cejó en su determinación, a pesar de las presiones de don Ricardo y de las súplicas de doña Laurita, que no querían que Luisa se privara de la compañía de Loreto.

Supuestamente preocupado por la educación de Loreto, don Ricardo ejerció la autoridad moral que había cobrado en la familia y puso como condición del viaje que la muchacha fuera internada en un colegio, que él

mismo había elegido: Las Niñas de Leganés, establecido hacía más de tres siglos con la misión expresa de educar a las hijas de familias nobles. Lo que realmente pretendía don Ricardo era que María, al no contar con la presencia cotidiana de su hermana en Madrid, desistiera de ir a España y por tanto Loreto pudiera seguir haciéndole compañía a Luisa. Pero, para su sorpresa, María aceptó la condición.

Todos los hermanos se fueron a vivir a España. Menos Luisa, por supuesto.

Cuando la niña Luisa tuvo edad suficiente para ir al colegio, ya había estallado la Revolución en México y, con ella, la tranquilidad de don Ricardo, que vio amagados sus bienes y los privilegios que había obtenido durante los muchos años de la paz porfiriana que le había tocado vivir casi desde que llegó al país. Determinó entonces que en vez de que Luisa se trasladara a la escuela, fuera la escuela la que se trasladara a su domicilio. Y se dio a la tarea de buscar, como si se tratara de elegir al preceptor de un príncipe heredero, a quien fungiera como institutriz de la criatura. Tras meses de búsqueda entre sus conocidos del *ancien régime*, al fin dio con Madame Pascault, una profesora francesa avecindada en México, quien aceptó la encomienda no solo de la educación de la criatura, sino también otra, mitad académica y mitad administrativa, que consistía en elegir y supervisar a las maestras de baile y de piano que se encargarían de la preparación artística de la entenada, como convenía a una señorita de la clase social a la que Luisa pertenecía.

Madame Pascault fue la única persona que pudo refrenar los exabruptos de la niña y someterla a cierta disciplina. Además de proporcionarle la instrucción elemental en aritmética, historia y geografía, le enseñó a leer y a escribir —en francés antes que en español— y sembró en su alma la almendra del gusto por la lectura de los clásicos franceses, antiguos y modernos, que no germinó sino años después, cuando la pupila fue capaz de comprender lo mismo la bondad maligna de los personajes femeninos de Maupassant que la inocente maldad de los adolescentes de Lautréamont, lo que le permitiría salir airoso cuando, al pasar de los años y en contra de todos los augurios, se viera conminada a ganarse la vida por sus propios medios.

Aunque estábamos enfermos del estómago, esa tarde de sábado los chicos salimos a la calle a esperar la llegada de tío Paco, que había anunciado su visita en respuesta al llamado de mi madre. Tan pronto divisamos su viejo Ford color chocolate al fondo de la calle, cundió el alboroto y, cuando por fin se estacionó frente a la casa, rodeamos el coche con tal revuelo que apenas permitimos que abriera la portezuela para bajarse. Nos sorprendió que en vez de su acostumbrado maletín de médico, sacara del asiento trasero un enorme serrucho de carpintero.

Desde que mi familia dejó la ciudad de San Luis Potosí para volver a establecerse en la ciudad de México a mediados de 1942, el tío Paco se convirtió en nuestro médico de cabecera. Y cuando se divorció de la tía Luisa, cinco años después, nos siguió atendiendo con la misma dedicación con la que velaba por nuestra salud mientras oficialmente formó parte de la familia. El cariño que nos había tomado trascendía la relación conyugal con la hermana de papá. Tanto así que su presencia entre nosotros se hizo más asidua después del divorcio. Tras pasar unos meses en la casa de doña Laurita del Río, su madre putativa, Luisa se fue a dirigir la Alianza Francesa de Torreón, así que le dejó a su exmarido el campo libre para que nos visitara cuando le viniera en gana. Quizá su condición de exiliado lo había llevado a asumir como suya una familia tan numerosa y carente de recursos como la nuestra, en la que podía cumplir su juramento hipocrático en reciprocidad simbólica y puntual —pues siempre se negó a recibir retribución por sus servicios profesionales— a la generosidad con la que el país los había acogido a él y a tantos otros españoles tras la derrota de la República. Y esa su necesidad de formar parte de un clan se ha de haber agudizado tras el divorcio, pues su matrimonio con Luisa lo había alejado irreversiblemente del grupo de refugiados republicanos con el que había llegado a México y lo había convertido, a la postre, también en un exiliado del exilio. Sí; la nuestra era su familia, como muchas veces nos lo dijo y nos lo hizo sentir con su afecto y su preocupación por la salud física y mental de cada uno de nosotros.

Mamá no tenía tiempo para enfermarse (por lo menos, yo nunca la vi enferma hasta unos días antes de su muerte), pero acudía a nuestro médico

familiar cuando cualquiera de sus hijos se sentía mal o sufría algún accidente. Tío Paco nos aplicaba con puntualidad las vacunas pertinentes, nos enjaretaba las vitaminas apropiadas a la etapa de nuestro desarrollo y atendía las enfermedades habituales —varicelas, paperas, sarampiones— que contraíamos y que por su indicación expresa nos contagiábamos deliberadamente entre nosotros mismos para que los cuidados de mamá se concentraran en temporadas específicas y no la obligaran a mantener en la casa un hospital permanente. Tan pronto tenía noticia de que alguno de nosotros caía enfermo, se presentaba en casa con su voluminoso maletín de médico. De ahí sacaba su estetoscopio, un termómetro, un impoluto palito de paleta que hacía las veces de abatelenguas, un aparato para medir la tensión arterial y una espantosa cajita de acero ovalada que guardaba una jeringa por si fuese necesario aplicar una inyección. Oía cómo sonábamos por dentro, nos daba golpecitos en diferentes puntos del abdomen, nos examinaba la garganta mientras decíamos *aghhh*, nos tomaba la temperatura y la presión y por lo general nos recetaba unas vitaminas y nos daba de alta, eliminando de golpe el virtual pretexto para no ir al colegio. Algunas veces tuvo que enfrentarse a situaciones de gravedad, como la peritonitis fulminante que por poco le gangrena las vísceras a mi hermano Ricardo. Con la ayuda de Jacinto Segovia Caballero, otro eminente médico exiliado español que había sido cirujano de la plaza de toros de Madrid, tío Paco operó de emergencia a mi hermano. Le cercenó un buen tramo de intestino y le salvó la vida en una segunda operación cuando ya mis padres lo daban por muerto, a tal grado que hicieron que un sacerdote le administrara los santos óleos, con la anuencia respetuosa del tío, que no solo era ateo, sino anticlerical —no en vano había luchado en la Guerra Civil contra el dominio que ejercía la Iglesia Católica en la sociedad española— y a fin de cuentas, logró que la ciencia le ganara la batalla a la muerte, aunque para mi madre, su salvación se debió a un milagro obrado por el padre Félix de Jesús Rougier. Pero más allá de atender esas enfermedades rutinarias o esporádicas, tío Paco se preocupaba por la salud mental de la familia y se interesaba en ella hasta donde los límites de la discreción y el respeto se lo permitían. Calmaba los nervios a menudo alterados de mamá, que tenía una carga de trabajo bestial; preparaba a mis hermanas, cuando llegaban a la adolescencia, para enfrentar con naturalidad el trance de la menstruación y ablandaba a mis padres para que fueran más permisivos con ellas cuando llegaban a la edad casadera y las dejaran salir con el novio, sin chaperón, al cine o a una fiesta; orientaba a mis hermanos mayores en las faenas de la sexualidad y a los menores nos liberaba de algunos de los

muchos monstruos que el sueño de la razón incubaba en nuestras crédulas cabezas, modeladas por la educación religiosa de la casa y el carácter confesional de las escuelas donde estudiábamos.

Mi hermana Virginia, la mayor, fue la que más se benefició de la presencia de tío Paco en el seno familiar. Él le enseñó a bailar, le aconsejó que no asumiera el papel de madre reemplazante de tantos hermanos menores, a quienes, para ayudar a mamá, bañaba, les cambiaba los pañales y les daba de comer, y medió ante mis padres para que la dejaran trabajar, a riesgo, si no lo hacían, de convertirla, según les dijo, en otra *Loretito*. Pero todos agradecíamos esa presencia simpática del tío Paco, que no se restringía a la asistencia médica, sino que se extendía a los acontecimientos propios de la familia —cumpleaños, bodas, graduaciones escolares, cenas de año nuevo— y que desparramaba por la casa, con los apodosos que nos imponía, las competencias que nos organizaba, las bromas que nos hacía, una inusitada alegría de día de fiesta.

Cuando tú naciste, tu tía Luisa y tu tío Paco ya se habían divorciado, así que nunca los viste juntos. Por eso, cada vez que los piensas como marido y mujer tienes que hacer un esfuerzo de imaginación, pues de su matrimonio casi no se hablaba en tu familia, y de su divorcio, nunca. Esa palabra causaba escozor y, cuando no había más remedio que pronunciarla, siempre se decía en voz baja.

El de Luisa y Paco fue un matrimonio casi inexplicable.

Poco tiempo después de que Francisco Barnés González llegó al puerto de Veracruz como refugiado al término de la Guerra Civil, montó en la ciudad de México un consultorio médico junto con su hermano, Urbano, que era ginecólogo, mientras que la especialidad de Paco era la pediatría. En un principio, se dedicaron a atender, con una vocación humanitaria acrisolada durante la guerra, a las esposas y a los hijos de los refugiados españoles. Pero muy pronto su buena fama rebasó las fronteras endogámicas del exilio e incluso trascendió a la colonia española asentada en México, por lo general adversa a la República y afín al ideario que el franquismo postulaba y defendía.

En ese entonces, tu tía Luisa —ya solterona según las clasificaciones de la época— padecía periódicas crisis nerviosas, que se iban como habían llegado, sin avisar. La postraban en cama durante tres o cuatro días, al cabo de los cuales un determinado acontecimiento más o menos frívolo —el estreno de una obra de teatro, la visita de una amiga francesa a México, la convocatoria a

tal o cual actividad de solidaridad política con alguna causa que a ella le pareciera digna de apoyo— la reanimaba y la liberaba del cautiverio que ella misma se había impuesto. Pero cierta ocasión se le presentó un cuadro patológico más severo que el de sus habituales crisis nerviosas, sobre todo porque no tenía la menor idea de qué era lo que le sucedía: no encontraba ningún motivo para sentirse tan desasosegada como se sentía y no tenía agazapada debajo de su malestar, como ocurría otras veces, ninguna segunda intención. Una ansiedad incontrolable se había apoderado de ella, sofocándola, y por poco la arroja al abismo de la inconciencia. Le faltaba aire y tenía miedo de que si se abandonaba a ese sofoco que le cerraba la garganta nunca más recuperaría su identidad. Se debatía con todas sus fuerzas por no ceder ante la amenaza del desbarrancamiento de su alma. Tenía los ojos desorbitados y las manos crispadas, y una tensión paralizante se había adueñado de todo su cuerpo. Sentía una fuerte opresión en el pecho, el corazón le latía a un ritmo acelerado, sudaba a mares y repentinos e ingobernables temblores la sacudían. Doña Laurita comprendió que la situación de su hija putativa en esa ocasión no tenía la menor dosis de fingimiento y que revestía mayor gravedad que sus habituales ataques nerviosos. Así que pidió ayuda. Acudió a los buenos oficios del doctor Francisco Barnés, de quien todo mundo hablaba bien y a quien muy diversas personas de su confianza le habían recomendado. No le importó que el médico fuera rojo ni que su especialidad fuera la pediatría, pues en asuntos de salud poco importaban las posiciones políticas y, aunque tu tía Luisa ya había rebasado los treinta y cinco años de edad, siempre había sido tratada como una niña, una niña ciertamente consentida y caprichosa. Así que fue muy bienvenido en la señorial casa de la colonia Cuauhtémoc ese pediatra comecuras, republicano, ateo y antifranquista.

Lo primero que hizo tu tío Paco al llegar al aposento donde se encontraba Luisa fue descorrer las pesadas cortinas que lo oscurecían y abrir de par en par las ventanas para que circulara el aire, pues apenas entró en la casa y respiró el ambiente mórbido que ahí reinaba, consideró, antes de hacer ninguna exploración ni de anticipar ningún diagnóstico, que era oxígeno lo que tu tía necesitaba. Aire, mucho aire. Y luz, mucha luz. Después la examinó minuciosamente, generando algún sonrojo (ese sí más fingido que pudibundo), le quitó los chiqueadores que tenía adheridos a las sienes y, antes de proceder a aplicar un tratamiento de barbitúricos, le enseñó a hacer ciertos ejercicios de respiración profunda y de relajación muscular, la sometió a un régimen alimenticio bajo en grasas y carbohidratos y le recomendó que

tomara agua, mucha agua, litros de agua. No le quitó los cigarrillos, a los que era adicta, pensando que la abstinencia de tabaco podría suscitar mayor ansiedad, pero sí le aconsejó que bajara la dosis que consumía y que tratara de sustituirlos con los ejercicios de respiración que le había enseñado. También le sugirió que usara una boquilla que filtrara la nicotina. A tu tío Paco se debe, pues, la afectada costumbre que observó tu tía, desde entonces hasta el día de su muerte, de fumar con largas y lujosas boquillas de carey, de oro, de marfil.

Siguiendo el tratamiento del doctor Barnés, que se hizo más complejo conforme pasaba el tiempo, Luisa fue saliendo con éxito de la crisis de angustia que había sufrido, pero, paradójicamente, cada vez requería con mayor frecuencia la visita del médico, pues era él, Paco, más que los medicamentos, la dieta y los ejercicios de respiración, quien la apaciguaba y la retenía del lado de la cordura y le impedía que se precipitara en el vacío de la enajenación. Muy pronto, Luisa se dio cuenta de que el remedio de su enfermedad se llamaba Francisco Barnés. Y para convocar su asistencia tenía que simular que su situación en vez de mejorar iba a peor día con día. Paco, por su parte, sin necesidad de llevar a ningún extremo su natural intuición diagnóstica, supo que la verdadera enfermedad de su nueva paciente era el amor, o por mejor decir, su carencia. El matrimonio, al despojarla de una soltería que ya acusaba signos crónicos de irreversibilidad, podría ser su curación. Al cabo de un año, se casó con ella.

La generosidad y la franqueza de Paco contrastaban con algunas de las características dominantes de la personalidad de Luisa, que, si bien podía ser simpática e ingeniosa cuando quería, por lo general era una mujer enrevesada y conflictiva. Él era ordenado, meticuloso y puntual; ella, caótica, intempestiva e imprevisible. Nunca cumplía lo que prometía y jamás llegaba a tiempo a ninguna cita. Tenían, además, visiones del mundo diametralmente opuestas. Mientras tu tía había sido educada en la cultura francesa y pertenecía en México a la colonia española, el tío Paco profesaba una animadversión atávica a los franceses, que se remontaba históricamente a la instauración de la dinastía borbónica en España a comienzos del siglo XVIII y a la ocupación napoleónica de la península en los inicios del XIX, y que se había recrudecido durante su estancia en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer, al que había ido a parar tras cruzar los Pirineos al final de la guerra y donde había realizado trabajos forzados; y, por otra parte, detestaba toda esa chulería gachupina y relamida de niños bien, hijos de emigrantes enriquecidos en América, que solían defender los más rancios valores

significados en las dos instituciones que él más odiaba: la Iglesia y la Monarquía.

¡Cómo se pudieron casar! Sus nupcias fueron las bodas del agua y el aceite.

Pudieron casarse porque el amor es inexplicable. Ella quedó preñada de la caballerosidad de ese refugiado de alta estatura que provenía de una insigne familia gaditana en la que figuraban historiadores, científicos dedicados a la farmacia y rectores de universidades —el padre de Paco había sido diputado a Cortes Constituyentes y ministro de Instrucción durante la República—; de su sempiterno buen humor, capaz de alegrarles el ánimo aun a sus pacientes desahuciados, y de su apostura de barba cerrada, mirada moruna, ceño inteligente y manos confiables. Paco, por su parte, quedó seducido, en primera instancia, por la voz ronca de Luisa, por su cultura, su elegancia y su sentido del humor, sarcástico y sofisticado; y en segunda, quién lo diría —así es el amor—, por lo que él mismo detestaba: su *francofilia*. Acabó por fascinarle que Luisa conociera tan bien esas maravillas propias de la cultura y la lengua francesas, que él reconocía y admiraba en abstracto, pero frente a las cuales tenía la predisposición de su aversión política.

Pero quizá la razón más decisiva de su enamoramiento (si es que en realidad Paco se enamoró de Luisa) y de la persistencia en su empeño de casarse con ella fue la oportunidad que tuvo de conocer a su familia, es decir a tu familia —tu padre, tu madre y sus hijos—, a la que Paco de inmediato quiso adherirse con una necesidad de cobijo solo explicable por la guerra y el exilio.

Entonces tu familia vivía en la ciudad de San Luis Potosí, adonde habían enviado a tu padre como inspector del timbre fiscal de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, y donde por esos años nacieron tus hermanos Tere, Ricardo y Carmen. Tan pronto Paco le propuso matrimonio a Luisa, ella sintió la necesidad de que Miguel, que era el único hermano varón que para entonces le quedaba, sancionara su compromiso nupcial, e hicieron un viaje a San Luis con tal propósito. Paco quedó conmovido con esa familia ya entonces numerosa, que lo recibía con naturalidad y simpatía y que hizo a un lado las diferencias que pudieran tener para darles preeminencia a las semejanzas y las afinidades, y sintió que a ella quería pertenecer para paliar de algún modo sucedáneo las dolorosas ausencias que el destierro le había impuesto. Tal fue su regocijo que, en ese mismo viaje, Luisa y él fijaron la fecha de su matrimonio y les solicitaron a tus padres que fueran testigos de su boda.

El 12 de noviembre de 1941, Francisco Barnés González y María Luisa Celorio del Barrio se casaron en la ciudad de México.

Dos años más tarde, Luisa quedó encinta. Para un embarazo primerizo, era muy mayor, pues contaba entonces con treinta y ocho años, aunque ella se quitaba cinco y decía que solo tenía treinta y tres. Lo cierto es que, a los nueve meses de gestación, el parto presentó serias dificultades. El doctor Urbano Barnés, que atendió el alumbramiento, consideró muy riesgoso para la madre practicar una cesárea cuando el útero había llegado a su mayor dilatación, y no pudo salvar al niño, que se había encajado en la pelvis sin poder salir. Sin nombre (o solo con la demasiado fisiológica denominación de *feto*), están registrados sus restos en el Panteón Español de la ciudad de México. Tus padres, que para entonces ya se habían radicado en la capital, acompañaron a Paco a depositar el diminuto cadáver en el cementerio, mientras tu tía Luisa convalecía de ese parto estéril. Paco, que amaba a los niños más allá de su vocación pediátrica, estaba deshecho. Cuando bajaron a la cripta de tu familia, se quitó los anteojos oscuros que inútilmente trataban de ocultar sus lágrimas, y exclamó, con una sonrisa adolorida:

—¡Ay, Luisa! ¡Siempre llegando tarde!

—¿Por qué dice eso, Paco? —le preguntó tu padre, que siempre le habló de usted a su cuñado.

—Por esa fecha —le contestó Paco, señalando con el mentón la lápida donde yacían los restos de la madre de Luisa (la segunda esposa de Emeterio), en la que debajo de su nombre, Emilia del Barrio de Celorio, se consignaba el día de su muerte, 18 de febrero de 1905, ocurrida precisamente al dar a luz a Luisa. Y no coincidía con la de nacimiento que tu tía, por quitarse la edad, había inventado.

—No entiendo. ¿Qué quiere decir? —volvió a preguntar tu padre.

—Pues lo que dije, Miguel, que su hermana Luisa siempre llega tarde. ¡Imagínese, nació cinco años después de que murió su madre!

Por generosidad, tu tío Paco no solía cobrarles sus servicios profesionales a los exiliados españoles que acudían a su consultorio, que estaba en el mismo edificio de la esquina de Río Pánuco y Río Amazonas de la ciudad de México donde se instalaron él y su esposa cuando se casaron. Pero empezó a sentir, tras su matrimonio con Luisa, que esos pacientes ya no se mostraban tan agradecidos como antes y que algunos de ellos, que solían acudir con frecuencia a verlo, habían espaciado sus visitas cuando no habían desertado. Un buen día descubrió, para su estupor, que a la salida de la consulta, tu tía

les extendía un recibo de honorarios, del que no le rendía cuentas. Tu tío Paco prefirió no darse por enterado hasta saber cuál era el objeto de ese cobro que Luisa hacía a sus espaldas.

Cierto día, Luisa le dijo a su marido que tu padre necesitaba urgentemente mil pesos y que le había rogado a ella que se los solicitase en calidad de préstamo, pues a Miguel le daba mucha vergüenza pedírselos directamente. Y a tu padre le dijo lo mismo, pero al revés: que Paco requería mil pesos y que le había encomendado a ella que se los solicitara. A Paco le pareció raro que Miguel, su cuñado, que era un hombre tan escrupuloso, le pidiera dinero prestado, pero justamente porque era muy escrupuloso, creyó lo que le decía su mujer: que le avergonzaba tener que hacerlo de manera personal y directa. Y Miguel, que vivía con muchas limitaciones, tuvo que hacer un esfuerzo mayúsculo para corresponder a la solicitud de su cuñado, a quien no le podía negar ese favor cuando él, como médico, había atendido a toda la familia gratuitamente. Así que como resultado de la trama que había urdido, Luisa se apoderó de un solo golpe de dos mil pesos.

El recato de tu padre le impidió cobrar el adeudo del tío Paco, y la generosidad del tío Paco le impidió cobrarle a Miguel su deuda. En varias ocasiones había salido a colación el débito de los mil pesos, pero cada uno de ellos entendía que el otro era el deudor y no el acreedor, de modo que por discreción ninguno de los dos abundaba en el asunto.

¿Para qué necesitaba Luisa ese dinero o el que provenía de los cobros clandestinos de las consultas de su marido, si Paco había logrado alcanzar con su trabajo una posición desahogada y consentía los más de los caprichos de su mujer? Para su *francofilia*, como el ingenio de Luisa llamó, sin que Paco se enterara, a su solidaridad con la dictadura franquista. Cuando Paco descubrió que la acepción que Luisa le había dado a la palabra *francofilia* no se refería a su veneración por la cultura y la lengua francesas, sino a su adhesión a la causa que a Paco le había costado librar una guerra y padecer un exilio, y que ahora, indirectamente, ayudaba a patrocinar con su propio trabajo, sobrevino, inevitable, el divorcio.

La tarde en que Paco llegó de visita a la casa con un serrucho de carpintero en vez de su habitual maletín de médico, estábamos todos los hijos, de Carmen para abajo, enfermos del estómago, aunque no tanto como para dejar de salir a la calle a recibir al tío, que —cariños, palmadas en la nuca, bromas personalizadas— nos llenaba de alegría.

En esa casa de la calle de Tehuantepec 121 de la colonia Roma de la ciudad de México, había una higuera inveterada por cuyas ramas mis hermanos y yo nos trepábamos para subir a la azotea más rápidamente que por las escaleras de servicio. El control cuasicastrense de la comida de mi casa, en la que hasta el refrigerador estaba bajo llave, nos impedía comer absolutamente nada fuera de las horas establecidas. Y el hambre infantil —o el mero apetito— no siempre podía constreñirse a los horarios predeterminados de desayuno, comida, cena. El caso es que la generosa higuera nos abastecía, a deshoras, de sus frutos, que mis hermanos y yo cortábamos y comíamos aunque aún no hubieran madurado y todavía dejaran escapar su lechosa viscosidad tan pronto los desprendíamos del árbol. Tío Paco había descubierto la causa de la enfermedad. Se trataba de un empacho. El remedio fue radical, en el sentido estricto de la palabra. Cortó de raíz con aquel enorme serrucho la higuera, que ya nunca pudo parecerse a la que anunció, con su reverdecimiento, el martirio que hizo santo a Felipe de Jesús.

Los hijos de Emeterio se instalaron en una casona fronterera a la plaza de Puerta Cerrada en el viejo barrio de los Austrias de Madrid.

No llevaron en España la vida familiar que María, movida más por su afán autoritario que por abnegación, había vislumbrado. Según lo determinó don Ricardo del Río, Loreto fue recluida en Las Niñas de Leganés de las calles Reina y Clavel, de donde no salía más que una vez a la semana, gracias a un trato de excepción, pues sus compañeras, muchachas de familias nobles venidas a menos, solo abandonaban el internado esporádicamente. Ricardo, Severino y Rodolfo, tan pronto pusieron pie en Madrid, se liberaron de la férula de María. Les quemaba el dinero en las manos y se desasían de sus brasas en la sempiterna fiesta madrileña y en los sucesivos viajes que hicieron a Valencia, Sevilla, Navarra, Asturias. Solo reulaban de tarde en tarde en casa —y casi nunca juntos, por cierto— para volverse a ir inmediatamente, a las corridas de la plaza de la Fuente del Berro en la carretera de Aragón o a la Carabanchelera de Vista Alegre —que se inauguró entonces con un gran cartel que anunciaba a Rodolfo Gaona, Rafael González «Machaquito» y Ricardo Torre «Bombita»—; a la quema de las fallas de Valencia por los días de san José; a la Semana Santa en Sevilla, que era una juerga de cante, baile y jaleo que desmentía el sufrimiento, aunque no la pasión, que conmemoraba; al encierro de los toros en los sanfermines de Pamplona. Miguel, en cambio, por haber sido sustraído en la primera infancia del ámbito doméstico, siempre añoró la vida familiar y, aunque salía a menudo con sus hermanos, permanecía más tiempo en casa, acompañando a María para hacerle más llevadera la ausencia de Loreto, y leyendo revistas como *La Esfera*, que daban noticia, entre otros temas, de los dos que a él más le interesaban: las relaciones internacionales y los adelantos técnicos y científicos del mundo.

Aunque los hermanos con frecuencia asistían juntos a las muchas fiestas que se les presentaban —corridas de toros, verbenas, romerías—, sobre todo durante los primeros meses de su estadía en España, cada uno de ellos, como lo habían hecho en México, gastaba a su manera y según sus preferencias el usufructo de los bienes de su finado padre que don Ricardo del Río les giraba periódicamente.

Es Madrid ciudad bravía
que entre antiguas y modernas
tiene trescientas tabernas
y solo diez librerías.

Lo primero que hizo Ricardo cuando la familia se instaló en Puerta Cerrada fue comprarse una capa en la Casa Seseña de la calle de la Cruz para recorrer por las noches, protegido de los fríos de febrero, las numerosas tabernas de Madrid, de Puerta Cerrada a la plaza Mayor, de la plaza Mayor a la plaza de la Paja, de la Paja a la plaza de la Cebada, de la Cebada a Lavapiés, de Lavapiés a Santa Ana y sus laberínticas callejuelas circundantes, de Santa Ana a Puerta del Sol y de ahí a la Carrera de San Jerónimo y a la calle de Alcalá, y luego a la inversa, desde Alcalá hasta Puerta Cerrada, bebiendo un trago en cada taberna, apenas probando aquí una gamba, allí un boquerón en vinagre, allá un pincho de tortilla, y tratando inútilmente de apagar una sed insaciable con cañas de cerveza, vinos de Villaseca o de Noblejas, orujos de Galicia, anises de Chinchón y todo género de aguardientes de ignota procedencia y dudosa calidad.

Llegaba solo a una taberna y, después de un trago dilatado y una conversación simpática con los parroquianos del lugar, salía con dos o tres desconocidos que se habían vuelto amigos tan pronto Ricardo había liquidado sus consumiciones, y lo acompañaban a otra taberna, donde él volvía a pagar la cuenta de esos dos o tres tíos, a los que se sumaban otros cuatro o cinco que adquirían la misma jerarquía de amistad, y de ahí, a la siguiente estación de esta suerte de *vía crucis* irrenunciable: otra taberna, porque en esta ciudad tan predispuesta a la noche no hay manera de quedarse en un mismo sitio a repetir el trago. Un impulso nómada, festivo, callejero, lleva al bebedor de un lugar a otro, y a otro, y a otro más en esa marcha desenfundada, como de tobogán, que no parece terminar nunca, a la que unos se agregan y de la que otros se disgregan, en la que unos se juntan y otros se separan, unos se saludan y otros se despiden —o no se saludan ni se despiden: solo llegan y se van.

Tras un largo itinerario por las tabernas ruidosas y atestadas de Madrid, enrarecidas por el humo de los cigarrillos y alfombradas de huesos de aceitunas y caparazones de carabineros, de papeles grasientos y colillas de cigarrillos, de escupitajos y rabos de pimientos; tras un sinuoso recorrido por sus calles oscuras, olorosas a orines y a fritangas de calamar y de chanquetes, al filo de la madrugada la resta acaba por ganarle a la suma de promesas

incumplibles, discusiones inútiles, gritos, cantos, carcajadas, palmoteos, repeticiones, necedades... y los amigos, los desconocidos que en el transcurso de la noche se fueron convirtiendo en amigos del alma, se dispersan para siempre.

Al final, Ricardo se vuelve a quedar solo, como había empezado, o más solo todavía que cuando había empezado.

Sorprendido por el toque de diana del cuartel, el bufido de las sirenas fabriles, las campanadas de la iglesia, el chirrido de los desmañados *cangrejos*, se dirige con pasos tambaleantes desde Sol hasta Puerta Cerrada, por la calle Mayor, por la calle de Postas. Cruza en diagonal la gran plaza, apenas vigilada por Felipe III, que la contempla impasible desde su montura sedentaria; baja temerariamente las abismales escaleras que desembocan en Cuchilleros, y al fin llega, ya con luz de día pero a ciegas, embozado en su larga capa negra, a la casona. Se quita los zapatos andariegos y sin desvestirse, arropado por su capa, se tumba boca arriba en su cama a dormir la mona hasta la tarde, cuando se despierta con una sed de los mil diablos que intentará saciar de nueva cuenta en la inminente noche madrileña, que se le despliega como una promesa de liberación y que acabará por ser, como siempre, una condena.

—Nunca el círculo ha sido más vicioso —le espeta María, cuando Ricardo está a punto de irse y provocar, con su resaca, una nueva ola.

Severino también era sediento, muy sediento, pero no tanto como para darle la espalda a su otra debilidad: el amor. Noche a noche asistía al teatro. No al Teatro Real ni al de la Princesa, a los que concurrían la aristocracia y la alta burguesía a oír ópera o a ver comedias edificantes y dramas estremecedores. Él prefería el Teatro de la Zarzuela de la calle Jovellanos, el Teatro Lara de la Corredera de San Pablo, el Teatro Eslava del pasadizo de San Ginés para ver obras del género chico —zarzuelas, comedias ligeras de los hermanos Álvarez Quintero o de Arniches, astracanas de Muñoz Seca— y deleitarse con el concurso de las bellas artistas, con quienes sostuvo amores platónicos que él bien hubiera querido hacer aristotélicos. Pero más aún que el género chico, disfrutaba el género *ínfimo*, como llamó un célebre cronista de la época al teatro de revista. Severino asistía regularmente a esos escenarios populares y modestos, casi clandestinos, el Salón Japonés, el Petit Palais, el Kursaal, en los que se alternaban cupletistas, caricatos, acróbatas, magos, ilusionistas, quirománticos, cartomancianos, adivinadores y hasta mentalistas. En el Teatro Apolo, uno de los pocos foros elegantes de su clase, vio a la

bailaora Pastora Imperio y oyó cantar a La Niña de los Peines y a Antonio Mairena.

En alguna de esas funciones de tablao flamenco que Madrid fue haciendo cada vez más suyas cantando por caracoles —*Antes que yo te olvide / Manuela Reyes / se ha de secar la fuente / de la Cibeles*—, Severino vio a una bailaora que tenía por nombre de batalla Lorena Vargas. Lunar preciso, ojos incendiarios, caderas poderosas, piernas resueltas, cintura breve, cejas enérgicas, perfil altivo. Era tan hermosa y bailaba por sevillanas con tal gracia, que Severino se enamoró de ella tan pronto la vio. A partir de esa noche fue todas las subsiguientes a verla bailar y a volverse a enamorar de ella en el momento justo en que salía al tablao. A veces tu tío se hacía acompañar de amigos de ocasión, como los que encontraba su hermano Ricardo en las tabernas, y cuando estaba a punto de aparecer su bailaora, les decía: «Atención, que ya viene el momento exacto en el que yo me enamoro». Si el instante del enamoramiento es irreplicable y se va oxidando con el paso del tiempo, ahora se repetía puntualmente cada noche, con la misma música, las mismas luces, el mismo ritmo, los mismos pasos, las mismas palmas. Al cabo de unas semanas de asiduidad —flores en el camerino, cartas apasionadas, obsequios irresistibles—, Severino la conquistó. Claro que cuando vio a Lorena Vargas fuera del escenario, sin su vestido de lunares, sin sus peinetas y sus arracadas, sin su sonrisa impostada y con el cabello suelto, acabó por desilusionarse de ella, a pesar de la belleza de su desnudez, y al poco tiempo la abandonó y se fue en busca de otras bailaoras, cupletistas, actrices y hasta toreras, como María Salomé Rodríguez «La Reverte», a quien por esos días un Real Decreto le prohibió torear. Severino quiso competir con el propio Rey Alfonso XIII, que tuvo amores con una dama francesa de nombre Melanie, con La Bella Otero y hasta con la Pastora Imperio que él solo había visto de lejos desde la platea del Teatro Apolo. Severino invirtió mucho dinero en la ilusión del amor. Y lo perdió.

—Te vas a ir al infierno —le dice María cuando Severino se para por la casa, besuqueado y oloroso a perfume barato y aguardiente.

—Sí; pero lo bailado, ¿quién me lo quita, María?

—Ay, Severino. Si supieras que el infierno es el lugar donde te quitan lo bailado.

Dejarlo al margen de la historia que te cuento es la mejor manera de incorporarlo a la historia que te cuento, porque tu tío Rodolfo fue un hombre marginal, sesgado, del que no se sabe casi nada. Aun cuando estuviera presente, parecía que estaba ausente. En otra parte. Fue fugitivo y solitario.

Era el más guapo de los varones, con perdón de tu padre, que no era feo, pero sí bajo de estatura y triste de rostro. Rodolfo tenía muy nobles proporciones, de cuerpo y de semblante. Alto. Delgado. Tez cetrina. Mirada fulminante, pero indescifrable.

Cuando se instalaron en Madrid, Rodolfo apenas aparecía por Puerta Cerrada. Llegaba impávido, se metía en su habitación, como su hermano Ricardo, pero no salía de ahí sino tres días después, con cara de resucitado, para volverse a marchar. Jugaba. No en los casinos, sino en el Círculo de Bellas Artes de la calle de Alcalá 42, donde entonces se tallaba en mesas de póquer y bacarat y, círculo al fin, giraba la ruleta, infatigable, ante la mirada atenta de Rodolfo. Y en el hipódromo de la Castellana. A saber cuánto perdía y cómo lo pagaba. Lo único que te puedo asegurar es que no ganaba.

De Rodolfo, María solía decir que era imposible saber si venía de oír misa o de asaltar un banco.

Miguel compartió con sus hermanos mayores, sobre todo recién llegados a Madrid, algunos de sus itinerarios festivos, pero fue más continente que ellos y poco a poco descubrió sus propios placeres, más sutiles, menos riesgosos. Le gustaba vestir bien —usaba las mismas tebas que Alfonso XIII y sombreros borsalinos—, pasear en calesa por El Prado o por San Antonio de la Florida, adonde acudían en días de fiesta las más bellas damas de la sociedad madrileña. Pero su mayor afición fue la del café. Todos los días se sentaba en una mesa de La Fontana de Oro en el arranque de la Carrera de San Jerónimo. A tomar sucesivas tazas de café negro. A ver pasar gente e imaginar la biografía de cada transeúnte. A fumar sus cigarrillos Lucky Strike. A leer con toda minucia las secciones internacionales de los periódicos *El Sol*, *ABC* y *El Imparcial* y a escribir largas cartas de las que él era por entonces su único destinatario.

Un día Miguel decidió ir a conocer Vibaño, el pueblo en el que había nacido su padre. Todavía encontró a algunos ancianos que recordaban a aquel jovenzuelo de nombre Emeterio que treinta y cinco años atrás se había ido a hacer la América. Lo recibieron con muestras de afecto —como solían recibir a los indios, que por lo general se convertían en benefactores de sus pueblos— y lo hospedaron en una vivienda aledaña a La Texa, la casa que fue de tus bisabuelos y que ahora ocupaba la familia Santoveña, emparentada con ellos. Una niña de nombre Ángela —Ángela Santoveña— le sirvió de guía en la pequeña aldea, y de compañía durante la temporada que ahí pasó.

Lo que más le impresionó a Miguel de su estancia en Vibaño fue la modestia de la casa en que había nacido y vivido su padre, no porque La Texa

se hubiera deteriorado en demasía durante el tiempo transcurrido desde que salió Emeterio, sino porque, en contraste con la mansión de la calle de La Estampa de La Merced, esta le parecía asaz humilde. Y justamente por eso admiró más el temple, el esfuerzo y la prosperidad de Emeterio. Y lo echó de menos. Él, que había sido huérfano de madre muy temprano, se sintió también huérfano de padre por primera vez, y por primera vez le pudo perdonar que lo hubiera sustraído de la vida familiar para depositarlo en un internado.

Una tarde, frente a las verdes y pedregosas montañas que se recortaban sobre el azul húmedo del cielo, Miguel tomó la decisión más importante que hasta entonces había tomado, una decisión equivalente a la que había asumido Emeterio cuando dejó el terruño para emprender su aventura americana: salir de España, separarse de sus hermanos y estudiar. Muy pronto, se matriculó en una universidad inglesa para cursar estudios de diplomacia.

—¡Cómo que a Inglaterra, Miguelito! —le dijo María—. Si ni sabes bien inglés, esa lengua endemoniada en la que se escribe *Mesopotamia* y se pronuncia *Nabucodonosor*.

También Severino fue a Vibaño por su cuenta. Pero su visita al caserío no tuvo ni la misma intención ni el mismo resultado que la de tu padre. Miguel fue en busca de sus raíces, y la modestia del lugar enaltecía la imagen que tenía de su padre; Severino fue a ver si obtenía algún beneficio de las antiguas propiedades de sus antepasados y se topó con una casa austera, propia de la aldea en la que se levantaba, que solo le produjo desencanto y, en vez de admirar la entereza de Emeterio, se avergonzó de la humildad relativa de su cuna. Miguel, emulado por la memoria de su padre, pasó de la nostalgia a la determinación; Severino, decepcionado de sus ancestros, pasó de la desilusión a la fiesta reivindicatoria. Armó tal jaleo en Vibaño y en Llanes, que su paso dejó el recuerdo de una celebración que no convocaba ni la Virgen del Rosario en su festividad. No se quedó muchos días en el caserío, pero los suficientes para desparramar muchas pesetas por el pueblo y por la ciudad de Llanes, en cuyo banco, por cierto, depositó una suma de dinero como anticipo para adquirir una taberna denominada tautológicamente Las Quince Letras que se anunciaba en venta y que nunca compró. Con una presunción de indiano de la que su padre jamás hubiera hecho gala, organizó una fiesta memorable cierto domingo insípido que no gozaba de otra advocación religiosa que la de san Severino. Para celebrar su santo, hizo llevar dos toneles de sidra que achisparon a la concurrencia, enamoró a dos muchachas que ingenuamente creyeron en sus promesas de amor y agarró una borrachera itinerante de tres días, de aquellas a las que le *zumba el mango*, según se dice

cuando el fuelle de la gaita resopla en la boquilla con aliento profundo y duradero. Cuando se fue, el pueblo sintió el vacío con el que habría de enfrentar su inminente aburrimiento, pero también un gran alivio; salvo Adelaida, una muchacha de mejillas coloradas y ojos glaucos que habría de esperar el anunciado regreso de Severino durante cinco años hasta que, desilusionada, acabó por casarse con su antiguo, paciente y tolerante prometido.

Cuando tu padre se fue a vivir a Inglaterra, María sintió que su misión de hacerles casa a sus hermanos había fracasado. Como te digo, los mayores solo se paraban por ahí de vez en cuando y sin previo aviso, y Loreto permanecía enclaustrada en el colegio. La lectura de novelas costumbristas y de revistas frívolas, las prácticas religiosas —iba a misa casi todos los días— y la disposición de la precaria vida familiar, que eran sus únicas actividades, no llenaban el lento transcurrir de sus días. Así que, al día siguiente de que cumplió veintiún años y adquirió su mayoría de edad, decidió hacer caso omiso de las prescripciones de don Ricardo del Río. Se apalabró con una profesora para que se ocupara en casa de la educación de Loreto y por su cuenta y riesgo sacó a su hermana del internado de Leganés.

Don Ricardo no objetó la determinación de María. Tenía los arrestos suficientes para enfrentar a los hijos de su compadre —a todos, incluso Severino, juntos o por separado—, pero prefirió no confrontar a María, que se había vuelto tan resuelta y dominante como lo había sido Emeterio en vida.

Pero ni la presencia cotidiana de Loreto logró que tu tía María se alegrara durante los años que vivió en Madrid. Jamás se rio. Sí sonrió, muchas veces, pero su sonrisa nunca tuvo por causa la alegría, sino el sarcasmo o la ironía.

Las hermanas se pasaban el tiempo averiguando los domicilios de la aristocracia madrileña. Que si los duques de Alba vivían en el Palacio de Liria de la calle Princesa y los de Osuna y Benavente en la bajada de la Puerta de Vega; que si los marqueses de Malpica, en la calleja junto al Pretil de los Concejos, y el marqués de Jabalquinto, muy cerca de Puerta Cerrada, entre la plaza de la Paja y la calle Segovia; que si los duques de Frías, marqueses de Villena y condes de Oropesa, en la calle Fomento, y los duques de Abrantes frente a... Indagaban también qué día de la semana recibían en su casa las familias principales: los lunes, los Esteban Collantes; los miércoles, la marquesa de Esquilache; los viernes, la marquesa de Bolaños; los domingos, los señores de Bauer. Pero nunca fueron invitadas a ningún sarao ni conocieron por dentro ninguno de esos palacios, que se limitaban a ver por fuera —María despectivamente; Loreto con curiosidad— cuando salían de

casa. Todo lo sabían por las crónicas sociales que Alberto Escobar «Mascarilla» escribía en *La Época* y Eugenio Escalera y Gil de Escalante en *Blanco y Negro*, en las que relataban las fiestas de Palacio, las bodas de personajes ilustres y los detalles de la moda femenina. Recibían las revistas *El Hogar* y *La Moda Práctica*, donde las tiendas de ropa anunciaban terciopelos franceses de Ruan, randas de Brujas y de Amberes, pasamanerías de oro y plata, bordados de realce, sedas y rasos. Ocasionalmente fueron a algunas de esas tiendas de modas. Sentadas en altas y acojinadas sillas —a las que, por su baja estatura, les costaba trabajo encaramarse— frente al mostrador de caoba, veían figurines de revistas francesas y tomaban el té que les servían camareras de cofia almidonada, pero ni los buenos oficios de las dependientes ni la imaginación de las modistas bastaban para que a ellas les quedaran bien los modelos que les ofrecían. Cuando se hacían llevar a Puerta Cerrada los atuendos que las tiendas anunciaban en sus revistas de modas, casi siempre se veían obligadas a devolverlos, no porque les parecieran caros o porque no les gustaran, sino porque ninguna prenda les quedaba bien. Si los vestidos y los zapatos no se ajustaban a sus reducidas tallas y les quedaban holgados, los sombreros les quedaban estrechos. ¿Qué quieres que te diga, si tú llegaste a conocerlas? Además de chaparras y cabezonas, María era fea, y Loreto, desabrida. No había en todo Madrid modisto, peinador ni maquillista que lo remediase.

María y Loreto hubieran querido darse en Madrid, como sus hermanos, buena vida. Pero la mayor no tenía ninguna disposición, ya no digamos para la gran vida, sino para la vida misma, y la menor, cortada por la implacable tijera de su hermana, tampoco: había ido cancelando uno a uno todos sus impulsos juveniles y se había vuelto una niña anciana, que en algo recordaba el rictus de tu padre en la fotografía de su internado.

En 1912, casi cuatro años después de su partida, pero dieciséis antes de que Luisa, la menor de los hermanos, cumpliera su mayoría de edad, don Ricardo del Río anunció que el dinero se había acabado y que la familia, incluido tu padre, tenía que regresar de inmediato a México.

Años después de que se cancelaron, por falta de convocatoria, las reuniones mensuales del Centro Asturiano, Benito y Jaime volvieron al Covadonga. Y no solo los primeros jueves de cada mes, como lo solíamos hacer antes, sino todos los jueves del año, salvo los que caían en días festivos. Tan pronto se graduó como ingeniero industrial, mi sobrino Daniel, hijo de Benito, se incorporó a la empresa de la que ya su padre era el accionista mayoritario, y acudía también los jueves a comer con ellos. El restaurante era como una extensión de la oficina. Seguramente continuaban trabajando durante los aperitivos en las operaciones, los proyectos, las innovaciones de su organización, sin exponerse ni a distracciones ni a intromisiones, porque por ahí no se paraban los grandes empresarios que Benito se encontraba en los otros lugares, elegantes y costosos, como La Calesa de Londres, el Champs-Élysées o el Club de Industriales, que frecuentaba con sus clientes, sus homólogos o altos funcionarios cuando se trataba de abrir o de cerrar un negocio, de preparar una gran venta o celebrar su verificación, de recibir a los representantes europeos de la línea de máquinas de contabilidad que importaba o de granjearse la buena disposición del directivo en turno que tenía bajo su responsabilidad la adquisición de un equipo para una oficina de gobierno o una institución bancaria. Pero me imagino que a la hora de la comida y durante la sobremesa, hablaban de cosas personales y aun íntimas en ese espacio cada vez más familiar, agradable y sin pretensiones, discreto y cálido, que era el Covadonga, al que acudían por los mismos atavismos por los que ahí nos habíamos reunido tiempo atrás y del que a veces salían ya bien entrada la tarde, cuando los meseros empezaban a poner, patas arriba, las sillas sobre las mesas.

La relación de los tres, con el paso del tiempo, fue cobrando una dimensión de amistad profunda, que superaba con mucho los lazos laborales y familiares que en principio los unían. Benito y Jaime eran hermanos, sí, y colegas también, pero, sin que uno dejara de ser el hermano mayor y el otro el menor; uno el jefe y el otro el colaborador, llegaron a articular una simbiosis que no se había dado entre otros miembros de la familia: eran compañeros, aliados, amigos. Para Daniel, Benito no solo fue su padre y patrón, sino su

modelo, su camarada. Y la relación entre Daniel y Jaime —sobrino y tío—, que podría haber tenido visos de rivalidad, cada vez se hizo más próxima y fraternal. Los tres compartieron proyectos y experiencias laborales, sí, pero también lecturas, viajes, aficiones, gustos, confianzas, muchas copas y más de una parranda. Parecería que los astros se hubieran alineado a favor de esta relación identitaria —una y trina, diría algún sacrílego trasnochado—, pues curiosamente los tres, Benito, Jaime y Daniel, habían nacido el mismo día 8 de abril, aunque por supuesto de años diferentes.

No fue necesario inscribirme en la nómina de los trabajadores de la empresa de Benito ni haber nacido un 8 de abril para unirme a esa tertulia familiar reducida. Una circunstancia fortuita favoreció que a partir del año 2000 pudiera incorporarme a la comida de los jueves en el Covadonga. Al principio temía que los códigos —las referencias, los hábitos, los valores entendidos— que a lo largo de los años se habían ido estableciendo me dejaran al margen de la conversación, o que mi sola presencia alterara la agenda de los temas de trabajo que previsiblemente ahí trataban, y que a mí ni me competían ni me interesaban. Pero no fue así. Desde el primer jueves los tres lograron que me sintiera bienvenido, como si mi asistencia suscitara en ellos el ánimo de renovar un discurso que quizá ya se había anquilosado un poco a fuerza de repetirse, *mutatis mutandis*, semanalmente. A partir de entonces, disfruté jueves a jueves la palabra sesuda y memoriosa de Benito; la inteligencia de Jaime, aún más profunda que su agilidad mental y su agudeza; la precoz madurez de Daniel, y una conversación arborescente cuyo tronco a menudo se enraizaba, como antaño, en la familia.

Yo no había claudicado de mi viejo anhelo de escribir la historia de mi modesta estirpe, de la que tan poco se sabía. Durante los primeros años de esas reuniones, concluí la escritura de una novela, por llamarle de algún modo, que también era una saga, una crónica de viajes, una autobiografía, un testimonio político y un ensayo literario, a propósito de la rama materna, que publiqué en el año 2006. Se tituló *Tres lindas cubanas* (como aquel viejo danzón de Antonio María Romeu) porque se refiere a mi madre, cuya infancia y primera juventud transcurrieron en La Habana, y a sus dos hermanas, que después de la Revolución del 59 adoptaron posiciones políticas distintas y tuvieron destinos disyuntivos: una abrazó la causa del socialismo y murió en Cuba convencida de la legitimidad del nuevo régimen, y otra siguió el camino del exilio y acabó sus días en un asilo de ancianos de Miami. Pero la historia de la familia de mi padre, por desconocida, me parecía aún más intrigante, y el sigilo con el que siempre se habló de ella, cuando se hablaba, no solo

despertaba mi curiosidad, sino que me obligaba a desentrañarla si quería, como sin duda lo quería, saber de mí mismo, de todo aquello que de manera atávica incidía en mi propia identidad, cuando todavía pensaba, antes de la enfermedad de Benito, que la identidad, una vez conocida y asumida, era inajenable. Así que seguía tomando nota de lo que mi hermano recordaba y conocía.

Uno de los temas recurrentes en las pláticas hebdomadarias era el de la herencia de mi abuelo. Contador al fin, Benito calculaba que los activos de sus negocios equivaldrían en cifras actuales a alrededor de doce millones de dólares, a los que habría que sumar otros tantos correspondientes a los bienes inmuebles de sus propiedades y a otros bienes muebles, entre ellos, unos furgones de ferrocarril que todavía ostentaban el nombre del abuelo, que él, Benito, había llegado a ver con sus propios ojos, abandonados en una estación de Aguascalientes. Pero lo que más me emocionaba de las historias de mi hermano era el retrato que hacía de mi padre en su juventud, que tanto contrastaba con la traza melancólica y retraída que yo le conocí. Lo pintaba como un hombre apuesto, elegante, vigoroso, cuyo mayor placer era la conversación, para la cual contaba con las dotes de ingenio, amenidad y simpatía, que realzaba un caballito de tequila que se tomaba los fines de semana antes de comer. Tenía, además, la fama de ser buen jinete y buen nadador. Yo podía creer en su apostura, aunque lo conocí prematuramente envejecido; en su elocuencia, de la que sabía más por su escritura que por su plática, amortiguada por la sordera; en su buena administración de la ingesta del tequila, escarmentada en la cabeza ajena de sus hermanos. Pero mi padre —a quien casi siempre vi de bata y pantuflas sentado a su escritorio— ¿trepado en un trampolín de tres metros de altura a punto de tirarse un clavado? Imposible. A caballo sí me lo podía imaginar, pero no como un diestro de la equitación, qué va, sino como lo que fue: un inspector fiscal de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público que a menudo se veía obligado a trasladarse a caballo por muchos y muy agrestes andurriales de la República Mexicana, y un inventor que diseñó una plataforma que se sujetaba con correas al cuello y la cintura del jinete y se apoyaba en el cabezal de la silla de montar, en la que colocaba su máquina de escribir para ir redactando al trote las actas de sus inspecciones o las cartas de amor que le dirigía a mi madre.

Un jueves, en el Covadonga, Benito nos dijo que por fin había culminado el trámite de su jubilación. Llevaba toda la vida trabajando y había cumplido ya la edad reglamentaria para retirarse, así que hacía unos meses había

decidido llevar a cabo las gestiones administrativas del caso. Un trámite, sí, y solo eso porque, de la misma manera, había tomado la determinación, según nos confirmó con impostada jovialidad, de continuar trabajando al frente de su compañía, con independencia de las cotizaciones a la seguridad social del Estado.

Nos relató entonces pormenorizadamente el engorroso proceso burocrático que había tenido que seguir para lograr al fin su condición de jubilado. No omitió ningún detalle, no se ahorró ningún paso. En su plática, que empezó con el entremés de carnes frías, fue de ventanilla en ventanilla, de documento en documento, de autorización en autorización, como si quisiera hacer coincidir la minucia de su relato con la dilación misma del trámite; como si pensara que solo contando en tiempo real la historia, podría transmitirnos de manera precisa la dimensión kafkiana que el proceso había ido cobrando conforme su gestión avanzaba. Supe después que Jaime y Daniel, que lo veían todos los días, ya habían oído previamente esta relación, así hubiera sido en forma parcial o episódica. Para mí, en cambio, era la primera vez. A pesar de esta disparidad en los antecedentes, los tres oímos su historia durante toda la comida, ellos con resignación; yo, primero con paciencia y después con perplejidad. Y es que, del entremés a los filetes de pescado rebozados, el relato pasó de la lentitud a la reiteración, de la reiteración al circunloquio y del circunloquio al caos. Parecía que el relator había caído preso en las redes que su propio relato había tramado y no supiera cómo liberarse de ellas; que había pasado de ser víctima del enmarañado proceso de jubilación a ser víctima de las propias palabras con las que lo relataba, aunque no manifestara por ello ningún signo de angustia o de opresión. Pensé primero que el circunloquio en el que se había metido era intencional y tenía el propósito retórico de empatar lo absurdo y repetitivo de su historia con lo repetitivo y absurdo del trámite burocrático de referencia, pero después, a la hora de los postres —dos bolas de helado: una de fresa y otra de chocolate—, me di cuenta de que no se trataba de una parodia. El caos que al principio Benito le atribuía al proceso de su jubilación en realidad se había apoderado de su cabeza, como si ese cuento de nunca acabar que fue hacer el trámite se hubiera trasladado al cuento de nunca acabar que fue relatarlo. Al saborear los últimos residuos que la bola de fresa había dejado en la cucharita, puso punto final a la comida y también punto final a su relato. Es un decir, porque no lo terminó. Lo abandonó, como abandonó la bola de chocolate, que era la que más le gustaba, y como abandonó también la mesa. Se levantó y se dirigió al baño, que se encontraba en uno de los extremos del

largo salón comedor. Jaime, Daniel y yo no hicimos comentarios. No era necesario que los hiciéramos. Nos miramos con pena. Cuando regresó del baño, nos preguntó:

—¿Les dije que me jubilé?

Poco tiempo antes de jubilarse, había viajado a Europa en compañía de su esposa, Angelina. Fue su último viaje a Europa. En numerosas ocasiones había ido al Viejo Continente, particularmente a Alemania Federal, donde se encontraba la casa matriz de las máquinas de contabilidad que su compañía importaba y distribuía en México. Pero casi siempre ampliaba su itinerario para visitar Inglaterra, España, Francia, Italia..., unas veces solo, otras con Angelina, otras más con toda su familia, y algunas con Jaime, que se había convertido no solo en su brazo derecho en los asuntos empresariales, sino en su amigo íntimo en los ancillares del trabajo: las comidas con los clientes, las celebraciones de los éxitos... y los viajes de negocios. Y esos viajes se almacenaban en su estupenda memoria con una precisión de cédula museográfica. Cada vez que cruzaba el Atlántico, Benito encontraba el tiempo necesario para prepararse. Leía o releía libros de historia, estudiaba mapas, trazaba itinerarios, consultaba catálogos. Y de la misma manera, a su regreso, se esforzaba para retener cuanto había conocido: revisaba sus notas, ordenaba sus fotografías, escuchaba los discos y leía los libros que había traído. Cuando un jueves nos relató en el Covadonga su último periplo europeo, nos preocupamos. En un momento dado de su relación, había confundido la Tate Gallery de Londres con el Musée D'Orsay de París. Bueno, nada grave ni significativo si no se tratara de él, de Benito, que había viajado incontables veces a Europa, que había visitado con una disciplina que rebasaba con mucho la mera curiosidad turística esos museos, que tenía en la cabeza una red bien tramada que le permitía relacionar historia con pintura, pintura con literatura, literatura con música... Cuando torpe e insensiblemente le hice ver su equivocación, admitió su error y no le dio la menor importancia, pero después me reclamó que la licencia de manejar mexicana no le había valido para rentar un coche en Cataluña. Yo le había asegurado poco antes de su salida de México que bastaba con ese documento para alquilar un automóvil en Barcelona, donde yo acababa de estar. No fue que hubieran cambiado las reglas. Fue, como lo supe después, que en la agencia de renta de vehículos no lo consideraron apto para conducir.

Conforme fueron presentándose, cada vez con mayor evidencia, los síntomas de su enfermedad, empezamos a explicarnos retroactivamente algunas conductas suyas que, cuando se suscitaron, solo nos habían causado

extrañeza. En alguna ocasión, porque la paranoia es uno de los síntomas precoces de la enfermedad, había sentido que Jaime, su leal y entrañable hermano, quien además de su colaborador era su socio, su amigo y su compadre, había querido desplazarlo; en otra, había invertido inútilmente una alta suma de dinero, procedente de la venta de su casa de Valle de Bravo, en un negocio que estaba al borde de la quiebra. Pero a partir de su último viaje a Europa, la enfermedad fue avanzando implacablemente a lo largo de seis o siete años.

Empezó a perder la memoria reciente. Un día le pidió a Carlos, el mesero que nos atiende con devoción en el Covadonga, que nos trajera la cuenta cuando ya la habíamos pagado, como habitualmente lo hacíamos, dividiéndola entre cuatro, y él había estampado su firma en el *voucher* apenas hacía unos momentos. Conservaba, en cambio, recuerdos muy antiguos, que revisitaba reiteradamente en su conversación. Era como si para llegar a ellos circulara por anchas avenidas que ya hubiera recorrido innumerables veces, mientras que para acordarse de lo que había leído en el titular del periódico de ese día o a quién había visto esa mañana en su oficina tuviera que trazar un itinerario totalmente inédito por calles estrechas y desconocidas por las cuales jamás hubiera transitado. Recordaba, sí, datos, nombres, escenas del pasado remoto, que traía a la mesa, vinieran o no a cuento, pero inmediatamente se olvidaba de que ya los había recordado y nos los volvía a presentar como si fuera la primera vez.

Sobrevino después el trastorno del lenguaje. Se le olvidaban algunas palabras sencillas, mientras que conservaba en la memoria las más cultas y prestigiosas, y las profería con cierto alarde de cultura así no vinieran a cuento. Escenas parecidas al relato de su jubilación se sucedieron cada vez con mayor frecuencia. Perdió la capacidad de contestar escuetamente a cualquier pregunta precisa. Se enfrascaba en respuestas larguísimas hasta que llegaba el momento en que no sabía ni de dónde venía —la pregunta que alguno de nosotros le había hecho— ni adónde iba —la respuesta que esperábamos.

Ocurrió muchas veces. Empezaba a decir algo y se detenía a la mitad de la frase. Con un natural impulso adivinatorio, tratábamos de ayudarlo. Ofrecíamos una opción y cuando nos percatábamos de que no era por donde él quería ir, ofrecíamos una segunda y una tercera o una cuarta, hasta que desistíamos porque él enmudecía, frustrado, avergonzado quizá. No lo sé. Cómo saber lo que le ocurría adentro. ¿Era consciente de lo que pasaba en su alrededor, como podría revelarlo una mirada que parecía inteligente? ¿O no?

¿Cómo saber? Estaba vivo. Abría los ojos con fuerza comunicativa, asentía a nuestras proposiciones, aunque a saber si las entendía.

Lo cierto es que acabó por perder el lenguaje. Él, que era dueño de un rico patrimonio verbal, que siempre tuvo el diccionario a la mano y practicaba el malentendido rigor de hacer valer la etimología como criterio de corrección lingüística; él, que podía y solía desplegar una amplia gama de sinónimos; él, que había leído la mayor parte de su considerable biblioteca personal, acabó por perder el lenguaje. Temeroso —¿temeroso?— de quedarse en blanco a la mitad de una frase, de que no acudiera a su memoria la palabra que invocaba, de que en medio de la conversación no supiera adónde iba o, peor: que el mismo temor de no saber adónde iba lo distrajera irreversiblemente de lo que quería decir, optó —¿optó?— por guardar silencio. Él, el verboso, el dialéctico, el memorioso, el discutidor, el incansable polemista, enmudeció.

Perdió la palabra, es cierto; pero, triste consuelo: ganó la expresividad de su rostro. Y de su cuerpo entero, a pesar de que día a día fue más torpe de movimientos y más miedoso de llevarlos a cabo. Daba la impresión de que había seguido un proceso de sustitución del discurso por el afecto. Siempre había tenido una mirada inteligente que no revelaba lo que estaba pensando, pero sí reflejaba, con enigmática evidencia, eso: que estaba pensando. Podía pasar de la sonrisa irónica a la franca carcajada, y del silogismo a la broma, pero su expresividad no traspasaba las fronteras que el interlocutor ponía. Guardaba sus distancias, pues. Pero ahora, cuando ya no tenía palabras, abría los ojos con franqueza infantil, reía sin malicia y tocaba a su interlocutor. Me tocaba, me abrazaba. Alguna vez me dio un beso en la mejilla. Un diálogo afectivo y tangible que reemplazó al intelectual y abstracto. Disfrutaba, como un niño, el postre, aunque ya no sabía usar bien los cubiertos.

Siguió asistiendo, de la mano de Daniel, al Covadonga, aunque ya no participara en la plática más que como oyente, un oyente del que no sabíamos si entendía o no lo que decíamos. Jaime le llevaba fotografías de los viajes que habían hecho juntos a Alemania o le leía alguna carta importante que hacía años Benito le había escrito. Y él se limitaba a abrir los ojos y a sonreír. Daniel se encargaba de él en su vida pública y no tan pública; que de la privada se ocupaba, con una entrega admirable, Angelina, socorrida por sus otros hijos, a los que Benito —vaya si era metódico— había bautizado por orden alfabético: Angélica, Benito, Carolina y Eugenia. Daniel, obviamente, era el cuarto de la lista, como corresponde.

Aunque ya no coligiera, iba todos los días a su oficina, bañado, afeitado, perfectamente bien vestido. El chofer, que acabó por ser su cuidador, lo

acompañaba hasta la entrada del edificio. Benito tomaba el elevador, saludaba a Magda, su fidelísima secretaria, entraba a su oficina y en los últimos tiempos se dedicaba, horas enteras, a ordenar sus tarjetas de presentación, los diferentes modelos que había tenido a lo largo de los años en la empresa en la que empezó de *office boy*, pasó a gerente y acabó de dueño.

Entre semana, Daniel acompañaba todo el día a su padre, pues no solo era su hijo, sino su colaborador. Los jueves, cuando lo llevaba al Covadonga, adivinaba lo que quería comer, que casi siempre era lo mismo: el entremés de carnes frías, unos pescaditos rebozados y sus dos bolas de helado de fresa y chocolate. Y, cada determinado tiempo, lo conducía al baño. Ya no lo dejaba ir solo porque una vez se desorientó y en vez de encaminarse al baño, se dirigió a la cocina, que está en el extremo opuesto.

Fue entonces cuando pensamos que debía portar una cadenita en el cuello con una placa en la que estuviera grabado su nombre y los datos de referencia por si en alguna malhadada ocasión, fuera de la vista de su chofer, confundiera, ya no el baño con la cocina, sino erráticamente, la calle de Orizaba con la de Puebla y se perdiera para siempre en la intrincada maraña de la ciudad de México. Con tristeza desechamos la idea. Con la aterradora inseguridad de nuestra metrópoli, los datos grabados en esa placa podrían ser utilizados por un secuestrador para extorsionar a la familia. Y el chofer, que ya cumplía las funciones de cuidador, habría tenido que asumir la condición adicional de guardaespaldas.

Entretenida en la contemplación de un haz de luz que iluminaba el polvo flotante del salón, María esperaba a que diera la hora convenida.

Cuando las dos hermanas volvieron a ocupar la casa paterna al regresar a México, mantuvieron cerrados los postigos de las ventanas que daban a la calle de La Estampa para salvaguardar su intimidad de la intromisión del populoso barrio de La Merced. La luz de las habitaciones procedía del patio central y se filtraba entre los verdes espesos de la hiedra, que se había trepado por los muros sin respetar los vanos de las puertas ni las vidrieras de las ventanas, que, así revestidas por la vegetación, parecían vitrales emplomados. Los aposentos, por tanto, eran turbios como el agua estancada de la fuente de las ranas, que sobrevivía en el jardín trasero, cubierta por la maleza; turbios como los sentimientos de las hermanas, que no querían que los vecinos del lugar, que las habían conocido en la opulencia, las vieran ahora venidas a menos y con la casa en venta.

Durante la estadía de la familia en Madrid, La Iberia, El Caudal y La Chorrera se fueron a la quiebra.

Es cierto que don Ricardo del Río les había advertido a los hijos de Emeterio repetidas veces que el negocio no daba para mantener el tren de vida que llevaban en España; es cierto que los hermanos no le hicieron caso y siguieron gastando a manos llenas lo que el albacea les enviaba; es cierto también que los varones de la estirpe, entre más dinero recibían, más dinero demandaban. Pero aun así, parecía inexplicable que los tres negocios de Emeterio, que habían generado una fortuna a lo largo de los años y que a su muerte contaban con un superávit formidable —numerosas cuentas por cobrar, gigantescos inventarios y muchos bienes muebles, que iban de equipos industriales a furgones de ferrocarril— se hubieran venido abajo tan drásticamente y en tan poco tiempo.

Una vez que llegaron a México, don Ricardo citó por primera vez juntos a los cuatro hermanos varones en sus oficinas de la Tabacalera Mexicana para hablarles de la catastrófica situación de la hacienda de su padre. Protegido por la inmensidad del escritorio que se anteponía entre él y los herederos, que

permanecieron de pie durante toda la perorata, don Ricardo les soltó, desde el enorme sillón que disminuía su baja estatura en lugar de compensarla, una retahíla de razones que presuntamente explicaban la quiebra de los negocios de Emeterio: que la buena administración de Daniel Gordillo, por quien ponía la mano en el fuego, no había podido evitar la debacle financiera; que los desmesurados gastos que los hermanos habían hecho en España —las cosas hay que decirlas como son— pese a los exhortos a la prudencia que en su condición de albacea de la herencia él, que no pensaba más que en su bien, les había hecho en reiteradas ocasiones, generaron tales deudas, que se vinieron abajo los activos de los tres negocios; que los acreedores habían iniciado un juicio contra las empresas y que lo habían ganado por más que él había contratado a los mejores abogados del país para su defensa; que para cobrar parte de lo que se les debía, los acreedores habían procedido, de acuerdo con la ley, a embargar los productos del usufructo, pues no se podían enajenar los bienes que a la muerte de Emeterio habían quedado registrados en el inventario solemne de su patrimonio, toda vez que aún eran menores de edad sus hermanas Loreto y Luisa y por tanto no se había podido repartir la herencia; que por eso les había pedido que regresaran a México inmediatamente, pues —las cosas como son— no había más utilidades que distribuir. Sin embargo, el embargo —así lo dijo, pidiendo perdón por la redundancia— no ha alcanzado para pagar la totalidad de los adeudos, por lo que no queda otro remedio, queridos muchachos, que poner en venta la residencia de La Estampa, para lo cual os pido a todos vosotros que me deis vuestra autorización, pues sin el consentimiento de la mayoría de los herederos no es posible vender los bienes heredados antes de la partición de la herencia, valga, otra vez, la redundancia. Con el producto de esa venta, que podrá ser cuantioso pues la ubicación de la casa en el corazón de La Merced le confiere a la propiedad gran valor comercial, más las rentas de las casas de La Quemada y de Jesús María, una vez que se descuenten, claro está, los gastos de la última etapa de vuestra estancia en Madrid, que fueron alarmantes, y de vuestro traslado a México, que también fueron altísimos —las cosas como son—, todavía podréis vivir unos años de la herencia de vuestro señor padre, que Dios tenga en su santa gloria, aunque claro, modestamente, sin lujos, porque la vida que habéis llevado en Madrid...

Por ebriedad, por inocencia o por sumisión, los hermanos votaron, en mayoría, a favor de la propuesta de don Ricardo. Solo Severino votó en contra. Tenía la sospecha de que el albacea había dejado morir deliberadamente los tres negocios de su padre y que la declaración de quiebra

de la empresa había sido fraudulenta y operaba en su beneficio. Pensaba que el albacea había matado a la gallina de los huevos de oro y que se había quedado con toda la canasta.

Cuando cumplió la mayoría de edad en España, Severino había quedado liberado legalmente de la tutela de su hermano Ricardo, quien, en realidad, nunca la ejerció, pues, como te he dicho, desde un principio delegó en don Ricardo del Río esa función testamentaria. Se le presentó entonces la posibilidad de renunciar a la nacionalidad española, a la que tenía derecho por ser la de su padre, y de optar por la nacionalidad mexicana, que era la de su madre y a la que también tenía derecho por haber nacido en México. ¿La rebeldía de su temperamento? ¿Su inconformidad sistemática? ¿Algún brote de idealismo? Quién sabe cuáles fueron las razones que llevaron a Severino a querer ser mexicano en España, cuando siempre había querido ser español en México. Pero así fue: optó por la nacionalidad mexicana, seguramente sin saber que su elección, al cabo de unos años, le permitiría hacerse de la casa de Carretones, que no formaba parte del inventario de los bienes de tu abuelo porque estaba a nombre de tu abuela, que, como te dije, la había heredado de tus bisabuelos. No era necesario ser mexicano para poder reclamar la propiedad de esa casa. Una vez justificada la legitimidad de la posesión, hubiera bastado con que se comprometiera formalmente ante las instancias mexicanas competentes a no hacer valer su condición de español ni apelar a las autoridades de España en caso de controversia legal; es decir a constituirse como mexicano para los efectos legales del caso. Pero Severino aprovechó su excepcional condición para tener una prerrogativa frente a sus hermanos carnales en la adjudicación de la mansión de su madre: sus hermanos que habían alcanzado la mayoría de edad no habían renunciado a la nacionalidad española en su momento, aunque algunos de ellos, como tu padre, lo harían tiempo después, y las hermanas Loreto y Luisa no habían tenido todavía la opción de hacerlo, así que Severino, como mexicano mayor de edad, era quien podría hacerse de la casa sin cubrir el engorroso trámite de renunciar a los derechos de acogerse a la legislación española en caso de conflicto. Se comprometió, eso sí, a abonarles a sus hermanos carnales (Luisa no podía ser beneficiaria pues no era hija de Loreto Carmona), en un futuro indeterminado, la parte proporcional del valor del inmueble. La iniciativa de Severino de apropiarse de la casa de Carretones provocó un enfrentamiento serio del joven con don Ricardo del Río, que se beneficiaba directamente de las rentas de esa casa y que vio en la determinación de Severino una afrenta a su autoridad moral.

A su regreso de España ninguno de los hermanos vivió ya con María y Loreto de manera permanente en la casa de La Estampa. Sin ninguna previsión, Ricardo, Severino y Rodolfo prolongaron en México, aunque menos dispendiosamente, la vida que habían llevado en Madrid.

Tan pronto como pudo, Severino se mudó a la casa de Carretones 17, que se convirtió en el lugar perfecto para poner en práctica sus artes amatorias.

De Rodolfo se sabía muy poco: su natural introvertido e independiente lo alejaba de la familia, como siempre, por largas temporadas y solo se le veía cuando le tocaba recibir las cada vez más precarias rentas de la herencia, que invertía, no bien acababa de cobrarlas, en juegos de azar, para los cuales tuvo, como casi todos los que juegan sin templanza, enormes dotes de perdedor.

Ricardo se volvió parroquiano de El Nivel, una cantina del centro de la ciudad de México que ostentaba en una de sus paredes el permiso que la acreditaba como la 0001 de la ciudad, la más antigua, la que auguraba, con los tres ceros que antecedían al número uno de su licencia, que en la capital del país podría llegar a haber 9,999 establecimientos de su especie: antros donde los hombres —y solo ellos porque las mujeres no asistían a tales tugurios— bebían a sus anchas sin la obligación de comer nada, aunque por costumbre se ofreciera con cada trago una botana, en consonancia con la mejor tradición española. Ricardo era amigo (tanto como lo había sido de los parranderos de Madrid que bebían a sus expensas) de los artistas de la vecina Academia de San Carlos, que ahí tenían su peña y su museo, pues en sus paredes exponían las obras —carboncillos, acuarelas y uno que otro óleo— que se veían obligados a dar en prenda de sus deudas de alcohol. Se pasaba ahí las tardes enteras, y al final, tras pagar cual mecenas trasnochado la cuenta de los pintores cuando los echaban del establecimiento, iniciaba con ellos un itinerario sin destino por los antros nocturnos de la ciudad de México, en los que se entretenía hasta que al día siguiente volvía a *nivelarse*, como decía cuando llegaba de nueva cuenta a la cantina. Podía pasar semanas enteras sin poner un pie en la casa de La Estampa.

Miguel, por su parte, se había percatado de que no podía seguir alternando con sus antiguos amigos de la colonia española, con quienes había paseado en aquel landó que había auspiciado sus conquistas amorosas y que, durante su estancia en Europa, también había sido embargado por los acreedores con todo y su tiro de caballos pura sangre. No quería gastar el poco dinero que le quedaba en presuntas amistades que de seguro le darían la espalda cuando ya no lo tuviera. Los tiempos convulsos que vivía México bajo la presidencia de Francisco I. Madero le abrieron, paradójicamente, las puertas de la

tranquilidad. El azar, por el que nunca apostó ninguna carta, lo vinculó con un político sonorenses que había abrazado la causa maderista y con quien trabó estrecha amistad, al grado de que lo acompañó a recorrer buena parte de la República Mexicana: el diputado Juan de Dios Bojórquez, quien, andando el tiempo, le permitiría poner en práctica los breves estudios diplomáticos que había podido realizar en Inglaterra antes de que don Ricardo lo mandara llamar.

El ala habitacional de la casa había estado cerrada desde que los hermanos se fueron a vivir a España. Después, cuando quebraron La Iberia, El Caudal y La Chorrera, también se clausuró el ala administrativa. Se conservaban los muebles, los cuadros, las alfombras, los candiles, pero un aire enrarecido delataba el encierro que la mansión había sufrido durante los últimos años. Ahora la casa en su totalidad, y no solo la parte dedicada al negocio, era un almacén. De muebles, de trebejos, de recuerdos inservibles. El último que la había habitado (solo en el área de la administración) había sido Daniel Gordillo, quien continuó llevando, por disposición del albacea, la contabilidad de los negocios de Emeterio hasta que se extinguieron. Ahora, el antiguo tenedor de libros de tu abuelo trabajaba en los negocios del propio don Ricardo.

Los pasos graves del reloj llegaron extenuados a las cinco de la tarde y se detuvieron en el portón de la casa.

Transparentada la sangre en las mejillas y en las venitas de la nariz, Daniel Gordillo se alzó de puntitas para jalar el cordel de la campana. Felisa, el ama de llaves de otros tiempos que por una fidelidad también de otros tiempos se había reincorporado a las labores de la casa tan pronto María y Loreto regresaron de España, lo condujo al salón. Innecesariamente, pues Daniel Gordillo había hecho ese recorrido incontables veces cuando vivía don Emeterio, su señor, y después, cuando acudía con la representación de don Ricardo a resolver los asuntos administrativos de la familia antes de que se mudara a España.

Al mismo tiempo que el hombre pequeñito y sudoroso entraba sombrero en mano en el salón por la puerta del corredor, Loreto lo hacía por la puerta del recinto contiguo, al que de manera injustificada llamaban *biblioteca*.

—Tan puntual como siempre, Daniel —dijo María—. Gracias por haber venido.

—Faltaba más, señorita María. Estoy a sus órdenes.

—Loreto, ofrécele una taza de té aquí a Danielito —le ordenó a su hermana, y conminó al antiguo tenedor de libros de su padre a que se sentara en una butaca honda.

Mientras Loreto, pasos presurosos y un reiterado *sí, sí, sí* que se fueron difuminando por el corredor, fue a preparar la infusión, María presenció, no sin deleite, cómo Daniel Gordillo, sentado en la butaca que le había asignado, se hacía aún más pequeño de lo que ya de suyo era. No se sintió alta, claro, pero al menos por un momento dejó de sentirse tan chaparra.

El puntual visitante no sabía qué hacer con el sombrero negro de fieltro, que giraba entre sus dedos rechonchos; ni qué decir que no fueran los consabidos elogios a su patrón que en paz descansa, las lamentaciones por su muerte, que Dios lo tenga en su gloria, la deuda de gratitud que siempre tendría con él, fue como un padre para mí; o las preguntas sobre la estadía de las señoritas en Madrid, que inevitablemente remataban en una evocación suspiratoria de su Santander natal, que era, además, el puerto —y Daniel Gordillo a mucho orgullo lo tenía— del que don Emeterio había salido para venir al Nuevo Mundo. Encendió un cigarrillo para contar al menos con un apoyo, un compañero, un cómplice en su intimidante entrevista con la señorita María, pero no tuvo la cautela de cerciorarse previamente de que hubiese un cenicero al alcance de la mano. Un cenicero que no fuera uno de los arabescos de la alfombra persa adonde inevitablemente fue a dar esa primera falange de ceniza, que obligó a Gordillo a salir corriendo al corredor, con su permiso señorita María, y apagar el cigarrillo en uno de los tiestos secos que lo bordeaban.

Cuando regresaron Loreto con el té y Daniel sin el cigarro, María le ordenó a su hermana que se sentara, como testigo presencial de lo que le diría a Daniel, en una butaca paralela a la que ocupaba el visitante.

A partir de ese momento, se desplegó, en tiempo y forma como se dice en el lenguaje burocrático, el libreto previamente imaginado por María:

—Hoy es lunes 14 de abril, ¿verdad, Daniel?

—Así es, señorita María, 14 de abril.

—Y el próximo sábado es 19 de abril, ¿verdad?

—Así será —respondió Daniel, contando con los dedos los días por venir—. El próximo sábado será 19 de abril, si Dios quiere.

—Lo querrá; sin duda lo querrá, Daniel, no se preocupe usted. Pues a las once de la mañana del próximo sábado 19 de abril lo espero en la iglesia de la Sagrada Familia.

—Ahí estaré, señorita María. ¿De qué se trata?

—De nuestra boda, Danielito. El próximo sábado, a las once de la mañana, he concertado cita con el presbítero para que manifestemos nuestro libre y espontáneo deseo de unirnos en matrimonio, según el rito de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, y se abra el plazo de tres días festivos en que deberán hacerse las amonestaciones del caso para determinar que no existe impedimento alguno que se oponga a nuestra voluntad. Nos casaremos el próximo 17 de mayo.

—¿Esa es su voluntad, señorita María?

—Sí.

—¿Qué hubiera dicho su señor padre de esta determinación suya, señorita María?

—No la habría objetado.

—¿Hubiera estado de acuerdo?

—Habría dado su beneplácito, tenga usted la seguridad.

—Entonces, ahí estaré el próximo sábado. ¿A las once?

—A las once.

—¿En la Sagrada Familia?

—En la Sagrada Familia.

—Buenas tardes. Hasta entonces.

—Hasta entonces. Buenas tardes.

Y Daniel Gordillo se fue por donde había venido sin probar siquiera la infusión que Loreto le había preparado. Al salir, encendió otro cigarrillo. Y luego otro. Y otro más.

Eduardo es el hermano que me sigue hacia arriba, o mejor dicho, a quien yo sigo hacia abajo en esa escalera de doce peldaños que era mi familia. Cuando empezaban las clases, era su nombre el que yo tenía que tachar de las páginas preliminares de los libros de texto. Al final de esa retahíla de hermanos que me habían precedido, mi nombre no era más que el del último inquilino de los libros de aritmética, geografía, historia sagrada o lengua nacional. Y lo mismo sucedía con los uniformes escolares, las camisas, los pantalones, el traje. Y con las tareas domésticas, que también eran hereditarias.

Cuando Eduardo se fue al seminario, me heredó la obligación de barrer todas las mañanas la banqueta sobre la que tres añosas jacarandas se desprendían de sus flores en la primavera y de sus ramas secas y sus vainas aceitosas durante el resto del año. Y luego, cuando Jaime entró a la Escuela Bancaria y Comercial, me traspasó la doble responsabilidad de podar el pasto del jardín trasero y de ir por el pan en bicicleta, sin que yo, a mi vez, pudiera

delegar esos quehaceres en nadie más porque debajo de mí solo quedaba Rosa. Y podar el pasto era una tarea masculina. Y por el pan solo iban las sirvientas. Y yo.

Pero la responsabilidad más grave que me asignaron cuando los Hermanos Maristas se llevaron a Eduardo, que apenas contaba con once años de edad, y Jaime entró a la Bancaria, fue la de ir a la casa de mis tías María y Loreto a entregarles el dinero que mi padre les enviaba mensualmente. Esta misión me confería, a mis escasos nueve años, una especie de mayoría de edad anticipada, pues implicaba trasladar dinero en efectivo en transporte público y manejar una situación delicada y embarazosa. Se trataba de que yo les dejara a las tías, según las instrucciones de mi padre, el sobre con el dinero de una manera tan discreta, que ellas no se vieran compelidas a acusar recibo o a manifestar su agradecimiento, y al mismo tiempo tan evidente, que se percataran de que se lo había dejado.

—Que se den cuenta de que les dejas el sobre, pero que no se den cuenta de que tú te diste cuenta de que ellas se dieron cuenta, ¿me entiendes?

—Creo que sí, papá. Pero mejor explícamelo otra vez.

Y es que el orgullo inveterado de María le impedía aceptar la ayuda de mi padre, pero por otra parte no la podía rehusar porque de ella dependía su sobrevivencia y la de su hermana. Loreto realizaba por pedido labores de costura, de las que había aprendido durante su estancia en el internado de Las Niñas de Leganés. Pero el dinero que les dejaba esta actividad era insuficiente para mantenerse y no se podía contar con él de manera regular.

María y Loreto vivían en una casa diminuta de la calle de Carracci, en Mixcoac. Era de una sola planta —a no ser por el cuarto de servicio de la azotea, que ocupó Daniel Gordillo hasta su muerte—. No tenía cochera ni antejardín ni vestíbulo. La puerta de la estancia daba directamente a la calle, igual que las dos ventanas que la flanqueaban. Como no había timbre ni campana ni aldabón, yo debía tocar en el cristal de una de las ventanas, según me lo advirtió papá, con una moneda de las que tendría que utilizar para pagar el camión de regreso. Tras mis toquidos, la mano pecosa de mi tía Loreto se asomaba, tímida, por un visillo, y su voz, aguda y suplicante, preguntaba quién es. A no ser por la comunidad de nuestros apellidos y la necesidad del estipendio, poco le hubiera dicho mi respuesta (los nombres de los doce hijos de su hermano Miguel siempre se les arrebujaaron en la cabeza a las tías), pero una vez que me había identificado, los pasos ágiles de la tía Loreto empezaban a recorrer de un lado a otro y a toda prisa, según lo podía oír desde la calle, el diminuto espacio de la vivienda mientras repetía ya voy, ya

voy, ya voy. Y ahí me quedaba esperando en la banqueta mucho tiempo, no sé, diez minutos, o quizá menos, pero a mí me parecía una eternidad, hasta que por fin la tía Loreto me abrió la puerta con actitud apacible, como si llevara toda la mañana mirándose el ombligo. Había estado alzando los implementos de la costura —aguja, canutillo y ganchos— para que no quedara ningún rastro de que cosía ajeno, y había preparado a María para que pudiera recibirme en su recámara.

Desde que murió Daniel Gordillo, con quien, según se dice, nunca compartió el tálamo nupcial, María se metió en la cama, de la que no volvió a levantarse más que excepcionalmente. En esas visitas mensuales, pude confirmar la brevedad de su estatura y el gran volumen de su cabeza, que había observado la única vez que la vi de pie, en el velorio de mi padre. Y es que por alguna razón, cuando estaba acostada —es decir, casi siempre—, la tía María no se respaldaba en la cabecera de la cama, sino que prefería, como si se tratara de una metáfora que la mantuviera enhiesta a pesar de su eterna posición yacente, apoyar los pies en la piecera. Y como la cama era grande, aunque el cuarto pequeño, la cabeza le venía quedando en el centro del lecho. Parecía una cabeza parlante, como de feria de pueblo, exenta de un cuerpo que, solo pasada la primera impresión, apenas se adivinaba, enjuto, bajo las sábanas primorosamente bordadas por Loreto y la espesura satinada de la colcha. Una cabeza parlante, sí, con un chongo impoluto y en las comisuras unos bigotes ralos y canosos, que me causaban curiosidad, inquietud, repulsión.

La tía María me recibía unos minutos en su recámara y me hacía una conversación forzada, pletórica de lugares comunes, que sazónaba con un sarcasmo gratuito. Me preguntaba por papá y por mis hermanos, pero nunca por mi madre, a quien, según me enteré después, consideraba una cubana demasiado fogosa, a juzgar por el número de veces que había estado preñada.

La primera vez que asistí a cumplir la encomienda de mi padre, las cosas no salieron bien. No encontraba el momento oportuno de dejar el sobre tan discretamente que ellas no se sintieran obligadas a agradecer la ayuda de su hermano, así que al cabo de un rato no me quedó más remedio que decirles aquí les traje este sobre de parte de mi papá.

—Debe ser una carta —dijo María.

—No es una carta —dije yo, instado por la veracidad que me habían inculcado en casa como un valor general que debía prevalecer aun sobre las instrucciones particulares de papá—; es el sobre con dinero que les manda mi papá todos los meses.

—Cuidado, hijo, que lo llevas en la sangre.

Con estas palabras mamá nos amonestaba cuando regresábamos de una fiesta y percibía en el obligatorio beso de las buenas noches indicios de que hubiéramos ingerido alguna bebida alcohólica.

Yo entraba en la casa caminando de puntitas, sin hacer el menor ruido, sobre todo si había rebasado la hora de mi regreso, previamente negociada aunque ya tuviera dieciocho años. Pero mamá siempre me oía llegar, fuera la hora que fuera, y me llamaba a su recámara para que me despidiera de ella. La imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro, de la que era devota, velaba su sueño —o mejor dicho su insomnio— desde la cabecera de la cama matrimonial, cuya inmensidad hacía más desolada su viudez. Mamá esperaba acostada, pero no dormida, el regreso de todos y cada uno de los hijos que aún vivíamos en casa. Me acercaba a ella en la oscuridad de la habitación para darle el solicitado beso de las buenas noches, después de justificar mi tardanza, y, por más que contuviera la respiración, mi aliento delataba con pasmosa exactitud el número de cubas libres que había tomado en el transcurso de la fiesta. Cuidado, que lo llevas en la sangre.

Cuando se trataba de mi hermano Ricardo, que desde muy joven quiso contrarrestar los esfuerzos del trabajo con la celebración del trago, que se había ganado, según decía, con el sudor de su frente, mamá complementaba su amonestación con una advertencia que le otorgaba a su nombre una suerte de fatalidad: cuidado, que lo llevas en la sangre y en el nombre.

Siempre habíamos oído a mamá hablar del funesto desenlace de la vida de los hermanos de mi padre, Ricardo, Rodolfo y Severino. Papá no hablaba de ellos. Para exorcizar la posible gravitación que su historia pudiera tener sobre nosotros, le bastaba con el ejemplo de sobriedad que él mismo nos daba cotidianamente. Además de medir con rigor notarial las copas que ocasionalmente se tomaba, nunca dejó que el arbitrio del azar sustituyera al esfuerzo del trabajo y fundó una familia —fue el único de los hermanos, hombres y mujeres, que tuvo descendencia, y vaya que contrarrestó, con doce hijos, la renuncia a la reproducción que voluntaria o involuntariamente practicaron los otros hijos de Emeterio. Pero mamá, aunque no hubiera

llegado a conocerlos, siempre nos los ponía de modelo negativo para evitar que siguiéramos sus pasos. Asediados por una sed maleducada desde que eran adolescentes y simulaban trabajar en el negocio paterno; enriquecidos por una herencia millonaria que no supieron administrar; seducidos por las veleidades del amor profesional o por los espejismos de la fortuna, los tres murieron empobrecidos, cuando no menesterosos, antes de cumplir los cuarenta años de edad. Ricardo, el más sediento de los tres, ni siquiera llegó a los treinta.

Ricardo siempre pensó que los dividendos del patrimonio de Emeterio que le correspondían, aun después de la debacle financiera que lo hizo regresar a México, le permitirían vivir sin trabajar por el resto de sus días. No se equivocó. La vida se le acabó antes que la muy mermada hacienda.

En México y después en Madrid y después de nueva cuenta en México, Ricardo se bebió El Caudal —como decía ostentosamente cuando competía con sus amigos de cantina para determinar quién de todos había bebido más en la vida.

—Si supieran el dineral que le he metido yo a esta panza —decía sobándose el abultado vientre con ambas manos.

De regreso de Madrid, Ricardo, como te digo, se volvió asiduo visitante de El Nivel. Solía llegar a la cantina a primera hora de la tarde y ahí se quedaba hasta ya entrada la noche, cuando los empleados del local sacaban a los últimos borrachos para bajar la cortina y cerrar el establecimiento. El inusitado reloj de la contrabarra justificaba su permanencia. Tenía unas manecillas que giraban al revés, si bien los números de las horas también estaban dispuestos en el orden contrario al acostumbrado, por lo que la hora que marcaba se correspondía puntualmente con la que dictaba el Observatorio Nacional. Pero Ricardo tomaba ese reloj como emblema de la reversibilidad del tiempo y repetía hasta la tozudez que entre más tiempo pasaba en la cantina y más bebía, menos tiempo transcurría y menos tragos se tomaba, e invitaba dispendiosamente a beber, hoy por mí, ayer por ti, a los miserables pintores de la Academia de San Carlos, que no tenían dónde caerse muertos y gracias a tu tío Ricardo quedaban exentos de pagar en especie pictórica sus consumiciones. Si se había vuelto más sedentario durante el día, de noche recuperaba su atávica condición nómada para acompañar a sus presuntos amigos a los más sórdidos lupanares, de donde siempre salía —si salía— ebrio, esquilado y urgido del último trago de la noche cuando ya había amanecido.

El domingo 9 de febrero de 1913, la ciudad de México sufrió una asonada militar. El general regiomontano Bernardo Reyes, como lo había venido anunciando desde tiempo atrás, se sublevó, de manera extemporánea, contra el gobierno legítimo, aunque ciertamente fallido, de Francisco I. Madero. Esa mañana había sido liberado de la prisión de Santiago Tlatelolco, según lo convenido con sus aliados insurrectos, Félix Díaz, sobrino del derrocado dictador Porfirio Díaz, y los generales Gregorio Ruiz y Manuel Mondragón, que se habían alzado con tres regimientos de caballería acuartelados en Tacubaya. En una actitud desafiante que es difícil calificar de trágica o de heroica por los visos que tuvo de cómica y suicida, don Bernardo llegó temprano al Zócalo, montado a caballo, seguido de las columnas comandadas por Mondragón y por Díaz, quien también había sido liberado esa misma mañana de la penitenciaría. En la madrugada, el Palacio había sido tomado sin resistencia por los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan, que se unió a las fuerzas sediciosas. Tan pronto el general Lauro Villar, comandante militar de la plaza, tuvo noticia telefónica de la toma del Palacio, paró un coche de alquiler y se dirigió al antiguo Convento de San Pedro y San Pablo donde estaba acuartelado el 24º Batallón de Infantería, leal a Madero, y con sesenta reclutas entró sorpresivamente al recinto presidencial por el cuartel de zapadores y aprehendió a los rebeldes sin disparar un solo tiro. Así que cuando el general Reyes se personó en el Zócalo, el Palacio ya había sido recuperado por el general Villar. A pesar de los consejos de sus seguidores y de su propio hijo Rodolfo, fueron enterados de que el Palacio había sido rescatado, don Bernardo, fiel a su vesánico concepto del honor y de la valentía, no cejó en su propósito de atravesar las puertas de Palacio, y fue abatido ahí mismo por las ametralladoras que Villar había dispuesto al pie de los garitones de la puerta central. Con este acto comenzó la Decena Trágica, así llamada por los diez días de zozobra, de peligro y de muerte que vivió entonces la ciudad de México. Podría haber sido un acto irrisorio como una comedia de equivocaciones de no haber causado quinientos muertos (muchos de ellos simples curiosos que salían de oír su misa dominical en la Catedral) y de no haber detonado el asesinato del presidente Madero y del vicepresidente Pino Suárez, la usurpación de Victoriano Huerta, la injerencia de los Estados Unidos en el gobierno del país y el endurecimiento de la gesta revolucionaria.

Al día siguiente de ese domingo negro, que tiñó de sangre el Zócalo capitalino y que recrudeció una guerra civil que habría de durar por lo menos siete años más y cobrarse un millón de muertos, no salieron los vecinos de sus casas, no circularon los periódicos, no se abrieron los comercios y solo

transitaron por las calles de la ciudad los servicios de emergencia, atareados en recoger cadáveres y transportar heridos a los hospitales. Ese mediodía del lunes 10 de febrero, El Nivel, ubicado en la mismísima calle de Moneda a un costado del Palacio Nacional donde el día anterior se habían reunido los contingentes insurrectos, sí abrió sus puertas, así haya sido por un par de horas y con la excusa o el propósito real de extraer los alimentos percederos que ahí se habían quedado desde el sábado.

La calma chicha que sucedió al abatimiento de la sedición propició que algunos parroquianos temerarios librarán el paso entre las ametralladoras todavía apostadas en el Zócalo para acudir el lunes a su cita consuetudinaria con el trago, de la misma manera que el general Bernardo Reyes había acudido el domingo a su anhelada cita con la muerte.

Tu tío Ricardo llegó como todos los días a El Nivel, haciendo caso omiso de la violencia y el peligro que asolaban a la ciudad. Ciertamente traía una cruda insufrible —tesoneramente preparada durante todo un domingo de encierro obligatorio a causa de la asonada militar—, que solo la ingesta equivalente de otros tragos sería capaz de curar, por aquello de que un clavo saca a otro clavo y para que la cuña apriete ha de ser del mismo palo. Al filo de las dos de la tarde, el terror que se había apoderado del centro el día anterior volvió a cernerse sobre la ciudad entera. Disparos ocasionales aquí y allá y el rumor, creciente como un oleaje que anuncia tempestades, de que las fuerzas de Félix Díaz y del general Mondragón, que se habían replegado a La Ciudadela, de un momento a otro arribarían de nueva cuenta a Palacio Nacional, obligaron a los empleados del local a bajar la cortina, pero no pudieron echar a los tres o cuatro parroquianos, que decidieron guarecerse ahí mientras pasaba la balacera.

—Total, aquí encerrados, de sed no nos vamos a morir —dijo tu tío Ricardo.

Mientras estuvo guarecido en El Nivel, se recrudecieron los combates por toda la ciudad; Victoriano Huerta, designado por Madero sustituto de Villar, bombardeó La Ciudadela; los presos de la cárcel de Belem se escaparon; una bomba estalló en la puerta Mariana de Palacio Nacional, y tu tío bebió día y noche sin parar.

El 13 de febrero tu padre se encontraba en la ciudad de México de vuelta de uno de sus viajes con su amigo Juan de Dios Bojórquez. Las noticias del levantamiento del general Bernardo Reyes los hicieron regresar a toda carrera. En la casa de La Estampa recibió la noticia de que su hermano Ricardo había muerto.

El cuerpo, según le informaron de una manera tan escueta como despiadada, se encontraba en la calle de Moneda número 2. Supuso que había recibido el impacto de una bala perdida.

Aún no se había sobrepuesto a la pena moral que la noticia le causó cuando tuvo que sobreponerse a otra más pragmática y apremiante: la necesidad de salir a la calle en medio de una balacera intermitente, que no era previsible y no tenía para cuándo terminar. María y Loreto trataron de impedir que se fuera, pero Miguel, haciendo de tripas corazón, acudió a la calle de Moneda número 2 para rescatar el cuerpo de su hermano.

Lo imaginó destrozado por la metralla.

Pero Ricardo no había recibido ningún balazo. Una congestión alcohólica lo había matado.

En contra de sus augurios, murió de sed.

Podría haber sido una de las muchas víctimas inocentes de aquellos días funestos y pasar, al menos en los anales domésticos, como defensor de la causa de Madero, apóstol de la democracia. Pero no. Ricardo fue víctima de sí mismo. De su sed insaciable.

Tu padre habría de recordar como el más aciago de su vida el día en que se vio impelido a transportar en una carrucha de palo, jalada por una mula, el cadáver de su hermano en medio de la balacera. Estaba solo.

Miguel sepultó a su hermano en la cripta de la familia, en el Cementerio Español. Pero jamás puso una lápida con el nombre de Ricardo y las fechas de su nacimiento y de su muerte. De haber quedado inscriptas, habrían estado separadas la una de la otra por escasos y malhadados veintisiete años.

Sobre la muerte del primogénito de Emeterio, María solo dijo *él se lo buscó*. Y don Ricardo del Río se limitó a registrar el deceso de su ahijado en su libro de contabilidad.

Al morir Ricardo, su padrino, en tanto que albacea del testamento de Emeterio, debió haber dado aviso al juez para que se proveyera de inmediato a los herederos que aún eran menores, en este caso Loreto y Luisa, de un nuevo tutor. Don Ricardo del Río, sin embargo, hizo caso omiso de esta disposición del Código Civil, pues ni Ricardo había sido en vida realmente tutor de sus hermanos ni las niñas estaban desprotegidas; ambas contaban en la práctica con sendos tutores: Loreto tenía a María, que cuidaba de ella —a su manera—, y Luisa, al propio don Ricardo, que no solo la tenía bajo su protección, sino la mimaba, la consentía, la halagaba; satisfacía todas sus necesidades y cumplía todos sus caprichos.

¿Cómo pudo don Ricardo brincarse ante la familia y ante el Estado las leyes vigentes? A la familia, la tenía sojuzgada desde antes de que falleciera Emeterio, cuando la muerte de doña Emilia del Barrio había sumido a tu abuelo en la depresión y la melancolía. Había hecho extensiva su condición de padre putativo de la niña Luisa a los demás hijos de su compadre, salvo Severino, que rehusaba supeditarse a sus designios. Con la suspicacia que lo caracterizaba, tu tío llegó a sospechar que fue el propio don Ricardo quien determinó que en el testamento se nombrara a su hermano Ricardo tutor de los menores, pues fácilmente podría manipular, a su antojo y conveniencia, a alguien que dependía del alcohol y que tendría bajo su custodia los bienes de la herencia. ¿Pero y las leyes? Nada se sabía de la designación del curador, ni de la apertura formal del juicio sucesorio, ni de las cuentas de la administración, ni del fin del plazo del albaceazgo —que no debía haberse prolongado por más de dos años, según lo decía el testamento y lo determinaba el Código Civil. Más allá de la aquiescencia de la familia, que lo asumió como incontestable, ¿tuvo validez legal el argumento de que ese plazo perentorio quedaba nulificado por la disposición testamentaria de que la herencia no se repartiera hasta que el menor de los hijos de Emeterio cumpliera la mayoría de edad? Quién sabe. Lo que sí se sabe es que don Ricardo era un hombre poderoso, por sus relaciones y por su dinero, y que los tiempos convulsos que se sucedieron a la muerte de Emeterio no solo favorecieron que la ley no se observara, sino que a veces impidieron que se cumpliera.

Hartas de la reiterada vejación a su ancestral derecho a la tenencia de la tierra, tan elemental como el agua, el aire y el fuego, las tropas zapatistas, aunadas en el Ejército Convencionista a las de Francisco Villa, irrumpieron en la ciudad de México en diciembre de 1914.

Ricardo del Río había visto amenazados sus privilegios al estallar el movimiento revolucionario en noviembre de 1910, había sido testigo de la asonada militar que desencadenó los violentos sucesos de la Decena Trágica, había cifrado sus esperanzas en el Plan de Guadalupe de Venustiano Carranza por el cual se repudiaba la usurpación de Victoriano Huerta y se pugnaba por un gobierno constitucionalista, pero no había sentido la necesidad de proteger a su familia hasta que sintió la violencia justiciera que se agazapaba bajo los sombreros campesinos de esas huestes silenciosas que marchaban con pies cuarteados como la tierra por las calles del centro de la ciudad.

Cuando Ricardo del Río pensaba en su familia, se restringía por supuesto a la niña Luisa y, en segundo término, a doña Laurita. La muerte de tu tío Ricardo —esa especie de autoinmolación estéril— y la conducta de Severino y Rodolfo, que no parecían escarmentar en cabeza ajena, no gravitaban sobre su conciencia a pesar de que constituyeran una carga moral ante el fracaso del papel de tutor que indirectamente le había asignado su compadre y amigo. Respetaba la entereza con que tu padre había decidido estudiar diplomacia en Inglaterra en vez de malgastar sus recursos en las borracheras, las mujeres y el juego, como sus hermanos, pero tampoco le tenía mayor aprecio. La absoluta aquiescencia de Miguel en el manejo que hacía de la herencia lo afrentaba tanto o más que el reclamo constante de Severino. Su animadversión, pues, se enderezaba contra todos los varones de la familia. Y a María y Loreto les tenía consideración: a la mayor por temor; a la menor, por lástima —y ya ni siquiera por conveniencia, porque desde el viaje a España se había deshilachado el vínculo que la unía a Luisa—, pero no eran sus hijas. Luisa, en cambio, era su obsesión, su gusto, su razón de ser. Y antepuso la seguridad de la niña al inmenso placer que le causaba tenerla a su lado.

En su condición de padre putativo de la niña, que para entonces ya tenía nueve años, determinó, tras muchas indagatorias entre sus amigos del *ancien régime* porfirista, que ingresara en un internado para señoritas en Montreaux, sobre el lago Lemán, en Suiza, el país europeo que había adoptado una posición neutral en la Gran Guerra y que sin duda era, a pesar del conflicto internacional, más seguro que México, un país que lejos de apaciguarse se enredaba cada vez más en una lucha de facciones que no parecía tener fin. Allá, al norte de los Alpes, Luisa complementarí­a muy bien la educación francesa que Madame Pascault le había proporcionado de manera extraescolar y perfeccionaría su conocimiento de la lengua francesa al tiempo que cultivaría las gracias propias de su sexo y de su clase, desde el bordado y la repostería hasta el arte de recibir en casa o manejar el preciso y sofisticado lenguaje del pañuelo.

Don Ricardo del Río confió más en su plan que en el de Guadalupe.

Sin darse cuenta, Severino fue contando, una a una, las nueve campanadas de la torre de la iglesia de Jesús María que resonaron en el silencio de aquella noche del 25 de febrero de 1920. Cruzó la calle de la Soledad, que a esas horas hacía honor a su nombre, y siguió caminando por Jesús María hacia su casa de Carretones. Venía de encontrarse furtivamente con María de Jesús. Sonrió al pensar que el nombre de su amada, volteado, era el mismo que el de la calle por la que transcurría y el de la iglesia que acababa de dar la hora en la oscuridad de la noche. No había luna. Ni nadie en ese barrio de La Merced, a no ser los perros y las ratas que husmeaban los desechos que el mercado callejero había dejado a lo largo del día. Mientras caminaba, se entretenía, engolosinado, con el recuerdo de las blanquísimas manos de María de Jesús, que aún le palpitaban en las suyas, y de sus labios apenas entreabiertos que le habían dado el que sería, sin que él lo sospechara, el último beso.

—¡A ti te andábamos buscando, pinche gachupín hijo de tu rechingada madre!

Al doblar por Regina para tomar Misioneros, dos hombres desconocidos —sombremos de ala ancha, trajes guangos, corbatas desaliñadas— le salieron al paso y sin dar ninguna explicación, a punta de pistola, lo condujeron a un coche estacionado en el callejón del Hormiguero, donde los esperaba al volante otro policía igualmente vestido de paisano. Lo metieron a empellones al asiento de atrás del automóvil y se lo llevaron a la Inspección General de Policía.

No se trataba de una confusión, como Severino hubiera querido. Era a él a quien buscaban. No le cabía ninguna duda. Varias veces lo habían llamado por su nombre con todo y apellidos en la retahíla de insultos que le profirieron a lo largo del trayecto.

Una vez en las oficinas de la Inspección, no fue necesario que diera sus generales. El teniente y el sargento de la policía que se encargaron de su caso conocían todos sus datos: su nombre completo, su fecha de nacimiento, los nombres de sus padres y de sus hermanos, sus relaciones, sus actividades, sus desavenencias, sus gustos y hasta sus vicios. Lo único que no sabían es que era mexicano —había nacido en México de madre mexicana y, ya mayor de

edad, había renunciado a la nacionalidad española del padre. Ni siquiera lo escucharon cuando intentó decírselo, y en los diecisiete días que estuvo detenido no le apearon el pinche gachupín con que lo recibieron. Durante esas dos semanas y media permaneció rigurosamente incomunicado. No le permitieron hablar con ningún familiar y no le dieron explicación de las causas por las que había sido aprehendido: no te hagas pendejo, bien que sabes por qué estás aquí, pinche gachupín.

Quien, ante su prolongada ausencia, acabó por enterarse de su reclusión, fue Miguel. Había buscado a su hermano varias veces en su casa. No lo encontró ahí ni en los sitios que frecuentaba —el Casino Español; la cantina de Ángel, el asturiano, y la de don Manuel Pérez, cercanas a La Ciudadela; la Academia Metropolitana. Tampoco sus hermanas, sus amigos, los vecinos de su casa, los parroquianos de los establecimientos a los que solía acudir le pudieron dar señales de su paradero. Así que al cabo de varios días de búsqueda infructuosa, se vio precisado a recorrer los hospitales y las cárceles de la ciudad hasta que al fin dio con él, para su alivio antes de acudir a la morgue como último punto posible de su itinerario. En la Inspección General de Policía le informaron, tras muchas evasivas, que ahí lo tenían «guardadito», en efecto, pero no le autorizaron visitarlo, no le dieron razón de su confinamiento ni le dijeron cuándo saldría. Lo único que consiguió fue permiso para llevarle unas mudas de ropa, unos implementos para su aseo personal y un paquete de cigarros. También pudo sobornar a un guardia para que le entregara un sobre clandestino que contenía una carta y algo de dinero.

Diecisiete días después de su aprehensión, la madrugada del 13 de marzo, los mismos policías vestidos de paisano que lo habían detenido irrumpieron en la celda donde se encontraba: Agarra tus chivas, pinche gachupín, que nos vamos de vacaciones. Lo montaron en el mismo coche en que lo habían llevado a la Inspección General de Policía y lo trasladaron a la estación del Ferrocarril Mexicano, en la plazuela de Buenavista. Lo bajaron del automóvil con una brutalidad innecesaria, se despidieron del conductor con tres o cuatro vulgaridades bien correspondidas y realizaron los trámites necesarios para abordar un tren cuyo destino no hicieron del conocimiento de Severino. No lo esposaron, pero lo amenazaron de muerte si advertían el mínimo gesto que pudiera revelar un intento de fuga.

—A la menor sospecha que tengamos de que te quieres pelar, te quebramos, pinche gachupas —dijo uno.

—Esta no se anda con remilgos —dijo el otro, enseñándole la pistola.

—Ni esta tampoco —dijo el primero, poniéndose la mano en la bragueta—. A ver si como te gusta meterla, te gusta que te la metan, hijo de tu puta madre.

Sentaron a Severino del lado de la ventanilla. Uno de los hombres se colocó a su lado; el otro, en el asiento de enfrente.

Ya había amanecido cuando el tren abandonó la ciudad de México por la Villa de Guadalupe. Al ver a través del cristal el cerro del Tepeyac, Severino se persignó. Curiosamente, sus custodios no reprimieron su gesto ni se mofaron de él. Antes bien lo imitaron e hicieron sendos simulacros, apresurados y vergonzantes, de la señal de la cruz. Esta es más mi Virgen que la de Covadonga, pensó Severino y, aunque había perdido la fe o por lo menos la observancia religiosa desde que murió su padre, sintió la necesidad de encomendar su incierto destino a un ser superior, y a quién mejor que a la Virgen de Guadalupe, una madre amorosa y mexicana, tan mexicana y amorosa como aquella a la que había perdido desde que era un chamaco que aún no cumplía los siete años de edad.

Por esos días, la rebelión anticarrancista que impulsaban Obregón en los estados del sur, donde llevaba a cabo su campaña presidencial anunciada desde el año anterior; Calles en Sonora y Estrada en Zacatecas, se había propagado aceleradamente por el centro del país. Así las cosas, el tren emprendió su travesía tan temerosa como temerariamente. A lo largo de su recorrido tuvo que sortear numerosas dificultades, aunque no tantas como las que, amenazado por las fuerzas rebeldes de Pablo González que se apostaron en Texcoco, habría de enfrentar, escasos dos meses después, el propio Venustiano Carranza en su vano intento de trasladar en el Tren Dorado su gobierno a Veracruz.

Aunque no le habían proporcionado ninguna información, Severino pudo colegir, al poco tiempo de que el ferrocarril inició su marcha, que su paradero sería Veracruz. Tuvo la intuición también de que ese punto de llegada no sería más que el punto de partida hacia otro puerto, desconocido pero sospechado. Sabía que no podría preguntar a sus custodios por su destino final sin toparse por respuesta con el consabido pinche gachupín que a cada intervención de su parte le espetaban. Así que durante el tiempo que duró la travesía guardó un discreto silencio, apenas interrumpido cuando tenía necesidad de orinar o de aceptar las quesadillas o los tacos de canasta y el agua de jamaica comprados desde la ventanilla del vagón en alguna estación donde el tren se detenía y que los hombres le convidaban como quien alimenta a un perro.

Fueron muchos los incidentes, las incertidumbres, las dilatadas esperas que se sucedieron a lo largo de los cuatrocientos veintitrés kilómetros que separan a la ciudad de México de Veracruz. En lugar de las diecisiete horas con cuarenta minutos que la compañía ferroviaria estipulaba para el recorrido, el tren tardó más de dos días en llegar al puerto. En varios puntos del itinerario —Apizaco en Puebla, Fortín de las Flores en Orizaba—, el ferrocarril tuvo que detener su marcha por espacio de muchas horas sin que los pasajeros supieran bien a bien la causa del contratiempo, lo que aumentaba en ellos el temor y la zozobra con que habían abordado el tren. Durante el trayecto, Severino estuvo vigilado en todo momento por al menos uno de los dos hombres, que se turnaban la guardia mientras dormía y hasta cuando tenía que defecar. Por fin, llegaron a Veracruz la mañana del 15 de marzo. Una vez ahí, uno de los tipos se quedó con Severino en una de las bancas de la plaza frontera a la aduana portuaria mientras el otro realizaba las gestiones del caso. Cuando regresó, al cabo de tres horas, le suministró a Severino los documentos migratorios que habría de necesitar en su travesía y en el desembarco y unos cuantos dólares americanos. A las cinco de la tarde, lo pusieron a bordo del vapor Alfonso XII que habría de llevarlo a La Coruña.

Apenas había embarcado, se enteró, por un ejemplar atrasado del periódico *El Universal* que se encontró abandonado en la cubierta, de que se le expulsaba del país por *extranjero sedicioso*. La nota, fechada el 13 de marzo y titulada *Hoy será expulsado del país el súbdito español Severino Celorio*, decía que don Venustiano Carranza, en uso de sus facultades como Ejecutivo de la Unión, había determinado que la permanencia de Severino en el país era inconveniente, por lo que lo obligaba, sin necesidad de juicio previo, a abandonar de inmediato el territorio nacional en aplicación del artículo 33 de la Constitución que él mismo había promulgado. Lo que la nota por supuesto no decía era que el tal Severino Celorio Carmona era mexicano.

¿Extranjero? ¿Extranjero yo? ¿Y sedicioso? ¡Hijo de su chingada madre!
¡Este fue el cabrón de don Ricardo!

A los diecisiete días que pasó en la Inspección General de Policía y los dos de viaje que transcurrieron hasta llegar a Veracruz, se sumaron los veintiún días insufribles de travesía carcelaria: una cuarentena angustiada que había mantenido a Severino en la abstinencia de sus dos más caros apetitos — el alcohol y María de Jesús, de quien se había vuelto tan adicto como de la bebida.

Apenas desembarcó, por fin libre, en La Coruña, se trasladó, con una habilidad picaresca nacida de su escasez de recursos, a Vibaño, donde diez años atrás había armado tremendo jaleo y tenía quien lo acogiera. Algunos lugareños del caserío donde nació Emeterio lo recordaban con simpatía y hasta con gratitud; otros, los más, con prevención, y una mujer de nombre Adelaida, con rencor.

Ahora, como entonces, la familia Santoveña lo recibió en La Texa. Ahí se hospedó Severino los siete días que duró su nueva estancia, los estrictamente necesarios para recuperar el adelanto que en una borrachera había depositado en el banco de Llanes para comprar aquella taberna Las Quince Letras que nunca compró: unos cuantos miles de pesetas que le alcanzarían para vivir modestamente en España durante tres o cuatro meses.

Tan pronto contó con los recursos que tenía guardados, partió a Madrid en busca de sus antiguos compañeros de juerga, a quienes solicitaría apoyo y recomendación para trabajar en algo de provecho. Aunque a decir verdad, Severino nunca había trabajado. No solo eso, sino que tenía a orgullo no haber tenido jamás necesidad de hacerlo.

Los antiguos cómplices de sus francachelas lo desconocieron ahora que estaba tan limitado de recursos financieros y no podía sufragar los gastos de la fiesta sempiterna de los tiempos pasados.

A finales de abril, Severino recibió noticias de México. Supo que el general Álvaro Obregón había anunciado abiertamente que volvía a tomar las armas, ahora contra el jefe constitucionalista Venustiano Carranza, quien quería imponer en la presidencia de la república a su candidato Ignacio Bonillas, cuya campaña el Ejecutivo sufragaba, según se decía, con dineros del erario. Obregón había podido escapar, disfrazado de ferrocarrilero, de la celada que le había tendido Carranza en un juicio militar al que lo habían citado a declarar aunque entonces no estuviera sujeto a la Ordenanza. Cuando Severino se enteró, de trasmano y fragmentariamente, de estos sucesos y de que las fuerzas armadas de numerosas poblaciones —Chihuahua, Ciudad Juárez, Zacatecas, Monterrey, Linares, Matehuala, La Huasteca y los estados de Jalisco, Puebla, Tabasco, Chiapas— se habían adherido al Plan de Agua Prieta contra Carranza, tuvo la certidumbre de que el gobierno que lo había desterrado de su propia patria tenía los días contados y de que muy pronto podría volver al país y a los brazos de María de Jesús, de quien no había tenido ninguna nueva desde que lo aprehendieron. Y no se equivocó por lo que hace a la defenestración del presidente: un mes después de que Obregón se levantara en armas, Carranza fue asesinado en Tlaxcalantongo, una

pequeña localidad poblana donde pernoctaba camino a Veracruz. Pero sí en lo concerniente a la inminencia de su regreso a México. Tendría que esperar pacientemente hasta que las aguas agitadas tras la muerte de Carranza se apaciguaran durante el interinato de Adolfo de la Huerta y hasta que Álvaro Obregón, una vez elegido presidente de la república, tomara posesión de su cargo.

Pero los recursos con los que podría patrocinar esta espera no tuvieron la misma paciencia que su dueño y menguaron aceleradamente día con día. Severino no consiguió ningún trabajo ni encontró ningún respaldo de sus antiguos camaradas. Como la herencia recibida lo había acostumbrado en su estancia madrileña anterior a darse la gran vida, le resultaba muy dificultoso subordinar sus impulsos derrochadores a sus exiguos medios, pero a pesar de su obligada contención, gastó más rápidamente de lo que calculaba sus reducidos fondos. Cuando los calores del verano se apoderaron de Madrid, se quedó sin dinero.

En México tampoco tenía recursos. Solo acreedores. Si bien es cierto que la casa de Carretones estaba a su nombre, realmente no era suya, pues para heredarla en solitario se había comprometido con sus hermanos a pagarles una compensación, que aún no había liquidado. Así que no le quedó más remedio que recurrir a su hermano Miguel, el único que se había preocupado por su situación cuando lo habían aprehendido.

Pero Miguel ya no estaba en México. Exactamente diez días después de que embarcaran a Severino en el vapor Alfonso XII, tu padre recibió, el 25 de marzo de 1920, su primera encomienda diplomática. La Secretaría de Relaciones Exteriores de México lo nombró canciller en el puerto de Galveston, Texas. Enterado por sus hermanas María y Loreto de su reciente adscripción, Severino le mandó un telegrama en el que le pedía auxilio. Miguel correspondió a la solicitud de su hermano y le mandó un giro con la mayor cantidad de dinero de la que podía echar mano. Al remitente, el monto del giro le pareció suficientemente cuantioso y al destinatario, miserable. Y es que en esos momentos tu padre apenas se estaba instalando en Galveston y todavía no cobraba el primer cheque de su nuevo nombramiento.

Obviamente Severino no podía recurrir a don Ricardo del Río, a quien le atribuía la autoría intelectual de su expulsión del país. Pero ¿por qué no apelar a los buenos sentimientos maternos de doña Laurita, su esposa, que siempre había tratado como suyos a los hijos de Emeterio, y quien era, además, la madre putativa de su hermana Luisa? Si Severino estaba convencido de que don Ricardo había hecho las componendas necesarias para echarlo de México,

también tenía la certeza de que doña Laurita jamás hubiese aprobado semejante arbitrariedad de su marido. Así que cuando se terminó la remesa que le había enviado tu padre, no se tentó el corazón para escribirle una carta a doña Laurita en la que le solicitaba con muy lastimeras palabras su bendición y su patrocinio —en ese orden. Para que don Ricardo no se enterara de tal solicitud, que lo hubiera enfurecido, le escribió otra cartita a su hermana Luisa, a la sazón una quinceañera muy proclive al contubernio y la complicidad, en la que le pedía que le entregara la otra misiva a su madre putativa en su propia mano sin que don Ricardo lo supiera.

Dio resultado, pero el giro que doña Laurita le mandó, si bien fue mucho mayor que el de tu padre, también estuvo por debajo de sus expectativas. Supo, además, porque así se lo dijo expresamente su patrocinadora en la carta que precedió al giro, que esa dádiva había sido totalmente excepcional y que no podría recurrir a su generosidad de nueva cuenta.

Cuando por fin el general Obregón asumió el cargo de presidente de la república el primero de diciembre de 1920, Severino escribió una carta, en buena medida dictada por el hambre —o la sed—, que dirigió al encargado de negocios de la legación diplomática de México en España. En ella, le expuso de la mejor manera que pudo su triste e injusta situación al funcionario. Se trataba de un joven escritor regiomontano destacado en Madrid. Era hijo del general Bernardo Reyes, abatido en el Zócalo el 9 de febrero de 1913, y se llamaba Alfonso Reyes.

Mi hermana Virginia me cuenta que, cuando era niña, mis padres la llevaban a visitar a doña Laurita del Río a la vieja casa de la calle de Donceles en el centro de la ciudad. De esas visitas esporádicas apenas se acuerda, aunque mantiene viva la imagen de un pesado cortinaje rojo carmesí que caía por detrás de un piano de cola que estaba cubierto por un mantón de Manila. Dice que solo iban a verla si tenían la absoluta certeza de que doña Laurita estaba sola y no se encontrarían con su marido, porque don Ricardo del Río no podía ver en su casa a ningún hombre, a no ser Enrique —el chofer—, el jardinero y un mozo que trabajaban a su servicio. Aseguraban que cuando excepcionalmente un hombre pisaba su casa, se ponía como energúmeno y daba voces para que la servidumbre echara a la calle al intruso sin ninguna consideración. Recuerda que una tarde, don Ricardo llegó de improviso a su casa cuando mis padres y ella estaban de visita, y que papá tuvo que esconderse detrás de aquel cortinaje y permanecer ahí, inmóvil y en absoluto silencio, conteniendo lo más posible la respiración, hasta que el jefe de familia se retiró a sus habitaciones y papá pudo salir de su escondite, caminando de puntitas, para marcharse de inmediato. Virginia no sabe bien a bien si se trataba de una aversión generalizada al sexo masculino o si semejante repulsa se restringía a los hijos varones de Emeterio. Es más probable que fuera lo segundo que lo primero. Don Ricardo despreciaba el modo de vida que llevaban los tres mayores, aunque gracias a su conducta licenciosa había podido administrar a su antojo y posiblemente en su beneficio, los bienes de su compadre; estaba harto de los reiterados reclamos de Severino, y le daba rabia que Miguel llevara una vida irreprochable, que él no podía censurar, como censuraba la de sus hermanos, y que guardara un silencio con respecto al manejo de la herencia que le resultaba tan o más afrentoso que las constantes impugnaciones de Severino —porque es cierto: tu padre, con sus modales exquisitos, acendrados por la diplomacia, y con su concepto de la dignidad acaso más cercano a la soberbia que al orgullo, nunca le reclamó nada, según me dice Virginia.

Yo no conocí a don Ricardo del Río, que murió diecisiete años antes de que yo naciera, pero sí a doña Laurita, aunque solo la vi dos o tres veces en mi vida. En alguna ocasión acompañé a mi madre a visitarla en su mansión de la esquina de Río Lerma y Río Neva de la colonia Cuauhtémoc a la que se había mudado cuando enviudó. Pero no me acuerdo más que de unas macetas con altos pedestales de pedacera de mosaico y espejitos, rebosantes de helechos, en el corredor de piso ajedrezado, donde me dejaban mientras mi madre y ella entraban a la casa para hablar de sus asuntos, que no eran cosas aptas para niños. En cambio, recuerdo con mucha precisión la llegada de doña Laurita a la casa de Cedros el día que murió mi padre.

Aunque encorvada por la edad, doña Laurita seguía siendo una mujer muy alta. Tenía la tez blanca y apergaminada, traslúcida, y sobre las flácidas mejillas se había maldistribuido ese día un colorete equivalente al tinte rojizo de su cabellera, enroscada en un chongo que se dejaba ver a través de la mantilla negra que medio lo cubría.

Alrededor del féretro, muchas mujeres luctuosas, para mí desconocidas o irreconocibles, se habían arrodillado para rezar por el eterno descanso de mi padre y la salvación de su alma. Era un enjambre bisbiseante de velos negros. Una de ellas, no sé quién, había asumido el liderazgo de la oración colectiva y, con voz chillante y protagónica, conducía un rosario lleno de florituras, que no se limitaba, como el que solíamos rezar en casa, a la enunciación de los misterios, en este caso necesariamente dolorosos, y al rezo de diez avemarías por cada padrenuestro, sino intercalaba no sé cuántas pequeñas oraciones fúnebres que también encontraban su contraparte beata y erudita en las demás mujeres, quienes las respondían con un susurro ininteligible y lloroso. Algo tenían de plañideras.

Doña Laurita se incorporó al rezo. A pesar de su ancianidad y su riqueza, humilló la totalidad de su corpulencia sobre el mosaico desnudo y así, de rodillas, trató de unirse al coro de mujeres que respondían las avemarías, cuya primera parte decía con voz tipluda y estentórea esa suerte de rezandera que dirigía la oración con energía de prefecta de escuela primaria. Doña Laurita se sabía todas las oraciones, pero era sorda. Y cuando al coro, al que se había sumado sumisa, le tocaba responder con la segunda parte del avemaría o del padrenuestro, ella decía la primera, y viceversa. Y su voz, como suele ser la de los sordos, que suben el volumen de su dicción para oírse a sí mismos, era tan potente como la de la mujer que guiaba la oración, de manera que las plañideras ya no sabían a quién responder, si a la conductora original del rosario o a doña Laurita, que decía tan sonora como equivocadamente su

parte. Aquello se volvió un pugilato entre la lideresa primigenia, que pugnaba por sus fueros y alzaba cada vez más la voz, y doña Laurita, que, estimulada por la sonoridad de su insospechada adversaria, a la que seguramente oía aunque no la entendiera, subía también los decibeles. Se estableció una competencia fuera de programa, que despojaba al acto funeral de su solemnidad inherente y lo orillaba al ridículo. Mi hermana Rosa y yo aún no habíamos abandonado la infancia y nos enfrentábamos por primera vez a la muerte, que se había llevado a papá y se había instalado como una detestable intrusa en la propia sala de la casa, pero no pudimos contener la risa, más desopilante entre más tratábamos de sofocarla, hasta que sin quererlo, o mejor dicho, precisamente por no quererlo, estallamos en una carcajada simultánea que nos expulsó de la funeraria en que se había convertido ese día la estancia familiar de la casa de los Cedros. El momento más doloroso de nuestra vida se vio alterado —a saber si traicionado o redimido— por esa tía lejana, rica y sorda, que no hizo otra cosa que decir *Dios te salve María llena eres de gracia el señor es contigo bendita tú entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Jesús* en vez de *Santa María madre de Dios ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte amén*.

No recuerdo haberla visto más, aunque su nombre deambulaba por la casa como un referente agradecido al apoyo solidario que había tenido con nosotros en algunos momentos difíciles de la economía familiar. Todos recordábamos la gigantesca canasta con latas de angulas, almejas y mejillones, botellas de vino, turrónes de yema y de Alicante, avellanas y peladillas de Alcoy, que mandaba a la casa cada Navidad y los espectaculares regalos de bodas —juegos de té, charolas y jarras, de plata maciza— que enviaba cuando se casaba alguna de mis hermanas y que sobresalían entre los muchos regalos que llegaban a la casa y que se exponían con sus envolturas transparentes adornadas con moños blancos satinados y azahares de artificio en la sala, convertida por unos días en salón de exposiciones.

Cuando se separó del tío Paco antes de que se cumpliera el sexto aniversario de su matrimonio, tu tía Luisa tenía cuarenta y dos años de edad y el doloroso recuerdo de un hijo que había nacido muerto; también, una madre putativa adinerada merced a las buenas rentas que le dejó Ricardo del Río, su difunto esposo, y el dominio de la lengua francesa aunado a un conocimiento inorgánico, pero apasionado, de su literatura.

Dejó el departamento de la esquina de Río Pánuco y Río Amazonas de la colonia Cuauhtémoc en el que vivía con su marido y donde el tío Paco

también tenía su consultorio, y se refugió en la muy cercana casa de doña Laurita del Río, a la sazón una mujer entrada en años pero todavía dispuesta, como siempre lo había estado, a consentirle a la niña todos sus caprichos.

Luisa no se quedó ahí por mucho tiempo. Fue muy difícil para ella el regreso a la casa «paterna» tras los años de matrimonio vividos con Francisco Barnés. Su temperamento melindroso se había topado con la austeridad republicana de tu tío Paco, quien, a pesar de su tolerancia y su magnanimidad, no supo contener los constantes exabruptos de su esposa y solo agravó la vehemencia y la volubilidad de su carácter. Ya de vuelta en la casa de su madre putativa, Luisa transitaba constantemente de la depresión al arrebatamiento y de la abulia a la exaltación. Y doña Laurita, que veía como un milagro, a pesar de lo doloroso de su causa, el retorno de la hija tras casi siete años de ausencia, no atinaba a animarla cuando permanecía postrada en cama días enteros sin ver a nadie y sin apenas probar bocado, ni a sosegarla cuando la furia o la excitación se apoderaban de su alma. Antes bien, lo único que lograba con sus cuidados y consejos era enfriar aún más la débil voluntad de Luisa cuando estaba deprimida o atizar el fuego de su carácter cuando se exaltaba. Su buena disposición y la ilusión que le había despertado el regreso a casa de la hija acabaron por marchitarse, y ante el fracaso de sus esfuerzos, claudicó. Se recluyó en sus habitaciones y dejó que la hija hiciera y deshiciera a su antojo en aquella casa que aún contaba con la servidumbre de otros tiempos. La alteración de todos los rituales domésticos que suscitó el desgobierno de tu tía, sin embargo, no se prolongó por mucho tiempo. Si el muerto y el arrimado, como dice el refrán, a los tres días apestan, también a los tres días apestan, decía Luisa con sarcasmo, el muerto y el anfitrión, así que más temprano que tarde dio su último grito de independencia: abandonó la mansión de doña Laurita.

La salvación de tu tía Luisa provino de Francia, como de Francia provenían la lengua y la literatura que habían sido la única pasión constante a lo largo de su vida.

En uno de los pocos días en que habían alcanzado cierto punto de equilibrio los dos extremos en que oscilaba su ánimo, recibió una invitación de la legación diplomática de Francia a la cena que el embajador de aquel país les ofrecía a los señores Henri Hargous y André Chevalier, que habían venido al nuestro para establecer la Federación de Alianzas Francesas de México y abrir nuevas sedes de esa institución en diversos puntos del territorio nacional, a imagen y semejanza de la que ya existía en la capital de la república desde la época porfiriana. Luisa, que siempre había abogado por la

difusión de la cultura francófona en nuestro país, que había sido profesora de la Alianza antes de casarse, que había apoyado con sus exitosas colectas y más por razones culturales que políticas al Comité pro Francia Libre en su lucha contra la ocupación nazi de París y que había participado con entusiasmo en las actividades organizadas por el flamante Instituto Francés de América Latina, apenas establecido en México un par de años atrás cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, naturalmente aceptó la invitación.

Además del embajador, sus invitados de honor, otros funcionarios de la legación diplomática e ilustres miembros de la comunidad francesa en México, a esa cena acudieron el doctor Samuel Silva y una delegación de torreonenses de ascendencia gala que habían trabajado tesoneramente en el proyecto de fundar una Alianza Francesa en la Comarca Lagunera. Esa noche, Luisa se puso sus mejores galas (nunca mejor dicho) y estuvo particularmente simpática y desenvuelta. Hizo notar sin aspavientos pero con premeditación su dominio de la lengua francesa, manifiesto, sobre todo, en los giros de humor y los juegos de palabras que utilizaba con gracia y sutileza, y empezó a tramar, delante de la concurrencia, la fabulación de una autobiografía fascinante, cuya verosimilitud se debía más a las novelas naturalistas que había devorado desde su primera juventud que a la correspondencia con su verdadera historia.

Su propia vida era de suyo interesante —la muerte de su madre a causa de su nacimiento, su adopción por parte de la familia Del Río, la concomitancia de su padre biológico y su padre putativo durante sus primeros años de vida, la siniestra y temprana muerte de tres de sus cuatro hermanos varones, la precariedad de su salud, su internado en un colegio suizo, sus reiterados viajes a Francia, su matrimonio tardío con un médico exiliado español, su frustrada maternidad, su recientísimo divorcio—, pero justamente por ser real como la vida misma, carecía del misterio y el encanto que la ficción literaria despertaban en su alma de lectora voraz, así que alteró su historia con una sarta de invenciones que le imprimieron a su vida, retroactivamente, un dramatismo mayor, en su opinión, que el que de suyo ya poseía.

Aquella noche, en la residencia del embajador de Francia, Luisa empezó por hacerse llamar Madame Del Barrio, que así se apellidaba su verdadera madre, lo que le permitía abstenerse de elegir, tras haberse desprendido del *Barnés* de su ahora exmarido —que nunca llevó con gusto—, entre el apellido de su padre, que es el que figura en su acta de nacimiento, y el de su padre putativo, que nunca usó porque su adopción, como te dije, se llevó a cabo mediante un pacto de caballeros y prescindió de las formalidades legales del

caso. Durante la recepción, Luisa contó con toda naturalidad que había nacido en Sevilla en el seno de una familia rica, noble, católica y monárquica; que había cursado en La Sorbona —y concluido con honores— los estudios correspondientes al doctorado en letras francesas; que siendo muy joven se había enamorado en España de un médico republicano, con quien se había casado clandestinamente tan pronto estalló la Guerra Civil; que su padre, al enterarse de que había contraído matrimonio con un rojo, la había repudiado; que al final de la guerra ella y su marido habían cruzado a pie los Pirineos y habían ido a parar al campo de concentración de Argelès-sur-Mer en Francia, de donde, tras meses de penurias, hambre y trabajos forzados, se habían trasladado, gracias a los buenos oficios del cónsul mexicano Gilberto Bosques, a Marsella; que ahí habían abordado un barco de bandera portuguesa que los había llevado a Casablanca, donde, después de semanas de espera, habían podido embarcarse rumbo al puerto de Veracruz, y que al cabo de siete años de haberse instalado en México, el país que tan generosamente los había acogido, su marido, decepcionado de que no pudiera tener hijos, la había abandonado. No lo dijo aquella noche pero, por supuesto, cuando se veía precisada a manifestar su edad, declaraba que tenía cinco años menos que los que constaban en su acta de nacimiento.

Cierto que Luisa era española, pues no había renunciado a la nacionalidad de su padre cuando cumplió veintiún años de edad; cierto que conocía la lengua de Victor Hugo —en la que aprendió a leer y a escribir gracias a los buenos oficios de Madame Pascault— mejor que la de Cervantes, y que había estudiado en un colegio de la Suiza francesa y realizado numerosos y prolongados viajes a París; cierto que Emeterio Celorio, su padre biológico, y Ricardo del Río, su padre putativo, habían sido católicos y monárquicos, y, si no nobles, sí prósperos ya en tierras mexicanas, y que, de haber vivido cuando estalló la Guerra Civil española, seguramente habrían abjurado de los rojos por atentar, según su pensamiento conservador y tradicionalista, contra las sagradas instituciones religiosas y políticas de España; cierto, en fin, que Luisa se había enamorado de un médico republicano con quien se había casado y divorciado al cabo de un tiempo, tras un embarazo frustráneo. Pero era falso de toda falsedad —y perdóname que lo repita— que hubiera nacido en Sevilla y que hubiera cursado y concluido una carrera académica en la universidad francesa; falso que se hubiera casado en secreto, pues para la fecha de su boda, celebrada en México el 12 de noviembre de 1941, don Ricardo del Río, el único que acaso hubiese tratado de impedir su matrimonio, había cumplido diez años de muerto; falso, también, que hubiera

venido a México como exiliada, condición que, con profundo agradecimiento al país que lo había recibido, sí ostentaba, en cambio, su marido, de quien se divorció por mutuo consentimiento el 13 de octubre de 1947, según consta en la foja 121 del libro número 1 del Registro Civil del Distrito Federal de la República de México.

Ya sea por sus fabulaciones, por su capacidad discursiva en lengua francesa, por sus encantos personales —que los tenía y los sabía explotar— o por las tres cosas juntas, el caso es que al poco tiempo de aquella recepción en la embajada de Francia, Luisa fue invitada formalmente por Monsieur Chevalier a dirigir la filial de la Alianza Francesa en la Comarca Lagunera, que se sumaría a las tres que se habían fundado en el país —la de la ciudad de México, la de Guadalajara y la de Monterrey—, como expresión de la política exterior de Francia, que al final de la guerra quería difundir en el mundo, a través de su cultura y su lengua, los anhelos libertarios por los que había luchado al lado de Inglaterra y los Estados Unidos. Y Luisa, que jamás imaginó que el destino de su vida fuera la desértica y calurosa ciudad de Torreón en el estado de Coahuila, una ciudad que apenas era dos años más joven que ella, de la que nunca había oído hablar y que por supuesto no conocía, aceptó sin miramientos la propuesta.

Cierta noche del año de 1978, mi hermano Benito convocó a mi madre y a todos los hermanos a su casa de la calle de Sacramento en la colonia del Valle. Se trataba de una muy buena noticia, nos dijo al invitarnos.

Nuestra tía, doña Laurita del Río, había muerto. Creo que salvo él, ninguno de los hermanos lo sabía. Tampoco mi madre. La noticia no nos pareció buena. Tampoco nos conmovió. No era realmente una tía nuestra, sino la viuda de quien había sido amigo cercano de nuestro muy pretérito abuelo, a quien no habíamos conocido, y la madre putativa de mi tía Luisa, que para entonces ya también había muerto. No era, pues, una tía; era un nombre asociado más a la leyenda que a la vida cotidiana de la familia: la mujer que se había casado por poderes desde España con Ricardo del Río, a quien ella solo conocía por fotografía y que resultó ser más bajo de estatura de lo que se había imaginado; la que no podía tener hijos y tomó en adopción a la tía Luisa; la de la casona de la colonia Cuauhtémoc que, según se decía, había pertenecido a Venustiano Carranza; la millonaria que había ayudado a la familia en ciertas circunstancias de penuria; la sorda que había hecho un desbarajuste del rosario el día del velorio de papá. ¿Benito nos había convocado para darnos la noticia de la muerte de un personaje tan lejano, a

quien solo mis hermanos mayores habían frecuentado cuando eran niños? ¿Esa era la buena noticia? No. No era esa la buena noticia.

La buena noticia, según nos informó Benito dejando pasar deliberadamente el tiempo de la incertidumbre para imprimirle mayor expectación a su parsimonioso anuncio, era que doña Laurita del Río, al morir, nos había dejado una herencia: un edificio de apartamentos de varios pisos en la colonia Vértiz-Narvarte de la ciudad de México.

Nos relató que un señor a quien él no conocía, de nombre Raúl Herrera, se había personado en su oficina con un papel manuscrito carente de sellos o certificaciones notariales, en el que doña Laura Soto del Río, que firmaba al calce con letra temblorosa e ilegible, cedía ese inmueble a los doce hijos de Miguel Celorio Carmona, nuestro padre. Benito destacó la honradez del señor Herrera, que, de haberlo querido, hubiera podido romper tan informal e insignificante papel y no entregarnos nada. E inquirió después nuestro parecer sobre el destino de ese insospechado edificio. Una vez que nos repusimos de la sorpresa, estuvimos de acuerdo en que lo más conveniente sería venderlo y distribuirnos el monto en partes iguales. Como nuestra hermana Tere había muerto quince años atrás en un accidente automovilístico y al parecer la lejana tía o no lo sabía o no lo recordaba, convinimos en que de todas maneras dividiríamos esa cantidad entre doce, aunque solo fuéramos once hermanos, para darle a nuestra madre, que era la única que había frecuentado a doña Laurita y procurado su amistad, una doceava parte de la inesperada herencia. Así lo hubiéramos hecho aun si Tere viviera, en cuyo caso habríamos dividido la herencia en trece partes. Por unanimidad, designamos a Benito el encargado de la operación de compra-venta.

Al cabo de unos meses cada uno de nosotros contó con un dinero totalmente imprevisto, que no nos volvía millonarios, pero que mucho nos beneficiaba. Carlos abrió en la avenida Cuauhtémoc una papelería especializada en materiales para elaborar maquetas arquitectónicas, Ricardo compró una cantina a la que le puso por nombre Doña Laurita, Jaime le regaló una flamante camioneta a su esposa, Eduardo entregó el dinero a la causa (aunque no nos dijo a cuál) y así por el estilo los demás hermanos: uno finiquitó la hipoteca de su casa, otro se mudó a un barrio más elegante, otro abrió un fondo de inversión en un banco. Yo, por mi parte, me fui a España, donde recorrí buena parte del camino de Santiago para conocer, en Asturias, el pueblo del que procedía mi apellido, y Vibaño, el pequeño caserío de donde había emigrado mi abuelo Emeterio el lejano año de 1874, acompañado de su amigo y coterráneo llanisco Ricardo del Río, para hacer la América.

¿Por qué doña Laurita nos dejó esa herencia? ¿Por generosidad, sabiendo lo mal que la habíamos pasado con tantas limitaciones económicas en la infancia? ¿Porque no tenía a quién heredar si su hijastra Luisa ya había muerto? ¿Por equivocación senil?

Mi madre solía decir que había tardado dos años en aprender a hablar y setenta en aprender a callar. Pero esa vez no calló. Dijo que doña Laurita nos había heredado ese edificio con el único propósito de expiar la culpa de su marido. Fue una compensación magra, tardía e indirecta por la sisa que don Ricardo le había aplicado a la herencia de mi abuelo, que no llegó completa a sus hijos, entre ellos, a mi padre.

Llegó el día previsible en que Benito dejó de ir al Covadonga.

Mal que nos pesara, ya nos habíamos acostumbrado desde antes a su ausencia. Aunque estuviera sentado con nosotros, hacía tiempo que ya no estaba presente. Comía con torpeza lo poco que Daniel le elegía del inconmensurable menú; de vez en cuando sonreía y abría los ojos con expresividad indescifrable, y en muy pocas ocasiones musitaba algunas palabras, que no entendíamos porque ni siquiera las escuchábamos bien, de tan bajo que las profería, como si no fueran oraciones gramaticales, sino religiosas; como si rezara. Pero por lo general, nos veía desde un silencio insondable y no daba ninguna señal de que nos reconociera, a menos de que esa señal fuera que no manifestaba el temor o la desconfianza que seguramente habría mostrado ante nosotros si le resultáramos totalmente desconocidos. O tal vez es que ya no se reconocía a sí mismo y por tanto no podía distinguir entre propios y extraños. Qué sé yo. Lo único que sé es que se veía ausente; no en otra parte, sino en ninguna parte. Había perdido la memoria, el lenguaje y al parecer también su propia identidad.

Aun así, habíamos considerado que era saludable que acudiera los jueves al restaurante. Al restaurante y antes a su oficina, simplemente para que saliera de casa y se aireara, para que conservara algunos hábitos elementales que lo unieran a la vida, como bañarse, afeitarse, vestirse, tareas que, en el estado valetudinario en que se encontraba, ya no podía cumplir por sí mismo y requerían del concurso de Angelina, quien se encargaba de su aseo no obstante las dificultades que implicaba mover un cuerpo robusto, pesado y ahora, además, torpe. Un cuerpo. A eso se había reducido Benito. Un cuerpo —impecablemente arreglado por su esposa— que ocupaba un lugar en la mesa del Covadonga. Aunque respirara (lo indispensable), comiera (poco y sin gusto) y caminara (con dificultad), Benito estaba muerto en vida. Un día, por fin, ya no pudo acudir más a esa cita semanal que se había cumplido puntualmente durante años.

La pérdida en vida de un hermano que al menos para Jaime y para mí también había sido como un padre sustituto, nos dolía. Pero también nos causaba indignación y coraje. Nos sublevaba. Cómo entender que el gran

disertador, el polemista, el lógico y dialógico, el hermano que seguramente más aportaciones había hecho a la familia y mayores logros había alcanzado en la vida personal y pública... hubiera perdido la memoria y la palabra y al parecer no supiera ni quién era, ni cómo se llamaba ni quiénes éramos nosotros, que tanto lo admirábamos y lo queríamos.

Muchas veces estuve tentado a abandonar definitivamente la escritura de mi novela. De hecho, la abandoné por largas temporadas. No solo porque la persona que más sabía de la historia que yo debía contar y que era mi principal informante hubiera perdido la memoria, sino porque la idea misma de la memoria ancestral que yo me proponía recuperar empezaba a perder sentido. Para qué seguir indagando datos, buscando documentos, aventurando hipótesis, imaginando escenas, si todo acababa finalmente en el olvido.

Como si hubiera querido contribuir con su muerte a fortalecer el prestigio del sistema decimal, Benito, ordenado y preciso como fue en vida, murió el 10 de octubre de 2010: el diez del diez del diez.

Alcancé a despedirme de él unos días antes en su casa de Sacramento, a la que habían acudido todos sus hijos para aguardar el fatal desenlace. Subí a su recámara con la venia de Angelina o tal vez, ahora no me acuerdo, a instancias suyas. La enfermera me dejó solo con Benito. Estaba acostado boca arriba, con un tanque de oxígeno que le evitaba la disnea, y los brazos plácidamente entrelazados sobre el pecho.

Más que un acuerdo, fue una instrucción. Iría a sus oficinas de la calle de Nápoles en la Zona Rosa todos los días de lunes a viernes, de nueve de la mañana a seis de la tarde, con una hora para comer, durante los dos meses de vacaciones de fin de año —el mismo año en que murió papá—, al acabar segundo de secundaria (porque cuando terminé tercero mi madre me mandó a trabajar a Matehuala con mi hermano Alberto, para hacerme hombre). Recibiría el salario mínimo, del cual, la mitad sería para la casa, y lo demás, para mí, con lo que me compré, entre otras cosillas, mi libro de español de tercero de secundaria para no tener que tachar el nombre de Eduardo, que a su vez había tachado el de Jaime y Jaime el...

Mi primera tarea en la compañía de Benito fue compaginar cientos de cartas de presentación institucional firmadas directamente por él, con sendos folletos de propaganda de los sistemas de contabilidad de la organización, acompañados cada uno por una muestra de una etiqueta de cartoncillo color manila diseñada para anotar datos de inventario. Una vez ensobretados por mí

carta, folleto y etiqueta, tendría que entregar el sobre *en propia mano*, como me instruyó un subalterno de Benito que fungió como mi jefe, a los contadores o administradores de todas y cada una de las refaccionarias automotrices de la calle de Bucareli. Pero antes aún que esa primera encomienda, sin saber todavía en qué lugar específico iba a trabajar ni en qué consistiría mi trabajo, Benito, tal vez proyectando sobre mí la condición de *office boy* con la que él había empezado a laborar en la misma empresa que ahora dirigía, me mandó a comprar en el estanquillo ambulante de la esquina (Nápoles y Paseo de la Reforma, donde se ubicaba la Escuela Bancaria y Comercial), una cajetilla de cigarros Raleigh sin filtro. Fumar en esos lejanos tiempos —en que el aire era limpio y el sexo sucio— no suscitaba ninguna reacción reprobatoria y los dependientes no tenían prohibido venderles cigarros a los menores de edad. Seguí su instrucción. Fui a la esquina. Pedí los cigarros del caso. Solo había Raleigh con filtro. Dudé en comprarlos, pero como no eran los que me había pedido y mi padre siempre había fumado cigarrillos sin filtro, regresé con las monedas que me había dado y simplemente le dije:

—No hay.

—Me miró entre incrédulo y enojado y, con ceño fruncido, me espetó:

—¡Esa no es respuesta! —Y me mandó a conseguir los cigarros donde fuera.

En otra ocasión me dijo:

—Ya que tanto te gusta leer, te voy a encargar que revises unas pruebas de imprenta.

Se trataba de un libro de finanzas que habría de producirse en la planta de su empresa, que estaba enfrente del Toreo de Cuatro Caminos, en la que, bajo la dirección de un exiliado español republicano de apellido Oliver, se imprimían las formas de contabilidad que usaban las máquinas que su organización vendía y también libros de texto para la Escuela Bancaria y Comercial. Tenía que hacer ese trabajo al alimón con una secretaria de nombre Susana, quien, por debajo del cristal de la mesa donde trabajamos, lucía unas rodillas preciosas, estigmatizadas por unos moretoncitos para mí inexplicables, y unos hoyuelos laterales que eran más graciosos que los de sus mejillas, si es que tenía hoyuelos en las mejillas, porque me acuerdo más de sus piernas que de su rostro, aunque también guardo en la memoria unos dientes que se asomaban coquetos entre unos labios carnositos a la hora de leer las pruebas que yo presuntamente cotejaba contra el original. Pero ¿qué más original podía haber para mí entonces que las rodillas amoratadas y los

labios carnosos de Susana, que cotejé letra a letra, punto a punto, coma a coma? Cuando el libro vio la luz, Benito se limitó a comentarme:

—¡Está tan mal corregido este libro que más que una fe de erratas, debería llevar una fe de aciertos!

A pesar de mi desastroso desempeño laboral, Benito me quiso, me protegió, me impulsó. Como a partir de la muerte de papá me propuse ser un buen estudiante y empecé a obtener buenas calificaciones, sobre todo en literatura e historia, Benito me fue regalando semana a semana los fascículos coleccionables de la *Enciclopedia estudiantil*, que aparecían los miércoles en los puestos de periódicos y en cuyas últimas páginas siempre había una referencia literaria —un poema o un relato breve— que venía acompañada de una semblanza biográfica y un retrato del autor, desde Virgilio, Dante, Calderón de la Barca o sor Juana Inés de la Cruz hasta Rubén Darío, Amado Nervo, Martín Luis Guzmán o Ricardo Eliecer Neftalí Reyes Basoalto, que era el verdadero nombre, según lo aprendí entonces, de Pablo Neruda, de quien acabé por saberme de memoria por lo menos cuatro de los *Veinte poemas de amor* (aunque ni entonces ni ahora he entendido por qué al poeta le gustaba una mujer cuando callaba y estaba como ausente). Cuando decidí estudiar letras, Benito no me preconizó, como lo hicieron otros hermanos, que me iba a morir de hambre.

—Si yo no estudié nada y no me he muerto de hambre, ¿por qué te habrías de morir tú? —Fue lo que me dijo.

Y cuando salí de la casa materna para casarme, intercedió ante mamá para que me permitiera llevar a mi nueva casa las dos grandes obras del patrimonio bibliográfico de la familia: los veinte tomos de *El tesoro de la juventud* y los veinticinco de la *Enciclopedia hispanoamericana*. Con la primera, que era un conjunto de libros que se distribuían a lo largo de los volúmenes —*El libro de los hechos heroicos*, *El libro de las narraciones interesantes*, *Los países y sus costumbres*, *Hombres y mujeres célebres*, *El libro de la poesía*— me había iniciado en el ejercicio de la lectura, y con la segunda, había podido documentar, casi como única fuente de información, mis trabajos escolares. Miguel, por cierto, le manifestó a mamá su objeción de que la *Enciclopedia* acabara en mis manos, pues mis padres la habían comprado a plazos en los años cuarenta en San Luis Potosí en buena medida para apoyar las tareas escolares del propio Miguel, quien después estudiaría arquitectura. Y es que, según él, no había otra enciclopedia que presentara con tanto detalle y tanta erudición y tan bien ilustradas las voces de esa nomenclatura arquitectónica de dovelas, archivoltas y arcos escarzanos, que a él tanto le interesaba. Aducía

que no era asunto de dinero, sino que esa obra había adquirido un estatus clásico y ya no podía adquirirse en ninguna parte, ni siquiera en las librerías de viejo. Mamá le pidió consejo a Benito para ver de qué manera enfrentaba el diferendo que, involuntariamente de mi parte, se había suscitado entre Miguel y yo a propósito de la adscripción de la obra. Benito dictaminó de manera salomónica.

—Si Miguel dice que no es asunto de dinero, que se quede con la *Enciclopedia hispanoamericana* y que le compre a Gonzalo una enciclopedia nueva equivalente.

Sobra decir que la *Enciclopedia* se quedó conmigo.

No sé si todo eso lo recordé ante su lecho de moribundo. O es ahora que lo escribo cuando me vienen a la memoria esas imágenes remotas, a las que se suman otras de la vida adulta que me generan la misma gratitud y que van de las más sesudas, como que me considerara digno interlocutor de sus reflexiones e incluso franco opositor de sus opiniones políticas, hasta las más mundanas: que me hubiera enseñado, por ejemplo, a degustar los vinos blancos de Baden-Baden que importaba de Alemania y que se hacía servir en sus restaurantes predilectos, a los que de vez en cuando me invitaba. Lo que sí sé es que le agradecí en voz alta, para que me oyera aunque no me entendiera, todo lo que había hecho por la familia desde el lejano día en que le compró la lavadora eléctrica a mamá. Fue un sostén económico, fue un padre sustituto de sus hermanos menores, un guía, un respaldo. Y todo lo que había hecho por mí; sobre todo, que me hubiera dado a conocer tantas cosas de la historia familiar que yo ignoraba y que constituían la materia prima de la novela que estaba escribiendo, porque, si no sé para qué carajos escribo, sí sé, en cambio, que soy absolutamente incapaz de dejar de hacerlo. Y si hubiera querido abandonar el proyecto en definitiva, Benito me habría dicho: «Esa no es respuesta».

Apenas abrió un ojo cuando me despedí de él para siempre. Me pareció advertir en el fondo un fugaz brillo de lucidez. Le di un beso en las manos y me fui.

A lo largo de los años le he venido abonando a esta novela mis recuerdos personales y los que les he escuchado a algunos de mis hermanos, los datos que he podido recabar de mi familia y del contexto en que transcurrió su historia y muy especialmente las revelaciones que Benito me proporcionaba jueves a jueves en el Covadonga... Y al cabo del tiempo, la novela misma, de

manera un tanto milagrosa que no acabo de entender, ha procesado toda esa información que yo le he venido suministrando, para contarme a mí buena parte de la historia de mi familia paterna. Porque fuera de las experiencias directas y personales que aquí relato en primera persona (como no podría ser de otra manera), la historia de la familia no la cuento, sino la escucho o, dicho de otro modo, la novela misma me la cuenta a mí, su escritor. La escucho, sí, como se han escuchado todas las historias familiares desde las épocas más remotas, de generación en generación, para que al pasado no se lo lleve el olvido.

Jaime, Daniel y yo nos hemos seguido reuniendo todos los jueves en el Covadonga a las dos en punto de la tarde. La silla vacante sigue puesta a la mesa. Siempre brindamos a la memoria de Benito, es decir, en su recuerdo, sí; pero también a su memoria, que fue prodigiosa, sabia, selectiva, mientras estuvo viva.

Conforme avanzo en la escritura de la novela, les he venido leyendo a Jaime y a Daniel las sucesivas versiones de los capítulos. Ha habido tardes en el Covadonga que se han prolongado hasta la noche, cuando nos echan del restaurante y nos vemos conminados a bajar a la cantina, que cierra mucho más tarde, para continuar la plática con el bastimento de sendas tortas de jamón y queso con aguacate y sus correspondientes cervezas. Una vez Carlos, el mesero, rompió las formalidades y se sentó con nosotros a la mesa para escuchar algún pasaje de la historia.

No recuerdo haber heredado, a su muerte, ninguno de los utensilios que papá atesoraba en los cajones de su escritorio. Al paso de los años, sin embargo, acabé por ser yo, entre los numerosos hermanos, el depositario de muchos de sus papeles más preciados. Poco antes de morir, mi madre me legó buena parte de las cartas de amor que papá le escribía todos los días —desde que la conoció una tarde en el cine Tosca de La Habana hasta que el cáncer que le envenenó la sangre lo postró en su lecho mortal—, aun cuando él se encontrara en casa y la tuviera al alcance de su voz. También me quedé con las patentes de sus inventos, que nunca dieron el salto del prototipo artesano a la producción industrial, y con varios papeles más, entre ellos, un recorte de algún viejo periódico mexicano, impreso en color sepia, que hacía referencia al pueblo asturiano donde había nacido su padre al mediar el siglo XIX:

En un bello rincón de Asturias, que se llama Vibaño, perteneciente a la fértil región de Llanes, año por año, desde hace siglos, los moradores celebran con inusitada pompa la tradicional fiesta de la Virgen del Rosario, que atrae a multitud de visitantes a la comarca para rendir homenaje a la milagrosa de aquel propio territorio.

Un asturiano que ha vivido entre nosotros hace largos años y que visitó su pueblo natal, tuvo la galantería de enviarnos la fotografía que publicamos en esta página, y que será indudablemente del agrado de muchos españoles por traerles un recuerdo de la patria lejana.

La imagen se centra en un roble centenario. En el redondel escalonado que cerca su voluminoso tronco, se disponen los hombres del lugar —no más de quince—, sentados unos, otros de pie, todos muy serios y encorbatados, con camisas albísimas y boinas o gorras de visera, salvo uno, tocado con montera y calzado de almadreñas, que viste el traje tradicional: chamarra corta de estameña con ribetes de paño, chaleco de manta blanca, calzón hasta la mitad de la pantorrilla, abierto por los costados, y calzas de peal sujetas con trenzas pastoriles. Por las ramas del roblón se han encaramado los chavales más audaces del caserío, quienes adoptan frente al daguerrotipo posturas

desafiantes y pícaras. Atrás, se ve un grupo de mujeres ajenas a la fotografía, y al fondo, la iglesia encalada, un cobertizo de tejas mohosas y un hórreo que más parece capilla que granero.

En el único de los tomos que papá tenía de la obra *Apuntes históricos, genealógicos y biográficos de Llanes y sus hombres*, de Manuel García Mijares, aparece el nombre de Celorio, pueblo de la costa cántabra, que le adjudica a nuestro apellido origen toponímico. Sus coordenadas con relación a la ciudad próxima de Llanes, capital a cuyo concejo pertenecen tanto la parroquia celoriana como el caserío de Vibaño, no se estipulan en kilómetros, sino todavía en leguas, al igual que las distancias a las que se encuentran los pueblos vecinos: Barro al poniente, Poo al oriente, Porrúa y Balmori al sur.

Celorio es descrito como un alegre caserío entre árboles frutales y fronda de fresnos y hierbaluisa bien oliente, dotado de hermosas playas —La Palombina, Las Cámaras, Los Curas, Portiello, Torenzo— y de fértiles campos, abundoso de perales y manzanos. Se hace referencia a una antiquísima ermita dedicada a san Martín, a una abadía benedictina del siglo XVII y a la iglesia de San Salvador, que es punto del Camino de Santiago y cuyos orígenes se remontan al siglo XI. Si Vibaño venera a la Virgen del Rosario, Celorio, según se dice en ese libro que tanto se entretiene en lo pintoresco y lo vernacular, es devoto de la Virgen del Carmen, en cuyas festividades, las bellas jovencitas del lugar, que llevan en andas su imagen durante la procesión, visten sayas blancas, pañuelos de seda, justillos de damasco con grandes dibujos de vivos colores, medias de algodón y escotados escarpines. Se dice también que en una de sus playas, la de Borizo, puede verse desde cierto punto, en los riscos que sobresalen del mar, nada menos que el perfil de Cristo. Entre las poblaciones circunvecinas de las que esa suerte de diccionario regional da cuenta —Villahormes, Naves, San Roque de Acebal, Niembro, Posada, Santoveña— figura el nombre de Vibaño, aquel caserío de un puñado de habitantes —tantos como los que aparecen en la fotografía color sepia del recorte de periódico— del que emigró mi abuelo para hacer la América en el último tercio del siglo XIX.

En septiembre de 1978, dieciséis años después de la muerte de mi padre, cuando yo, a mi vez, ya era padre de dos varones, me lancé a visitar el pueblo de Celorio y a buscar el cercano caserío de Vibaño, donde mi abuelo paterno había visto la luz por primera vez casi un siglo antes de que yo naciera. Acababa de cumplir treinta años de edad y cruzaba el Atlántico por primera ocasión.

Yolanda y yo dejamos a nuestros pequeños hijos en casa de su abuela y emprendimos un viaje que duró cuarenta días. Empezamos nuestro itinerario naturalmente en París, donde tomamos a la Tour Saint-Jacques como punto de partida, y recorrimos, peregrinos laicos y motorizados, buena parte del Camino de Santiago, desde Burgos hasta Compostela, pasando por Sahagún, León, Astorga y otras poblaciones antiguas, dispuestas a la vera de la ruta jacobea: Carrión de los Condes, Rabanal del Camino, Villafranca del Bierzo, Palas del Rey. Pero mucho antes de que llegáramos a la ciudad del apóstol en Galicia, ansiado objetivo de los peregrinos, nos encaminamos, en el noreste asturiano, hacia el pueblo de Celorio, destino de los pasos perdidos, viaje a la semilla, retorno sagrado a los orígenes.

Conocías la leyenda del apóstol Santiago el Mayor, generada en los albores de la Reconquista para fortalecer la cruzada española contra el Islam, según la cual el discípulo de Jesús, fiel al mandato de Pentecostés, había llegado a Iria Flavia —el actual Padrón en Galicia— para predicar el evangelio cristiano en el extremo occidental del mundo hasta entonces conocido. Al regresar a Judea tras varios años de frustránea catequesis, corrió la misma suerte que la mayor parte de los apóstoles y fue sacrificado por la vía del martirio. Lo decapitaron, y tanto su cabeza como sus miembros, privados de sepultura, quedaron expuestos a la voracidad de las bestias. Se dice que sus discípulos rescataron su cuerpo, milagrosamente reintegrado, y lo trasladaron —también de manera prodigiosa, en una embarcación que no requirió de tripulantes para navegar— hasta el sitio adonde el apóstol había llevado la palabra de Cristo. Tras muchas vicisitudes, al fin pudieron darle sepultura en un lugar cercano, de tierra adentro, al que después se le denominaría *Campus stellae*, de donde proceden el bello topónimo de Compostela y sus metáforas siderales. Siete siglos después, cuando la invasión musulmana se había apoderado de casi la totalidad de la península ibérica y amenazaba con extender sus dominios hasta el norte asturiano, la cristiandad hispánica, necesitada de apoyo celestial para defender sus últimos bastiones de la inminente ocupación sarracena, creyó descubrir la tumba del apóstol en aquel sitio cuyo nombre en realidad no hace referencia a una estrella que señalara con su luz, como entonces se pensó, la marmórea lápida del sepulcro para revelar su ubicación precisa, sino más terrenalmente a *compostum* y *compostela*, que significan cementerio. En aquellos tiempos de la Alta Edad Media en que las reliquias eran objeto de culto, de tráfico, de codicia, de latrocinios, rivalidades, falsificaciones y hasta cruzadas, Compostela, al asegurar que poseía nada menos que el cuerpo incorrupto de

uno de los discípulos directos de Cristo, muy rápidamente pasó de ser un lugar de culto regional para convertirse, en competencia con Roma y con Jerusalén, en el destino de incesantes peregrinaciones, provenientes del oriente y el norte de Europa, principalmente de Francia, que desde los tiempos de Carlomagno y su hijo Luis de Aquitania compartía con el septentrión de la península ibérica la necesidad de contener la expansión islámica, que un siglo antes ya había refrenado Carlos Martel en la batalla de Poitiers, para llegar a ser el punto de confluencia de reyes y mendigos, príncipes y siervos, santos y traficantes de indulgencias.

Aunque para entonces ya había perdido la fe en la que me habían educado rigurosamente tanto en el seno familiar como en las escuelas católicas confesionales donde estudié la primaria, la secundaria y la preparatoria, mi deseo de recorrer, así fuera parcialmente, el Camino de Santiago obedecía a un cierto espíritu religioso que subyacía, como un atavismo inadvertido, en el discurso familiar y académico que articulaba para justificar su realización. Y es que un par de años antes de cumplirlo, una enfermedad congénita, tardíamente diagnosticada y combatida, me había conminado a una silla de ruedas, de la que al fin pude liberarme tras varios meses de invalidez. Peregrinar por la ruta jacobea y llegar a Santiago de Compostela fue la manera, sucedánea de la fe perdida, que encontré para agradecerle a la vida la recuperación de la primaria facultad de caminar, que solo aprecié, proverbialmente, cuando la hube perdido. Qué mejor manera de manifestar la alegría de haber recobrado tan básica capacidad que recorrer un camino, y en particular el Camino de Santiago —el camino por antonomasia de la cristiandad hispánica—, por el que habían transitado miles de peregrinos, suplicantes o agradecidos, a lo largo de los siglos. Ese recorrido, además, concomitaba a la perfección con mis también atávicos deseos de conocer los lugares de donde procedían mi familia y mi apellido y con mis incipientes intereses académicos.

Te fascinaba la transformación de peregrino a guerrero que había sufrido el apóstol. De la leyenda de la improbable catequesis de Santiago en Galicia y el supuesto descubrimiento de su cuerpo incorrupto en Compostela se pasó, sin solución de continuidad, a otra más pragmática, que da cuenta de su presencia en la guerra contra el infiel. El predicador que había llevado la palabra de Cristo a la Hispania Ulterior y se había erigido en el patrono de esa España todavía no configurada se transformó oportunamente en el aliado principal de la Reconquista. Abandonó su atuendo apostólico —el ropaje talar del religioso, las sandalias y el cayado del peregrino, la concha y el guaje del

mendicante— para vestir la armadura, montar el caballo y empuñar la espada del guerrero e, iluminado por una luz sobrenatural que resaltaba el blancor de su cabalgadura, encabezar la batalla de Clavijo —también tocada por la leyenda, que detuvo, al mediar el siglo IX, el paso de los árabes a los dominios asturianos, como tiempo después, invocado por Fernán González o Rodrigo Díaz de Vihar, lograría someter a los musulmanes en las tierras castellanas y levantinas de las que ya se habían apoderado. A la par del cambio de indumentaria, el patrón de España permutó su epíteto de Santiago Apóstol por el de Santiago Matamoros con el que capitaneó las huestes cristianas de la Reconquista y, pasando los años y los mares, arremetió —«Santiago Mataindios», decías— también contra los aborígenes, conjurado ahora con los Amadises de América, para imponerle al Nuevo Mundo una nueva ley y un nuevo credo. Sabías de las ideas, las lenguas, las modalidades culturales que los peregrinos provenientes de todas las regiones de la cristiandad —y muy especialmente los monjes de Cluny que establecieron sus monasterios en varios puntos de la ruta jacobea— habían diseminado por el norte de la Península, modificando hábitos, costumbres, palabras, pensamientos, creencias, estilos arquitectónicos; sabías de la variedad de las procedencias de los peregrinos que se daban cita en Compostela —franceses, alemanes, flamencos, ingleses, holandeses—; sabías, en fin, de la diversidad de los itinerarios, que no se restringían a las rutas francesas de Toulouse, Le Puy, Vézelay o Tours, sino que podían partir de lugares más apartados y transcurrir por múltiples ciudades, como el que siguió aquel monje servita de las cercanías de Estrasburgo, Hermann König von Vach, que inició su peregrinación en Einsiedeln y antes de llegar a Puente de la Reina en España, hubo de pasar por Lucerna, Berna, Friburgo, Lausana, Ginebra, Chambéry, Valence, Montélimar y Montpellier.

Apenas unos años atrás había obtenido en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México la cátedra de Historia de la Cultura en España y América, una asignatura por demás general e introductoria que dictaba como bisoño profesor a los estudiantes —apenas un poco más jóvenes que yo— de primer ingreso de la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas. Me sentía orgulloso de haber ganado el concurso de oposición para obtener esa cátedra, que sin duda me quedaba grande, pero que impartía, entre engreído y temerario, con un entusiasmo juvenil que no decayó durante aquellos meses siniestros en que me presentaba a clase en una silla de ruedas, empujada por Rubén Cristiany, el más solícito de mis alumnos. Uno de los temas que más me atraía del curso era precisamente el

del Camino de Santiago, que me había encantado desde que cursé esa materia en la licenciatura. Antes de iniciar la travesía, lo estudié con particular dedicación y, cuando por fin llegó la fecha de partir, en mucho valoraba la importancia que ese recorrido secular había tenido en el desarrollo de la cultura hispánica.

Habías visto decenas de reproducciones fotográficas de las iglesias románicas que se disponían en el mapa de los itinerarios de la ruta como estrellas, unas tímidas y otras refulgentes, de la Vía Láctea, según se le llamó a ese entramado de caminos que parecía reflejar en la tierra, especularmente, nuestra constelación entera, y te habías embelesado con la superposición de estilos que había tenido lugar en el grandioso e imponente templo de la cristiandad hispana —apenas comparable, en España, con la Catedral de Sevilla o la Mezquita de Córdoba—, construida a lo largo de los siglos, y que iban del románico del Pórtico de la Gloria al barroco de la fachada principal, pasando por el gótico de las bóvedas estrelladas de las capillas y por la grandiosidad renacentista de sus proporciones. Estabas enterado de las mudanzas no solo de imagen sino también de apelativo que el apóstol había sufrido con el tiempo y la notable expansión que su nombre había alcanzado en la toponimia del viejo y del nuevo continente: cómo su original nombre hebreo de *Jacob* había dado origen a tantos otros en los diferentes países de la Europa occidental (*Diego, Jaime y Jaum* en la península ibérica; *Jack y James* en Inglaterra; *Jacques* en Francia, *Giacomo y Iago* en Italia, *Tiago* en Portugal), y, fusionada su condición de santo con su maleable apelativo, en Sant Iago, San Tiago —Santiago, Santiago Apóstol, Santiago Matamoros, Santiago, patrono de España y de la cristiandad—, y cómo su nombre se había diseminado por los pueblos y las ciudades de ambos lados del Mar Océano que lo habían tomado como propio, desde Santiago de Compostela en Galicia hasta Santiago de Cuba y Santiago de los Caballeros en Las Antillas, Santiago de Querétaro en la Nueva España, Santiago del Estero y Santiago de Chile en la región austral del nuevo continente.

Conocía los recorridos que, desde diferentes puntos del mapa de Europa, acababan por converger en Santiago de Compostela; tenía los datos históricos del camino y sabía cuáles eran los lugares de mayor importancia e interés que, si bien de manera zigzagueante, adelantando y retrocediendo, subiendo y bajando —porque la ruta era así y así había sido siempre: disyuntiva y múltiple— podría eventualmente visitar; esos lugares cuyos meros nombres eran depositarios de una enorme carga cultural y se presentaban promisorios a mi imaginación y a mis anhelos: Santo Domingo de la Calzada, San Millán de

la Cogolla, Santillana del Mar, El Cebrero, Samos, Puerto Marín. Pero no disponía, en cambio, de la elemental información turística que me permitiera elaborar mi propio itinerario: en cuáles hostales, albergues o paradores convendría que Yolanda y yo nos alojáramos, dónde podíamos rentar un coche y qué condiciones tenían las carreteras, cuánto costaba el peaje y cuánto el combustible. Y es que México, que había reconocido a la República Española en el exilio, apenas había restablecido relaciones diplomáticas con España, y aún persistían algunas dificultades para que los mexicanos viajáramos a aquel país en el que todavía se echaban de ver muchos resabios de la dictadura franquista, a pesar de que ya se había iniciado el milagro de la transición democrática del país. Más aún si queríamos hacerlo, como Yolanda y yo, por cuenta propia, al margen de las empresas turísticas, para poder transitar a nuestro aire por algunas desviaciones del camino de Santiago, de suyo arborescente, que no estaban consignadas en nuestros mapas y acabarían por conducirnos a esas poblaciones de mis antepasados que constituían el objetivo principal del viaje.

Aun así, emprendimos nuestra expedición.

La sensación predominante que tuve a lo largo de un viaje tan minuciosamente preparado fue que me limitaba a cotejar en la realidad lo que ya había recorrido en la imaginación, una imaginación apoyada en fotografías, historias, pasajes literarios. A veces la realidad me decepcionaba porque había previsto unas proporciones distintas, una diferente temperatura u otro colorido, pero casi siempre superó a la fantasía y muy pocas veces la contradijo.

Las carreteras vecinales no contaban entonces con suficientes señalamientos y no era fácil recabar la información necesaria entre los pobladores de aquellas comarcas en las que aún prevalecía, después de tantos años de dictadura, el espíritu cerrado y luctuoso de la posguerra. No fue hasta que conseguimos en una gasolinera de la zona un mapa muy rudimentario, impreso en mimeógrafo, que pudimos orientarnos por esos andurriales asturianos de la costa cántabra. Después de mucho recorrer y mucho preguntar, por fin vimos un letrero grande, en forma de flecha, sostenido en dos patas oxidadas de metal, que ostentaba en grandes caracteres el nombre de Celorio. Nos emocionamos. Fue como traspasar la frontera que divide lo personal de lo colectivo, lo familiar de lo social, el presente del pasado; fue como dar un salto de nuestro tiempo a la historia.

Muy cerca del letrero y en la dirección que este indicaba, topamos con unas cuantas casas dispersas, de buena factura, relucientes de blancor, que se

veían desocupadas —las verjas encadenadas, los postigos echados, las persianas abatidas—, mas no abandonadas. Una tenía en su cochera una lancha con el motor envuelto en una funda de plástico; otra resguardaba en el pórtico, plegadas, unas sillas de playa; otra más mostraba el remolque de un velero. Eran casas veraniegas sobre las cuales había caído el otoño. Sin saber bien a bien hacia dónde dirigirnos, le pregunté a un vecino del lugar que por ahí pasaba, sin apearme del automóvil pero con una cortesía criolla inocultable:

—Perdone usted, señor, ¿podría informarnos dónde queda el pueblo de Celorio?

Sin dar crédito a lo que oía, me respondió, admirado, con otra pregunta:

—¿Celoriu?

—Sí —dije yo—, el pueblo de Celorio —y pronuncié la *c* a la manera castellana.

—¡Pues estás en el pueblo de Celoriu!

Como yo no veía más que unas cuantas casas dispersas, insistí:

—Sí; pero me refiero al centro de Celorio.

—¡Hombre, que estás en el centro de Celoriu!

Estacionamos el coche muy cerca de ahí y caminamos por entre aquellas casas desocupadas, hasta que desembocamos en una plaza igualmente despoblada —moderna, informe, anodina— que daba al mar. De la playa, ciertamente ancha, como si hubiese bajado mucho la marea, emergían unos riscos, de seguro habitualmente sumergidos en el agua hasta medio cuerpo, que nada tenían que ver con el perfil milagroso del Cristo que figuraba en aquel viejo libro que daba noticia del lugar. Vagamos por ahí sin encontrar una sola alma, como si se tratara de un pueblo fantasma. En rigor lo era en esos días de fines de octubre cuando lo visitamos, pues la convocatoria que tenía durante el verano, como lo supimos después, sobre todo entre los turistas nórdicos, quedaba nulificada con la llegada del otoño. Pasamos por un hostel cerrado, como cerradas estaban también las escasas tiendas y las pocas fondas que nos fueron saliendo al paso con sus letreros anacrónicos de ofertas y menús estivales. Divisamos en un altozano algunas construcciones de piedra de mayor enjundia que las que hasta entonces habíamos visto. Subimos por una pendiente muy pronunciada y dimos con la plaza vieja del pueblo, en la que se alzaba una iglesia que reconocí como la dedicada a san Salvador y que formaba parte de la ruta jacobea, y una antigua abadía convertida en centro de ejercicios espirituales, según se colegía de un letrero colocado en el dintel de la entrada principal. A un costado de la iglesia se localizaba el cementerio,

que miraba al mar. Tampoco desde ahí se veía el famoso Cristo de Celorio. Traspasamos la verja, que solo estaba entornada, y deambulamos entre las tumbas, sobrias y cuidadas, en busca de alguna lápida que pudiera referirse a alguno de mis ancestros. No encontramos ninguna. Se repetían los apellidos Cué, Poo, Meré, Santoveña, algunos de los cuales también son nombres de poblaciones vecinas, pero el nombre de Celorio no se registraba en ninguna de ellas como apellido, sino solo como topónimo, bastante frecuente porque la mayoría de las personas cuyos restos ahí reposaban habían nacido y muerto en ese pueblo. Una señora entrada en años y en carnes, que cargaba dos cubetas repletas de flores marchitas, nos conminó a abandonar el cementerio porque ya era hora de cerrarlo para ir a comer. Al bajar, dimos con una taberna abierta, olorosa a sidra, en la que un par de viejos cansados, desde su mesa y sin ningún entusiasmo, intercambiaba algunas frases hechas con el dueño del establecimiento. Nos sentamos a la barra y antes de pedir una caña le pregunté al tabernero, por no dejar, si conocía en aquel pueblo a alguna persona que se apellidara Celorio.

—¡No! —respondió de inmediato y nos explicó, contundente—: Celoriu es el nombre del lugar.

—Sí; lo sabemos —aclaré—, pero quisiera saber si hay alguien en este pueblo que se apellide así, porque yo me apellido Celorio.

—¡Hombre, mira nada más qué coincidencia! —me dijo.

Me quedé mudo.

Él continuó:

—¡Mira que tiene gracia! ¡Apellidarte Celoriu y haber venido a parar a este pueblo que se llama Celoriu! No conozco a nadie por acá que se apellide como el pueblo, pero les invito una sidra, hombre —y escanció dos vasos con una maestría que nos dejó atónitos.

Con la mano derecha tomó una botella y con la izquierda un vaso de boca muy ancha. Alzó el brazo derecho lo más alto que pudo, sobre su cabeza, y colocó el izquierdo muy abajo, casi a la altura de su rodilla. Sin mirar siquiera el recipiente, los ojos fijos en Yolanda y en mí, que lo mirábamos azorados, vertió después de un extremo a otro el espumoso líquido, que describió un arco nítido, dorado, perfecto.

—¡Qué coincidencia, coño! De verdad que tiene gracia —repitió.

—Salud —dijimos.

De aquel recorrido guardo en la memoria imágenes fragmentarias que podría revivir y ampliar si revisara las notas que fui escribiendo en mi libreta,

las fotografías que fui tomando en el camino o los pocos folletos turísticos que fuimos adquiriendo conforme avanzábamos por la ruta y que seguramente conservo por ahí. Pero no se trata de que le pongas prótesis a la memoria para que camine. Se trata solamente de que la liberes.

Recuerdo la densidad de la niebla en las estribaciones de El Cebrero, que nos impedía leer el rudimentario mapa del que nos habíamos hecho para seguir nuestro peregrinaje. Nos metimos a la iglesia creyendo, vanamente, que en el interior del templo tendríamos mayor visibilidad, pero la niebla, que se colaba por debajo de las puertas, apenas permitía que nos viéramos los rostros, difuminados en la grisura del ambiente.

Recuerdo la pequeña iglesia románica de Santa María del Naranco, cercana a Oviedo, que apenas se alzaba sobre el verdor húmedo del paisaje y que reflejaba en su modestia y su recogimiento la ingenuidad primaria de la fe cristiana, esa fe llana y apacible que alguna vez tuve cuando era niño y que después salió huyendo, atemorizada por la culpa y el pecado.

Recuerdo la penumbra de una capilla de la Catedral ovetense en la que pude reproducir con pasmosa precisión la escena final de *La Regenta*. Entraba Ana Ozores, toda vestida de negro y con el velo tupido sobre el rostro. Era la primera vez que salía de casa desde que su amante Álvaro Mesía se había batido a duelo con Víctor Quintanar, su marido, y lo había herido de muerte. La Regenta había ido a la Catedral para encontrar en ella refugio y consuelo, pensando ingenuamente que acaso podría recuperar la guía espiritual de Fermín de Pas; pensando que quizá fueran infundadas las acusaciones que el propio Mesía había levantado contra el Magistral, de quien aseguraba que era la pasión de la carne y no el socorro espiritual la que movía sus deseos de confesarla. Se escuchaba el murmullo sibilante de las beatas. Cuando la última de las penitentes recibió la absolución y abandonó la capilla, Ana ya había adivinado que tras la rejilla se encontraba Fermín de Pas. Es más: había visto su blanca mano asomarse dos, tres veces tras la cortinilla púrpura del confesionario para llamar a la mujer que aguardaba su turno para declarar sus pecados. Antes de que Ana hubiera advertido la presencia de su antiguo confesor, él se había percatado, nervioso, excitado, enloquecido, de que la mujer de la que seguía enamorado estaba en la capilla. Deliberadamente la hizo esperar unos momentos que fueron angustiosos para ambos —y para mí también, que estaba ahí de intruso— hasta que de pronto salió como un energúmeno del confesionario con visos de asesinarla. Ella cayó desmayada; él abandonó el recinto, fuera de sí, notable y ridículamente perturbado. Yo me estremecí. La noche y el silencio se apoderaron de la capilla. Quise acercarme

a la Regenta para socorrerla, pero el acólito encargado de cerrar la reja de la capilla, un ser despreciable y repugnante, al no darse cuenta de que yo estaba ahí, me sacó de la escena, me devolvió a mi siglo, al lado de la página del lector, que no es la del que escribe. La vio tirada en las baldosas y aprovechándose de su desvanecimiento, y de que yo, expulsado por su inadvertencia, me había ausentado, le dio un beso lascivo en los labios. No lo pude impedir, pero sí supe lo que ella, en su inconsciencia, había creído sentir: sobre la boca, el vientre viscoso y frío de un sapo.

Te acuerdas más de lo que has leído que de lo que has vivido.

Seguramente.

Vagamente recuerdo la tumba de El Cid Campeador y de su esposa Ximena bajo el cimborrio de la Catedral de Burgos, apenas dibujada sobre el piso de la nave central. Pero puedo ver todavía, con absoluta nitidez, las esculturas yacentes de los Condestables que cubren sus propios sepulcros con la vana pretensión de burlar merced a su marmórea hechura la descomposición de sus cuerpos, y que me remiten —porque es verdad que se viaja más a través de la palabra que del espacio— a un prodigioso cuento de Pedro Salinas titulado *Cita de los tres*.

Recuerdo un Cristo tallado por Gregorio Fernández, el gran imaginero vallisoletano del barroco español, que exhala su último aliento en el preciso instante en el que Yolanda y yo entramos en la sala del edificio gótico donde se encuentra y que parece menos museo que velatorio o depósito forense. Y unas cuantas letras escritas mil años atrás al margen de un libro en el Monasterio de San Millán de la Cogolla que dan cuenta de que el latín ya no se entiende y es menester traducirlo, es decir que ha nacido una lengua diferente, nuestra lengua. Y los viñedos riojanos que justifican el «vaso de bon vino» que pide Gonzalo de Berceo para narrar en «román paladino» la vida de santo Domingo de Silos.

¿Qué más?

Los vitrales que al amanecer incendian las naves de la Catedral de León.

¿Y?

Una morcilla burgalesa rellena de arroz blanco.

¿Algo más?

Una tortilla de patatas que nos sirvieron en algún mesón de La Coruña, en cuya preparación se resolvieron las antinomias de la ternura y la consistencia, la fuerza y la sutileza, la sofisticación y la sencillez.

Pero lo que más recuerdo de aquel peregrinaje fue la llegada a la Catedral de Santiago de Compostela. Cuando por fin entramos en el templo tras

nuestra larga peregrinación, mi mano derecha, instintivamente, se posó en la columna central del Pórtico de la Gloria que sirve a su vez de pedestal a la figura del apóstol. Apenas hube tocado la columna, ante la mirada sonriente y pícaro del profeta Daniel, que me observaba desde uno de los arcos del pórtico, sentí cómo los dedos penetraban en la piedra milagrosamente, como si la columna estuviera hecha de cera. Y es que ahí, donde yo tocaba sin fijarme, habían tocado mil años de peregrinos. Y entre ellos, mi abuelo Emeterio cuando se encomendó al señor Santiago antes de embarcarse para hacer la América.

No es verdad, tu abuelo Emeterio nunca fue a Santiago de Compostela. Salió de Vibaño a Llanes y de ahí a Santander, el puerto donde se embarcó para venir a América. Te digo que lo que has leído, o lo que has ensoñado merced a tus lecturas, se ha quedado más en ti que lo que has vivido. Pero a fin de cuentas da igual. Estos recuerdos que invocas para preservarlos del olvido, también los olvidarás, como empezarás a olvidarlo todo, a pesar de las listas que escribes, que no cumplirán la función de red que les adjudicas para echarte el salto mortal de todos los días.

Una de las tardes del Covadonga, Jaime y Daniel me dijeron que me tenían un regalito. Habían hecho una venta, quizá la más importante desde que Benito dejó de dirigir la empresa, al Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores: una extensa estantería metálica donde archivar y resguardar los valiosos documentos históricos que la cancillería conserva. La operación les llevó meses, si no es que años, de trabajo. Brindamos por el éxito de ese negocio, arduamente preparado durante tanto tiempo. Me comentaron que la doctora Mercedes de Vega, directora del acervo, les había facilitado, una vez que se cumplieron todos los requisitos de transparencia y de acceso a la información que la ley impone, la consulta de algunos legajos. Obviamente querían conocer el expediente de mi padre, que tantos años trabajó en el Servicio Exterior. Dieron con él, pero por desgracia estaba vacío. Supieron, por una única nota que en él se encontraba, que había sido turnado a la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, en la que desempeñó sus últimos trabajos, seguramente para iniciar el proceso de su jubilación. Pero, en cambio, les salió al paso el expediente de Severino Celorio, que no buscaban. ¿Qué hacía en el acervo histórico de Relaciones Exteriores un legajo correspondiente al hermano de papá, que hasta donde sabíamos, nada tenía que ver con las relaciones internacionales de México? Cuando leyeron los documentos que contenía el cartapacio, supieron la causa. Ese era mi regalito: las fotocopias de una carta escrita por Severino desde Madrid al encargado de negocios de la legación de México en España, un informe del jefe de las comisiones de seguridad al inspector general de policía y un acuerdo presidencial dirigido a la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Con ese invaluable regalo pude reconstruir la apasionante y malhadada historia de mi tío Severino.

Excmo. Sr. Alfonso Reyes

Encargado de negocios de la legación de México en Madrid

P R E S E N T E

Madrid, a 7 de Enero de 1921

Muy Señor mío y de mi más alta consideración:

Me permito distraer su atención para exponer ante Usted la penosa circunstancia en la que me encuentro y rogarle encarecidamente que interceda por mí ante las autoridades correspondientes del Gobierno de México a fin de que pueda regresar lo antes posible a mi Patria, de la que he sido expulsado injustamente.

Mi caso es el que a continuación le relato:

El día 25 de Febrero del año próximo pasado, fui aprehendido en la octava calle de Jesús María de la ciudad de México y trasladado a las oficinas de la Inspección General de Policía, donde permanecí incomunicado hasta el día 13 de Marzo. Ese día, me sacaron de la Inspección en donde me habían retenido y me condujeron al puerto de Veracruz. Dos días después, me hicieron abordar el vapor Alfonso XII y me entregaron los documentos que me permitirían desembarcar en el puerto de La Coruña, España. Nunca se me informó el motivo de mi detención y ya en el barco me enteré de que se me expulsaba del país por extranjero sedicioso, cuando yo no soy ni una cosa ni la otra.

Nací en México, en la capital, de madre mexicana. Y aunque mi padre era español, yo nunca adquirí la nacionalidad paterna, como puede comprobarse en el Consulado de España en México y en el mismo Ministerio de Relaciones Exteriores. Soy mexicano, por lo que jamás debí ser expulsado de mi País en condición de extranjero.

¿Cuáles fueron los motivos para que se cometiera esta lamentable y atroz injusticia? Los que enseguida someto a su consideración:

El día 31 de Mayo de 1907 murió mi padre, el Señor Emeterio Celorio Santoveña, comerciante en alcoholes, conocido por su buen nombre en toda la República Mexicana. Mes y medio antes de morir, por desgracia había perdido sus facultades mentales; sin embargo, inmediatamente después de su fallecimiento, apareció un testamento que invalidaba los anteriores (los cuales nunca fueron registrados), fechado el 9 de Mayo de ese año 1907, es decir veintidós días antes de su muerte, cuando el hombre ya no estaba en sus cabales, en el que se nombraba, como albacea de la herencia que nos dejaba a mis hermanos y a mí, a un Señor Ricardo del Río, conocido (y no exagero) en todos los tribunales de la capital por asuntos bastante sucios, pues no hay un solo juzgado donde no obre una demanda en contra suya o en la que no esté involucrado perniciosamente. Son ocho, diez o más en cada uno, como podré probarlo.

Pues bien, dicho Señor cobró, como albacea de la herencia, muy buenas sumas de dinero de unas pólizas de seguros de vida de mi padre y cobró asimismo la mayoría de los créditos que tenía a su favor el próspero comercio de alcoholes del finado, y no conforme con ello, también recogía las rentas de una finca de mi madre, que nada tenían que ver con los asuntos de mi padre. En vista de que no presentaba las cuentas del albaceazgo, decidí llamarle la atención, pues el dinero desaparecía como por encanto. Él me contestó que era el albacea y que podía hacer a ese respecto lo que le viniera en gana y que yo no era quién para pedirle cuentas. Dada esta situación, busqué la intermediación de personas de nuestra amistad con el fin de no pasar más adelante, pero todo fue en vano. Ni siquiera el señor Daniel Gordillo, que era el tenedor de libros de mi padre, logró que rindiera las cuentas de la herencia.

Así las cosas, no me quedó más remedio que recurrir a los tribunales, pero como dicho Señor del Río había sido padrino del casamiento del General Cándido Aguilar con la hija del Presidente Venustiano Carranza y por tanto compadre suyo, no se me hizo caso alguno. Sin embargo, como yo viera que el Gobierno tenía tendencias a cambiar y la mayoría de las voluntades estaban en favor del General Álvaro Obregón, comprendí que, una vez concluido el régimen del Presidente Carranza, su compadre perdería el apoyo del que tanto se ufanaba, así que decidí, con este propósito, hacer la mayor propaganda posible a favor de la candidatura del General Obregón, en la que veía mi única salvación posible y en la que depositaba todas mis esperanzas, pues solo un Gobierno desinteresado podría hacerme justicia, y justicia y únicamente justicia era lo que yo reclamaba, pero como la justicia la había pedido en contra del compadre del Presidente Carranza, o sea en contra del Señor Ricardo del Río, él sí español (nacido de padre y madre españoles en el pueblo de Rales, Concejo de Llanes, Provincia de Oviedo) y nunca se me concedió, a pesar de que este Señor ha estado envuelto en numerosos litigios por cuestión de intereses, lo que le tiene muy mal sentada su reputación entre la misma Colonia Española, y si no se me cree, puede consultarse en los juzgados el ruidoso pleito que siguió contra él un Señor Martín Fons Catalán por unas propiedades inmobiliarias de Zapotlán, Estado de Jalisco, de las que se apoderó el Señor del Río. De este asunto conoció no solamente la mayor parte de los juzgados, sino también el Tribunal Superior y la Suprema Corte de Justicia.

Por el estilo de estos juicios, el Señor del Río ha tenido un sinnúmero, los cuales lo tienen en un concepto nada favorable en cuanto a su honradez. A últimas fechas me he enterado de una protesta de muchos miembros de la Colonia Española sobre el Parque Español, que está en la colonia Cuauhtémoc y del cual ahora se ha apoderado de mala manera dicho Señor, al grado de que ha instalado en él una fábrica de cigarros, y si lo que digo no es cierto, que se vea a un Señor Juan de la Fuente Parres y a un Señor Rojo, que pueden dar todos los detalles del caso.

Pues como comprendiera este Señor que el Gobierno iba a cambiar y se me haría justicia en el nuevo régimen, no sé qué maquinaciones hizo con su compadre Carranza; la cuestión es que siendo mexicano se me aplicó el Artículo 33, como extranjero sedicioso. Y aquí estoy, en España, Excelentísimo Señor don Alfonso Reyes, sin recursos (pues todos me los tiene este Señor), desempleado y sin conocer a nadie, y por el mismo motivo no encuentro trabajo, pues todos quieren recomendaciones y yo, como es natural, carezco de ellas, por lo que atravieso una situación infinitamente angustiosa, desesperada, con muchos deseos de volver a México, mi Patria, donde no dudo de que el Gobierno de justicia de que es presidente el General Álvaro Obregón me concederá lo que ya hace tantos años vengo pidiendo, justicia y justicia, o sea el regreso a mi Patria y la herencia que me dejó mi padre y que legítimamente me corresponde, la que por no quererme entregar me hace pasar tantas calamidades y miserias.

Debo hacer notar que desde el 31 de Mayo de 1907 en que murió mi padre hasta el día de hoy, el Señor Ricardo del Río no ha presentado las cuentas del albaceazgo. En esto se verá su buena o mala fe, dados sus antecedentes.

Con todos los expuestos anteriormente y dada mi desesperada situación, yo le agradecería que por todos los medios posibles hiciese por conseguir mi regreso a México.

Anticipándole las gracias por todo lo que usted y el Gobierno Mexicano pudieran hacer por mí, me es muy honroso ponerme a sus órdenes como su afectísimo, atento, agradecido y seguro servidor.

Severino Celorio Carmona

Con la diligencia con la que suele tratar los asuntos de la legación mexicana en España, Alfonso Reyes turna la carta de Severino Celorio Carmona a la

Secretaría de Relaciones Exteriores de México, donde se inicia un largo proceso burocrático. El secretario de Relaciones Exteriores envía el expediente al Departamento de Cancillería de la misma Secretaría, que lo manda al Departamento de Relaciones y Gobernación, de donde es devuelto al despacho del secretario para que este, a su vez, lo envíe al secretario de Gobernación con una nota en la que le solicite que averigüe el caso. La Secretaría de Gobernación, por su parte, lo transfiere a la Inspección General de Policía, que lo deriva a sus propias comisiones de seguridad para que se investiguen los hechos que se denuncian en la carta suscrita por Severino. Ciertamente, se investigan los hechos durante largos meses y el jefe de las comisiones de seguridad redacta un informe del caso que pone a la consideración del inspector general de policía. Este, a su vez, le transcribe el informe al secretario de Gobernación, quien lo transfiere al secretario de Relaciones Exteriores y este, por su parte, lo turna a las dependencias correspondientes de la presidencia de la república con el objeto de que sea sometido en última instancia a la consideración del propio titular del Ejecutivo, que es el único que tiene autoridad para revocar un acuerdo presidencial previo.

En este ir y venir de la carta y del informe correspondiente transcurrió todo el año de 1921, el más severo en la vida de Severino: un año de miseria y desesperanza, de soledad y abandono, de zozobra y degradación.

El informe:

El C. Jefe de las Comisiones de Seguridad en oficio No. 6806 de fecha 19 del corriente, transcribe a esta Inspección General lo que sigue:

México, D. F. a 19 de Diciembre de 1921

Señor Inspector General de Policía

P R E S E N T E

Tengo la honra de poner en el superior conocimiento de Usted, que en cumplimiento de la orden No. 3420, en la que se nos pide investigar las causas que motivaron la expulsión del país de Severino Celorio Carmona, así como los hechos que se denuncian en el escrito que dicho sujeto presentó en la Legación de México en Madrid, me es honroso manifestar a esa Superioridad que, una vez realizadas las investigaciones del caso, resulta falso de toda falsedad que el Señor Ricardo del Río haya gestionado con el Presidente Carranza la expulsión del referido Celorio. Quien la gestionó fue el entonces Encargado del Ministerio de

Relaciones Exteriores, Sr. Hilario Medina. Y debo manifestar a Usted que el motivo que tuvo dicho Señor para proceder de esa manera fue que el referido Celorio mantenía relaciones amorosas con la Señorita María de Jesús Medina, prima del dicho Encargado de la Secretaría de Relaciones. Fue entonces a instancias del Sr. Medina que el Presidente Carranza firmó un acuerdo con fecha 29 de Enero de 1920 del que más tarde dimanó la orden de expulsión del ya citado individuo. Dicha orden fue girada por la Secretaría de Gobernación con fecha 10 de Febrero del mismo año, la cual fue cumplimentada el día 15 de Marzo, pero en méritos de justicia debo reiterar a Usted que el Señor del Río fue ajeno a ese proceso, y que efectivamente el referido Celorio es nacido en México y es de nacionalidad mexicana, toda vez que no adoptó la nacionalidad de su padre a los veintiún años. En cuanto a los cargos que le imputa al Señor del Río, he de decir que estos son infundados, pues hace cuatro años que él ha dejado de ser el albacea de la testamentaría de don Emeterio Celorio y sí debo manifestar a usted que por mis investigaciones pude averiguar que el citado Severino ya ha gastado más de lo que le hubiera correspondido por la herencia de su padre.

Por otra parte, es inexacto que el Señor del Río haya sido padrino de Cándido Aguilar. Si bien es cierto que concurrió a la boda, fue únicamente con carácter de invitado. Todos los demás cargos que se hacen en contra del referido Señor del Río son inexactos, pues no es verdad que esté en posesión del Parque Español, que pertenece a una Sociedad Anónima. El referido Señor goza de buena reputación en la Colonia Española, donde es bien conocido. Con respecto al asunto que se denuncia de Fons Catalán, no fue con el Señor del Río con quien se tuvo el litigio, sino con un Señor Feliciano Cobián.

Se hizo una minuciosa investigación en la Legación y en el Consulado de España y resultó lo que antes he dejado asentado, es decir que Severino Celorio Carmona renunció a la nacionalidad española y optó por la nacionalidad mexicana. Esto lo comprobé más tarde con la familia del Señor Daniel Gordillo, que lo conoce bien.

Quedo a sus órdenes para aclarar cualquier duda que pueda tener con respecto al presente informe.

Atentamente

Leandro Meneses Mercado

Jefe de las Comisiones de Seguridad de la Inspección General de Policía

No fue el de Severino, pues, un caso de *sedición* sino de *seducción*.

Por fin, ya comenzado el siguiente año de 1922, el general Álvaro Obregón firmó un acuerdo por el cual quedaba revocado el de expulsión de Severino que había suscrito Venustiano Carranza.

Presidencia de la República
Acuerdo: A la Secretaría de Relaciones

En virtud de las informaciones recibidas en esa Secretaría con relación a la expulsión del señor Severino Celorio Carmona, acordada con fecha 29 de Enero de 1920, y en vista de que dichas informaciones demuestran que no hubo razón justificada para determinar aquella medida, pues los hechos imputados al citado Celorio se relacionaban con asuntos familiares del entonces Encargado de la Secretaría de Relaciones Exteriores, gírense las órdenes correspondientes dejando sin efecto dicho acuerdo y permitiéndose, en consecuencia, el regreso al país del mencionado señor Severino Celorio Carmona.

Dado en el Palacio Nacional, a los doce días del mes de enero de mil novecientos veintidós.

El presidente de los Estados Unidos Mexicanos,
Alvaro Obregón

Severino no se enteró del nuevo acuerdo, que revocaba el anterior y que le permitía regresar a México. Había muerto, al parecer de una congestión alcohólica, como su hermano Ricardo, en la plaza del Cascorro de Madrid, quince días antes, la noche del 28 de diciembre —día de los Santos Inocentes— del año de 1921.

—En los cojones de nuestro bisabuelo.

Ahí me dijo Clodomiro que él y yo nos habíamos conocido, cuando le pregunté por la relación de parentesco que nos unía. Aunque me llevara más de cuarenta años de edad, me quedó claro, con tan didáctica respuesta, que éramos primos. Primos segundos.

Clodomiro es un hombre asimétrico —padece de estrabismo y renquea ligeramente de una pierna—. Y feo. Los cabellos le crecen como púas desde la frente, apenas un poco arriba de las cejas; la nariz, ancha, más que respirar, resuella; las orejas, grandes y peludas, se abren como abanicos a los costados de una cara mofletuda, y del cuello solo se echa de ver la papada, que le cuelga directamente de un labio inferior señalado por el prognatismo. Ostenta en una nalga la cicatriz de una herida de bala que sufrió durante la Guerra Civil, en la que peleó del lado de los nacionales, y que a la menor provocación enseña, bajándose los pantalones sin ningún pudor, igual que se descalza para mostrar la deformidad que la gota le ha infligido en los dedos gordos de ambos pies. Habla con jactancia de esas dos señas de identidad, aunque la localización glútea de la herida revela más su vergonzante condición de fugitivo que su valentía, y la hinchazón de sus pedestres dedos, debida al exceso de ácido úrico, nada tiene que ver con las presunciones nobiliarias que invoca cuando se quita los zapatos y los calcetines para exhibirlos como si se tratara de un registro en el almanaque de Gotha y no de la gota patológica, alimentada por la chistorra, la morcilla, el chorizo, el jamón serrano, los langostinos y los bogavantes que encomia y deglute con fruición hispánica, y regada generosamente con vinos riojanos. Pero su mayor orgullo reside en no haber trabajado nunca en su vida y en saber absolutamente todo lo concerniente a la colonia española en México y a la genealogía del apellido que nos vincula.

Cuando Clodomiro se enteró, porque de todo se enteraba, de que yo, el más joven de sus primos segundos, tenía pensado hacer un viaje a Asturias, se personó en mi casa sin previo aviso y me enredó en un sartal de indicaciones para ir al pueblo de Vibaño. Me las expuso con tal detalle y con tanta precisión que se me arrebujaron en la cabeza y no fui capaz de retenerlas,

aunque desde entonces supe que, llegado el momento, yo daría con el lugar por mi propia cuenta sin necesidad de recurrir a sus especificaciones. Lo que no se me olvidó, porque tuve el cuidado de anotarlo en mi libreta, fue el nombre de Rosendo Meré Celorio, por quien debía preguntar tan pronto pusiera un pie en el caserío, para que me condujera a La Texa, que es el lugar exacto donde Clodomiro me dijo que había nacido mi abuelo.

Con sendas manzanas entre los dientes, Yolanda y yo, a bordo del pequeño Seat 1600 que rentamos y siguiendo el esbozo de nuestro rústico mapa, recorreremos las carreteras comarcales de Llanes en busca de Vibaño. Dejamos atrás los riscos escarpados y el gélido azul del mar Cantábrico, que tanto le atrajo a Yolanda desde que lo entrevimos, y nos adentramos en un paisaje montañoso y húmedo por el que serpentean los caminos vecinales que unen, sin ningún señalamiento, los pequeños pueblos llaniscos.

Después de tomar una desviación casi inadvertida, entramos en el acotado paraje que acoge el caserío. El verdor cubre el escenario con todos sus matices, desde el verde amarillento de los pastizales hasta el verde oscuro de las cimas de las montañas circundantes, que no se distingue bien a bien del añil del cielo, del que apenas se separa por unas nubes, más propias de la pintura que de la naturaleza, cuya densidad no alcanza a opacar el fulgor del sol. La luminosidad del espacio contrasta fuertemente con la tinta sepia de la fotografía del periódico que heredé de mi padre y que traigo conmigo como referencia. Cuesta trabajo aceptar que ese paisaje brillante es el mismo que vio salir a mi abuelo hace un siglo y que yo siempre había imaginado del color pardusco del daguerrotipo —el color del pretérito.

Estacionamos el coche en una pequeña explanada, donde no hay más automóviles que el nuestro, justo enfrente de la iglesia de San Pedro de Vibaño y a la sombra del recuerdo del roble centenario que ya no existe más que en la impresión fotográfica de aquel periódico. Me sorprende la blancura y la limpieza de la iglesia y de las casas vecinas, que también había previsto grisáceas y polvorientas.

Nos apeamos del coche y echamos a caminar sin rumbo por las veredas de terracería, trazadas por las estribaciones naturales del suelo montañoso antes que por los impulsos civilizatorios de los vecinos. Nos sentimos intrusos en un poblado donde seguramente todos se conocen y nuestra irrupción puede suscitar intriga o desconfianza. Tras recorrer algunas calles (por llamar de algún modo a esos caminos encharcados) desiertas y mudas, damos con unas mujeres luctuosas, que acomodan unos leños bajo un cobertizo. Las

saludamos acaso con demasiados miramientos, que son correspondidos con reserva pero con amabilidad, y de inmediato les preguntamos por Rosendo Meré Celorio. Como si se tratara de una cita formalmente concertada con la debida anticipación, nos dicen que lo esperemos justo donde nos encontramos, pues no tarda en pasar por ahí de regreso a su casa. Y en efecto, al poco rato sube por el camino un labriego con su cayado, precedido por un buey, al que arrea con indiferencia.

—Es él —nos dice una de las mujeres.

Su condición campesina echa por tierra en un instante la imagen señorial, caciquil y hasta enchalecada y encorbatada que, imbuido del discurso siempre fanfarrón de Clodomiro y de la sonoridad de su nombre —Rosendo Meré Celorio—, me había formado de él. Es un hombre de edad indefinida. La notoria falta de algunos dientes lo avejenta, pero la tersura de la tez, muy blanca, y la coloración natural de las mejillas, que mucho se parecen a las manzanas que Yolanda y yo acabamos de mordisquear, le dan cierto aire pueril. Nos presentamos. No identifica a Clodomiro, cuya referencia invoco como si fuera mi tarjeta de presentación, pero nos extiende su mano callosa y nos confronta con su mirada franca, de un azul desleído. Cuando le hago notar que mi apellido paterno coincide con el materno suyo, no le da mayor importancia al asunto ni se trepa por las ramas del árbol genealógico. Sin duda es mi pariente, pero es posible que todos los vecinos del lugar estén de uno u otro modo emparentados. Lo cierto es que nada tenemos en común, como nada tienen en común el arado del que por las mañanas seguramente tira el buey que lo precede y la máquina de escribir Olympia que espera en México mis acometidas; el caserío perdido en las montañas donde él vive y trabaja y una ciudad como la de México que figura entre las más grandes y pobladas del mundo; el arraigo de sus antepasados y el espíritu migratorio de los míos, del mío, más bien, Emeterio Celorio Santoveña, mi abuelo paterno, cuyo lugar de nacimiento he venido a buscar, como si dar con él me permitiera recuperarlo, borrar los cuarenta años que median entre su muerte y mi nacimiento y, por saber de dónde vengo, saber al fin quién soy.

Le pregunto por La Texa. Me responde que lo sigamos. Yolanda y yo caminamos en silencio tras él, y él tras el buey. Cuando pasamos por su casa, grita el nombre de Telvina. Sale una joven, a quien nos presenta como su hija pero que muy bien podría ser su nieta, que tiene la osadía, según nos dice, de querer estudiar para enfermera en Oviedo. Ella, al oírlo, nos sonrío, más con las encías que con los labios. Tan pronto echamos a andar rumbo a La Texa, adonde nos conduce por instrucciones de su padre, quien se entretiene en

encerrar el buey en el corral aledaño a la casa, la chica nos confirma que quiere estudiar en Oviedo, de preferencia medicina pero que se conformaría con ser enfermera, y nos confiesa que en el pueblo se aburre mortalmente.

Yo no sé bien a bien qué es La Texa, si una casa, un establecimiento, un barrio, una localidad vecina, ni de dónde procede su nombre. Tal vez del árbol llamado *tejo*, que Yolanda conoce y describe por el grosor de su tronco y la horizontalidad de sus ramas, pero en el imaginario que he construido de ese pueblo yo no concibo otro árbol que el roble centenario de la fotografía, ya desaparecido. Nunca le pregunté a Clodomiro qué era La Texa con tal de no recibir otra retahíla de explicaciones que lo único que pondrían en claro sería mi absoluta ignorancia con respecto al entorno de mi pasado familiar. Tampoco me animo a preguntárselo a nuestra guía.

Telvina, varias generaciones distante de su padre, es desenvuelta y conversadora. Mientras nos conduce por los lodosos vericuetos de la aldea, nos habla con cierta presunción de Oviedo, donde ha estado varias veces, y deplora su obligada estancia en el pueblo, del que evidentemente se avergüenza. Al final de una pendiente muy pronunciada que escalamos con respiración acelerada, desembocamos en una especie de patio triangular de piso de tierra, rodeado de árboles espesos. En uno de sus costados hay un hórreo, que tiene en el dintel un letrero pintado en una madera que dice, en efecto, LA TEXA, pero que no despeja mis dudas. ¿Es el nombre del hórreo, de la casa frontera a la que parece pertenecer, del patio al que hemos llegado, de la arboleda que lo circunda, del barrio de Vibaño? La casa del fondo es vieja y rústica, si bien tiene dos plantas y, al parecer, es la de mayor enjundia del pueblo. Sus paredes son de piedra apenas desbastada y sin encalar; su techo, de dos aguas, de tejas mohosas. Encima de la puerta de entrada sobresale un pequeño corredor de madera sostenido por ménsulas rudimentarias, en el que algunas prendas de ropa femenina, cual blasón familiar, se secan al sol cenital de las tres de la tarde.

—Ahí es —dice Telvina y me insta con el mentón a llamar a la puerta.

Me aproximo. Tras una reja que se alza al costado de la casa, ladra un perro. No hay campana ni aldabón. Yolanda me aguarda unos pasos atrás.

No sin rubor, y con mucha emoción, doy tres golpes con los nudillos en la puerta. El perro ladra más fuerte.

Pasan unos minutos y no se escucha ninguna señal de vida dentro de la casa.

Toco por segunda vez y solo me responden los ladridos cansinos del animal.

Estoy por tocar de nueva cuenta cuando oigo unos pasos en el interior de la vivienda, que azuzan al perro.

Una mujer añosa, malencarada, vestida de negro, abre la parte superior de la puerta y antes de dirigirme la palabra calla al animal.

Le explico. Mi apellido: Celorio. Mi abuelo: Emeterio. Mi padre: Miguel. México. El viaje. El retorno al origen. Los pasos perdidos. Todo eso.

Me escucha con cierto fastidio.

—Todo muy bien —dice como preámbulo de la frase contundente que de seguro ha articulado en su cabeza mientras yo le daba las coordenadas de mi familia, y que me suelta sin ningún miramiento:

—¡Pero me has jodido la siesta!

Qué bueno que no toqué la puerta por tercera vez, pienso, herido en la intimidad de mi cortesía mexicana, pero convencido de que pertenecemos a la misma familia por aquello de la siesta insobornable, que yo dormité durante unos minutos en el asiento del copiloto del Seat al salir de Celorio, donde acabaron por suministrarnos a Yolanda y a mí una inacabable fabada para celebrar, tras la degustación de la sidra, la curiosa coincidencia de mi llegada a un pueblo que tenía por nombre mi apellido.

Tras la rudeza del recibimiento, la parienta me invita a pasar abriendo también la parte inferior de la puerta, que había permanecido cerrada. Volteo a ver a Yolanda. Le digo que se acerque. La presento. Le doy el paso. Entra primero la vieja. Después Yolanda. Al final yo. Telvina se queda fuera, deliberadamente.

Por dentro, la casa es tan severa como por fuera, pero tiene una dignidad que rebasa su condición rural: un sofá grande tapizado de terciopelo que alguna vez ha de haber ostentado el color púrpura y ahora, desleído, es palo de rosa; unas carpetas bordadas en el respaldo y en los brazos, que se asemejan a los visillos que cubren puertas y ventanas; una mecedora; una imagen de la Virgen del Rosario, patrona del lugar, según sé por el recorte periodístico; una vitrina con copas de cristal; una cocina con fogón en la que cuelgan, de las vigas oscurecidas del techo, cazos, ristras de maíz —sí, de maíz—, un chorizo. Enclavado en la estancia, el refrigerador hace alarde de que la casa cuenta con energía eléctrica, cuyos cables corren por el piso y trepan visiblemente por las paredes.

La dueña nos ofrece asiento. Ella ocupa la mecedora; nosotros, el sofá. La vejez le ha marchitado la cara, como los años han ajado el terciopelo del sofá, pero no le ha empañado la memoria ni la inteligencia. Se llama Ángela Santoveña. Su apellido, que era el materno de mi abuelo Emeterio, también es

un topónimo. Santoveña es el nombre del caserío que linda con Vibaño. A diferencia de Rosendo, entiende los enredos de la genealogía. Me los explica minuciosamente. Sí; es mi pariente, pero la verdad, no alcanzo a comprender en los cojones de qué tatarabuelo nos conocimos. Solo sé que a pesar de las diferencias de edad (me debe de llevar cincuenta años por lo menos) viene siendo mi prima. Igual que Clodomiro, pero más lejana. Habla con cierta gracia amargosa y con mucha autoridad. Con sarcasmo. Sabe de mi abuelo, que ciertamente nació en esa casa. Cuando me lo dice, me entran enormes deseos de visitar el lugar exacto del alumbramiento, subir la escalera de madera que desemboca en la estancia y conocer el cuarto donde mi bisabuela, llamada Olvido —¡Olvido!—, según me entero, dio a luz a esa criatura que habría de fundar una nueva estirpe en el también Nuevo Mundo; el cuarto donde seguramente Ángela dormía su siesta cuando la despertaron mis toquidos. Pero me contengo, reprimo mi curiosidad y mis ansias. Y me limito a oír sus referencias familiares. Recuerda con vago afecto a mi padre, a quien describe, aunque fuera considerablemente mayor que ella, como un joven taciturno que a la muerte de mi abuelo pasó alguna temporada en Vibaño, adonde fue desde Madrid, la ciudad en la que entonces vivía. Me cuesta trabajo imaginar a mi padre como un hombre joven. Cuando me engendró, rozaba los sesenta años de edad, que entonces eran muchos más años que los que son ahora. También recuerda a las hermanas de mi padre, María y Loreto, pero de ellas no tiene buena opinión. Tacha a la una de arrogante y a la otra de sumisa y no parece condolerse de que María haya muerto hace apenas un par de años, según le informo (qué son dos años, pienso, en comparación con las fortunas de tiempo que ahí se manejan), ni que Loreto, muerta María, su ama y señora, ande deambulando por las calles de Mixcoac de la ciudad de México, preguntando a todo mundo, enloquecida, por su difunta hermana. Tampoco tiene buena opinión de los hermanos de mi padre, Ricardo, Rodolfo y Severino, que murieron muy tempranamente, en la miseria, desposeídos de la fortuna que les heredó mi abuelo y entregados al juego, las pasiones carnales, el alcohol. Todavía recuerda el tremendo jaleo que Severino armó en el pueblo a su paso por Vibaño.

Ángela es viuda, me dice. Tiene un hijo que trabaja en La Coruña y solo pasa en Vibaño los fines de semana. La esposa del hijo, Irene, vive con ella. El matrimonio no tiene hijos.

—No tarda en llegar mi nuera —nos dice justo cuando Irene aparece por la puerta.

Yolanda y yo sentimos un alivio. Su edad se aproxima más a la nuestra y adopta de entrada una actitud afable y risueña, que dista mucho de la austeridad con la que su suegra nos recibió. De inmediato nos ofrece algo de comer y de beber, que, educadamente, rechazamos, salvo un vaso de agua, que Yolanda apura. Da por sentado que nos alojaremos en la casa y se entristece cuando le decimos que solo vamos de paso, que esa noche debemos pernoctar en Oviedo. Probablemente nuestra presencia también significara un alivio para ella, mas no por complacerla pensamos pasar la noche en Vibaño. Ciertamente no tenemos obligación de ir a Oviedo, pero, sin ponernos de acuerdo y sin necesidad de cruzar siquiera una mirada, Yolanda y yo sabemos que no es ahí donde queremos dormir, sobre todo porque Ángela, que a todas luces es la señora de la casa, no nos hizo ningún ofrecimiento cuando llegamos. Tampoco secundó la iniciativa de su nuera. La sola visita ya nos pesa un poco y si estoy ahí sentado, conversando con la vieja, es por una fuerza atávica, que Yolanda comprende y respeta, a la que no puedo oponerme, como si se tratara de una disposición testamentaria de mi padre. Ángela es quizá la última persona en España que sepa de Emeterio Celorio, que recuerde a mi padre, que conozca los caprichos de María y las debilidades de Loreto, que tenga noticia del miserable desenlace de la vida de mis tíos, que identifique el nombre de Ricardo del Río, el asturiano del vecino pueblo de Rales, por el que también pasamos, que emigró junto con mi abuelo a hacer la América. Irene ha oído historias y anécdotas familiares, pero no conoció a nadie de los que Ángela habla. Lo que Irene añade al relato se basa solo en lo que ha escuchado, pero le imprime a la historia de la familia —su familia política— un carácter legendario, subrayado por unas manos expresivas, que la mirada severa de la suegra obliga a devolver al regazo. Llega el momento en que ya no sigo la conversación; solo veo las manos de ambas mujeres: unas contenidas, reposadas, envejecidas pero enérgicas; las otras desenvueltas, expresivas, claridosas. Ambas deterioradas por el trabajo. Las primeras acaban por aplacar a las segundas e imponer un silencio que no se rompe hasta que Irene, entristecida por nuestra negativa a pernoctar en Vibaño, nos invita a subir a la segunda planta y se adelanta para descolgar la ropa. Me emociona la posibilidad de conocer el lugar exacto en el que nació mi abuelo. Subimos las escaleras, pero no pasamos del corredor, así que no me queda más que observar las pequeñas puertas cerradas, tratando de adivinar tras cuál de ellas mi abuelo vino al mundo. De la pared del fondo del corredor, cuelga un espejo oval de historiado marco, en el que el azogue ha marcado cartografías ignotas. Ángela, que nos ha acompañado, acaso más

como vigilante que como anfitriona, nos dice que ese es el único espejo que hay en Vibaño, y que con frecuencia los hombres del lugar le piden autorización para afeitarse frente a él. Me cuesta trabajo creerlo. Inmediatamente pienso en el nombre de mi bisabuela, Olvido, y no puedo dejar de relacionar ese tremebundo nombre con una comunidad que nunca se ha mirado en el espejo. Me pongo frente al misterioso y fascinante óvalo y me miro, mientras mi mente trata de recuperar la efigie de mi abuelo que alguna vez ahí se vio reflejada y que el espejo, por tanto, debe guardar en su memoria, pero que, celoso, mezquino, soberbio, no me permite contemplarla. ¿Y si ocurriera el milagro de que fuera su imagen la que mi rostro reprodujera? ¿No es eso justamente lo que vine a hacer a Vibaño? Pero el milagro no ocurre. ¿No ocurre?

Por indicación de Ángela, Irene, solícita, nos lleva a conocer la casa que, muy joven, habitó mi padre cuando pasó algunos días en Vibaño, asistido entonces por una niña, que no era otra que Ángela Santoveña. De eso han transcurrido ya tres cuartos de siglo. Y ya no es una casa, sino una bodega. Está deshabitada desde hace más de treinta años y se ha convertido en un almacén de patatas y ajos, donde también reposan algunos aperos de labranza y una vieja motocicleta destartada. Se conservan los vestigios de un horno de pan en el piso y de una suerte de lavadora —un cilindro de mampostería donde se depositaba la ropa, según nos explica Irene, y se iba echando agua caliente sobre un cedazo cubierto de ceniza—, y algunas herramientas para hacer almadreñas. Huele a boñiga. Huele a *chuchu*, dice Irene. No puedo imaginarme ahí ni una cama ni una mesa ni una silla ni un armario.

Por lo que sé, mi abuelo nunca volvió al pueblo desde que salió de él, cuando era apenas un mozalbete de dieciséis años. No hizo lo que muchos emigrantes asturianos que, después de triunfar en América, regresaban al terruño con el único fin de hacer alarde de su prosperidad. Me pregunto entonces a qué diablos fue a Vibaño mi padre, ese joven taciturno, como lo definió Ángela, cuando murió el abuelo. No creo que tuviera ningún interés material o económico en aquel pueblo dejado de la mano de Dios y olvidado de mi propio abuelo, cuya madre, mi bisabuela, se llamaba precisamente Olvido. De seguro fue para cumplir con la misma encomienda tácita que yo cumplo ahora, inexorablemente: retornar al origen. Conocer el lugar de nacimiento de su padre, cuya sencillez, en vez de avergonzarlo o deprimirlo, lo ha de haber enorgullecido, como me enorgullece a mí. Y también de seguro, en su viaje a Vibaño, ha de haber sentido la misma nostalgia que me invade a mí ahora, aunque más primaria, más elemental. Una nostalgia de

primera mano y no como la mía, que ya es nostalgia de la nostalgia, una nostalgia literaria y un tanto artificiosa.

Regresamos a La Texa a despedirnos de Ángela, que ya nos espera en la puerta de la casa, acompañada por Rosendo, que no despegará los labios para manifestarnos, solo con sus ojos difuminados, que agradece nuestra visita, y por su hija Telvina. Irene lamenta nuestra partida. A fin de cuentas, yo también. Más por Ángela que por Irene. Sé que nunca más la voy a volver a ver y que con su muerte la historia familiar quedará trunca, supeditada a las buenas intenciones y datos confusos y de segunda mano de su nuera. Telvina se presta a guiarnos hasta el lugar en el que estacionamos el Seat, a la sombra del recuerdo del roble inexistente. Para nosotros no es necesario que lo haga porque desde que llegamos nos percatamos de que todas las veredas desembocan en la plaza, pero para ella sí, porque nuestros pasos de algún modo la conducen, así sea metafóricamente, hacia un mundo distinto al que habita y del que quiere emigrar a toda costa, como tantos otros que la antecedieron.

A poco de salir de Vibaño, camino a Oviedo, el mar Cantábrico nos vuelve a salir al paso, con su sonoridad profunda e imponente.

Yolanda me pide que detenga el coche en una cuneta. Sin decirme nada, se baja del automóvil y se echa a andar hacia la playa entre las rocas lamidas y redondeadas por la erosión marina, atraída por el color plúmbago que cobra el mar a esas horas del atardecer y que es el color de Yolanda, el color de su temperamento, de sus entretelas, de sus misterios insondables. Llega a la rompiente y se queda ahí, inmóvil, erguido el cuerpo, enhiesta la cabeza, echados hacia atrás los brazos para respirar más hondo, de frente al mar y de espaldas al automóvil, desde el que la miro, lejana. Cuando me percaté de que esa suerte de comunión con el mar puede durar un rato largo, yo también me bajo del coche, pero no me acerco a ella. La dejo estar a solas con el mar, que es de su color. Elijo una roca para sentarme a la distancia y contemplarla a ella, que a su vez contempla el horizonte marino sin voltear a verme. Al cabo de un rato, se descalza y se arremanga los pantalones. Sus blanquísimas pantorrillas empiezan a caminar a lo largo de la pedregosa playa mientras el agua le hiela los pies. Cuando las olas se rompen contra las rocas que contienen aquí y allá sus embestidas, Yolanda retrocede, asustada como una niña, pero llena de contento, según me informa su larga cabellera, que vuela al viento como si fuera una más de las gaviotas que la circundan y que picotean en la arena; cuando la resaca se lleva el agua, se tranquiliza y sus

cabellos caen, grávidos, sobre su espalda. Yo la veo desde mi pulimentado minarete. La siento feliz. Su felicidad me sosiega y me atemoriza a un tiempo porque cada vez se aleja más de mí, cada vez la veo más pequeña. ¿Y si se mimetizara con el mar? ¿Si el mar, que es tan de su color, la imantara a tal grado que ella se dejara engullir por él y se perdiera en las profundidades de sus aguas? Me sobresalto y de inmediato me tranquilizo, como las olas y sus resacas. De pronto, la pierdo de vista. Tengo el impulso de ir en su busca, pero sé que ella, ahora, prefiere estar sola. No sé adónde la han llevado sus pasos. Puedo pensar que el agua fría le ha ido ganando paulatinamente las piernas, y poco a poco la ha sacado de Asturias, de España, del mundo. Contengo mis impulsos sobreprotectores de ir por ella y decido esperarla. Va a regresar y nos iremos naturalmente a Oviedo, donde pasaremos la noche. Pero, también naturalmente, Yolanda podría confundirse con el mar y no volver. Me tacho de irresponsable y decido ir en su busca. El sol está a punto de ponerse. La encuentro. Tranquila. Plácida. Oxigenada. Busca algo en la playa. Una piedra, entre todas las que hay ahí, para nuestro hijo Gonzalo, tan bello, cercano, dulce, me dice. Más bien se lo dice a ella misma. Es difícil elegir la que mejor se corresponda con el temple de Gonzalo, escoger entre una simple y otra caprichosa. Elegimos la más sencilla, una piedra lisa, ovalada, de color gris, atravesada por el relámpago de una sutil línea blanca. Diego todavía no conoce el mar, dice Yolanda. Le escogemos la concha de un pequeño y sonoro caracol marino para que se lo vaya imaginando.

Nos despedimos del mar, tan grande y tan generoso.

—¡Qué cosa tan horrible! —Fue lo primero que dijo Luisa cuando bajó del tren en la estación aquella mañana del 24 de octubre de 1947, once días después de haber firmado su acta de divorcio. Tras dos días insufribles de viaje, vino a comprobar que el paisaje desolado y desolador que había estado viendo desde la ventanilla, con el corazón encogido, durante la última etapa de su larguísimo recorrido, no se transfiguraba, al llegar a la ciudad de Torreón, en el oasis que había imaginado; era el mismo desierto inconmensurable que había visto en el camino y que la había hecho recordar aquel soneto del *Idilio salvaje* de Manuel José Othón que se sabía de memoria y que, sin darse cuenta, había venido repitiendo en el tren, automáticamente, al ritmo silábico que los durmientes le imponían a la locomotora:

¡Qué enferma y dolorida lontananza!
¡Qué inexorable y hosca la llanura!
Flota en todo el paisaje tal pavura,
como si fuera un campo de matanza.

Y la sombra que avanza... avanza... avanza,
parece con su trágica envoltura
el alma ingente, plena de amargura,
de los que han de morir sin esperanza.

Y allí estamos nosotros, oprimidos
por la angustia de todas las pasiones,
bajo el peso de todos los olvidos.

En un cielo de plomo el sol ya muerto;
y en nuestros desgarrados corazones
¡el desierto, el desierto... y el desierto!

—¡Qué cosa tan horrible! —repitió cuando Emma Figueroa, la provinciana señorita a quien el comité fundador de la Alianza Francesa de la Comarca Lagunera le había dado la encomienda de ir a recogerla a la estación, la condujo en un Ford de antes de la guerra por las calles polvorientas de la

joven ciudad hasta el Hotel Francia, como debía ser, no solo por su advocación, sino porque era el mejor de la ciudad, donde la alojaron provisionalmente.

—¡Qué cosa tan horrible! —maldijo por tercera vez cuando las primeras gotas de sudor empezaron a surcarle la enrojecida frente, a la que se le había adherido la finísima arena levantada por las tolvaneras, y a humedecerle la blusa por las axilas y por debajo de los senos.

Quiso regresar de inmediato a la ciudad de México sin instalarse en el hotel, sin desempacar su poca ropa y los muchos libros —novela francesa, poesía mexicana, teatro español— que llevaba como patrimonio, sin descansar siquiera del largo viaje ni tomar un refrigerio.

La sonrisa plácida de Emma Figueroa, que se desplegaba con mayor amplitud conforme Madame Del Barrio más renegaba del lugar y de su propia estulticia al haber aceptado semejante misión, la contuvo. Era tal la amabilidad, la simpatía y el buen humor de quien con el tiempo habría de ser su pupila más aventajada y su amiga más cercana, que Luisa, en la deplorable situación en que se hallaba, execrada tanto por la colonia española de México, que no le perdonaba que se hubiera casado con un republicano, como por la comunidad de los exiliados españoles, que la acusaba de haber engañado a su marido, no con otros hombres, sino con otras ideas; malquistada con su madre putativa, que había acabado por hartarse de ella; alejada de los propios hermanos que aún le quedaban —María, Miguel y Loreto—, que siempre la vieron como un bicho raro, se preguntó con una serenidad y una lucidez que parecían provenir del desierto mismo del que había abjurado: ¿Y adónde me voy que más valga? Y se quedó.

La ciudad de México, de donde provenía, y la de Torreón, a la que llegaba sin mayores conocimientos previos, solo tenían en común el recuerdo del agua: la antigua condición lacustre de la Gran Tenochtitlan y las desaparecidas lagunas de Mayrán, Viesca y Tlahualilo, otrora alimentadas por los ríos Nazas y Aguanaval. Pero nada más. La capital de la república era muy diferente a Torreón aun en sus condiciones climáticas, para no hablar de su edad y su historia, o de su densidad demográfica, que le imponían un ritmo acelerado del que Luisa quería huir, pero que habría de extrañar mucho más de lo que se había sospechado tan pronto llegó a su destino provinciano. Ciertamente el polvo había ensuciado la emblemática transparencia del aire del valle del Anáhuac, como se quejaba Alfonso Reyes en un opúsculo recientemente publicado —*Palinodia del polvo*— que Luisa llevaba en su

equipaje de mano y que fue leyendo en el camino hasta que el recuerdo de un soneto de Othón la distrajo de su lectura, pero las tolveneras se limitaban al mes de febrero loco y a veces se prolongaban al de marzo otro poco, y raramente al de abril, porque las lluvias torrenciales que se precipitaban puntualmente sobre la metrópoli todas las tardes a partir de mayo aplacaban la tierra y la dejaban en su sitio, humedecida. El privilegiado clima de la ciudad de México era templado y así se mantenía, estable, al paso casi inadvertido de las estaciones, sin que Luisa pudiera utilizar la ropa de verano o de invierno que inútilmente traía de París, a no ser un moderno impermeable amarillo para la época de lluvias o un abrigo de pieles y una bufanda larguísima para los contados días invernales que irrumpían en el calendario. Y la vida cotidiana marchaba al compás que marcaba la concurrencia de más de tres millones de habitantes y que se correspondía con el carácter impulsivo de tu tía. Así que su traslado a Torreón, que entonces no contaba en todo el municipio de su nombre con más de trescientas mil personas, cobró un dramatismo que no había previsto cuando aceptó la invitación de André Chevalier para dirigir la Alianza Francesa de la Comarca Lagunera. La tierra, confundida con el aire al arbitrio de las trombas incesantes, se le metía con saña por todos los intersticios del cuerpo, y el calor, sofocante, la abatía y le causaba frecuentes e incontenibles hemorragias nasales. Pero más que la tierra, más que el *solazo* y el *calorón*, la exasperaba la pasmosa lentitud —la pachorra, decía ella— con la que empezaron a transcurrir, a partir de su llegada, los minutos, las horas, los días, las semanas, los meses y los años.

Para más contraste, Luisa era una mujer nocturna, mientras que Torreón era temprano e inocentemente matutino. Toda su vida, desde su infancia en la casa de Donceles hasta su llegada a La Laguna, pasando por sus largas estadias en París y su vida matrimonial, Luisa había vivido más de noche que de día, en buena medida porque no había tenido que subordinarse, salvo en los años juveniles de internado en Suiza, a los horarios diurnos que las convenciones escolares, burocráticas o sociales establecen. La noche había sido para ella el ámbito propicio de sus lecturas, de sus cavilaciones, de sus escasas confidencias amistosas; el escenario natural de su gusto por el cine, el teatro, la ópera, la música de concierto. Las mañanas, por lo contrario, siempre le habían parecido arduas, y cuando por excepción no le era dable permanecer dormida hasta el mediodía, transitaba por ellas con ensimismamiento de sonámbula. Pero aun cuando se despertaba tarde, le costaba gran esfuerzo levantarse de la cama, desplazarse por su habitación, bañarse (había veces en que se quedaba dormida de pie bajo el chorro de la

regadera) y transcurría mucho tiempo antes de que pudiera recuperar la lucidez de la víspera y articular algo más que las tres interjecciones malhumoradas con las que respondía a la pregunta de algún interlocutor inadvertido. Solía decir, invirtiendo, como le gustaba hacerlo, los términos del refrán, que ella primero se había echado a dormir y luego había criado fama, porque todos en su derredor sabían que antes de mediodía era inútil intentar hablar con ella. Como también sabían que después de la media noche no había quién contuviera sus bríos y limitara la prolijidad de sus palabras. A pesar de la raigambre de sus costumbres, que formaban parte de su naturaleza, el clima de Torreón trastocó radicalmente el reloj de su organismo tras muchos y muy sufridos ajustes biológicos y anímicos y acabó por alterar sus horarios, modificar sus hábitos e incidir determinantemente en su temperamento.

No amanecía aún cuando el calor la expulsaba de la cama sin ninguna cortesía y la empujaba a afrontar sus responsabilidades a primera hora de la mañana, antes de que el sol llegara a su cenit y paralizara por completo la ciudad. Las tareas que le imponía su trabajo al frente de una institución recién fundada, en la que todo estaba por hacer y por lo tanto ella, además de directora, ejercía el cargo de administradora, secretaria, promotora, bibliotecaria y por supuesto profesora, le demandaban mucha atención y la mantenían ocupada buena parte del día. Sorprendentemente, realizó con suma eficiencia todas estas labores. Temprano en la mañana cumplía las funciones administrativas propias de su puesto —la inscripción de estudiantes, la programación de actividades artísticas y culturales, las reuniones ocasionales con la junta directiva, la formación de la incipiente biblioteca (cuyo fondo de origen, por cierto, fueron sus propios libros)—. Y por las tardes, cuando el sol empezaba a declinar, cubría, como la única maestra de francés que se había contratado en esos primeros años de la Alianza, el también único turno entonces abierto, al que se habían matriculado treinta y dos alumnos, mayoritariamente señoritas procedentes de familias acomodadas de Torreón que no tenían ningún conocimiento previo de la lengua de Francia y muy poco sabían de su cultura; no habían leído a Molière ni a Balzac ni a Victor Hugo, aunque sí habían visto alguna fotografía de la Tour Eiffel en cierta revista, así como habían oído el Chanel número 5 en orejas ajenas, visto bailar el cortesano cotillón —paradójicamente en algún aniversario de la Toma de la Bastilla— en el Casino de la Laguna y probado el *champagne* en las fiestas que organizaban las compañías algodonerías para celebrar la llegada de las lluvias y la consecuente crecida del río Nazas. Pero aun así,

desempeñando todas las tareas inherentes a su doble condición de maestra y directora, a Luisa le sobraba tiempo. Mucho tiempo libre, por fortuna, para la lectura extensa de novelas y la lectura intensa de poemas, pero también mucho tiempo libre, por desgracia, para la elucubración viciosa y estéril de sus desventuras.

Luisa cumplía sobradamente con sus responsabilidades administrativas y académicas, pero sufría constantes depresiones y más de una vez tuvo que suspender sus actividades por estrictos motivos de salud: la tristeza. Llegaba a ponerse tan triste o más que en los tiempos anteriores a su conocimiento del tío Paco, cuando sufría terribles depresiones; tan triste, que no se podía levantar de la cama a pesar de ese calor febricitante, del que hay que huir a tiempo para no quedar atrapado, inmóvil, en sus brasas, y permanecía todo el día en la habitación, acompañada solo por el ventilador del techo, que no alcanzaba a refrescarle ni las sábanas ni el pensamiento, porque cuando la tristeza es de veras, no hay ningún argumento de felicidad, de bienestar, de suerte o de fortuna que la detenga. Si no se le ataja en el momento en que se presenta, termina por apoderarse del cuerpo y del alma. Y no solo del cuerpo, al que doblega, y del alma, a la que hiere, sino también del espíritu, al que ofusca y obnubila.

Desde el día que bajó del tren en Torreón, Luisa contó con los cuidados de Emma Figueroa, a quien tu tía, el mismo día que la conoció, le cambió el apellido por el de Bovary, para sonrojo (cuando meses después leyó la obra de Flaubert) de quien habría de ser su mejor alumna. Emma la atendía esmeradamente, con una sucedánea abnegación filial. La surtía de los implementos que necesitara —un abanico, unas tijeritas para cortarse las uñas de los pies, un *savon de toilette de Pinaud*— que compraba en Las Fábricas de Francia de la calle Ramos Arizpe. Pasaba por ella a la casa de huéspedes (en la que, con su ayuda, se había instalado), tanto en la mañana como en la tarde, para irse juntas a la Alianza Francesa, localizada entonces en la acera oriente de la calle Cepeda, entre Morelos y Matamoros. Le conseguía en La Ciudad de París, cuyos propietarios eran los señores Reynoard y Baille —también benefactores de la Alianza Francesa—, los tardíos números de la revista *Paris Match*. La cuidaba lo mismo en las duras, cuando la melancolía se apoderaba de ella, como en las maduras, cuando, señora de su temperamento, tenía desplantes que podían herir la susceptibilidad de las familias conservadoras de Torreón. Y tenía la prudencia necesaria para dejarla sola si la independencia mundana de tu tía o su profunda melancolía así lo precisaban.

Igual que Emma Figueroa, los otros treinta y un alumnos seguían a tu tía arrobados y no salían del estupor que les causaban sus extravagancias, como que siempre fuera tocada con un abultado turbante, debajo del cual, según descubrieron después, ocultaba una bolsa plástica de hielos que le mantenía fresca la cabeza y que reponía, con maestría brahmánica, tres o cuatro veces diarias, o que no se quitara los guantes para fumar en boquilla sus largos cigarrillos mentolados ni para escribir en el pizarrón, con gis, la conjugación de un verbo irregular o un verso de Nerval o Baudelaire. La fascinación que ejercía en sus alumnos pasó de la expectación al aprendizaje y muy pronto se hizo extensiva a sus familias, que se prestigiaban acogiéndola como uno más de sus miembros: la invitaban a cenar en Navidad o Año Nuevo, le pedían que amadrinara al hijo o al nieto que estaba por nacer, o la consultaban sobre los temas más diversos —qué ponerse en la boda del primo, qué precauciones tomar para hacer un viaje primerizo en avión a Nueva York, con qué vino acompañar la carne.

La presencia francesa, reducida pero significativa, en Torreón, de la que daban cuenta los apellidos Reynoard, Gireud, Arnau, Dugay, Baille, Genty, Montauriol, Rougont, Collombert, Bartheneuf, se remontaba a los tiempos anteriores a la fundación de la ciudad, cuando se restablecieron las relaciones entre México y Francia en 1880, tras la Guerra de los Pasteles y la Intervención Francesa, y algunas familias que huían del conflicto bélico francoprusiano por el que Alsacia y Lorena habrían de pasar a formar parte, si bien perentoriamente, del Segundo Reich, llegaron a la Comarca Lagunera, donde impulsaron la agricultura, el comercio y la industria de la región en los ramos del cultivo del algodón y la fabricación de textiles; la comunicación ferroviaria y la dinamita, cuyo monopolio fue concedido por Yves Limantour a la Société Centrale de Dynamite, presidida por Paul Clemenceau, en pago a la ayuda que un grupo de banqueros parisienses le brindó al gobierno de Porfirio Díaz para consolidar y renegociar favorablemente la deuda que México tenía contraída con Francia. Al final de la Segunda Guerra, la colonia francesa de la Comarca Lagunera, que había recibido el apoyo solidario de la comunidad en la liberación de París tras la ocupación nazi, quiso corresponder a la simpatía mostrada por los laguneros implantando en Torreón una filial de la Alianza Francesa, cuyos servicios académicos, gracias en buena medida a su patrocinio, fueran gratuitos y estuvieran abiertos a quien quisiera aprovecharlos. Naturalmente, los miembros de la junta directiva de la flamante institución y la colonia francesa en su conjunto recibieron con los brazos abiertos a Madame Del Barrio, quien disfrutó de su

hospitalidad así como de la oferta de los variados establecimientos franceses de la ciudad: además del Hotel Francia, donde se había hospedado por unas semanas a su llegada; de La Ciudad de París, donde adquiriría, para ella y para la naciente biblioteca de la escuela, las revistas galas que llegaban a México, y de Las Fábricas de Francia, donde compraba sus perfumes y sus mascaradas, era cliente asidua de la panadería La Francesa de la calle Acuña, se vestía con la modista J. Lefèbvre de la avenida Matamoros, se calzaba en la Zapatería Francesa de la esquina de Juárez y Juan Antonio de la Fuente y comía, por lo menos una vez a la semana, en el restaurante Lion D'Or, donde degustaba, después de un reglamentario *vermouth Noilly Prat*, una *bouillabaisse*, menos apta para los calores que una *vichyssoise*, pero succulenta; una temeraria carne tártara y un clásico *tatin* de manzana.

En la casa de huéspedes a la que se mudó tras su estancia en el Hotel Francia, vivía también un refugiado español de apellido Pons que daba clases de literatura en el Colegio Cervantes. Tu tía Luisa entabló cierta amistad con él y durante algún tiempo lo tuvo como único interlocutor fuera del ámbito de la Alianza Francesa. Había entre ambos, desde luego, algunos puntos de coincidencia que propiciaban una conversación fluida y memoriosa, pero también profundas discrepancias. Aunque se hubiese casado en México con Francisco Barnés González y hubiera sido testigo y consuelo de las penas que el exilio conlleva, Luisa, como puedes imaginar, distaba mucho de compartir en su totalidad con el profesor Pons el ideario republicano que ni siquiera había compartido con su marido... Tenía temor, además, de que su nuevo amigo descubriera la falsedad de buena parte de la historia personal que había contado la noche en la que conoció a Monsieur Chevalier en la Embajada de Francia en México, de manera que la promisoría amistad con el profesor se quedó en una grata compañía que soslayaba la declaración de principios y omitía las precisiones biográficas.

Ni la abnegada solicitud de Emma Figueroa, ni la veneración de sus alumnos y la acogida de sus familias, ni el cálido recibimiento de la colonia francesa, ni la cercanía del profesor Pons mitigaron la soledad ósea de tu tía Luisa, que durante los tres primeros años de su estadía en Torreón siguió sufriendo los altibajos que su propia naturaleza infligía en su estado de ánimo y que su maternidad frustrada y su ruptura matrimonial habían agudizado. Después de una calurosísima noche de insomnio pautada por las aspas del ventilador del techo de su cuarto, tras muchas horas de cavilación enfermiza que transcurrieron con pasos lisiados hasta el amanecer, tomó una decisión grave; regresar a la ciudad de México y pedir en la Alianza Francesa de la

capital su cambio de adscripción. Que la mandaran a cualquier otro lugar con mejor clima y más cercano a la capital, en el que pudiera recomenzar su vida en vez de claudicar de ella —como pensó que inexorablemente ocurriría si se quedaba un día más con la oficiosa tierra y el aborrecible sol de la Comarca Lagunera.

Al dolor de su muerte, siguió el miedo. Un miedo que se había agazapado en torno a la silla de Benito desde antes, cuando todavía iba al Covadonga, y que se agudizó cuando ya no estuvo entre nosotros. Tan poco se sabía de esa maldita enfermedad, y tan poco se sabe de ella todavía, que se apoderó de nosotros —Jaime, Daniel, yo— el miedo de que el pavoroso mal también estuviera inoculado en nuestros propios genes.

Atemorizado por la posibilidad de padecerla yo también, desde que Benito presentó en el Covadonga los primeros síntomas de su enfermedad, empecé a plasmar en la novela, con el desaforado intento de retenerlos en la memoria, todos los elementos, por insignificantes que fueran, que incidían en la historia que quería contar —los bártulos del escritorio de mi padre, las palabras que le decía a Miguel cuando me preguntaba cuánto lo quería, los instrumentos médicos que salían del maletín del tío Paco...— hasta que esos elementos, en principio ancilares de mi fabulación, se enseñorearon de ella. Su enumeración, entonces, acabó por ser la figura más recursiva de mi texto.

Pero esta enumeración, en principio retórica, se me ha vuelto, en la vida, una práctica viciosa. Hago listas. Muchas listas. Listas con las que pretendo preservar mi vida del olvido, exorcizar la desmemoria, ejercitar esa especie de erotismo de las neuronas que quieren tocarse y poseerse: las listas de los compañeros que tuve en la primaria, de los profesores que me dieron clase, de los trabajos que he desempeñado, de los países que he visitado, de los amigos que se me han muerto, de las listas que he hecho, como esta... La lista de las casas en las que he vivido (Tehuantepec 121, Cedros 101, Damas 125, Sur 71 B 312, Sur 73 317, Alfa y Omega, Copilco 300...), la lista de los coches que he tenido (un vocho color mierda, un Opel rojo, un Datsun, otro vocho...), la lista de las mujeres a las que he amado (Desdémona, Julieta, Ofelia, Cordelia...). Curiosamente, los referentes más antiguos son los que con más facilidad responden a mi invocación, tal vez porque son muchas las veces que los he invocado y lo que recuerdo es el recuerdo del recuerdo del recuerdo... La primera casa, el primer coche, el primer amor.

Tehuantepec 121, colonia Roma. Tu primera casa. La casa de tu infancia. La más remota en el tiempo y de la que mejor te acuerdas. Podrías dibujar un plano de ella, aunque de ahí saliste a los siete años de edad y nunca más la volviste a ver porque la demolieron para construir un edificio de apartamentos, que tampoco existe porque se cayó con el terremoto del 85. No tienes dónde recargar los recuerdos, pero no es necesario que los recargues: mantienes en la cabeza los mosaicos del baño, las vetas de las duelas del piso del comedor, los hormigueros del patio, los dibujos de las alfombras, las manchas de humedad del techo, el asterisco que dibujabas con el dedo sobre el vaho del cristal de la ventana que daba a la lluvia de la tarde, los tablonces que sostenían el colchón de la litera de arriba de la tuya —la de Ricardo—, el tapanco de la cochera y sus trebejos —un calefactor eléctrico, las figuras del nacimiento, la caja de herramientas—, la mesa extensible del comedor y sus sillas como de oficina, el tapiz guinda y florecido del sofá, el tronco mutilado de la higuera y hasta los barrotes color marfil de tu cuna.

Un Volkswagen Beetle color mierda, modelo 1959, que compraste de segunda mano en 1967. La verdad, no lo compraste tú, si por comprar se entiende pagar una cantidad de dinero a cambio del coche; pero sí hiciste el trámite. Habías visto su anuncio en el periódico, fuiste a conocerlo, te cayó bien —modesto, discreto, bastante bien cuidado—, hablaste con el dueño —el único dueño en la historia del coche, según te dijo con presunción heráldica—, regateaste el precio y llegaste a un acuerdo, que rebasaba, aunque fuera por una cantidad relativamente pequeña, el presupuesto que tu mamá había estipulado. Era para que tú lo usaras, claro, ahora que habías entrado a la Universidad y que por las mañanas trabajabas en el Museo Nacional del Virreinato, en Tepotzotlán, con tu hermano Miguel, pero ella lo pagaría y por supuesto sería su dueña y quedaría registrado a su nombre. A cambio de esa concesión que tantos beneficios te reportaría, te comprometiste a llevarla al súper los sábados y una vez al mes al Panteón Español, el cementerio donde reposan los restos de tu padre, que tu mamá quería visitar por lo menos una vez al mes y hacer, con tu ayuda, la limpieza de la cripta. Cuando le informaste que a pesar de las negociaciones que habías hecho, el coche costaba un poco más de lo que habían presupuestado, rehusó comprarlo. Insististe y ella optó por hablar con el dueño, con quien tú habías hecho una suerte de pacto de caballeros: dos adultos comprometidos en una transacción financiera. Obviamente tú no le habías dicho que el dinero lo pondría tu mamá y que necesitabas de su permiso para cerrar la operación, sino que tendrías que ver otras alternativas, pero que esa misma tarde le llamarías. Pero

quien habló fue tu mamá. Y cuando él le aseguró que ya había llegado a un acuerdo contigo, según lo pudiste colegir de la conversación telefónica que sostuvieron, tu madre le espetó: ¡Pero cómo se le ocurre pensar que este escuinle —así dijo— puede tener dinero para comprarse un coche! Y añadió: ¡Quien lo va a comprar soy yo! Finalmente, ella logró la rebaja que tú no habías podido conseguir en tus negociaciones de adulto y te viste conminado a recoger el coche al día siguiente, como lo que eras: un humillado hijo de mamá, por lo menos en lo que a la posesión de tu primer coche se refiere; un coche que solo te duró dos años. Cuando Eduardo salió del seminario, se instaló de nueva cuenta en casa. Después de once años de ausencia, te encontraste con un hermano desconocido pero entrañable. Había estado entre paréntesis durante toda su adolescencia y se enfrentaba a la vida con una pujanza incontenible. Un día te pidió prestado el vocho. Accediste. Se fue. Se tomó unas copas de vino sin consagrar. Tuvo un accidente. Un amigo suyo te llamó por teléfono para informarte: Eduardo estaba herido y la policía lo había detenido. Llamaste a Benito, ¿pues a quién? Juntos fueron al lugar del siniestro. Benito resolvió el asunto policial en el Ministerio Público. A Eduardo, con el susto, se le había bajado la borrachera, pero no la hemorragia de la ceja izquierda. Una herida que al final no pasó a mayores. Pero el vochito había quedado totalmente destrozado. El movimiento estudiantil del 68, la lectura de Julio Cortázar y la oportunidad de proferir una frase lapidaria te impulsaron a decirle: me liberaste del servilismo pequeño burgués de tener coche.

Desdémona, la mujer que te quitó la virginidad y que alteró la tragedia shakesperiana, porque tú representabas el papel de Iago en el teatro de la preparatoria y, entre un acto y otro, en el camerino, hicieron, con otro acto no previsto en la tragedia, que Otelo tuviera justificación de estrangular a su esposa, sin saber que sus sospechas infundadas, que hacían de Cassio el culpable, recaían en quien a fin de cuentas —justicia poética— fue el verdadero culpable: Iago.

Pero no solo hago las listas que intentan preservar la memoria, sino las que delatan mi creciente desmemoria y a las que me aferro para poder seguir viviendo: la lista de las palabras que se me olvidan, la lista de las medicinas que tengo que tomar, la lista de los objetos que debo llevar conmigo al salir de casa.

No hace mucho, a la mitad de tu clase de literatura mexicana se te olvidó el nombre de Francisco de Terrazas, a quien siempre invocas, por su gran talento lírico y su poca fortuna épica, para hablar de precoces signos de mexicanidad en la literatura novohispana. ¿Cómo es posible que se te haya olvidado? ¿Cómo es posible que si puedes decir de memoria el soneto *Dejad las hebras de oro ensortijado que el ánima me tienen enlazada y volved a la nieve no pisada lo blanco de esas rosas matizado...* se te haya extraviado el nombre de su autor? Saliste bien librado casualmente porque tuviste la temeraria idea de preguntar a la clase que de quién eran esos versos, y un alumno brillante soltó el nombre que a ti se te había escapado y que se volvía más inasible en la medida en que más tratabas de recordarlo.

A partir de entonces, escribes la lista de las palabras que se te olvidan y que solo recuerdas cuando no tratas de recordarlas: *exhaustivo, miliciano, hipocondriaco, indolente, Fata Morgana, ortopedista, Boscán, pretil, Luis Barragán...* y muchas más que ahora se te olvidan o que no están en la lista porque también se te olvida apuntarlas o porque no te acuerdas de que llevas una lista de palabras olvidadas.

Te aterra olvidar a qué ibas cuando te levantas impulsivamente de tu escritorio y te diriges a la cocina y una vez ahí se apodera de tu mente una blancura espantosa e inquietante, que no puedes disipar hasta que vuelves a sentarte a tu escritorio, de donde te vuelves a levantar impulsivamente... Te preocupa que el automatismo de tus actos no pase por tu conciencia y que no sepas si ya hiciste tal o cuál cosa. Hace unos días, después de bañarte, procediste a afeitarte, como todos los días. Abriste la llave del agua caliente del lavabo, te enjuagaste la cara varias veces para que con el calor húmedo se te abrieran los poros de la piel y la rasurada fuera más suave, mojaste la brocha —porque eres de los pocos que siguen el ritual anacrónico de afeitarse con brocha— y la hiciste circular con energía sobre el jabón del tarro, te distribuiste con puntual simetría la espuma sobre la cara... y te enjuagaste de nueva cuenta. Al sentir en las yemas de los dedos las púas de la barba, te percastaste de que no te habías afeitado, de que se te había olvidado proceder a verificar el acto propio de rasurarte: pasar la navaja por la cara para cortar la barba. Y claro: el temor y la duda. ¿Es normal que a cierta edad se olvide realizar un acto que cotidianamente se hace de manera automática? ¿O es un síntoma primerizo de la enfermedad?

Te consuelas. Estabas pensando en otra cosa. Qué bueno que tienes otras cosas en qué pensar y no solo en la rasurada.

En la mañana, una tableta de Irbesartán de 150 mg para el corazón, que te late con más fuerza de la debida en las alturas de tu casa de San Nicolás Totolapan; una tableta de Alopurinol de 100 mg para el ácido úrico, que de vez en cuando se concentra en los dedos gordos de los pies; una tableta de liberación prolongada de Bezafibrato para los triglicéridos, que no bajan. En la noche, una tableta de 20 mg de Rosuvastatina para el colesterol; la Aspirina Protect para el adelgazamiento de la sangre; el Nytol para abrigar la ensoñación maravillosa, pero siempre frustrada, de poder conciliar el sueño, y unas cápsulas rojas de nombre Juventage que te dio Silvia para que siempre estés joven, y que ingieres con la misma esperanza vana de los expedicionarios españoles que perecieron en la búsqueda de la legendaria fuente de la eterna juventud. Todo esto sin contar las pastillas homeopáticas contra las malditas hemorroides, que todavía no se te han salido del recto como te dicen tus amigos que las han padecido, pero que te generan un dolor ácido inaguantable cada vez que cagas y que tratas de curarte con baños de asiento de té de manzanilla y una pomada presuntamente milagrosa de óxido de zinc que sirve, según se dice en el tubo que la contiene, para quemaduras superficiales, heridas leves, rozaduras y piquetes de insectos y no, al menos explícitamente, para esos ardores del ojo del culo, cuyas gracias y desgracias cantó Quevedo en los siglo áureos.

El miedo a perder la memoria te ha llevado a imaginar escenarios futuros escalofriantes. A partir de tus olvidos ocasionales —algunas palabras, algunos nombres, el propósito de algunos de tus impulsos—, te da por imaginar que esa pérdida de la memoria va en aumento. Imaginas que tu vida cotidiana empieza a sufrir alteraciones más o menos serias a causa de tus olvidos: no acudes a la cita que tenías programada porque no te acuerdas de ella ni de consultar oportunamente tu agenda; dejas las llaves en el buró y no tienes manera de entrar a tu casa por la noche cuando regresas de dar tu clase en la universidad; se te olvida ponerle gasolina al coche y te quedas parado a la mitad de la carretera a Cuernavaca... Imaginas que tu capacidad de concentrarte, de escribir, de leer, de hablar, de pensar va disminuyendo después, paulatina pero inexorablemente, como le ocurrió a tu hermano Benito. Imaginas que al final acabas por perder tus recuerdos más remotos, en los que cifras tu identidad y a los que te aferras como el exiliado que antes de abandonar el país busca su acta de nacimiento, su certificado de estudios y el retrato de su amada, a la que nunca más volverá a ver.

Y para salir de tu pesadilla, piensas que si escribieras esos espantosos devaneos de tu imaginación y los incorporaras a tu propia novela, quizá podrías conjurar la condición profética que tu angustia les atribuye, porque siempre has creído que la novela, lejos de ser un vaticinio, es un exorcismo. Por eso escribes.

Durante dieciocho años residí en el barrio de Mixcoac, donde habían vivido mis tías María y Loreto, a cuya casa iba de niño a entregar la ayuda que por mi conducto les mandaba mi padre cada mes. En ese mismo barrio mi hermano Miguel había construido en el Convento de las Madres Reparadoras una capilla neogótica, con sus altivas nervaduras, su rosetón de cristales emplomados, sus gárgolas y sus arcos ojivales, en la que mi hermana Rosa y yo hicimos nuestra primera comunión, justo el día en que murió tío Paco.

Cuando murió María en el año de 1973, Loreto había tenido que dejar la pequeña casa de Carracci y mudarse a un humilde apartamento de un edificio que estaba a unas cuadras de allí, en la calle de Actipan. A esa vivienda acudía periódicamente mi madre para asistir a su cuñada, que se encontraba en una penosa condición valetudinaria. Le llevaba una modesta mensualidad, recaudada de los bolsillos de sus hijos. También la surtía de algunos víveres y ciertos implementos de limpieza, le ordenaba un poco el aposento, la aseaba y le arreglaba los pies, pues un buen día descubrió que Loreto no podía caminar porque durante años no se había cortado las uñas, que ya se le enroscaban por las plantas y le subían por los empeines, según nos decía mamá asegurando que no se trataba de ninguna exageración de su parte.

Igual que varios de mis hermanos, yo contribuía con el modesto estipendio que recaudaba mi madre para el sostén de la tía Loreto a pesar de que, como precoz padre de familia en el que me había convertido, esa renta, por precaria que fuera, me resultara gravosa. Pero merecía la pena pagarla porque de algún modo me mantenía tranquila la conciencia y me eximía de visitar a la tía y ocuparme de otras de sus necesidades. Así que desde que murió la tía María, no la volví a ver hasta una mañana en que fui a pagar la mensualidad de la renta de mi casa a las señoritas Carrasco, mis caseras, que también vivían en Mixcoac, para más señas en la misma calle de Actipan, adonde se había mudado la tía Loreto.

Las señoritas Carrasco vivían en una casona del siglo XIX, como la que yo les rentaba cerca de ahí en la calle de Tiziano número 26, pero mucho más grande e imponente que la mía. Ostentaba la suya un arbolado jardín delantero en el que una glicina centenaria, encaramada en su veranda, techaba

el camino que iba desde la reja de la entrada hasta el portal de la casa, atiborrado de helechos y sanderianas. En la parte trasera de la finca, había una huerta doméstica, un aljibe y varios gallineros. El pago de la renta no era un trámite de rápida resolución. Implicaba un protocolo. Eran otros tiempos y las señoritas Carrasco, además, eran de otro tiempo. El día anterior yo anunciaba telefónicamente mi visita. Llegaba a la hora convenida. Estacionaba mi coche frente a su casa en la calle entonces por lo general desierta. Me bajaba con el sobre del cheque en el bolsillo interior del saco. Tocaba la campana. Ladraban los perros, que se arremolinaban babeantes tras la reja. Se aproximaba una mucama uniformada, que me reconocía, me saludaba muy atenta y me hacía entrar. Traspasaba la verja. Trataba inútilmente de ahuyentar a los perros, que husmeaban mis pantalones durante mi recorrido por el fragante túnel que formaba la glicina hasta que desembocaba en el portal. Tomaba asiento en un equipal. Esperaba a que me anunciaran y me hicieran pasar a un despacho solemne con escritorio de cortina y retratos ancestrales. Al cabo de un rato, se personaba la señorita Bertha, la más diligente de las tres. Me sacaba plática: me hablaba de la casa que yo habitaba, en la que habían nacido ella y sus tres hermanas, cuatro en total, de las cuales, según decía con gracia involuntaria, solo no se habían casado tres, acaso porque las tres que se habían quedado solteras habían estado enamoradas de un mi primo Ramonín, uno de los descendientes de aquel Belarmino que había precedido la llegada de mi abuelo a México, pero que más se parecía en temperamento, según supe, a mi tío Severino. Era un calavera, como se decía en esos tiempos: guapo, conquistador, apuesto, decididor, bebedor, buen bailarín y medio torero —o por lo menos muy aficionado a la fiesta brava y gran amigo del matador conocido por su sobrenombre de El Soldado, que también vivía en Mixcoac, bastante cerca de la flamante y monumental plaza de toros. Y para entregarle el cheque de la renta a doña Bertha tenía que hacer más o menos los mismos malabarismos que cuando era niño hacía para dejarles a las tías María y Loreto el sobre con la mensualidad que les enviaba mi padre. Después se presentaban las otras dos hermanas y me invitaban a pasar a la sala. Ahí hablábamos de la salud de su mamá —porque todavía vivía la madre de las bastante entradas en años señoritas—, de las conveniencias de la casa donde ellas habían nacido y que yo ahora tenía el privilegio de habitar y de mi primo Ramonín (que seguía suscitando unísonos suspiros), muerto precozmente a manos de sus excesos y de la mala vida que llevaba, el pobre, que Dios lo perdone y lo tenga en su santa gloria —decían las hermanas en un solo parlamento—. Después salíamos a la huerta, me regalaban media docena de

huevos que habían puesto esa misma mañana sus gallinas, visitábamos las jaulas de los conejos, me daban a oler la ruda, que sirve para curar tantos males, y me ofrecían un manojo de esa planta llamada *acuyo*, que era tan buena, según decían, que la canonizaron y por eso en español la nombran *yerba santa*. Por fin, tras una hora de visita por lo menos, regresaba al siglo XX, pero no por mucho tiempo. Salía a la calle de Actipan, abordaba mi Volkswagen, me dirigía a la avenida de los Insurgentes, doblaba en Río Mixcoac, atravesaba avenida Revolución por Molinos y llegaba a mi casa de Tiziano 26, que, con su glicina (retoño de la que poseían en su jardín las señoritas Carrasco), con su arquitectura ferroviaria —carro comedor, carro fumador, carro dormitorio—, con sus techos altos por donde se escapaban fácilmente las ideas, me volvía a enclaustrar en el siglo XIX.

Una de esas tardes mañaneras o mañanas tardías, entre la una y las dos de la tarde en que cumplía el ceremonial del pago de la renta, vi venir por la calle de Actipan a mi tía Loreto. Sola, güera, desabrida, vieja, nebulosa. Hacía años que no la veía y solo sabía de ella por los relatos de mi madre, que brotaban precisamente cuando solicitaba nuestra colaboración mensual para la tía. A pesar de colaborar mes a mes con su manutención, no tenía absolutamente nada que ver con ella. Sí, claro, estábamos unidos por un vínculo de sangre, pero de qué servía si no había sido refrendado con el trato consuetudinario ni con el afecto. Pensé que lo más apropiado sería hacerme el desentendido, subirme al coche e irme. Ignorarla, pues. Estaba seguro de que no tendría nada que decirle, de que no habría ninguna posibilidad de diálogo, de que no coincidiríamos ni siquiera en una gesticulación. El solo hecho de identificarme hubiera llevado una larga explicación porque, según le oí decir a mi madre, Loreto ya no ataba ni desataba, se le olvidaban las cosas y tenía en la cabeza una maraña de confusiones. Ya ni ella misma sabía bien a bien quién era.

Pero no. No me fui. No me pude ir. Pensé en mi padre. Y la sangre algo me dijo. Sentí que esa mujer y yo teníamos el mismo grosor en las muñecas, la misma consistencia en los fémures, acaso las mismas pecas en las manos y las mismas manchas en los iris de los ojos. Además, intuí que me había visto desde lejos; que me había reconocido como hijo de su hermano aunque no tuviera la menor idea de cómo me llamaba. Esperé a que llegara, sin saber qué le diría.

Cuando se acercó y se detuvo delante de mí; cuando yo tendría que haberle dicho, hola tía Loreto, soy Gonzalo, tu sobrino, hijo de tu hermano

Miguel, ella, muy solícita, muy educada, con sus ojos azules perdidos en la nada, me preguntó, con toda parsimonia:

—Perdone, señor, ¿sería usted tan amable de decirme qué hora es?

Y yo, sorprendido, egoísta, tímido, avergonzado, vi mi reloj, deseché los saludos que había pergeñado y me limité a decirle:

—La una y veinticinco, señorita.

—Muchas gracias, señor —me dijo. Y se fue para siempre.

Viernes Santo. Seis de la mañana. Me despierta el teléfono. De la Beneficencia Española. Sí, soy yo, digo. La señorita Loreto Celorio Carmona ha muerto, me dice una voz burocrática. Debo ir a identificar el cadáver y proceder como mejor convenga.

¡Por qué yo, carajo! Mi nombre figura en la lista de referencias que mi madre dio cuando internó a la tía en el asilo del Sanatorio Español. Todos mis hermanos que viven en México están de vacaciones, fuera de la ciudad. Tampoco está mi madre. Se fue a pasar una temporada con mi hermano Alberto a Matehuala. Solo han encontrado al último de la lista, que soy yo. No hay manera de evadir la responsabilidad.

Pienso en mi padre. Me levanto. Me baño. Me tomo una cerveza a manera de jugo de naranja. Y me voy al Sanatorio Español.

Sí. Es ella. Ni duda cabe. Me basta con echar una mirada al cuerpo para tener la certidumbre de que es ella y nadie más. En un segundo vi la blancura cansada de su piel, las pecas de sus dedos, el grosor de sus muñecas, la desvalidez total y retroactiva de su vida.

—Sí; es ella —digo.

Y me responsabilizan del cuerpo.

Como ni mi madre ni ninguno de mis hermanos están disponibles para acompañarme, no tiene caso armar un funeral. Para qué, si no hay deudos. Pienso que sus restos deben descansar junto a los de María, muerta diez años atrás. Hablo al Panteón Español para que la inhumen en el mismo nicho donde yace su hermana. Muy bien, me dicen, pero la inhumación, que implica una exhumación previa, no se puede realizar el mismo día. Hay que esperar hasta el sábado. Y yo tengo que estar presente. Para dar fe, dicen.

Tras una negociación un tanto ríspida, las monjas con las que trato me permiten dejar el cadáver en la Beneficencia hasta el día siguiente, aunque no prescinden de recriminarme con sus gestos y con algún furtivo comentario que que ni yo ni ningún otro familiar lo vele. Dedico el día a hacer los trámites para obtener el certificado de defunción, contratar los servicios de la

agencia funeraria, acreditar me en el cementerio como miembro de la familia propietaria de la cripta donde deberá ser enterrada.

Con su muerte, se acaba una generación. Era la última hermana de mi padre que hasta entonces vivía.

Al día siguiente, muy temprano, como lo había convenido la víspera, volví al panteón para dar fe, según me lo habían exigido, de la exhumación de la tía María. Cuando llegué a la cripta, ya habían sacado los restos de la caja y los habían depositado en una bolsa negra de plástico, de las que ahora se usan para la basura. Se habían adelantado. Alguien me dijo después que los empleados del panteón suelen practicar las exhumaciones antes de que lleguen los familiares, para apoderarse de cualquier objeto de valor imperecedero con el que hayan enterrado al difunto, desde un crucifijo o unos anteojos hasta las prótesis dentales de oro.

Me dirigí después a la Beneficencia Española a esperar el servicio funerario que había contratado. Cuando llegaron los oficiales de la agencia, metieron a la tía Loreto en una caja que yo había comprado por catálogo y que le resultó demasiado grande (cualquiera lo habría sido) y, como no iba a haber velación, la transportaron al cementerio no en una carroza fúnebre, sino en una camioneta que se desplazó tan irreverentemente, que yo apenas la pude seguir en mi Volkswagen.

Ya en la cripta, abrieron la caja donde yacía esta niña anciana y en ella depositaron los restos de su hermana María, que toda la vida fungió como su ama, su verdugo, su capataz.

—La seguirá jodiendo por toda la eternidad —pensé.

En la cripta de tu familia hay tres nichos sin lápida, uno pequeñito, de niño, y dos grandes, de adulto. El pequeño corresponde al hijo malogrado de tu tía Luisa. Uno de los dos grandes guarda los restos de Ricardo, a quien sepultó tu padre, solo, en los aciagos días de la Decena Trágica, mucho más solo que tú cuando sepultaste a tu tía Loreto; el otro, los de Rodolfo.

De la muerte de Rodolfo no sé casi nada, seguramente porque nadie supo mucho de él. Me lo imagino empobrecido por el juego, perseguido por sus acreedores, fugitivo hasta de sí mismo. Solo sé, por los documentos del Panteón Español, que murió en México el 8 de julio de 1929, a los treinta y nueve años de edad. Para esas fechas, mi padre ya había enderezado su vida y la llevaba a buen puerto. Después de su breve estadía en Galveston, donde apenas permaneció un año, la Secretaría de Relaciones Exteriores de México le había otorgado un puesto diplomático en Cuba, adonde había llegado en el

año de 1921. En La Habana había conocido a mi madre, se había casado felizmente con ella, había tenido dos hijos —mi hermana Virginia y mi hermano Miguel— y estaba a punto de ser padre por tercera ocasión.

A la muerte de Benito, mi cuñada Angelina me entregó varios papeles de mi padre que mi hermano había custodiado durante cerca de medio siglo. En el legajo se encontraban los documentos que daban fe de los trabajos que papá desempeñó como inspector del timbre fiscal de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público en varias ciudades de la República Mexicana cuando regresó, en 1933, de su misión diplomática en Los Ángeles. Él, mi madre y los cuatro mayores de mis hermanos —tres nacidos en La Habana y uno en California— se instalaron sucesivamente en México, Guadalajara, Ciudad Guzmán, Guadalajara otra vez, Aguascalientes, San Luis Potosí —desde donde mi padre hacía reiteradas incursiones burocráticas a Ciudad Valles y a Durango—, México de nueva cuenta, Monterrey y finalmente México. En esa prolongada itinerancia que por momentos cobró tintes épicos, la familia fue creciendo. Benito nació en Guadalajara; Tere, Ricardo y Carmen, en San Luis Potosí; Jaime, en Monterrey, y Eduardo, Rosa y yo, en México. Curiosamente nadie nació en Aguascalientes ni en Ciudad Guzmán, donde, por cierto, mis hermanos mayores, Virginia, Miguel y Alberto (Carlos era muy pequeño), cursaron algún año de la primaria en una escuela instalada clandestinamente en una casa particular, habida cuenta de las normas establecidas tras la guerra cristera, que prohibían la enseñanza religiosa en los colegios.

Entre esos papeles había un documento oficial, de fecha muy anterior a los otros, expedido por la Secretaría de Relaciones Exteriores y membretado con el Escudo Nacional, que le confería a Miguel Celorio Carmona el cargo de canciller del Consulado mexicano en la ciudad de Galveston de los Estados Unidos de América, y le extendía pasaporte diplomático para trasladarse a ese país e instalarse en dicha ciudad con todas las garantías y facilidades del caso. Su fecha: 25 de marzo de 1920.

Un hilo de sudor frío me recorre la espalda cuando veo la firma, perfectamente legible, de quien lo suscribe: Hilario Medina, subsecretario de Relaciones Exteriores y encargado del despacho. ¡¿Cómo?! ¡¿Hilario Medina?!

Por los documentos del expediente de Severino, cuyas copias me regalaron Jaime y Daniel, me había enterado de la verdadera causa de la

expulsión de mi tío: el subsecretario Hilario Medina quiso deshacerse de él porque cortejaba a una prima suya de su mismo apellido y de nombre María de Jesús. Pensando que Severino era español, le pidió al general Cándido Aguilar, titular del ramo, que intercediera ante el jefe del Ejecutivo Venustiano Carranza, con cuya hija Aguilar había contraído nupcias, para que le aplicara el artículo 33 de la apenas estrenada Constitución del 17 y lo echara del país. Es decir, que el mismo individuo que un 15 de marzo de 1920 desterró a un Celorio por sedicioso e indirectamente lo condujo a la muerte, diez días después le confirió a otro Celorio —su hermano—, un honroso cargo de representación diplomática en los Estados Unidos de América.

Sin Benito, no he podido averiguar nada a propósito de esta acreditación consular que le extendía Hilario Medina a nuestro padre. Los hermanos siempre habíamos pensado que el primer puesto diplomático de papá había sido el de La Habana. Y que después, la Secretaría de Relaciones Exteriores lo había trasladado a Los Ángeles, California. De Galveston habíamos oído hablar, sí: era el puerto al que mis padres y mis hermanos nacidos en Cuba habían llegado, procedentes de La Habana, en septiembre de 1930, para tomar un tren, como me cuenta mi hermana Virginia, que atravesó toda la Unión Americana de este a oeste por espacio de muchos días (que a ella le parecieron meses), y los llevó hasta Los Ángeles. Pero ninguno de mis hermanos sobrevivientes a Benito, ni siquiera Virginia, la mayor, me ha podido decir si papá trabajó como funcionario consular en Galveston. ¿Realmente mi padre estuvo ahí en 1920, antes de ser trasladado a La Habana, donde conoció a mi madre en 1921? A todos les ha sorprendido mi pregunta. ¿Le hubiera sorprendido a Benito, que guardaba el documento que me entregó Angelina y que acreditaba tal misión? Lo cierto es que en el archivo histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en donde Jaime y Daniel, buscando el expediente de mi padre, dieron con el de Severino, no hay ningún documento que consigne el desempeño de Miguel Celorio en el Servicio Exterior Mexicano. Como lo dice la única nota que se encuentra en el legajo correspondiente, sus papeles fueron enviados a la Secretaría de Hacienda y Crédito Público para efectos de jubilación. Y entre los papeles de Hacienda que me entregó Angelina, no hay ninguna referencia a los cargos que papá ocupó en Relaciones Exteriores.

Mi novela, que tiene la prodigiosa costumbre de resolverme en su discurso narrativo las interrogantes que me asaltan conforme avanzo en la escritura, hasta ahora solo me ha dicho que mi padre sí cumplió esa gestión consular en el puerto de Galveston. Ahí se encontraba cuando recibió la

desesperada solicitud de su hermano Severino de que le enviara fondos para poder sobrevivir en el Madrid de su destierro. Pero la novela, por lo general tan extrovertida, en este caso no me dice nada más. Enmudece, como enmudeció, aunque con mejor estilo, cuando trató de narrarme la historia de Rodolfo, del que yo no sabía nada y por tanto ella, la novela, apenas unas cuantas cosas, por demás elusivas.

Así que tendré que rascarme con mis propias uñas. La primera pregunta que me surge es por qué esa misión no figuró en el historial de mi padre —ni en el del ámbito familiar ni en el de la cancillería, de donde su expediente fue sustraído, a saber si realmente por motivos burocráticos o por otros de índole política. Benito, quien sin duda conocía el documento que la consigna — puesto que lo tenía bajo su resguardo— nunca habló de tal misión en las comidas del Covadonga. No oí a ninguno de mis hermanos mencionarla jamás, ni tampoco a mi madre, que hubiera sabido de ella aunque se tratara de una encomienda anterior a la estadía de mi padre en Cuba, donde se conocieron. Parecería que papá mismo hubiera querido borrarla de su historia laboral. La segunda pregunta que me viene a la cabeza es por qué Hilario Medina, que había expulsado con saña a Severino del país, premió a mi padre —si es que realmente se trató de un premio y no de un castigo— con un puesto diplomático en Estados Unidos. A partir de aquí, mis interrogantes se bifurcan o, por mejor decir, se multiplican en términos disyuntivos y se enderezan lo mismo hacia las razones que Hilario Medina tuvo para otorgarle a mi padre un nombramiento consular después de haber expulsado a su hermano del país, que hacia las que mi padre tuvo para aceptarlo.

Por lo que toca a Hilario Medina, me remonto al caso del destierro de Severino. ¿Por qué actuó tan radicalmente contra él al enterarse de que estaba enamorando a su prima? ¿Porque Severino no tenía ninguna pretensión seria y era un tipo soberbio, empobrecido, petulante, borrachín? ¿Porque la susodicha prima no lo quería y estaba harta de sus acechanzas? ¿Porque él mismo, Hilario, estaba enamorado de su prima y quería apartar a toda costa a su rival? ¿Porque su tío, el padre de María de Jesús, le había pedido que, aprovechando su cercanía con el poder, hiciese tal cosa? Lo que sé es que Severino era un tipo enamorado, frívolo, pugnaz, altanero y bebedor. En suma, no era un buen partido. Pero sus dotes de seducción, acendradas en su estancia madrileña, han de haber tenido éxito con la muchacha. La novela no dice nada de ella, pero sí de él. Estaba enamorado. Hay que recordar que de regreso a su casa, la malhadada noche del 25 de febrero de 1920 en que lo aprehendieron, Severino venía de un encuentro furtivo con María de Jesús y aún sentía entre

las suyas las manos blancas de su amada y, en los labios, el que sería el último beso que ella le diera. Yo no creo que fuera María de Jesús quien quisiera deshacerse de él, sino el propio Hilario Medina, ya por celos, ya por presión de su tío, quien, como todo padre, pensaría que ningún prospecto era digno de su hija. E Hilario, acaso fascinado por su propia prima, ha de haber querido lucir frente a ella y frente a su tío el único don de conquistador del que entonces disponía: el poder. Y mandó a Severino a la chingada, de manera tan eficaz como ignorante, pues nunca sospeché que ese gachupín de mierda, de barba cerrada y pronunciación española, fuera mexicano. Bueno, hasta aquí, lo único seguro es que el subsecretario de Relaciones Exteriores quiso deshacerse de Severino y lo envió al extranjero. ¿Pero a Miguel? ¿Lo consideró de la misma calaña que Severino y también prefirió tenerlo lejos? ¿Hizo extensivo el odio que le tenía al pretendiente, amante o acosador de su prima a su hermano Miguel y no encontrando motivos para echarlo del país, le tendió un puente de plata? Puedo entender la propalación del odio a todo aquello que rodea al ser aborrecido, pero ¿por qué un puente de plata? Por lo visto, no se necesitaba mayor justificación para girar una orden de expulsión, y lo mismo que le hizo a Severino, en su caso sin fundamento, se lo podría haber hecho a Miguel, con fundamento, pues papá no habría renunciado todavía a la nacionalidad española, de la que habría tenido que abjurar precisamente para cumplir su primera misión diplomática —la que le encomendaba nadie menos que Hilario Medina. La novela descartó categóricamente la posibilidad de que el funcionario tuviera algún remordimiento de conciencia por haber desterrado injusta, o por lo menos ilegalmente, a Severino y, para resarcirse, hubiera compensado al hermano con un premio. Pero yo me pregunto si Hilario Medina, a pesar de su condición de subsecretario de Relaciones Exteriores, sabía qué relación tenía Miguel Celorio con Severino. Como el apellido no era muy frecuente, es muy posible que sí supiera que eran hermanos, pero también pudo haber firmado el nombramiento —que no era de mayor jerarquía— de manera automática, sin leer siquiera el nombre del beneficiario; o, más probablemente, por órdenes superiores, pues entonces como ahora, muchas plazas se otorgaban por favoritismo. Quizá la adjudicación de ese puesto se hizo a expensas de una recomendación. Sé que papá tenía un amigo influyente, Juan de Dios Bojórquez, a la sazón diputado federal, que siempre lo protegió, y fue quien, en su condición de ministro plenipotenciario en Honduras, después en Guatemala y finalmente en Cuba, propició un año más tarde que se incorporara a la legación mexicana en La Habana. Me pregunto si no sería

Juan de Dios Bojórquez quien le hiciera a Cándido Aguilar —o al propio Hilario Medina— la petición de darle un puesto a mi padre en donde fuera, y que el subsecretario, mordiéndose un huevo, lo hubiera mandado a cualquier lugar, a Galveston, por ejemplo.

Y por lo que toca a mi padre, ¿por qué aceptó esa encomienda? Estaba enterado de que su hermano Severino había sido desterrado, pero ¿sabía que Hilario Medina había sido el causante de su destierro? Lo más posible es que no lo supiera, porque ni el propio Severino lo sabía, dado que hacía responsable de su expulsión a don Ricardo del Río, tal como lo dijo en aquella carta que le envió al encargado de negocios de la legación mexicana en Madrid. Aunque, de tener otras sospechas, bien se cuidaría de no expresarlas en un documento de esa naturaleza, que tarde o temprano sería del conocimiento público. Quizás en su fuero interno llegó a pensar que el causante de su expulsión había sido el primo de su amada, pero, en ese caso, no se lo habría dicho al representante mexicano en Madrid, pues delataría las verdaderas causas de su expatriación e inculparía a Hilario Medina, quien todavía era poderoso. Puedo pensar, así las cosas, que papá no sabía que quien le confería su primer puesto diplomático era el responsable de la expulsión de su hermano, de manera que la aceptación del cargo no implicó ninguna contradicción moral. También es posible que se haya enterado después, y que, al conocer que quien le había ofrecido su primer puesto en el Servicio Exterior Mexicano era la misma persona que había desterrado a su hermano, causándole a fin de cuentas la muerte, hubiera optado, si no por ocultar su estadía en Galveston, sí, al menos, por no pregonarla. Esta bien puede haber sido otra de las muchas razones por las que papá no hablaba de su familia.

Poco dice la novela. Permite todas las preguntas, pero, ya cansada como está después de tantos años de escritura y tantos capítulos recorridos, se resiste a dar respuestas contundentes. No solo contundentes. Se resiste a dar respuestas. Esas respuestas a las que quisiera asirme ahora que la memoria amenaza con abrir el entramado de sus redes y dejar escapar la mayor parte de lo que pesca.

No se halló, como dicen las sirvientas cuando no se encuentran a gusto en la casa a la que entran a trabajar y no le dan a la patrona más argumento que el irrefutable de no hallarse, es decir, no identificarse con el lugar de trabajo ni consigo mismas. Luisa no permaneció más que un semestre en San Luis Potosí, adonde la Alianza Francesa de México la destinó, tras su renuncia a la dirección de la filial de la Comarca Lagunera. La ciudad de San Luis tenía una mayor tradición que la del estado de Coahuila; había sido la veta de oro y plata a la que debió su apellido en los tiempos virreinales y desde entonces había tenido un desarrollo cultural, si no comparable al de la capital de la república —de la que estaba mucho más cerca—, sí superior al de la lejana y todavía muy joven ciudad de Torreón. Pero Luisa no se halló. El conservadurismo provinciano y la religiosidad de la burguesía local, con la que tenía que alternar en cumplimiento de sus tareas académicas, la sofocaban más que el calor de la Comarca Lagunera. Y vaya que Luisa tenía ideas conservadoras y creencias religiosas, pero no era un alma pequeña; no soportaba la mojigatería, la mediocridad, la hipocresía, que observaba en la alta sociedad potosina y que no recordaba haber detectado, al menos en tal grado, en la de Torreón, más franca, más abierta, más sencilla. Aunque también ahí, al fin y al cabo infierno grande en pueblo chico, sus desplantes y los excesos de su temperamento habrían de sufrir, a su regreso, dos que tres descalificaciones por parte de los espíritus más parroquiales de la localidad.

Sin haberse dado cabal cuenta, después del poco tiempo que vivió ahí en su primera estadía, Luisa ya era de Torreón. Era en Torreón donde estaba su verdadero hogar, donde vivían quienes, en principio ajenos, acabaron por ser propios los suyos: sus discípulos y, sobre todo, Emma Figueroa, que fue, más que su alumna, su amiga, su dama de compañía y su confidente; las familias de varios de ellos como los Guerrero o los Albores, y otras más —los Valdés, los Vizcaíno—, que la habían acogido como uno de sus miembros; los integrantes de la colonia francesa, que eran los benefactores de la Alianza y que mucho habían lamentado su partida, y la gente en general —el mesero del restaurante, la dependiente de la perfumería, la modista, el cartero, el médico,

el hospedero, que quedaron fascinados con las sofisticaciones de su personalidad.

Volvió, pues, tras un semestre de ausencia. No hubo por parte de la administración central de la Alianza Francesa de México ningún reparo en su reinserción en la filial coahuilense, que se había quedado en las manos interinas de François Lablanche —profesor adjunto de Luisa durante su primera estancia en Torreón—, quien celebró su regreso casi tanto como los alumnos de tu tía.

Luisa se domicilió durante un tiempo en la casa de huéspedes en la que había vivido antes de su partida a San Luis Potosí, hasta que el señor Ángel Calvete Sierra, de origen español, que la tenía en alta estima, le asignó de por vida la habitación 202 del hotel que tiene por nombre su apellido, a cambio de un pago simbólico y del prestigio que el temple de tu tía —el *glamour*, decía con forzada pronunciación francesa el hotelero— le imprimía al establecimiento.

Sus alumnos la recibieron en la Alianza con una ovación que ella, entre abrumada, sorprendida y satisfecha, no pudo aplacar hasta que pronunció las célebres palabras de fray Luis de León a su regreso a la Universidad de Salamanca tras su cautiverio.

A su vuelta en Torreón, Luisa se sintió mejor que en su primera estadía: más serena de ánimos y al mismo tiempo más pujante y más propositiva. Ahora, en la nueva sede de la Alianza en el Edificio Monterrey, complementaba la aplicación del método Mauger para la enseñanza del francés que había utilizado antes, con la lectura de los poetas malditos, cuyas obras, publicadas en libros originalmente de su propiedad, habían pasado a formar parte del acervo de la biblioteca de la Alianza, y con la escucha de discos que abrían el abanico de las variantes populares de la lengua francesa: Édith Piaf, Charles Aznavour, Gilbert Bécaud, Jacques Brel. Volvió a caminar por las calles de Torreón con su abanico colgado al pecho junto a sus collares de ámbar del Báltico, su sombrilla policroma y su turbante helado; a cenar en el Café Apolo de la calle Valdés Carrillo, el único que poseía clima artificial y estaba, además, amenizado por un pianista decoroso, y que ella convirtió en una peña literaria, donde circulaban las revistas *Arenillas del Nazas*, *Acción Lagunera* y *Cauce*, en las que tuvo buen cuidado de no publicar ni una sola línea; a visitar a las familias de sus alumnos, que acabaron por sustituir a la suya, tan distante, tan exigua —a no ser por tu propia familia— y tan calamitosa; a asistir a las actividades organizadas por el Ateneo Lagunero o el Casino de la Laguna —conferencias, recitales,

representaciones teatrales, espectáculos de danza—; a promover inéditas actividades culturales: exposiciones, proyecciones de cine europeo, conciertos de música clásica, como los que ofrecieron, al amparo de la Alianza, la violinista Colette Frantz o el pianista Pierre Sancan en el auditorio de la XETB. Uno de sus atrevimientos fue sumarse, como única mujer, a la Mesa de los Apóstoles, según llamaban a los doce contertulios que se citaban semanalmente en El Tome y Pague, el cafecito al lado del Casino Lagunero, para hablar de lo humano y lo divino —más de lo humano, por cierto, que de lo divino.

La buena sociedad lagunera, efectivamente menos gazmoña que la potosina, la tenía por elegante, culta, carismática... cualidades que prevalecían sobre otras de su personalidad —desenfadada, sarcástica e impulsiva—, que a más de uno hicieron levantar las cejas, aunque por lo general, nada más que eso, pues reprobar abiertamente sus actitudes habría equivalido a pasar por ignorantes paletos. No obstante, en cierta ocasión, un desplante de tu tía suscitó una censura abierta, que ella, de todas maneras, supo atajar con firmeza. Era aficionada a la fiesta brava. Cuando vivía en la ciudad de México y después, al volver a la capital durante los veranos, asistía los domingos a los toros, invitada por las familias Arruza o Domecq, de gran abolengo taurino, cuya amistad presumía. Pues una tarde en la plaza de toros de Torreón, ante una triunfal corrida de El Calesero, Luis Procuna y Jesús Córdoba, que lidiaron toros de San Mateo, Luisa, emocionada, se quitó el chal y lo aventó al ruedo en homenaje a El Calesero. Dos damas de la alta sociedad lagunera reprobaron su conducta. La consideraron impropia no solo de una dama, sino de una *madame*, quien, además, dirigía la Alianza Francesa en la que sus hijas, que la tenían más por modelo que por maestra, se empeñaban en aprender francés. Cuando llegaron a oídos de Luisa los comentarios que condenaban su actuación, decidió no volver a pisar la plaza de toros de Torreón. Y lo cumplió rigurosamente, por supuesto no en signo de arrepentimiento del «mal proceder» que las susodichas damas le adjudicaron, sino como manifestación de un orgullo recalcitrante que sus padres putativos le habían inoculado desde niña.

Otros desplantes de Madame Del Barrio fueron memorables, aunque provocaron más la admiración que la censura, pues de alguna manera tu tía Luisa había contribuido a la educación de la alta sociedad lagunera, y las reacciones de censura, de haberlas habido abiertamente, se habrían revertido contra los propios censores. En febrero de 1952, se celebraron en Torreón los Juegos Florales Estudiantiles del Norte de la República. Madame Del Barrio

se levantó intempestivamente del presidium, donde estaba sentada en su condición de representante y vocera del jurado calificador en el auditorio de la Preparatoria Venustiano Carranza. Se dirigió con paso militar hasta donde estaba el tocadiscos, en un extremo del proscenio. Levantó la aguja con chirriante brusquedad. Dejó de oírse la música de *La leyenda del beso*, que se había tocado ya en las ediciones anteriores del mismo certamen poético. Tiró el acetato al suelo ante la expectación del auditorio y con una energía de bailaora de tablao, lo pisoteó hasta romperlo. ¡No se puede con tanta cursilería!, dijo. ¡Tres años seguidos hemos oído esta misma mierda!, remató. Dicho lo cual, volvió a su asiento, con absoluto desparpajo, el mismo desparpajo con el que, haciendo gala del origen andaluz que se había inventado, bailó unas sevillanas con Pilar Rioja en su gira por Torreón; el mismo con el que replicó cierta idea planteada por el ilustre académico y periodista Nemesio García Naranjo en una conferencia dictada en el Casino de la Laguna; el mismo, en fin, con el que posó para que el escultor Arnold Taylor le hiciera un busto en bronce.

En 1949, León Felipe, el poeta zamorano refugiado en México, ofreció un recital en el Casino de la Laguna. La buena sociedad local, escandalizada por el verbo exultante y conminatorio de «El payaso de las bofetadas» que sabía muy bien por qué hablaba tan alto el español, abandonó la sala. Solo permanecieron, incólumes, tres señoras: la bailaora Magdalena Briones — también de visita en Torreón—, su madre, que la acompañaba, y Madame Del Barrio, que aplaudió las palabras del poeta con una admiración que nunca le profesó a su propio marido, tu tío Paco, que también sabía, aunque en silencio, por qué hablaba tan alto el español.

Las relaciones de Luisa con el exilio republicano fueron contradictorias. Casada con Francisco Barnés, había adoptado, por lo bajo, posiciones falangistas, pero una vez divorciada y por lo tanto ya no obligada a la ortodoxia que también la República exigió a sus seguidores, Luisa abrazó, como propia, la causa del exilio. No solo aplaudió a León Felipe aquella noche memorable, sino que, una década más tarde, trabó amistad con el poeta Pedro Garfias quien, invitado por el Ateneo Lagunero, pasó una temporada en Torreón, donde alternó sus sordas borracheras con sus elocuentes recitales. El poeta que inauguró la literatura del exilio con su poema *Entre España y México*, escrito a bordo del Sinaia, el barco que trajo al mayor número de refugiados republicanos a México en 1939, menciona a tu tía Luisa en unos versos de despedida y de agradecimiento que escribió al final de su estadía en

la Comarca Lagunera. Solo la nombra con el epíteto por el que ahí siempre fue conocida, *Madame*:

Señora de Siller, Madame y Salvador...
... pongan aquí sus nombres mis amigos...
Sería imperdonable, enumerándolos,
caer en un olvido.
Los que lean estas líneas
saben a quiénes me dirijo.

Aquí la voz que alimentó mis sábados,
aquí la casa abierta, el trigo limpio,
la mano franca y generosa, el gesto,
la paciencia de Dios y el buen estilo.

Todo para un poeta viejo y triste,
alcoholizado y mísero y maldito,
con un doble dolor sobre los hombros:
el reconocimiento y el despido.

Despedirse, arrancarse
la piel, casi es lo mismo.

Pobre de mi voz última,
tartamudeo, olvido.

Mi voz futura ha de quemarse sola
para cantaros y para sentirlos.

Los que lean estas líneas
saben a quiénes me dirijo.

Os debo un homenaje. Aceptad mi palabra,
no he de morirme sin rendíroslo.

Las contradicciones de tu tía Luisa se resuelven en un temperamento signado por la contradicción misma. Luisa fue una mujer contradictoria y, paradójicamente, en ello residió su única coherencia. Fue en extremo liberal y, también en extremo, conservadora: leía con fervor a Victor Hugo, Nerval, Rimbaud y Baudelaire, pero retiraba de la biblioteca de la Alianza los libros que eran manifiestamente anticatólicos, aunque leyó, uno a uno, a los autores condenados en el *Índice* de la Iglesia, particularmente a los franceses: François Rabelais, Honoré de Balzac, Émile Zola, Anatole France, André

Gide, Jean Paul Sartre, y los dio a conocer a sus alumnos. Guardó luto riguroso cuando murió su exmarido, el republicano anticlerical Francisco Barnés González, que se había divorciado de ella siete años antes en alta medida por discrepancias políticas e ideológicas, pero también cuando murió Pío XII, el papa que se pronunció contra el nazismo —aunque no de manera suficientemente abierta y oportuna—, y si bien salvó a muchos judíos del holocausto, al término de la Segunda Guerra Mundial adoptó un anticomunismo furibundo, que mucho contribuyó a radicalizar la Guerra Fría. Fue republicana y monárquica, agnóstica de cabeza y católica de corazón, moderna en su pensamiento y antigua en sus pudores, independiente en su trabajo y sumisa en sus atavismos, valiente en sus desplantes y apocada en sus sentimientos más íntimos, europea en su formación y provinciana en su destino. Sola y familiar. Literaria y ágrafa. Mentirosa hasta la falsificación y veraz hasta la llaga. Es decir, fue coherente con las polaridades entre las cuales el ser humano se debate.

La tarde del 30 de diciembre de 1967, Luisa dio clase en la Alianza Francesa. La última clase del año. Curiosamente, no la dedicó a ningún escritor francés. La dedicó a García Lorca. En francés solo dio los generales, pero leyó en español, como si se tratara de una premonición, el *Romance de la Guardia Civil española*, que todo lo tiñe de luto: *Los caballos negros son. / Las herraduras son negras. / Tienen, por eso no lloran, / de plomo las calaveras*. Leyó después los romances del *Prendimiento* y la *Muerte* de Antonio López Heredia, cuya estirpe Camborio rimaba con su verdadero aunque desplazado apellido. Y, aunque lo dijo a derechas frente a sus alumnos, metió de contrabando y solo en su pensamiento, su propio nombre, el suyo, el biológico, el ancestral: *hijo y nieto de celorios, / con una vara de mimbre/ va a Sevilla a ver los toros...* Un leve e imperceptible estremecimiento sacudió su voz y le hizo temblar el párpado inferior derecho cuando dijo *Tres golpes de sangre tuvo / y se murió de perfil*. Esa tarde se fue a su casa, el Hotel Calvete, sin pasar por la Tertulia de los Apóstoles, que se reunía por última vez en el año. Se acostó temprano. El día siguiente sería el último de 1967 y habría que celebrar con ánimo descansado el advenimiento de 1968.

La mañana del 31 de diciembre tuvo una fuerte hemorragia nasal a la que no le dio mayor importancia, pues la hipertensión arterial que padecía la hacía sangrar con frecuencia. De todas maneras, prefirió no salir del hotel. Se hizo subir una comida frugal para estar dispuesta a enfrentar la cena de fin de año con la familia Guerrero, adonde había sido invitada y cuya casa estaba

enfrente del Calvete. Antes de acudir a la cena, tuvo arrosos para visitar a la familia Albores y desearle mucho éxito a su discípulo Víctor, que acababa de presentar su examen profesional de médico cirujano.

Cenó cautelosamente con los Guerrero. Fumó, en su larga boquilla de carey, dos cigarrillos después de cenar. Brindó por la felicidad y la paz del nuevo año 1968, sin sospechar, por supuesto, que en el próximo mes de mayo París —su París— ardería envuelto en una lucha, imbatible por pacífica, contra casi todo: las generaciones anteriores, los valores anquilosados, la moral ortodoxa. Y sin prever tampoco, claro, que esa lucha repercutiría en México volteando irreversiblemente la historia que ella, fiel a sus contradicciones, hubiera querido lo mismo demoler que preservar. Deglutió las doce uvas sin supeditarse al ritmo marcado por las campanadas de la torre de la Catedral. Se despidió de todos y cada uno de los miembros de la familia Guerrero. El padre la acompañó hasta las puertas del hotel, al otro lado de la calle. No había nadie en la recepción. Subió despaciosamente a la segunda planta y entró a su habitación —la 202—, su domicilio, su casa. Se vio en el espejo con cierta pesadumbre. Se fumó el último cigarrillo. Se desvistió. Se puso un camisón *démodé* y puritano. Se acostó. Se durmió.

Una recamarera, que tocó varias veces la puerta antes de usar su llave maestra, se topó con el cuerpo inerte de Luisa Celorio del Barrio la mañana perezosa del primer día del año 1968.

El doctor Fernando Arauz, que había atendido durante los últimos cuatro años la cardiopatía que aquejaba a tu tía Luisa, dictaminó que se había tratado de un síncope cardíaco ocurrido aproximadamente a las dos de la mañana.

Su cuerpo fue velado en la Agencia Serna de Torreón y sus responsos se realizaron en la Catedral de Nuestra Señora del Carmen.

Cada dos de noviembre, día de los muertos grandes, una mano amorosa coloca un ramo de claveles rojos, que aluden al fingido origen andaluz de tu tía, en su tumba del Panteón Torreón, en la que una Virgen Dolorosa guarda sus secretos y contiene sus desplantes.

No recordabas que tu madre te hubiera dado la fotografía de Eduardo para que la pegaras en tu credencial de *boy scout*. Doce años después de aquel suceso, cuando decidiste dejar la casa materna y fundar —vaya verbo— tu propia familia, te topaste con ese tríptico color verde clorofila que habías echado en el olvido y que apareció de pronto entre los muchos papeles que estabas revisando para elegir los que te acompañarían en tu nueva vida.

Tomaste la credencial entre tus manos con emoción y se te vinieron a la memoria, de golpe, los miércoles vespertinos y sus pujantes himnos, tus excursiones a Los Dinamos o a Las Estacas, la pañoleta multicolor que te confería el estatus de *boy scout* y que te anudabas al cuello haciendo pasar sus puntas a través de un pedazo de hueso de res que te regaló tu mamá una vez que le sacó el tuétano y que tú lavaste muy bien y le pusiste alcohol para quitarle el olor animal y sobre el que pintaste la misma flor de lis que ahora ves en la portada de tu credencial, que abres con parsimonia. Das la vuelta, una a una, a las solapas que contienen el reglamento de la asociación y en el fondo, ¡ay!, te encuentras sorpresivamente con tu hermano Eduardo, vestido con el uniforme de gala del Instituto México, pelado a rape, que te mira con una sonrisa sardónica.

Cerraste el tríptico inmediatamente y lo arrojaste al montón de papeles de donde procedía, y en ese instante recordaste que no era tu fotografía la que habías pegado en el fondo del documento doce años atrás, sino la de Eduardo, quien detentaba la titularidad de tu credencial.

Fue entonces, y no antes, cuando sentiste el ultraje que tu madre, torpe pero involuntariamente, le había infligido a tu identidad. Y desde ese momento la imagen de Eduardo, sonriente y pelón, ha sido la representación más elocuente de la educación mitad castrense, mitad conventual que rigió la vida familiar de tu infancia, cuando todos los hijos tenían que someterse a una disciplina rigurosa que los igualaba y bajo la cual no había méritos individuales ni gustos personales ni posesiones intransferibles: la ropa, los libros de texto y hasta los amigos pasaban como herencia de un hermano a otro. Al menor descuido de tu parte, uno de tus hermanos se había comido el pan de dulce que tú habías apartado para la merienda; otro se había puesto tus

calcetines o se había hecho más amigo de tu tocayo que tú mismo, que eras su compañero de banca, u otro más ya coqueteaba con esa amiga de tu hermana Rosa a quien tu timidez te había impedido decirle que te gustaba. Y de la misma manera, tú hurgabas el clóset de Jaime para ponerte el suéter verde oscuro que tan bien te quedaba y que todavía no habías heredado. O sustraías de la despensa, a hurtadillas, una lata de leche condensada que abrías por la parte inferior y que, una vez consumida, volvías a poner en su sitio, al derecho, para que tu madre no la echara en falta hasta que, a la hora de hacer el flan o el dulce de mango, se daba cuenta de que estaba vacía y gritaba la retahíla de los nombres de sus hijos chicos —Ricardo, Carmen, Jaime, Eduardo, Rosa, Gonzalo (porque ella nunca te dijo *chiquillo de mierda*)— para averiguar quién demonios había sido el culpable de semejante desaguizado que dejaba sin postre a la familia entera. O te apoderabas por un rato de una de esas revistas picantes en las que aparecían señoras en ropa interior o en traje de baño, pero con zapatos de tacón, que tu hermano Benito guardaba secretamente en el entrepaño superior de su librero.

El retrato de Eduardo en tu credencial de *boy scout* lastimó tu amor propio, pues el primer documento en tu vida que decía que tú eras tú —no otra cosa es una credencial— tenía la fotografía de otro. Pero nunca pensaste, sino hasta ahora que tratas de asimilar tus recuerdos antes de que la enfermedad que te amenaza arrase implacablemente con todos ellos, en lo que pudo haber sentido Eduardo al ver, como de seguro la vio, su fotografía pegada en una credencial que no le pertenecía, que ostentaba al calce un nombre y una firma que no eran suyos y en la que figuraba como el *boy scout* que nunca fue, porque antes de que tal cosa hubiera podido suceder, los Hermanos Maristas le imbuyeron una pretendida vocación religiosa y se lo llevaron al convento del que no saldría sino una década después.

Le dije por teléfono que me sería imposible ir a Nicaragua en esas fechas. Lo sentía mucho.

Había estado presente, si bien en silla de ruedas, en su primera boda, cuando se casó con Georgina en Valle de Bravo, en el año 77. Pero ahora, trece años después, me retenía una inmovilidad en cierto sentido mayor que la artritis juvenil que me dejó sin caminar durante casi un año: el rector de la Universidad Nacional José Sarukhán me había designado coordinador de Difusión Cultural, y las responsabilidades institucionales que había contraído me retenían en la ciudad de México. Por más malabarismos que hice para reacomodar mi agenda de trabajo, ni el jueves 13 ni el viernes 14 de

septiembre de ese año de 1990 podría viajar a Managua para asistir a la celebración de su segundo matrimonio. Mi hermana Rosa y su marido, en cambio, aceptaron de inmediato la invitación y se trasladaron a Nicaragua desde el jueves. Por lo menos alguien de la familia de México estaría presente en las segundas nupcias de mi hermano Eduardo.

En 1979, Eduardo había decidido sumarse a la causa sandinista que derrocó al dictador Anastasio Somoza Debayle. Dos o tres años antes, cuando trabajaba en la sierra de Guerrero para un programa de desarrollo rural, había tenido sus primeros contactos con el sandinismo: «tramitó» con determinadas autoridades municipales, interesadas en los recursos económicos que él manejaba, actas de nacimiento mexicanas para varios nicaragüenses sandinistas que vivían clandestinamente en México; compró, con el contubernio de líderes campesinos y los dineros del Frente Sandinista de Liberación Nacional, armas viejas, de las usadas en las guerrillas de Lucio Cabañas y Genaro Vásquez, y las transportó a Veracruz, donde se embarcaron para Nicaragua; recolectó fondos en sindicatos de izquierda para apoyar la causa revolucionaria, y autorizó, cuando se casó con Georgina y se estableció en la ciudad de México, que su departamento del barrio de San Jerónimo fuera utilizado como casa de seguridad del Frente para albergar a combatientes encubiertos. Así que cuando la Revolución nicaragüense, apoyada por la política internacionalista de Cuba, derrocó a Somoza y se hizo con el poder en el país centroamericano, Eduardo, que echaba de menos el trabajo directo con los campesinos que había desempeñado en los años inmediatamente anteriores a su matrimonio, se dispuso a partir a Nicaragua para participar en la edificación de un nuevo país.

Para entonces, él y Georgina formaban parte de un grupo marxista dedicado al estudio de la lucha de Augusto César Sandino y de la historia y el ideario del Frente Sandinista de Liberación Nacional. Doce de los integrantes de ese círculo de estudios, incluidos Georgina y él, obtuvieron apoyo del gobierno mexicano (que había sido el primero en romper relaciones diplomáticas con Somoza y en establecerlas con el Gobierno de Reconstrucción Nacional) para viajar a Managua y trabajar ahí con el régimen revolucionario. El Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México les proporcionó doce boletos de avión y otras tantas becas (de ciento treinta y cinco dólares americanos mensuales cada una), con el objetivo de que aprendieran a manejar granjas de chanchos, lo que fue solo un pretexto que les permitió involucrarse en el proceso revolucionario a través de los

programas de capacitación campesina que desarrollaba el Ministerio de Desarrollo Agropecuario y Reforma Agraria.

Desde que dejó la hermandad marista, Eduardo, imbuido del espíritu del Concilio Vaticano II y de la Teología de la Liberación que prevaleció en los años sesenta, había volcado en el compromiso revolucionario y la asistencia a grupos marginados su preterida vocación religiosa y la extraordinaria capacidad pedagógica que había adquirido durante su larga estadía en el seminario, donde se formó como maestro normalista y ejerció la docencia en las escuelas de la congregación. Ya en los últimos años de su vida religiosa, se le había manifestado esa vocación social alternativa o complementaria — alimentada por el pensamiento de Sergio Méndez Arceo, Ivan Illich, Paulo Freire— que lo llevó a participar activamente en las Jornadas de Vida Cristiana, que implicaban trabajo comunitario en diversas colonias proletarias de la ciudad de México. Fue en esas jornadas donde conoció a una muchacha que cumplía la misma misión que él y que puso a prueba extrema el voto temporal de castidad que Eduardo había contraído recientemente y por el cual, junto al de pobreza y obediencia, poco tiempo después pediría dispensa al papa. Aún no había salido formalmente del convento, cuando se inscribió en la Escuela Nacional de Antropología e Historia para estudiar la carrera de Antropología Social, pero muy pronto, tras el movimiento estudiantil de 1968, colgó los hábitos definitivamente, abandonó los estudios y se dedicó a ejercer, en la praxis, una suerte de apostolado laico, cuyo espíritu redentor se enderezaba no al reino de los cielos sino al reino de este mundo: trabajó en diversas organizaciones sociales, académicas y políticas que le dieron el sustento económico y el respaldo institucional para involucrarse lo mismo con los pepenadores de la ciudad de México que pugnaban por una repartición más equitativa de la riqueza de la basura que con los indígenas monolingües del estado de Oaxaca. Vivió en la ciudad capital de esa entidad, de donde partía a las poblaciones más apartadas de la sierra, del istmo o de la costa, para dar seguimiento a la labor de promotores culturales bilingües que aplicaban un método de castellanización a los niños monolingües de sus comunidades; trabajó en el paupérrimo Valle del Mezquital en el estado de Hidalgo, al amparo de la Fundación Friedrich Ebert, donde capacitaba a maestros otomíes para que promovieran en sus pueblos la creación de un distrito de riego que les permitiera convertir sus tierras áridas en tierras labrantías; coordinó en Teloloapan, en el estado de Guerrero, un programa de inversiones públicas para el desarrollo rural de varios municipios de la región... De modo que su disposición a participar en el promisorio proceso

sandinista tenía fundamento y se correspondía con su experiencia, su escala de valores, su personalidad. Se correspondía con su verdadera vocación.

¿Cómo era Eduardo en aquellos años inmediatamente anteriores a su misión nicaragüense? ¿Cómo lo recuerdas? ¿Qué imagen tienes de él?

Rubio, bronceado, barba larga y rojiza, cabellera ensortijada, Eduardo era un sol. Un sol que desde que salía hasta que se ponía, se desplazaba, iluminándolos, por los caminos de terracería del campo mexicano en su Safari verde olivo. Lo veo manejando su *jeep* por veredas secas y polvorientas, bebiendo cerveza o comiendo mariscos en una fonda caminera, nadando en un río incivilizado, acampando en el monte o en la playa. Lo veo en la plaza principal, que también servía de cancha de básquetbol, de un pueblo oaxaqueño dejado de la mano de Dios, predicando las palabras de la organización social —*asamblea, cooperativa, participación*—. O en el aula de una escuela municipal enseñándoles a los maestros rurales desde las técnicas del teatro guiñol hasta los procedimientos que debían seguir para tener incidencia en las políticas públicas. O en su casa de Tasquillo, en las inmediaciones del Valle del Mezquital, muy cerca de Ixmiquilpan, preparando materiales didácticos con sus plumones de colores mediante los que podía clasificar el universo entero y hacerlo comprensible. Apuesto, decidido, seductor. Y solitario a pesar de su vocación social. Introvertido a pesar de su carácter exultante. Tan complejo y elucubrado en su pensamiento íntimo como sencillo y claridoso en su discurso público.

Aunque entristecidos por su partida, todos consideramos que su determinación de irse a vivir a Nicaragua era un acto de valentía y de coherencia. Admiramos que su esposa hubiera estado dispuesta a acompañarlo. Bella, alta, risueña, Georgina se había licenciado en geografía en la Universidad Nacional y mucho tendría que hacer en el Instituto de Recursos Naturales y el Ambiente donde fue comisionada apenas llegó a Nicaragua.

Georgina procedía de una familia acomodada y conservadora. Sus padres, católicos practicantes, seguramente vieron en el nuevo destino de la hija la inminencia de un peligro. No erraron. Al año de vivir en una casa comunitaria, que ella y Eduardo compartían con los otros diez compañeros del grupo que se fue a trabajar a Nicaragua; limitada como todos los demás a los ciento treinta y cinco dólares por persona de la beca, que el Banco Central de Nicaragua les pagaba en muy maltrechos córdobas nicaragüenses, y casada con un hombre que anteponía su espíritu revolucionario a cualquier convencionalismo matrimonial, Georgina, cuando concluyó la beca, volvió a

México. Volvió sola. Mejor dicho, sin Eduardo, porque la mayoría de los que se habían ido becados también regresaron.

Eduardo se quedó. Cambió su condición de becario por una plaza del mismo ministerio en el que trabajaba, y dos años después le asignaron, también adscrito a la Reforma Agraria, uno de los puestos que la Comunidad Económica Europea subvencionaba en el país centroamericano como parte de su programa de cooperación internacional. Durante la primera década de su estadía en Nicaragua, se entregó con el entusiasmo que le era característico a la causa revolucionaria.

Con el tiempo, la utopía revolucionaria empezó a resquebrajarse y el sandinismo por el que había luchado y al que había dedicado sus mejores empeños, mostró su lado oscuro —el de la corrupción—, que ensombreció todos los ámbitos de la vida pública. Cuando Violeta Chamorro llegó a la presidencia en 1990, tras derrotar en las urnas a Daniel Ortega, Eduardo ya no contaba con el apoyo de la Comunidad Económica Europea y había renunciado al ministerio al que estaba adscrito. Pero no abandonó Nicaragua. Se mantuvo firme en sus convicciones, aunque cada vez más desilusionado de la realidad política. Si no perdió sus ideales, tampoco su apostura, ni su magnetismo. Ni su soledad.

Al cabo de unos años, era padre de cuatro hijos nicaragüenses, nacidos de distintas madres: tres varones y una niña. Los dos hombres mayores son casi de la misma edad y nacieron al año siguiente de que Georgina dejó Nicaragua. Y también son muy próximos el tercer varón y la niña —la menor de la prole—, que es su debilidad: linda, pícara, inteligente. A los cuatro los reconoció como hijos y se ha ocupado, hasta donde sus recursos cada vez más mermados lo han permitido, de la educación y el sustento que han requerido.

Lo cierto es que para la fecha de su segundo matrimonio, Eduardo ya no contaba con un trabajo estable y bien remunerado como el que había tenido cuando fue contratado por la Comunidad Económica Europea, que le pagaba en muy buenos dólares, con los que les compró casa a cada uno de sus dos hijos mayores y que *socializaba*, según sus propios términos, de diferentes maneras: comprando de su bolsa, en los frecuentes viajes que por razones de trabajo hacía a Costa Rica o Panamá, repuestos automotores para los vehículos del ministerio; adquiriendo medicinas inexistentes en los centros de salud para los allegados que las precisaban, invitando a sus compañeros de trabajo y a sus amigos, cada dos o tres meses, a degustar el mejor ron o los mejores mariscos de exportación de Nicaragua, vinos chilenos, cervezas alemanas, quesos franceses y holandeses, cigarrillos norteamericanos, que

podía comprar en la tienda diplomática libre de impuestos creada para el abastecimiento del personal de las embajadas y las misiones internacionales, como a la que Eduardo pertenecía.

Pero en el año de 1990, para sostenerse a sí mismo; a sus hijos, que dependían de él aunque no vivieran en su casa, y en cierta medida a las madres de sus hijos, había abierto un restaurante de mariscos en una de las plazas más populares de Managua. La plaza se llamaba La Piñata, como también se denominaría significativamente al fenómeno ominoso por el cual la cúpula sandinista se hizo de los bienes de la nación para repartírselos entre sí. Tan pronto sufrieron la contundente derrota electoral que los apartó del poder; vaciaron las arcas del erario antes de que asumiera la presidencia Violeta Chamorro. Por cierto, durante la administración de la viuda de Pedro Joaquín Chamorro, Eduardo trabajó en un programa de reconciliación de viudas —madres o esposas de ambos bandos que perdieron a sus hijos o a sus maridos en la guerra librada entre los sandinistas y *La Contra*, como se le llamó sintéticamente a la contrarrevolución que desde los primeros tiempos apoyó Estados Unidos para acabar con el régimen revolucionario.

Pues en El Chinamo, que así se llamaba su restaurante, se llevaría a cabo la boda civil de Eduardo con Silvia Jirón, madre de la única hija de mi hermano, y en La Piñata tendría lugar la fiesta.

Me cuenta mi hermana Rosa que cuando ella y Alejandro, su marido, llegaron a la celebración, poco antes de las doce del día, que era la hora estipulada para la boda, le pidieron a Eduardo que por favor les ofreciera una cerveza para mitigar un poco el calor inmisericorde que habían sufrido en su traslado del hotel al restaurante. Pero Eduardo se negó categóricamente a satisfacer su solicitud.

—No puedo —les dijo—. Después sabrán por qué.

Rosa me dice que no bien el juez hubo declarado a Eduardo y Silvia marido y mujer, se abrió la cantina y empezaron a circular con inaudita celeridad las botellas de Flor de Caña, oro y plata, entre la concurrencia. Los convidados a la boda, y alguno que otro intruso, apuraban de un solo trago el ron, servido en vasos pequeños de plástico, sin ninguna contemplación y sin ningún miramiento. Al acto de beber hasta el fondo, sin pausa y sin respiro, un vaso de ron, de aguardiente o de cualquier otro licor se le conoce en Nicaragua con el elegante y pudoroso nombre de *vergazo*. Y así, de vergazo en vergazo, los asistentes a la celebración, sobre todo los del sexo masculino, se fueron emborrachando precipitadamente, uno que otro hasta caer al suelo, inconscientes. Sabedor de semejante práctica, Eduardo no podía ofrecerles a

Rosa y Alejandro ni una cerveza antes de la ceremonia, pues habría equivalido a abrir la cantina y poner en riesgo la celebración de la boda misma.

Aunque había determinado no asistir a la boda, el jueves en la mañana —víspera de la celebración— me cancelaron dos citas importantes contraídas con mucha antelación que iban a verificarse el viernes, lo que me abrió la posibilidad de hacer el viaje. No le avisé a Eduardo que iría para que mi presencia en Nicaragua lo tomara por sorpresa, y porque hasta última hora no me confirmaron que podría conseguir mi pasaje de avión.

Fue un viaje incómodo: tuve que llegar de madrugada al aeropuerto de México —lo que me obligó a pasar la noche en vela—, sentarme en un asiento de ventanilla en la última fila de la cabina y hacer una escala en Tegucigalpa.

Al filo de la una de la tarde del viernes 14 de septiembre de 1990 —día de la boda—, aterricé en el Aeropuerto Internacional Augusto C. Sandino. Me sometí al escrutinio de los agentes de migración y aduana, que me dejaron pasar, no sin imponerme sus suspicaces interrogatorios. Cuando pude salir al sol inclemente de Managua para tomar un taxi, ya pasaban de las dos de la tarde. Me fui directamente a La Piñata, con todo y mi equipaje, sin pasar antes a registrarme en el hotel. Atravesé esa ciudad dispersa y semirural, que aún no se había recuperado del terremoto de 1972, cuyo centro no parece estar definido por una concentración urbana de mayor densidad o por la presencia de edificios públicos notables y solo se percibe por el hecho incontrovertible de que en un determinado punto la Carretera Sur empieza a llamarse Carretera Norte o viceversa. Al llegar a la plaza de La Piñata tras un largo y accidentado recorrido, me topé con unas verjas que impedían la entrada. Me vi conminado a hacer una larga fila para comprar el boleto que me franqueara el paso. Previa revisión de mi equipaje, al fin pude traspasar un torniquete para ingresar en la plaza, que a esas horas tempranas y calurosas de viernes por la tarde estaba atestada de gente sonora y festiva. Me di a la tarea de buscar el restaurante de Eduardo entre las decenas de puestos de comida que circundaban la plaza. Pregunté por El Chinamo y caminé con mi maleta en la dirección que me indicaron. Y en efecto, a lo lejos vi un lugar particularmente animado y concurrido —música en vivo, alboroto de trago y decenas de personas vestidas de blanco— que debería ser el restaurante de mi hermano. Serían las tres de la tarde, pasadas.

De pronto, descubrí entre la concurrencia a Eduardo, impecablemente ataviado con una guayabera blanca de lino. Y descubrí también que él (que

tiene mucho mejor vista que yo y a quien de niño mi madre le llamaba Ojo de Águila por su extraordinaria capacidad de encontrar objetos perdidos —las llaves de mamá, los anteojos de papá, las tijeras—, algunos de los cuales, por cierto, él mismo había escondido previamente para obtener después la recompensa del hallazgo) me había visto a mí primero, pues cuando yo lo divisé, él ya se había separado del grupo que lo rodeaba y miraba atentamente en la dirección por la que yo me aproximaba. Lastrado por mi equipaje, yo iba a paso lento. Apenas lo identifiqué, le sonreí y alcé una mano para saludarlo. A pesar de su buena vista, quizá no se percató de mi sonrisa porque todavía nos separaban unos cincuenta metros, pero sí correspondió, aunque con ademán tímido o incrédulo, a mi saludo. Inmediatamente después, y para mi sorpresa, se encaramó, tambaleante y temerario —porque desde lejos se podía apreciar que ya tenía sus buenos tragos encima—, a una de las mesas de lámina de El Chinamo que se disponían a la vera de la plaza. Una vez trepado en su improvisado minarete, se puso en cuclillas, colocó su mano izquierda —es zurdo— sobre las cejas, a manera de visera, y cual vigía *sioux* en las Montañas Rocallosas, Ojo de Águila se me quedó mirando fijamente, mientras yo avanzaba sonriendo a su encuentro.

Cuando por fin llegué ante él, Eduardo seguía apostado en la mesa, las rodillas flexionadas y la mano en la frente. Estaba desconcertado. Me veía y no creía lo que estaba viendo. Como le había dicho que no acudiría a la boda, no daba crédito a lo que sus ojos contemplaban, pero su desconcierto iba mucho más allá de la sorpresa que le causó mi presencia. Tan pronto se cercioró de que yo era yo, su hermano, se apeó de la mesa con cierta dificultad, aminorada por la ayuda de mi brazo. Me tomó de los hombros. Se me quedó viendo un rato largo todavía y después me abrazó y me dio un beso en la mejilla. Una vez repuesto de la sorpresa que le causó mi llegada, me confesó que cuando me vio a lo lejos encaminarme a El Chinamo, pensó que era él, y no yo, el que avanzaba hacia él, es decir hacia sí mismo. Nunca imaginó que pudiera ser yo ese visitante inesperado, pues le había asegurado, con mil disculpas, que no podría corresponder a su invitación. Y de buenas a primeras se vio entrando a la plaza, arrastrando una maleta, y dirigiéndose a ese otro que también era él que se miraba a sí mismo acudir a una cita irrenunciable.

Fue como si hubiera salido del fondo del tríptico de mi credencial de *boy scout* a mi encuentro para recuperar su nombre y devolverme el rostro que su imagen, muchos años atrás, me había usurpado.

Ti mi lu, la mi la, pam pam ti mi la, pa de la de lu con co lu la ba ya, la cancioncita dizque china que tu mamá te cantaba en los contadísimos momentos de ocio, subiendo y bajando alternadamente los dedos índices, que al final se enderezaban hacia tus axilas para hacerte cosquillitas. Los barrotes de tu cuna. Los mosaicos del baño de tu casa de Tehuantepec. Un amasijo promiscuo de clips. Una caja de madera en forma de pequeño librero que contenía doce fingidos volúmenes. La vieja Remington. *Las Columnas de Hércules*. La jeringa del tío Paco. Su serrucho. El *vermouth rosso* con hielo *frappé* de la tía Luisa. El vidrio del escritorio de tu padre hecho añicos. El teléfono 37 44 57. La flor de lis de los *boy scouts* cosida al suéter azul a la altura de la tetilla izquierda. Tu misal de Primera Comunión, de tapas nacaradas y cantos dorados. Un sacacorchos de madera cuyo mango tenía la forma de un monje risueño que estaba sentado en un barril en el que se ocultaba el tirabuzón. El filo de metal del escalón de la terraza sobre el que te descalabraste. Unos vasitos diminutos y amarillos en que tu mamá servía la escasísima ración de jugo de naranja para todos y cada uno de sus doce hijos. *Hasta el último confín del universo*. Los Almon Ris. *Corazón, diario de un niño*. La lonchera roja. La manguera enrollada en el patio de atrás. Las hermanas Baca —Carmina, Chabela y Luisa— de la casa de al lado, con quienes tus hermanos bailaban *La raspa: tarán, tarán, tarán; tarata tarantatán*. La escalera de la azotea. Las Estacas. El Ford 49 de Miguel. El Nash color cobre de Ricardo. Las raquetas de bádmiton. Un san Antonio de yeso. Las copas de cristal azulado de las Navidades. El cucharón con el que tu hermana Tere les golpeaba cariñosamente la cabeza cuando los llamaba, *bola de mensos*, a merendar. Las pesas de Ricardo y sus ejercicios de Charles Atlas. *El Excélsior* y la revista *Mecánica Popular* que leía tu papá. El alambrito de los tapones de cartón de los litros de leche. Las corrientes del Mar Rojo de la formica de la mesa del desayunador. La bendición del papa Pio XII, enmarcada. El cuadro de los venados dibujados por Miguel, colgado en la pared. La Biblia de cantos rosáceos y cubiertas de piel con las iniciales, en metal, de los apellidos de tu familia: C. B. La Virgen del Perpetuo Socorro en la cabecera de la cama de tus padres. El perro de Jaime, que se sumó a los

doce hijos con el nombre de *Treci*. El Hotel Papagayo. Los huevos cocidos y la tortilla española de los días de campo a la vera de la carretera a Cuernavaca. *El varón que tiene corazón de lis, alma de querube, lengua celestial...* El grabado de la página preliminar del tomo correspondiente a la letra *T* de la *Enciclopedia hispanoamericana*: una Torre, un Toro, un Trineo, un Tapir, un Torero, una Trompeta, un Turco, un Tigre, un Tambor, un Templo... La portada de *El último cuplé*. La boina de tu padre. Sus pantuflas. Su bata. Su barba de tres días. Su aliento de hepatitis. Su mirada triste. Su cadáver, tendido en medio de la sala. Su dentadura postiza depositada en un vaso de agua, después de muerto.

Pero no sabes qué hiciste ayer, ni con quién hablaste —si es que hablaste con alguien—, ni adónde tienes que ir mañana, porque tampoco sabes bien a bien qué día es hoy, como no sabes que el artículo que estás leyendo en el periódico ya lo habías leído y no te darás cuenta de que lo estás leyendo por segunda vez hasta que lo termines. Tu padre los marcaba. Les ponía una palomita con lápiz para que supiera que ya los había leído y no perdiera el tiempo en una segunda lectura. Pero dime, ¿de qué sirve no leerlos por segunda vez si, al no recordar la primera, esa segunda lectura es, para el caso, la primera? ¿De qué carajos sirve?

Lentes

Llaves

Pañuelo

Cartera

Dinero

Tarjetas de crédito

Tarjetas de presentación

Credencial del Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores

Seguro médico

Teléfono

Agenda

Plumas

Peine

Bloqueador

Bragueta

Calcetines iguales

Melox

Hacer pipí

Está bien lo de las llaves, porque ahora no tienes ninguna posibilidad de treparte a la terraza de tu recámara y abrir por dentro la casa. Y si no entraras a tu casa, seguramente no tendrías a quién acudir y acabarías echado a la intemperie, con alto riesgo de no regresar nunca.

¿Pero *lentes*? ¿Cómo puedes anotar la palabra *lentes* en la lista que colocas en la puerta de salida de tu casa si no podrías leer tu letra temblorosa sin los lentes que necesariamente tienes que llevar?

Convengamos en que el pañuelo es un anacronismo. Sí: elegante, refinado, sobre todo presumible cuando tiene, como los que te regaló Silvia, la inicial de tu nombre bordada, pero no deja de ser, si lo usas —y para usarlo lo llevas— un depósito de miasmas y mucosidades. ¿Y quién, si no tú, dispondría de tu pañuelo y descifraría la inicial de tu nombre? Tan higiénicos que son los Kleenex.

Está bien que lleves tu cartera, pero deberías dejarle solo una tarjeta de crédito, y aprenderte tu número confidencial por si padecieras un asalto. Siempre dices que lo vas a retener en la memoria, pero tu memoria, ay, es una red de agujeros, y tampoco lo puedes apuntar en ningún otro papel que portes, porque, si lo descubrieran, te vaciarían la cuenta.

Qué simpático que ahora pongas en la lista *teléfono*, como si realmente te sirviera de algo. No has aprendido a utilizarlo. Nunca has podido contestarlo a la primera. Estás tan acostumbrado al teléfono fijo, que le impone una cadencia a tu sintaxis y que contrasta con esa turbulencia de monosílabos de los teléfonos celulares, que te pescan en cualquier lugar, mientras comes o defecas, y del que no puedes escabullirte porque lo llevas contigo, como una erisipela. Pero tendrás que admitir que aun en el teléfono fijo te has vuelto monosilábico y ya no tienes la cadencia sintáctica de la que te ufanabas. La falta de costumbre: ya no tienes quien te llame; tampoco tienes a quién llamar.

Claro, tu agenda de papel, en la que tachas casi todo lo que escribes porque las citas fluctúan, cambian, se posponen, se cancelan, sobre todo ahora que entraste a la vejez y que eres tú el que se subordina a la misericordia de quienes, cada vez menos, todavía quieren verte. ¿Pero de veras tienes algo nuevo que apuntar en la agenda que no sea tu cita con el médico o el pago de tu tarjeta?

Plumas. Sí, aquí tengo que celebrar tu devoción a la tinta, al ritual de la escritura a mano, así sea para tomar apuntes, aunque tendrías que anotar en la lista que colocas en la puerta de salida de tu casa el rubro de tarjetas, no las de crédito o de presentación, sino tarjetas blancas, virginales, en las que puedas

escribir lo que no cabe en tu agenda: el disco que te recomendaron, el libro, la frase brillante, el chiste que oíste y que quisieras repetir. O más frecuentemente: las palabras que se te olvidan, cuando las recuerdas. Pero dime, ¿todavía escribes? ¿O tus plumas, como decía aquel célebre analfabeto de Chiapas, que las ostentaba en el bolsillo del pecho de la guayabera como si fueran condecoraciones militares, solo son para el prestigio? Lo que sí es cierto es que ya no lees, por lo menos no como leías antes. Te cuesta un gran esfuerzo recordar la trama, cuando intentas leer una novela, o la secuencia de las ideas, cuando se trata de un ensayo, así que últimamente te has conformado con el recuerdo de algunas imágenes poéticas —*¡Oh inteligencia, soledad en llamas! que lo consume todo hasta el silencio*— que persisten en la memoria como viejas inquilinas, pero que también serán echadas a la calle, más temprano que tarde.

Cada vez menos pelos en la cabeza, pero está bien lo del peine, que no es de carey, porque ya está prohibido en consideración ecológica a las tortugas, pero lo parece. Suizo, hecho a mano y abatible como una vieja navaja de afeitar, para que la caspa y alguna cana frágil no se te adhieran al bolsillo de la camisa.

Haces bien en apuntar el bloqueador. No es para que lo lleves contigo, claro, sino para que no se te olvide aplicártelo antes de salir. Y está bien que lo inscribas en la lista de la puerta de salida porque no tiene caso que te lo pongas cuando no sales de casa. Pero no debes salir sin él, así esté nublado. Ya el sol te hizo de las suyas y te influjo en la piel un cáncer que te ha deformado la nariz. Bueno, qué más da. La nariz es solo eso, la nariz. Qué narices, ni qué narices.

Y la bragueta, felicidades. Qué bien que lo apuntaste porque tantas veces has salido con la bragueta abierta, la portañuela, decía tu madre en modalidad cubana, que sería mejor evitarlo. No porque pudiera suscitar escándalo, sino compasión. Sí. Mejor evitarlo.

Melox plus, porque de pronto te atacan esas agruras que llevaron a tu padre a inventar un espolvoreador portátil, en forma de pluma, para contrarrestar el reflujo, que te sube por el tiro del esófago desde la boca de la chimenea que es el estómago, y que ahora puedes transportar y masticar sin necesidad de disolverlo en agua.

Me enterece que pongas lo de los calcetines iguales en tu lista. La verdad, nunca te has confundido de manera dramática o daltónica; no te has puesto un calcetín amarillo y otro rojo, sobre todo porque todos tus calcetines han ondulado por la gama de los azules y los grises, negros los de vestir, pero,

con eso de que te dio por comprar calcetines de rombos, que además, qué barbaridad, hicieran juego con tus tirantes, te has llegado a poner pares impares, que solo tú lo notas porque nadie, en absoluto, se fija si alguien trae los calcetines disparejos. ¿Tú has visto a alguien con calcetines impares? Puede ser que los haya, pero te aseguro que nadie se anda fijando en los calcetines ajenos teniendo tantas broncas adentro, de las del alma, pues; si te acordaras.

Y sí, haz pipí antes de salir porque la próstata te ha vuelto incontinente. Como cuando eras niño y algún domingo, antes de subirte al coche que manejaba tu hermano Alberto para ir al Hotel Papagayo de Cuernavaca, tu mamá te preguntaba:

—¿Ya hiciste pipí?, porque no nos vamos a parar ni en Tres Marías.

Ibas al baño entonces, ya apurado por el grito multifamiliar de *vááámonos*, y no te salía ni una gotita. Pero eso sí, antes de llegar a Tres Marías, que estaba a la mitad de camino entre México y Cuernavaca, ya te andaba, ya te andaba te andaba te andaba por hacer pipí.

Bien por tu lista, que has pegado, por dentro, en la puerta de tu casa. Pero más pronto de lo que te imaginas, será innecesaria. O no podrás salir de casa, o se te olvidará leerla aunque la tengas ante tus ojos porque no traes puestos los anteojos que encabezan la lista. Y te irás sin lentes, sin cartera, sin plumas, sin peine, sin haberte puesto el bloqueador, con la bragueta abierta, con los calcetines disparejos y con unas ganas incontinentes de hacer pipí apenas pongas un pie en la calle.

Y de la misma manera que una tarde tu hermano Benito confundió el baño con la cocina en el Covadonga, confundirás la calle de Puebla con la de Orizaba y te perderás en la inconmensurable ciudad de México sin que nadie sepa quién eres, ni tú mismo, porque no tienes una placa colgada al cuello como perro, que diga quién eres y dónde vives. Si es que vives. Si es que eres.

*Ti mi lu
la mi lu
pam pam ti mi la
pa de la de lu
con co lu la ba ya.*

Madrid, junio de 2014

Agradecimientos

A Silvia, que acompañó la escritura y la lectura de esta novela.

A Jaime y Daniel, que la escucharon jueves a jueves en el Covadonga.

A mi hermana Virginia, que me contó algunos de sus capítulos.

A Raúl Herrera, que la cuidó como si fuera suya —en cierto modo lo es.

A Brenda Escobedo, que oyó todas sus voces.

A la familia Moreno de Alba, en cuyo apartamento de Madrid terminé de escribirla.

A Charlotte Burenus, que me hospedó en su palacete asturiano de San Pelayo en Navia, para aclimatarla.

A Diego Valadés y Eduardo García Villegas, que la protegieron de posibles impropiedades jurídicas.

A Paulina del Moral, que me reveló en su magnífico libro *Alianza Francesa de Torreón. 60 años. Presencia francesa en La Laguna* los pormenores de la vida de mi tía Luisa en su tierra de adopción.

A Ángeles González Gamio, que supervisó el itinerario de mis personajes por la ciudad prerrevolucionaria de México.

A Rodolfo Villagómez, que encontró, entre otros documentos, el testamento de mi abuelo.

Gonzalo Celorio
EL METAL
Y LA ESCORIA

